

The background of the cover is a painting. In the foreground, a woman with long, dark, wavy hair lies down, her head tilted back and eyes closed. She is wearing a light-colored, possibly white, garment. Her hair is adorned with a small white flower. In the background, a man with dark hair and a beard is visible, looking down at the woman. He is wearing a dark, patterned garment. The overall style is classical and somewhat somber, with a muted color palette of greens, yellows, and browns. The text is overlaid on the upper portion of the painting.

Villiers de l'Isle-Adam

Cuentos crueles

E LEJANDRIA

Villiers de l'Isle-Adam
Cuentos crueles

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

CUENTOS CRUELES

VILLIERS DE L'ISLE-ADAM

PUBLICADO: 1883

FUENTE: WWW.GUTENBERG.ORG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LAS SEÑORITAS DE BIENFILÂTRE

A Monsieur Théodore de Banville.

¡Más luz!...

ÚLTIMAS PALABRAS DE GOETHE.

Pascal nos dice que, desde el punto de vista de los hechos, el Bien y el Mal son cuestión de «latitud». En efecto, tal acto humano se llama crimen aquí, y buena acción allá, y recíprocamente. Así, en Europa se venera, por lo general, a los padres ancianos; en ciertas tribus de América se les persuade de subir a un árbol; luego se sacude ese árbol. Si caen, el deber sagrado de todo buen hijo es, como antaño entre los mesenios, rematarlos allí mismo a golpes de tomahawk, para ahorrarles los cuidados de la decrepitud. Si encuentran fuerzas para agarrarse a alguna rama, es que aún sirven para la caza o la pesca, y entonces se aplaza su inmolación. Otro ejemplo: entre los pueblos del Norte gusta beber vino, oleada radiante donde duerme el querido sol. Nuestra religión nacional nos advierte incluso que «el buen vino alegra el corazón». Entre el vecino mahometano, al sur, el hecho se considera un grave delito. En Esparta, el robo se practicaba y se honraba: era una institución hierática, un complemento indispensable de la educación de todo lacedemonio serio. De ahí vienen, sin duda, los griegos. En Laponia, el padre de familia tiene a honra que su hija sea objeto de todas las gentilezas de que pueda disponer el viajero admitido a su hogar. En Besarabia también. Al norte de Persia, y entre los pueblos de Cabul, que viven en tumbas muy antiguas, si, habiendo recibido, en algún

sepulcro confortable, una acogida hospitalaria y cordial, no os halláis, al cabo de veinticuatro horas, en la mayor intimidad con toda la progenie de vuestro anfitrión, guebro, parsi o wahabita, hay motivo para esperar que sencillamente os arranquen la cabeza, suplicio en boga en esos climas. Los actos son, pues, indiferentes en cuanto físicos: solo la conciencia de cada cual los hace buenos o malos. El punto misterioso que yace en el fondo de este inmenso malentendido es esa necesidad nativa en que se halla el Hombre de crearse distinciones y escrúpulos, de prohibirse tal acción antes que tal otra, según que el viento de su país le haya soplado esta o aquella: se diría, en fin, que la Humanidad entera ha olvidado y busca recordar, a tientas, no se sabe qué Ley perdida.

Hace algunos años florecía, orgullo de nuestros bulevares, cierto café vasto y luminoso, situado casi enfrente de uno de nuestros teatros de género, cuyo frontón recuerda el de un templo pagano. Allí se reunía cotidianamente la flor y nata de aquellos jóvenes que se han distinguido después, ya por su valía artística, ya por su incapacidad, ya por su actitud en los días turbios que hemos atravesado.

Entre estos últimos los hay que incluso han sostenido las riendas del carro del Estado. Como se ve, no era poca cosa lo que se hallaba en aquel café de las Mil y una noches. El burgués de París no hablaba de aquel pandemónium sino bajando la voz. Muchas veces el prefecto de la ciudad arrojaba allí, negligentemente, a modo de tarjeta de visita, un manojo escogido, un ramillete inopinado de guardias urbanos; estos, con ese aire distraído y sonriente que los distingue, desempolvaban entonces, jugando, con la punta de sus porras, las cabezas traviesas y revoltosas. Era una atención que, por delicada, no dejaba de ser sensible. Al día siguiente ya no se notaba.

En la terraza, entre la fila de simones y el vidriado, un césped de mujeres, una floración de moños escapados del lápiz de Guys, ataviadas con toilettes inverosímiles, se repantigaban en las sillas, junto a los veladores de hierro forjado pintados de verde esperanza. Sobre esos veladores se despachaban bebidas. Los ojos tenían algo

de esmerejón y de gallinácea. Unas conservaban en el regazo un gran ramo, otras un perrillo, otras nada. Se hubiera dicho que esperaban a alguien.

Entre estas jóvenes, dos se hacían notar por su asiduidad; los habituales de la sala célebre las llamaban, sin más, Olimpia y Enriqueta. Estas llegaban desde el crepúsculo, se instalaban en un recoveco bien iluminado, pedían, más por aparentar que por necesidad real, una copita de vespetro o un «mazagrán», y luego vigilaban al transeúnte con ojo meticoloso.

¡Y eran las señoritas de Bienfilâtre!

Sus padres, gente íntegra, educados en la escuela de la desgracia, no habían tenido medios para procurarles los gozos de un aprendizaje: el oficio de aquella pareja austera consistía, principalmente, en suspenderse, a cada instante, con actitudes desesperadas, de aquella larga cuerda trenzada que corresponde a la cerradura de un portón cochero. ¡Duro oficio! ¡Y para recoger, apenas y ralos, unos pocos dineros de Dios!!! ¡Jamás les había salido un terno en la lotería! Por eso Bienfilâtre refunfuñaba mientras se hacía, por la mañana, su cafecito. Olimpia y Enriqueta, como hijas piadosas, comprendieron, desde temprano, que había que intervenir. Hermanas de la alegría desde su más tierna infancia, consagraron el precio de sus desvelos y de sus sudores a mantener una holgura modesta, es verdad, pero honorable, en la portería. «Dios bendice nuestros esfuerzos», decían a veces, pues se les habían inculcado buenos principios y, tarde o temprano, una primera educación basada en principios sólidos da sus frutos. Cuando se inquietaban por saber si sus labores, excesivas a veces, no alteraban su salud, respondían, evasivamente, con ese aire dulce y turbado de la modestia, bajando los ojos: «Hay gracias de estado...».

Las señoritas de Bienfilâtre eran, como se dice, de esas obreras «que trabajan a jornal de noche». Cumplían, tan dignamente como era posible (vistos ciertos prejuicios del mundo), una tarea ingrata, a menudo penosa. No eran de esas ociosas que proscriben, como deshonoroso, el santo callo del trabajo, y no se avergonzaban de ello.

Se citaban de ellas varios hermosos rasgos que habrían hecho estremecerse a la ceniza de Monthyon en su bello cenotafio. Una noche, entre otras, habían rivalizado en emulación y se habían superado a sí mismas para pagar la sepultura de un viejo tío, el cual, sin embargo, no les había legado más que el recuerdo de varias tundas repartidas antaño, en los días de su infancia. Por eso eran vistas con buenos ojos por todos los habituales de la sala estimable, entre los cuales había gente que no transigía. Una señal amistosa, un adiós con la mano respondían siempre a su mirada y a su sonrisa. Nunca nadie les había dirigido un reproche ni una queja. Todos reconocían que su trato era dulce, afable. En suma, no debían nada a nadie, cumplían con todos sus compromisos y podían, en consecuencia, llevar la cabeza bien alta. Ejemplares, ahorraban para lo imprevisto, para «cuando vinieran mal dadas», para retirarse honorablemente de los negocios algún día. Ordenadas, cerraban los domingos. Como muchachas sensatas, no prestaban oído a los discursos de los jóvenes petimetres, que solo sirven para apartar a las jóvenes de la senda rígida del deber y del trabajo. Pensaban que hoy en día solo la luna es gratuita en amores. Su divisa era: «Celeridad, Seguridad, Discreción»; y, en sus tarjetas de visita, añadían: «Especialidades».

Un día, la más joven, Olimpia, torció el camino. Hasta entonces irreprochable, aquella desdichada niña escuchó las tentaciones a que la exponía más que a otras (que la juzgarán con demasiada prisa quizá) el medio en que su estado la forzaba a vivir. En suma, cometió una falta: amó.

Fue esta su primera falta; pero ¿quién ha sondeado el abismo adonde puede arrastrarnos una primera falta? Un joven estudiante, cándido, hermoso, dotado de un alma artista y apasionada, pero pobre como Job, un tal Maxime, cuyo apellido callamos, le dijo dulzuras y la perdió.

Le inspiró la pasión celeste a aquella pobre niña que, vista su posición, no tenía más derecho a sentirla que Eva a comer el fruto divino del Árbol de la Vida. Desde ese día, todos sus deberes

quedaron olvidados. Todo anduvo sin orden y a la desbandada. ¡Cuando una muchacha tiene el amor en la cabeza, vete a saber lo que pasa!

Y su hermana, ¡ay!, ¡aquella noble Enriqueta, que ahora se doblaba, como se dice, bajo el fardo! A veces se tomaba la cabeza entre las manos, dudando de todo, de la familia, de los principios, ¡hasta de la Sociedad misma! «¡Son palabras!», exclamaba. Un día había encontrado a Olimpia vestida con un vestidito negro, sin sombrero, y una escudillita de hojalata en la mano. Enriqueta, al pasar, sin dar muestras de reconocerla, le había dicho en voz muy baja: «Hermana, ¡su conducta es indecible! ¡Respete, al menos, las apariencias!».

Quizá, con estas palabras, esperaba un retorno hacia el bien.

Todo fue inútil. Enriqueta sintió que Olimpia estaba perdida; se sonrojó, y pasó de largo.

El hecho es que se había murmurado en la sala honorable. Por la noche, cuando Enriqueta llegaba sola, ya no era la misma acogida. Hay solidaridades. Advertía ciertos matices, humillantes. Se le mostraba más frialdad desde la noticia de la malversación de Olimpia. Altiva, sonreía como el joven espartano a quien un zorro le desgarraba el pecho, pero, en aquel corazón sensible y recto, todos esos golpes calaban. Para la verdadera delicadeza, una nadería hace a menudo más daño que el ultraje grosero, y, en este punto, Enriqueta tenía una sensibilidad de sensitiva. ¡Cómo debió de sufrir!

¡Y la noche, pues, en la cena de la familia! El padre y la madre, bajando la cabeza, comían en silencio. No se hablaba de la ausente. Al postre, a la hora del licor, Enriqueta y su madre, tras haberse lanzado una mirada a hurtadillas, y haberse enjugado una lágrima respectiva, tenían un mudo apretón de manos bajo la mesa. Y el viejo portero, desafinado, tiraba entonces del cordón, sin motivo, para disimular algún llanto. A veces, brusco y desviando la cabeza, se llevaba la mano al ojal como para arrancarse de él vagas condecoraciones.

Una vez, incluso, el suizo intentó recuperar a su hija. Sombrío, se decidió a subir los pisos del joven. Allí: —¡Desearía a mi pobre niña! —sollozó—. —Señor —respondió Maxime—, la amo, y le ruego que me conceda su mano. —¡Miserable! —había exclamado Bienfilâtre huyendo, sublevado por ese «cinismo».

Enriqueta había apurado el cáliz. Hacía falta un último intento; se resignó, pues, a arriesgarlo todo, incluso el escándalo. Una noche supo que la deplorable Olimpia debía ir al café a saldar una vieja deudecilla: avisó a su familia, y se dirigieron hacia el café luminoso.

Semejante a Mallonia, deshonrada por Tiberio y presentándose ante el senado romano para acusar a su violador, antes de apuñalarse en su desesperación, Enriqueta entró en la sala de los austeros. El padre y la madre, por dignidad, se quedaron en la puerta. Se tomaba café. A la vista de Enriqueta, las fisonomías se agravaron de cierta severidad; pero, en cuanto se advirtió que quería hablar, las largas planas de los periódicos se bajaron sobre las mesas de mármol y se hizo un silencio religioso: se trataba de juzgar.

Se distinguía en un rincón, avergonzada y haciéndose casi invisible, a Olimpia y su vestidito negro, en una mesita apartada.

Enriqueta habló. Durante su discurso se entreveía, a través del vidriado, a los Bienfilâtre inquietos, que miraban sin oír. Al fin, el padre no pudo contenerse; entreabrió la puerta, y, inclinado, con el oído al acecho, la mano en el pomo de la cerradura, escuchaba.

Y jirones de frases le llegaban cuando Enriqueta alzaba un poco la voz: «¡Uno se debe a sus semejantes!... Semejante conducta... Era ponerse en contra a toda la gente seria... ¡Un mocoso que no le da ni un cuarto!... ¡Un tunante!... El ostracismo que pesaba sobre ella... Deslindar su responsabilidad... ¡Una muchacha que ha echado su gorro por encima de los molinos!... que se pasa el día bostezando... que, hace poco todavía... llevaba la voz cantante... Esperaba que la voz de aquellos señores, más autorizada que la suya, que los consejos de su vieja experiencia esclarecida... la devolverían a ideas

más sanas y más prácticas... ¡No se está en la tierra para divertirse!... Les suplicaba que intercedieran... ¡Había apelado a recuerdos de infancia!... ¡A la voz de la sangre! Todo había sido en vano... Ya nada vibraba en ella. ¡Una muchacha perdida! ¡Y qué aberración!... ¡Ay!».

En ese momento, el padre entró, encorvado, en la sala honorable. A la vista de la desgracia inmerecida, todos se levantaron. Hay ciertos dolores que no se intenta consolar. Cada cual vino, en silencio, a estrechar la mano del digno anciano, para testimoniarle, discretamente, la parte que tomaban en su infortunio.

Olimpia se retiró, avergonzada y pálida. Había vacilado un instante, sintiéndose culpable, en arrojarse a los brazos de la familia y de la amistad, siempre abiertos al arrepentimiento. Pero la pasión había vencido. Un primer amor echa en el corazón raíces profundas que ahogan hasta los gérmenes de los sentimientos anteriores.

Sin embargo, el escándalo había tenido, en el organismo de Olimpia, una repercusión fatal. Su conciencia, atormentada, se rebelaba. La fiebre la acometió al día siguiente. Se metió en cama. *Se moría de vergüenza*, literalmente. Lo moral mataba lo físico: la hoja gastaba la vaina.

Acostada en su cuartito, y sintiendo cercano el tránsito, llamó. Buenas almas vecinas le trajeron un ministro del cielo. Una de ellas hizo notar que Olimpia estaba débil y necesitaba tomar *fortificaciones*. Una criada para todo le subió, pues, un caldo.

El sacerdote se presentó.

El viejo eclesiástico se esforzó por calmarla con palabras de paz, de olvido y de misericordia.

—¡Tuve un amante!... murmuraba Olimpia, acusándose así de su deshonor.

Omitía todas las pequeñas faltas, los murmullos, las impaciencias de su vida. Solo esto le venía a la mente: era la obsesión. «¡Un amante! ¡Por placer! ¡Sin ganar nada!». Ahí estaba el crimen.

No quería atenuar su falta hablando de su vida anterior, hasta entonces siempre pura y toda ella abnegación. Sentía bien que en eso era irreprochable. ¡Pero aquella vergüenza en que sucumbía, de haber guardado fielmente amor a un joven sin posición y que, según la expresión exacta y vengativa de su hermana, no le daba ni un cuarto! Enriqueta, que jamás había faltado, se le aparecía como envuelta en gloria. Se sentía condenada y temía los rayos del soberano juez, ante el cual podía hallarse cara a cara, de un momento a otro.

El eclesiástico, habituado a todas las miserias humanas, atribuía al delirio ciertos puntos que le parecían inexplicables, difusos incluso, en la confesión de Olimpia. Hubo allí, quizá, un *quid pro quo*, ciertas expresiones de la pobre niña habiendo dejado pensativo al abate, dos o tres veces. Pero el arrepentimiento, el remordimiento, siendo el único punto del que debía preocuparse, poco importaba el *detalle* de la falta; la buena voluntad de la penitente, su dolor sincero bastaban. En el momento, pues, en que iba a levantar la mano para absolver, la puerta se abrió con estrépito: era Maxime, espléndido, de aire feliz y radiante, la mano llena de unos escudos y de tres o cuatro napoleones que hacía bailar y sonar triunfalmente. Su familia se había prestado a ello con motivo de sus exámenes: era para sus matrículas.

Olimpia, sin reparar de momento en esta circunstancia atenuante y significativa, tendió, con horror, los brazos hacia él.

Maxime se había detenido, estupefacto ante aquel cuadro.

—¡Ánimo, hija mía!... murmuró el sacerdote, que creyó ver, en el movimiento de Olimpia, un adiós definitivo al objeto de un gozo culpable e inmodesto.

En realidad, era solamente el *crimen* de aquel joven lo que ella rechazaba, y ese crimen era el de no ser «serio».

Pero en el momento en que el augusto perdón descendía sobre ella, una sonrisa celeste iluminó sus rasgos inocentes: el sacerdote pensó que se sentía salvada, y que oscuras visiones seráficas

transparecían para ella sobre las mortales tinieblas de la última hora. Olimpia, en efecto, acababa de ver, vagamente, las piezas del metal sagrado relucir entre los dedos transfigurados de Maxime. ¡Fue solamente *entonces* cuando sintió los efectos saludables de las misericordias supremas! Un velo se rasgó. ¡Era el milagro! Por esta señal evidente, se veía perdonada desde lo alto, y redimida.

Deslumbrada, apaciguada la conciencia, cerró los párpados como para recogerse antes de abrir sus alas hacia los azules infinitos. Luego sus labios se entreabrieron y su último aliento se exhaló, como el perfume de un lirio, murmurando estas palabras de esperanza: «¡Ha alumbrado!».

VÉRA

A Madame la comtesse d'Osmoy.

La forma del cuerpo le es más *esencial* que su sustancia.

LA FISIOLOGÍA MODERNA.

El Amor es más fuerte que la Muerte, dijo Salomón: sí, su misterioso poder es ilimitado.

Era al caer de una tarde de otoño, en estos últimos años, en París. Hacia el sombrío barrio de Saint-Germain, coches ya encendidos rodaban, rezagados, después de la hora del Bosque. Uno de ellos se detuvo ante el portalón de un vasto hotel señorial, rodeado de jardines seculares; el arco estaba coronado por el escudo de piedra, con las armas de la antigua familia de los condes de Athol, a saber: *de azur, con la estrella hundida de plata*, con la divisa «PALLIDA VICTRIX», bajo la corona vuelta de armiño con el gorro principesco. Los pesados batientes se abrieron. Un hombre de treinta a treinta y cinco años, de luto, de rostro mortalmente pálido, descendió. En la escalinata, taciturnos criados alzaban antorchas. Sin verlos, subió los peldaños y entró. Era el conde de Athol.

Vacilante, subió las blancas escaleras que llevaban a aquella alcoba donde, aquella misma mañana, había acostado en un ataúd de terciopelo y envuelta en violetas, entre oleadas de batista, a su dama de voluptuosidad, a su desposada que palidecía, Véra, su desesperación.

Arriba, la suave puerta giró sobre la alfombra; alzó el cortinaje.

Todos los objetos estaban en el lugar donde la condesa los había dejado la víspera. La Muerte, súbita, había fulminado. La noche anterior, su amada se había desvanecido en gozos tan profundos, se había perdido en abrazos tan exquisitos, que su corazón, quebrado de delicias, había desfallecido: sus labios se habían mojado bruscamente de una púrpura mortal. Apenas había tenido tiempo de dar a su esposo un beso de despedida, sonriendo, sin una palabra: luego sus largas pestañas, como velos de luto, se habían abatido sobre la hermosa noche de sus ojos.

La jornada sin nombre había pasado.

Hacia mediodía, el conde de Athol, tras la horrenda ceremonia del panteón familiar, había despedido en el cementerio al negro cortejo. Luego, encerrándose, solo, con la difunta, entre los cuatro muros de mármol, había tirado tras de sí la puerta de hierro del mausoleo. Ardía incienso sobre un trípode, ante el ataúd: una corona luminosa de lámparas, a la cabecera de la joven finada, la estrellaba.

Él, de pie, pensativo, con el único sentimiento de una ternura sin esperanza, había permanecido allí todo el día. Hacia las seis, al crepúsculo, había salido del lugar sagrado. Al volver a cerrar el sepulcro, había arrancado de la cerradura la llave de plata, y, alzándose sobre el último peldaño del umbral, la había arrojado suavemente al interior de la tumba. La había lanzado sobre las losas interiores por el trébol que coronaba el portal. ¿Por qué esto?... Sin duda, en virtud de alguna resolución misteriosa de no volver jamás.

Y ahora volvía a ver la alcoba viuda.

El ventanal, bajo las vastas cortinas de casimir malva bordado de oro, estaba abierto: un último rayo de la tarde iluminaba, en un marco de madera antigua, el gran retrato de la fallecida. El conde miró, a su alrededor, el vestido arrojado, la víspera, sobre un sillón; en la chimenea, las joyas, el collar de perlas, el abanico entreabierto, los pesados frascos de perfume que *Ella* no volvería a respirar. Sobre el lecho de ébano de columnas retorcidas, que había quedado deshecho, junto a la almohada donde el lugar de la cabeza adorada

y divina era aún visible entre los encajes, vio el pañuelo enrojecido de gotas de sangre donde su alma joven había batido un instante las alas; el piano abierto, sosteniendo una melodía inacabada para siempre; las flores indias cogidas por ella, en el invernadero, y que se morían en viejos jarrones de Sajonia; y, al pie de la cama, sobre una piel negra, las pequeñas babuchas de terciopelo oriental, sobre las cuales una divisa risueña de Véra brillaba, bordada en perlas: *Quien vea a Véra la amará*. ¡Los pies desnudos de la amada jugaban allí ayer mismo por la mañana, besados, a cada paso, por el plumón de los cisnes! Y allí, allí, en la sombra, el reloj, cuyo resorte había roto para que no diera ya más horas.

¡Así pues, se había ido!... ¡*Adónde*, entonces!... ¿Vivir ahora, para qué?... Era imposible, absurdo.

Y el conde se abismaba en pensamientos desconocidos.

Pensaba en toda la existencia pasada. Habían transcurrido seis meses desde aquella boda. ¿No fue en el extranjero, en el baile de una embajada, donde la había visto por primera vez?... Sí. Aquel instante resucitaba ante sus ojos, muy nítido. Ella se le aparecía allí, radiante. Aquella noche, sus miradas se habían encontrado. Se habían reconocido, íntimamente, de igual naturaleza, y destinados a amarse para siempre.

Los comentarios decepcionantes, las sonrisas que observan, las insinuaciones, todas las dificultades que suscita el mundo para retrasar la inevitable felicidad de quienes se pertenecen, se habían desvanecido ante la tranquila certeza que tuvieron, en aquel mismo instante, el uno del otro.

Véra, hastiada de las insulseces ceremoniosas de su entorno, había ido hacia él desde la primera circunstancia contrariante, simplificando así, de manera augusta, los trámites banales donde se pierde el tiempo precioso de la vida.

¡Oh! ¡Cómo, a las primeras palabras, las vanas apreciaciones de los indiferentes hacia ellos les parecieron una bandada de aves

nocturnas volviendo a las tinieblas! ¡Qué sonrisa intercambiaron!
¡Qué inefable abrazo!

Sin embargo, isu naturaleza era de lo más extraña, en verdad! Eran dos seres dotados de sentidos maravillosos, pero exclusivamente terrestres. Las sensaciones se prolongaban en ellos con una intensidad inquietante. Se olvidaban de sí mismos a fuerza de experimentarlas. En cambio, ciertas ideas, las del alma, por ejemplo, del Infinito, *de Dios mismo*, estaban como veladas a su entendimiento. La fe de tantos vivos en las cosas sobrenaturales no era para ellos más que motivo de vago asombro: letra cerrada de la que no se preocupaban, no teniendo autoridad para condenar ni justificar. Así, reconociendo bien que el mundo les era ajeno, se habían aislado, nada más unirse, en aquel viejo y sombrío hotel, donde el espesor de los jardines amortiguaba los ruidos de fuera.

¡Allí, los dos amantes se sepultaron en el océano de aquellos goces lánguidos y perversos donde el espíritu se mezcla con la carne misteriosa! Apuraron la violencia de los deseos, los estremecimientos y las ternuras enajenadas. Se convirtieron en el latido del ser el uno del otro. En ellos, el espíritu penetraba tan bien el cuerpo, que sus formas les parecían intelectuales, y los besos, mallas ardientes, los encadenaban en una fusión ideal. ¡Largo deslumbramiento! De pronto el hechizo se rompía; el terrible accidente los desunía; sus brazos se habían desenlazado. ¿Qué sombra le había arrebatado a su muerta querida? ¡Muerta! No. ¿Acaso el alma de los violonchelos se lleva consigo el grito de una cuerda que se rompe?

Las horas pasaron.

Él miraba, por el ventanal, la noche que avanzaba en los cielos: y la Noche le parecía *personal*; le parecía una reina caminando, con melancolía, en el exilio, y el broche de diamante de su túnica de luto, Venus, sola, brillaba, por encima de los árboles, perdida en el fondo del azul.

—Es Véra, pensó.

Ante ese nombre, pronunciado en voz muy baja, se estremeció como un hombre que despierta; luego, incorporándose, miró a su alrededor.

Los objetos, en la alcoba, estaban ahora iluminados por un resplandor hasta entonces impreciso, el de una lamparilla, azulando las tinieblas, y que la noche, subida al firmamento, hacía aparecer allí como otra estrella. Era la lamparilla, con olor a incienso, de un iconostasio, relicario familiar de Véra. El tríptico, de una vieja madera preciosa, colgaba, de su cordel ruso, entre el espejo y el cuadro. Un reflejo de los oros del interior caía, vacilante, sobre el collar, entre las joyas de la chimenea.

El nimbo pleno de la Madona en vestiduras celestiales brillaba, sonrosado por la cruz bizantina cuyos finos y rojos lineamientos, fundidos en el reflejo, sombreaban con un tinte de sangre el oriente así encendido de las perlas. Desde la infancia, Véra compadecía, con sus grandes ojos, el rostro materno y tan puro de la madona heredada, y, por su naturaleza, ¡ay!, no pudiendo consagrarle más que un *supersticioso* amor, se lo ofrecía a veces, ingenua, pensativa, cuando pasaba delante de la lamparilla.

El conde, ante esta visión, tocado en lo más secreto del alma por dolorosos recuerdos, se irguió, apagó de prisa la llama santa, y, a tientas, en la sombra, tendiendo la mano hacia un cordón, llamó.

Un criado se presentó: era un anciano vestido de negro; llevaba una lámpara, que dejó ante el retrato de la condesa. Cuando se dio la vuelta, fue con un escalofrío de supersticioso terror que vio a su amo de pie y sonriente como si nada hubiera pasado.

—Raymond —dijo tranquilamente el conde—, *esta noche estamos rendidos de cansancio, la condesa y yo*; servirás la cena hacia las diez. A propósito, hemos resuelto aislarnos más, aquí, desde mañana. Ninguno de mis criados, salvo tú, debe pasar la noche en el hotel. Les entregarás el salario de tres años, y que se retiren. Luego, cerrarás la barra del portalón; encenderás las antorchas abajo, en el comedor; tú nos bastarás. No recibiremos a nadie en adelante.

El anciano temblaba y lo miraba con atención.

El conde encendió un cigarro y bajó a los jardines.

El criado pensó al principio que el dolor, demasiado pesado, demasiado desesperado, había extraviado el juicio de su amo. Lo conocía desde la infancia; comprendió, al instante, que el choque de un despertar demasiado súbito podía ser fatal para aquel sonámbulo. Su deber, ante todo, era el respeto de tal secreto.

Bajó la cabeza. ¿Una complicidad devota a este religioso sueño? ¿Obedecer?... ¿Seguir sirviendo/os sin tener en cuenta a la Muerte? ¡Qué extraña idea!... ¿Duraría una noche?... ¡Mañana, mañana, ay!... ¡Ah, quién sabía!... ¡Quizá!... ¡Proyecto sagrado, después de todo! ¿Con qué derecho reflexionaba él?...

Salió de la alcoba, ejecutó las órdenes al pie de la letra y, esa misma noche, comenzó la insólita existencia.

Se trataba de crear un espejismo terrible.

La incomodidad de los primeros días se borró pronto. Raymond, al principio con estupor, luego por una especie de deferencia y de ternura, se había ingeniado tan bien para ser natural, que no habían transcurrido tres semanas cuando se sintió, por momentos, casi engañado él mismo por su buena voluntad. ¡La segunda intención palidecía! A veces, sintiendo una suerte de vértigo, tuvo necesidad de decirse que la condesa estaba positivamente muerta. Se dejaba prender por aquel juego fúnebre y olvidaba a cada instante la realidad. Pronto necesitó más de una reflexión para convencerse y recobrase. Vio bien que acabaría por abandonarse por entero al magnetismo espantoso del que el conde impregnaba poco a poco la atmósfera a su alrededor. Tenía miedo, un miedo indeciso, dulce.

¡D'Athol, en efecto, vivía absolutamente en la inconsciencia de la muerte de su amada! No podía sino encontrarla siempre presente, tanto se mezclaba la forma de la joven mujer con la suya. Ora, en un banco del jardín, los días de sol, leía en voz alta las poesías que ella amaba; ora, por la tarde, junto al fuego, con las dos tazas de té

sobre un velador, conversaba con la *Ilusión* sonriente, sentada, ante sus ojos, en el otro sillón.

Los días, las noches, las semanas volaron. Ni el uno ni el otro sabía lo que hacían. Y sucedían ahora fenómenos singulares, en los que se volvía difícil distinguir el punto donde lo imaginario y lo real eran idénticos. Una presencia flotaba en el aire: una forma se esforzaba en transparentarse, en tramarse sobre el espacio devenido indefinible.

D'Athol vivía doble, como un iluminado. Un rostro dulce y pálido, entrevisto como el relámpago, entre dos parpadeos, un débil acorde pulsado en el piano, de pronto; un beso que le cerraba la boca en el momento en que iba a hablar, afinidades de pensamientos *femeninos* que se despertaban en él en respuesta a lo que decía, un desdoblamiento de sí mismo tal, que sentía, como en una bruma fluida, el perfume vertiginosamente dulce de su amada junto a él, y, por la noche, entre la vigilia y el sueño, palabras oídas muy bajo: todo se lo advertía. ¡Era una negación de la Muerte elevada, en fin, a una potencia desconocida!

Una vez, d'Athol la sintió y la vio tan bien junto a él, que la tomó en sus brazos: pero ese movimiento la disipó.

—¡Niña! —murmuró sonriendo.

Y volvió a dormirse como un amante enfurruñado por su amante risueña y adormilada.

El día de *su* santo, colocó, en broma, una siempreviva en el ramo que arrojó sobre la almohada de Véra.

—Puesto que se cree muerta —dijo.

Gracias a la profunda y todopoderosa voluntad del señor de Athol, que, a fuerza de amor, forjaba la vida y la presencia de su esposa en el hotel solitario, aquella existencia había acabado por adquirir un encanto sombrío y persuasivo. Raymond, él mismo, ya no experimentaba ningún espanto, habiéndose acostumbrado gradualmente a aquellas impresiones.

Un vestido de terciopelo negro entrevisto en el recodo de una alameda; una voz risueña que lo llamaba en el salón; un timbrazo por la mañana, al despertarse, como antaño; todo eso le había resultado familiar: se hubiera dicho que la muerta jugaba a lo invisible, como una niña. ¡Se sentía tan amada! Era muy *natural*.

Había pasado un año.

La noche del Aniversario, el conde, sentado junto al fuego, en la alcoba de Véra, acababa de leer/*le* un fabliau florentino: *Calímaco*. Cerró el libro; luego, sirviéndose té:

—*Douschka* —dijo—, ¿te acuerdas del Valle de las Rosas, de las orillas del Lahn, del castillo de las Cuatro Torres?... Esta historia te los ha recordado, ¿verdad?

Se levantó, y, en el espejo azulado, se vio más pálido que de costumbre. Tomó un brazalete de perlas de una copa y miró las perlas con atención. ¿No se las había quitado Véra del brazo, hacía un momento, antes de desvestirse? Las perlas estaban aún tibias y su oriente más suavizado, como por el calor de su carne. ¡Y el ópalo de aquel collar siberiano, que también amaba el hermoso seno de Véra hasta palidecer, enfermizamente, en su malla de oro, cuando la joven lo olvidaba durante algún tiempo! ¡Antaño la condesa amaba por eso aquella piedra fiel!... Esta noche el ópalo brillaba como si acabara de ser abandonado y como si el magnetismo exquisito de la bella muerta lo penetrara todavía. ¡Al dejar de nuevo el collar y la piedra preciosa, el conde tocó por azar el pañuelo de batista cuyas gotas de sangre estaban húmedas y rojas como claveles sobre nieve!... Allí, en el piano, ¿quién había vuelto la página final de la melodía de antaño? ¡Cómo! ¡La lamparilla sagrada se había vuelto a encender, en el relicario! ¡Sí, su llama dorada iluminaba místicamente el rostro, de ojos cerrados, de la Madona! ¿Y aquellas flores orientales, recién cortadas, que se abrían allí, en los viejos jarrones de Sajonia, qué mano acababa de colocarlas? La alcoba parecía alegre y dotada de vida, de un modo más significativo y más intenso que de costumbre. ¡Pero nada podía sorprender al conde! Le

parecía tan normal, que ni siquiera notó que la hora sonaba en aquel reloj detenido desde hacía un año.

¡Sin embargo, aquella noche, se hubiera dicho que, desde el fondo de las tinieblas, la condesa Véra se esforzaba adorablemente por volver a aquella alcoba toda perfumada de ella! ¡Había dejado allí tanto de sí misma! Todo lo que había constituido su existencia la atraía hacia allí. Su encanto flotaba allí; ilas largas violencias hechas por la voluntad apasionada de su esposo debían de haber aflojado los vagos lazos de lo Invisible a su alrededor!...

Ella estaba *obligada a ello*. Todo lo que amaba estaba allí.

¡Debía de tener ganas de venir a sonreírse aún en aquel espejo misterioso donde tantas veces había admirado su rostro de lirio! La dulce muerta, allá lejos, se había estremecido, sin duda, entre sus violetas, bajo las lámparas apagadas; la divina muerta se había estremecido, en el panteón, completamente sola, mirando la llave de plata arrojada sobre las losas. ¡Ella quería venir hacia él, también! Y su voluntad se perdía en la idea del incienso y del aislamiento. La Muerte solo es una circunstancia definitiva para quienes esperan los cielos; pero la Muerte, y los Cielos, y la Vida, para ella, ¿no eran su abrazo? Y el beso solitario de su esposo atraía sus labios, en la sombra. Y el sonido pasado de las melodías, las palabras embriagadas de antaño, las telas que cubrían su cuerpo y guardaban su perfume, aquellas piedras preciosas mágicas que la *querían*, en su oscura simpatía, y sobre todo la inmensa y absoluta impresión de su presencia, opinión compartida al fin por las cosas mismas, todo la llamaba allí, la atraía allí desde hacía tanto tiempo, y tan insensiblemente, que, curada al fin de la Muerte dormida, ¡ya no faltaba más que *Ella misma*!

¡Ah! ¡Las Ideas son seres vivos!... El conde había ahuecado en el aire la forma de su amor, y era preciso que ese vacío fuera colmado por el único ser que le era homogéneo, de lo contrario el Universo se habría derrumbado. ¡La impresión pasó, en ese momento, definitiva, simple, absoluta, de que *Ella debía de estar allí, en la alcoba*! Estaba tan tranquilamente seguro de ello como de su propia existencia, y

todas las cosas, a su alrededor, estaban saturadas de esa convicción. ¡Se la veía allí! ¡Y, *como ya no faltaba más que la propia Véra*, tangible, exterior, *era preciso que se hallara allí* y que el gran Sueño de la Vida y de la Muerte entreabriera un momento sus puertas infinitas! ¡El camino de resurrección era enviado por la fe hasta ella! Una fresca risa musical iluminó de su alegría el lecho nupcial; el conde se dio la vuelta. Y allí, ante sus ojos, hecha de voluntad y de recuerdo, reclinada, fluida, sobre la almohada de encajes, su mano sosteniendo sus pesados cabellos negros, su boca deliciosamente entreabierta en una sonrisa toda emparaísada de voluptuosidades, ibella como para morir, por fin!, la condesa Véra lo miraba, todavía un poco adormilada.

—¡Roger!... —dijo con voz lejana.

Fue hasta ella. ¡Sus labios se unieron en un gozo divino, olvidadizo, inmortal!

Y se percataron, *entonces*, de que no eran, en realidad, sino *un solo ser*.

Las horas rozaron con vuelo extraño aquel éxtasis donde se mezclaban, por primera vez, la tierra y el cielo.

De pronto, el conde de Athol se estremeció, como golpeado por una reminiscencia fatal.

—¡Ah! ¡Ahora recuerdo!... —dijo—. ¿Qué me pasa? ¡Pero si estás muerta!

En el mismo instante, a esa palabra, la mística lamparilla del iconostasio se apagó. La pálida lucecilla de la mañana, de una mañana banal, grisácea y lluviosa, se filtró en la alcoba por los resquicios de las cortinas. Las velas palidieron y se apagaron, dejando humear acremente sus pábilos rojos; el fuego desapareció bajo una capa de cenizas tibias; las flores se marchitaron y se secaron en unos instantes; el péndulo del reloj recobró gradualmente su inmovilidad. La *certidumbre* de todos los objetos se desvaneció súbitamente. El ópalo, muerto, ya no brillaba; las manchas de sangre se habían marchitado también, sobre la batista,

junto a él; y borrándose entre los brazos desesperados que en vano querían estrecharla aún, la ardiente y blanca visión volvió al aire y se perdió en él. Un débil suspiro de adiós, distinto, lejano, llegó hasta el alma de Roger. El conde se irguió; acababa de darse cuenta de que estaba solo. Su sueño acababa de disolverse de golpe; había roto el hilo magnético de su trama radiante con una sola palabra. La atmósfera era, ahora, la de los difuntos.

Como esas lágrimas de vidrio, agregadas ilógicamente, y sin embargo tan sólidas que un golpe de mazo en su parte gruesa no las rompería, pero que se deshacen en un súbito e impalpable polvo si se rompe su extremo más fino que la punta de una aguja, todo se había desvanecido.

—¡Oh! —murmuró—, ¡esto se ha acabado! ¡Perdida!... ¡Sola del todo! ¿Cuál es el camino, ahora, para llegar hasta ti? ¡Indícame el sendero que puede conducirme hacia ti!...

¡De pronto, como una respuesta, un objeto brillante cayó de la cama nupcial, sobre la piel negra, con un ruido metálico: un rayo del horrendo día terrestre lo iluminó!... El abandonado se agachó, lo cogió, y una sonrisa sublime iluminó su rostro al reconocer aquel objeto: era la llave de la tumba.

VOX POPULI

A Monsieur Leconte de Lisle

«El soldado prusiano hace su café en una linterna sorda.»

EL SARGENTO HOFF.

¡Gran revista en los Campos Elíseos, aquel día!

He aquí doce años sufridos desde aquella visión.—Un sol de verano quebraba sus largas flechas de oro sobre los tejados y las cúpulas de la vieja capital. Miríadas de cristales se devolvían deslumbramientos: el pueblo, bañado en una polvorienta luz, atestaba las calles para ver al ejército.

Sentado, delante de la verja del atrio de Notre-Dame, en un alto plegable de madera,—y las rodillas cruzadas entre negros harapos,—el centenario Mendigo, decano de la Miseria de París,—rostro de duelo de tez cenicienta, piel surcada de arrugas color de tierra,—las manos juntas bajo el cartel que consagraba legalmente su ceguera, ofrecía su aspecto de sombra al *Te Deum* de la fiesta circundante.

¿No era todo aquel mundo su prójimo? ¿No eran los transeúntes alegres sus hermanos? ¡A buen seguro que sí, Especie humana! Por lo demás, aquel huésped del soberano pórtico no carecía de todo bien: el Estado le había reconocido el derecho a ser ciego.

Propietario de ese título y de la respetabilidad inherente a ese lugar de limosnas seguras que oficialmente ocupaba, poseyendo, en fin, calidad de elector, era nuestro igual,—salvo en lo de la Luz.

Y aquel hombre, especie de rezagado entre los vivos, articulaba, de cuando en cuando, una queja monótona,—silabización evidente del hondo suspiro de toda su vida:

—«¡Tened piedad de un pobre ciego, por favor!»

¡Alrededor de él, bajo las poderosas vibraciones caídas del campanario,—*fuera*, allá, más allá del muro de sus ojos,—pisoteos de caballería, y, a ráfagas, toques de atención, aclamaciones mezcladas con las salvas de los Inválidos, con los gritos altivos de los mandos, susurros de acero, truenos de tambores marcando desfiles interminables de infantería, todo un rumor de gloria le llegaba! Su oído agudísimo percibía hasta el ondear de estandartes de pesadas franjas rozando corazas. En el entendimiento del viejo cautivo de la oscuridad, mil relámpagos de sensaciones, presentidas e indistintas, se evocaban! Una adivinación le advertía de lo que enfebrecía los corazones y los pensamientos en la Ciudad.

Y el pueblo, fascinado, como siempre, por el prestigio que emana, para él, de los golpes de audacia y de fortuna, profería, en clamor, este voto del momento:

—«¡Viva el Emperador!»

Pero, entre las bonanzas de toda aquella triunfal tempestad, una voz perdida se alzaba del lado de la verja mística. El viejo hombre, la nuca vuelta contra la picota de sus barrotes, girando sus pupilas muertas hacia el cielo, olvidado de aquel pueblo del que parecía, él solo, expresar el voto verdadero, el voto oculto bajo los hurras, el voto secreto y personal, salmodiaba, augural intercesor, su frase ahora misteriosa:

—«¡Tened piedad de un pobre ciego, por favor!»

¡Gran revista en los Campos Elíseos, aquel día!

¡He aquí *diez* años volados desde el sol de aquella fiesta! ¡Mismos ruidos, mismas voces, mismo humo! Una sordina, sin embargo, atemperaba entonces el tumulto del júbilo público. Una sombra agravaba las miradas. Las salvas convenidas de la plataforma del

Pritaneo se complicaban, esta vez, con el retumbar lejano de las baterías de nuestros fuertes. Y, aguzando el oído, el pueblo trataba ya de discernir, en el eco, la respuesta de las piezas enemigas que se aproximaban.

El gobernador pasaba, dirigiendo a todos numerosas sonrisas y guiado por el trote de ambladura de su fino caballo. El pueblo, tranquilizado por esa confianza que inspira siempre una compostura irreprochable, alternaba con cantos patrióticos los aplausos del todo militares con que honraba la presencia de aquel soldado.

Pero las sílabas del antiguo vítor furioso se habían modificado: el pueblo, enajenado, profería este voto del momento:

—«¡Viva la República!»

Y, allá, del lado del umbral sublime, se distinguía siempre la voz solitaria de Lázaro. El Vocero del pensamiento oculto del pueblo no modificaba, él, la rigidez de su fija queja.

Alma sincera de la fiesta, alzando al cielo sus ojos apagados, exclamaba, entre silencios, y con el acento de una constatación:

—«¡Tened piedad de un pobre ciego, por favor!»

¡Gran revista en los Campos Elíseos, aquel día!

¡He aquí *nueve* años soportados desde aquel sol turbio!

¡Oh! ¡ismos rumores! ¡ismos estrépitos de armas! ¡ismos relinchos! Más apagados aún, sin embargo, que el año precedente: chillones, con todo.

—«¡Viva la Comuna!» clamaba el pueblo, al viento que pasa.

Y la voz del secular Elegido de la Desdicha repetía, siempre, allá, en el umbral sagrado, su estribillo rectificador del único pensamiento de aquel pueblo. Sacudiendo la cabeza hacia el cielo, gemía en la sombra:

—«¡Tened piedad de un pobre ciego, por favor!»

Y, dos lunas más tarde, cuando, a las últimas vibraciones del toque de rebato, el Generalísimo de las fuerzas regulares del Estado pasaba revista a sus doscientos mil fusiles, ¡ay!, aún humeantes de la triste guerra civil, el pueblo, aterrorizado, gritaba, mirando arder, a lo lejos, los edificios:

—«¡Viva el Mariscal!»

Allá, del lado del recinto salubre, la inmutable Voz, la voz del veterano de la humana Miseria, repetía su maquinalmente dolorosa e implacable obsecración:

—«¡Tened piedad de un pobre ciego, por favor!»

¡Y, desde entonces, de año en año, de revistas en revistas, de vociferaciones en vociferaciones, cualquiera que fuese el nombre lanzado al azar del espacio por el pueblo en sus *vivas*, aquellos que escuchan, atentamente, los ruidos de la tierra, han distinguido siempre, en lo más recio de los clamores revolucionarios y de las fiestas belicosas que a ellos siguen, la Voz lejana, la Voz *verdadera*, la íntima Voz del simbólico Mendigo terrible!—del Vigilante nocturno que grita la hora exacta del Pueblo,—del incorruptible centinela de la conciencia de los ciudadanos, de aquel que restituye íntegramente la oración oculta de la Muchedumbre y resume su suspiro.

Pontífice inflexible de la Fraternidad, ese Titular autorizado de la ceguera física no ha cesado nunca de implorar, mediador inconsciente, la caridad divina, por sus hermanos de la inteligencia.

Y, cuando, ebrio de fanfarrias, de campanas y de artillería, el Pueblo, turbado por esos estrépitos halagadores, trata en vano de ocultarse a sí mismo su voto verdadero, bajo cualesquiera sílabas mentirosamente entusiastas, el Mendigo, él, el rostro al Cielo, los brazos alzados, a tientas, en sus grandes tinieblas, se yergue en el umbral eterno de la Iglesia,—y, con una voz cada vez más lamentable, pero que parece llevarse más allá de las estrellas, sigue gritando su rectificación de profeta:

—«¡Tened piedad de un pobre ciego, por favor!»

DOS AUGURES

¡Sobre todo, nada de genio!

(*Divisa moderna.*)

Jóvenes de Francia, almas de pensadores y de escritores, maestros de un Arte futuro, jóvenes creadores que venís, el relámpago en la frente, confiados en vuestra fe nueva, decididos a adoptar, si es preciso, esta divisa, por ejemplo, que yo os ofrezco: «¡AGUANTAR, PARA DURAR!»; vosotros que, todavía perdidos, bajo vuestra lámpara de estudio, en alguna fría habitación de la capital, os habéis dicho, en voz baja: «¡Oh prensa poderosa, dame tus millares de hojas, donde escribiré pensamientos de una belleza nueva!»; vosotros que tenéis la legítima esperanza de que os sea permitido hablar en ellas según lo que tenéis por misión decir, y no repetir en ellas lo que la turba enloquecida quiere que se le diga,—vosotros pensáis, humildes y pobres, ¿que vuestras páginas de luz, arrojadas a la Humanidad, os pagarán, al menos, el precio de vuestro pan cotidiano y el aceite de vuestros desvelos?

Pues bien, escuchad el coloquio extraño y de apariencia paradójica,—aunque del más incontestable de los realismos—, que se estableció, recientemente, entre cierto director de una de esas gacetas y uno de nuestros amigos, el cual se había disfrazado un día, por curiosidad, de aspirante a periodista.

Esta escena, que tiene el aire, en mi espíritu, de *suceder siempre*, —y todas las demás, de este género, no debiendo ser, en el fondo,—tácitas o habladas,—sino la moneda menuda de aquella (ila eterna!),

—me veo obligado, oh vosotros que estáis predestinados a renovarla vosotros mismos, a situarla en el presente de indicativo.

Penetremos en ese despacho, casi siempre de un verde tan hermoso, donde el director,—uno de esos hombres que tratan a los honestos burgueses de «materia abonable»,—está sentado ante su mesa, un codo apoyado en el brazo del sillón, la barbilla en la mano, con aire de meditar y jugando negligentemente, con la otra mano, con el tradicional cortapapeles de marfil.

Aparece un mozo de sala: entrega una tarjeta a aquel pensador.

Este la toma, le echa una ojeada distraída, luego arquea unas cejas inquietas y, tras un ligero sobresalto, recobrándose:

—¿Un «*Desconocido*»? —murmura—; ¡bah! algún gascón que se jacta para llegar hasta mí. Todo el mundo es conocido, hoy en día, calado hasta el fondo.—¿Y qué facha tiene ese señor?

—Es un joven, señor.

—¡Diablos! Que pase.

Un instante después aparece nuestro joven amigo.

El director se levanta y, con su voz más afable:

—¿Tengo el honor de hablar, en efecto, con un desconocido? —murmura.

—Jamás hubiera osado presentarme sin ese título —responde el supuesto plumífero.

—Tenga la bondad de tomar asiento.

—Vengo a ofrecerle una pequeña crónica de actualidad,—un poco atrevida, naturalmente...

—Ni que decir tiene. Vayamos al grano. ¿A cuánto ascendería su precio por línea?

—Pues, ¿de 3 francos a 3 fr. 50? ¿No es así? —responde, gravemente, el neófito.

(Sobresalto del director.)

—Permítame: ini el «Montépin», ni siquiera el «Hugo», ni el «du Terrail», se pagan a ese precio! —replica.

El joven se levanta y, con tono frío:

—¡Veo que el señor director olvida que soy *to-tal-men-te* desconocido! —dice.

Un silencio.

—Vuelva a sentarse, se lo ruego. Los negocios no se tratan así. No niego que, en los tiempos que corren, un desconocido sea, en efecto, un pájaro raro: sin embargo...

—Añadiré, señor,—interrumpe, con tono desenvuelto, el aspirante a escritor—, que soy, ¡oh!, sin la sombra de un talento, de una ausencia de talento... imagistral! Lo que se llama un «cretino» en el lenguaje del mundo. Mi único talento consiste en estar versado en los arcanos del boxeo inglés y del irlandés, un poco cerrados.—En cuanto a la Literatura, se lo declaro, para mí es letra cerrada y sellada con siete sellos.

—¿Cómo? —exclama el director, temblando de gozo—, ¡afirma usted carecer de talento literario, joven presuntuoso!

—Estoy en condiciones de probar, en el acto, mi impericia en la materia.

—¡Imposible, ay!—¡Se jacta usted!... —balbucea el director, visiblemente conmovido en lo más secreto de sus más viejas esperanzas.

—Soy, continúa el desconocido con una dulce sonrisa, lo que se llama un plumífero deslucido y presuntuoso, dotado de una necedad de ideas y de una trivialidad de estilo de primer orden, una pluma vulgar por excelencia.

—¿Usted? ¡Vamos, hombre!—¡Ah! ¡Si fuera verdad!

—Señor, se lo juro...

—¡A otro perro con ese hueso! —replica el director, los ojos humedecidos y con una sonrisa melancólica.

Luego, mirando al joven con enternecimiento:

—¡Sí, ahí está la Juventud, que de nada duda! ¡El fuego sagrado! ¡Las ilusiones! ¡Al primer golpe, ya se cree uno llegado!...—¿Ningún talento, dice usted? Pero ¿sabe usted bien, señor, que hace falta, hoy en día, ser un hombre de lo más notable para no tener ningún talento? ¿Un hombre considerable?... que, a menudo, no se llega a ello sino al precio de una cincuentena de años de luchas, de trabajos, de humillaciones y de miseria, y que, entonces, no se es sino un advenedizo? ¡Oh juventud! ¡Primavera de la vida! *¡Primavera della vita!* Pero yo, señor,—yo, que le hablo,—hace veinte años que busco a un hombre ¡QUE NO TENGA TALENTO!... ¿Me oye usted?... Jamás he podido encontrar uno. He gastado más de medio millón en esa caza del mirlo blanco: ¡me he «embalado» en esa loca empresa! ¡Qué quiere usted! Era joven, cándido, me he arruinado.—Todo el mundo tiene talento, hoy en día, mi querido señor; usted, lo mismo que los demás. No nos hagamos cumplidos. Créame, es inútil. Es cosa vieja, es *un ardid*, ya no cuela. Seamos serios.

—Señor, semejantes sospechas... ¡Si yo tuviera talento, no estaría aquí!

—¿Y dónde estaría, entonces?

—Curándome, se lo aseguro.

—El caso es —gorjea entonces el director, ablandándose y siempre con su fina sonrisa—, el caso es que mi mozo de sala,—mire, el gracioso que le trajo su tarjeta (un licenciado en letras, si le parece, y condecorado como tal—¡eh! ¡qué hermosa es la Ciencia! ¡Hoy en día eso lleva a todo!)—no es ni más ni menos que el autor de tres o cuatro magníficas obras dramáticas y, pásenme la palabra, «literarias», coronadas, en fin, en no pocos concursos del Instituto de Francia por delante de centenares de otras, representadas de preferencia, naturalmente, a las suyas. ¡Pues bien, el desdichado no ha querido seguir tratamiento alguno! Así que, en confesión de sus

mejores amigos, no es, en realidad, sino un loco que nunca llegará a nada. Lo declaran, con lágrimas en la voz, un borracho, un bohemio, un proxeneta, un granuja y un *fracasado*, añadiendo, los ojos al cielo: «¡Qué lástima!»—Dios mío, ya sé que en París,—donde está convenido que todo el mundo se deshonra por la mañana y se rehabilita por la noche,—eso no tiene mayor trascendencia;—en el fondo, es hasta una propaganda;—pero, ya que su torpe despreocupación no sabe extraer de ello una fortuna, confiese que es legítimo que se le guarde rencor. Es, pues, por pura humanidad por lo que me digno sustraerlo, momentáneamente, del hospicio. Volvamos a usted.—¿*Desconocido y sin la sombra de un talento*, decíamos?—No, no puedo creerlo. Su fortuna estaría hecha, y la mía también. ¡Seis francos la línea es lo que le ofrecería!—Veamos, entre nosotros, ¿quién me garantiza la nulidad de ese artículo?

—¡Léalo, señor! —articula, con orgullo, el joven tentador.

—¡Se nota que apenas escapa usted de la Adolescencia de ayer mismo, señor!—responde, riendo, el director—: nosotros solo leemos lo que estamos decididos a no publicar jamás. No se imprime más que la copia debidamente ilegible. Y, mire, la suya parece, a simple vista de quevedos, manchada de cierta caligrafía,—lo cual es ya de bastante mal agüero. Eso podría hacerle sospechoso de cuidar lo que hace. Ahora bien, todo periodista verdaderamente digno de ese gran título debe escribir de un solo trazo de pluma, sin importar lo que le pase por la cabeza,—iy, sobre todo, sin releerse! ¡Que ruede como pueda! Y con convicciones debidas solamente al humor del momento y al color del periódico. ¡Y adelante!... ¡Es bien evidente que, sin eso, un buen periódico diario no saldría nunca! No tenemos el ocio, mi querido señor, de perder tiempo reflexionando sobre lo que se dice, cuando el tren de provincias espera nuestros fardos de papel: en fin, ¡eso es evidente! Es preciso que el suscriptor se figure que lee algo, ya me entiende. ¡Y si usted supiera cómo, en el fondo, todo lo demás le trae sin cuidado!

—Tranquílcese, señor: es el copista...

—¡Manda copiar sus escritos!—¡Desdichado! ¿Está usted de broma?

—Mi copia no solo era ilegible, sino que estaba tan recargada de faltas de ortografía y de francés... que, a fe mía... para el primer artículo... pensé...

—¡Razón de más, al contrario, para habérmela traído tal cual!— ¿Es que el diamante nunca sabrá su valor?—¡Las faltas de ortografía, de francés!... ¿Desconoce usted que no se logra que los cajistas dejen de corregirlas,—lo cual quita, a menudo, toda la sal de un artículo? ¡Pero eso es precisamente lo natural, lo espontáneo, lo genuino que tanto aprecian los verdaderos entendidos! ¡Al ciudadano le encantan las erratas, señor! Le halaga descubrirlas. Sobre todo en provincias. Ha cometido usted un grandísimo error. ¡En fin!—Y... ¿la ha sometido usted a algún experto, esta crónica?

—¿Se lo confieso, señor director? Dudando de mí mismo, pues no tengo genio, a Dios gracias...

—¡Diantre! ¡Ya lo espero! —interrumpe el director, tras una furtiva mirada a un revólver colocado junto a él.

—Tras haber buscado el tipo que debía representar la buena media de las inteligencias públicas para esta gran prueba, mi elección recayó en mi—(¡qué más da, lo digo sin rodeos!)—en mi «portero»,—que es un viejo recadero auvernés, encanecido a fuerza de subir escaleras, agotado por los sobresaltos nocturnos y a quien una lectura demasiado exclusiva de sobres de cartas ha vuelto, literalmente, extraviado.

—¡Eh! ¡Eh! —gruñe entonces el director, ya muy atento—, la elección era, en efecto, tan sutil como práctica y acertada. Porque al público le chifla, fíjese bien en esto, ¡lo Extraordinario! Pero, como no sabe muy bien *en qué* consiste, en literatura (permítame siempre la palabra), ese mismo Extraordinario que le chifla, se sigue de ahí, a mi juicio, que la apreciación de un portero debe parecer preferible, en buen periodismo, a la del Dante.—Y... ¿qué veredicto dictó el hombre del cordón, si me hace el favor?

—¡Transportado! ¡Encantado! ¡En el séptimo cielo! Al punto de arrancarme la copia de las manos para releerla él mismo, temiendo haber sido engañado por mi manera de leer. Fue él quien me proporcionó la frase final.

—¡El botarate! ¡En lugar de dirigírmelo a mí directamente! Verá usted, un pensador lo dijo,—o hubiera debido decirlo,—el ideal del periodista es, primero, el *Reportero*, y luego el Fracasado, de cejas fruncidas (fruncidas naturalmente, se entiende, como quien las riza), que insulta de manera grosera y al azar,—y que se bate igualmente, con los ingenuos que no se encogen de hombros por ello,—para hacer consagrar, por la cobardía pública, su rabiosa mediocridad. Este dúo del cantante y del bailarín es la vida de todo periódico que se respete un poco. Al margen de los «artículos» de estas dos Columnas, todos los demás no deberían componerse sino de «frases finales» ensartadas, como perlas, al azar de la buena fortuna. ¡El Público no lee un periódico para pensar o reflexionar, qué diablos!— Se lee como se come.—Vamos, me decido a repasar su asunto:—sí, veamos, si el valor no aguarda en usted (como tan bien lo dijo ya no sé qué autor latino) al número de los años...

—¡Aquí está el manuscrito! —dice el escritor, radiante, tendiendo su obra con aire de fatuidad juvenil.

Al cabo de tres minutos, el director se sobresalta, y luego arroja, con desdén, las hojas sueltas sobre la mesa.

—¡Ya está! —gime, con un hondo suspiro—; ¡lo sabía! Otra decepción más: pero ya ni las cuento.

—¿Cómo? —murmura, como asustado, el joven héroe.

—¡Ay! ¡Mi noble amigo, pero esto está lleno de talento! ¡Siento decírselo! Esto vale tres perras la línea,—y aun así porque es usted desconocido. Dentro de ocho días, si lo inserto, será gratis, y, dentro de quince, será usted quien me pague a mí,—a menos que tome un seudónimo. Pero sí, pero sí; ¡seamos serios, de una vez! Usted no es serio, y, ya lo veo, difícilmente podrá llegar a serlo, teniendo, por desgracia, esa cualidad de talento que hace que sea usted (perdón

por la expresión) un escritor... y no el impudente malandrín sin conciencia ni pensamiento que hace un momento se jactaba de ser, para sorprender mi buena fe, mi benevolencia, mi caja y mi estima.

—¡No!... —balbucea, con el rostro consternado, el supuesto aspirante a la pluma cotidiana—, debe usted de estar cometiendo un error... hay un malentendido. No ha leído usted... con atención...

—¡Pero esto apesta a Literatura hasta hacer bajar la tirada en cinco mil ejemplares en veinticuatro horas! —exclama el director—. ¡Solo la *calidad* del estilo, se lo digo yo, constituye el talento! Un millón de plumíferos pueden, *en un periódico*, trazar la exposición de una supuesta idea... ¡Ah! *¡black upon white!* ¿Se le ocurre a un solo escritor enunciarla, a su vez y a su manera, esa idea, en un *libro*? Todo lo demás queda olvidado. ¡Ya no queda nadie! Diríase un golpe de viento sobre la arena.—Ciertamente, es muy enigmático: pero, ¿qué hacerle? así es.—Así que, si usted es un escritor, es el enemigo nato de todo periódico.

—Si aún tuviera usted solo ingenio: eso siempre se vende un poco. ¡Pero lo peor es que deja usted entrever, en el *no-sé-qué* de su frase, que busca disimular su inteligencia para no espantar al lector! ¡Qué diablos, a la gente no le gusta que la humillen! La impresionante potencia de su estilo natural transparente, una vez más, bajo ese mismo esfuerzo, ¡ya que no hay ortopedia capaz de curar un vicio tan esencial, tan redhibitorio!—¿Imprimirle a usted? ¡Pero preferiría copiar la guía de teléfonos! Sería más práctico. En una palabra, tiene usted, en esto, el aire de un caballero que, sabiendo que cierta dama, cuya dote codicia, tiene predilección por los patizambos, finge una cojera mentirosa para congraciarse con ella,—o de un extraño colegial que, para atraerse la estima y el respeto de sus profesores, de sus compañeros, se hiciera teñir el pelo de blanco.—Señor, las pocas páginas que acabo de recorrer me bastan para saber *muy bien* con quién trato.—¡Nadie se deja engañar hoy en día! El público tiene su instinto, su olfato, tan seguro como el de un animal. Conoce a los suyos y jamás se equivoca. Le adivina a usted. Presiente que, sabiendo de sobra el valor, el

significado real y sombrío de sus escritos, mira usted su apreciación, elogio o censura, como el betún de sus botines; que, en fin, sus vagos y despreocupados comentarios sobre usted son, para usted, como el cloqueo de un pavo o el ruido del viento en una cerradura. El visible esfuerzo que,—empujado, sin duda, por algún apuro económico,—ha hecho usted aquí para nivelarse con sus «ideas» lo insulta horriblemente. La torpeza de su humildad de encargo tiene vacilaciones asesinas para las hinchazones de su apática suficiencia. Su espantoso saludo de sombrero le aplasta la nariz al parecer pedirle limosna: eso no se perdona, eso, de lector a autor. Solo los hombres de genio pueden permitirse, en sus *libros*, familiaridades entonces tolerables, pues si a veces agarran a su lector de los pelos y le sacuden la caja de huesos con un puño tranquilo y soberano, ies solo para obligarlo a levantar la cabeza!—Pero, en un *periódico*, señor, esos modales son, cuando menos, fuera de lugar: comprometen el porvenir de la hoja ante los ojos del Consejo de administración. En efecto, he aquí el inconveniente de tales artículos.

—El burgués, al recorrerlos con un cerebro embotado por los negocios, abre los ojos como platos, le trata, por lo bajo, de «poeta», sonríe *in petto* y se da de baja,—declarando, en voz alta, ique tiene usted mucho talento!—Muestra así, por un lado, que sus escritos *no lo han alcanzado*; por otro, lo asesina a usted ante los ojos de sus colegas, que lo adivinan, adoptan ese mismo diapasón, lo embalsaman en elogios y, por fe o por instinto, *jamás lo leen*, porque han olfateado en usted un alma, es decir, la cosa que más odian en el mundo.—¡Y soy yo quien paga!

(Aquí el director se cruza de brazos, mirando a su interlocutor con ojos apagados):

—¡Vaya, hombre! ¿Es que toma usted al Público por un imbécil, por casualidad? ¡Es usted asombroso, palabra de honor!—Está dotado de otro género... de inteligencia que usted, eso es todo.

—Sin embargo —responde, sonriendo, el literato desenmascarado —, parecería, al escucharle, que, de los dos, el que más sinceramente ultraja al público... ¿no soy yo?

—¡Sin ninguna duda, mi joven amigo! Solo que yo lo escarnezo de una manera práctica y que me da beneficios. En efecto, el burgués (que es enemigo de todo y de sí mismo) me retribuirá siempre, individualmente, por halagar su vileza, ¡pero con una condición! Que le deje creer que es a su vecino a quien hablo. ¿Qué importa el estilo en este asunto? La única divisa que un hombre de letras serio debe adoptar hoy en día es esta: ¡SÉ MEDIOCRE! Es la que yo he elegido. De ahí mi notoriedad.—¡Ah! En materia de burguesía francesa, ya no estamos en los tiempos de Eustache de Saint-Pierre, ¡ya ve usted!—Hemos progresado. ¡El Espíritu humano avanza! Hoy el estado llano, en su totalidad, no desea ya, y con razón, sino expulsar en paz y a su antojo sus flatulencias, ácaros y borborismos. Y como tiene, por el oro y por el número, la fuerza de los toros sublevados contra el pastor, lo mejor es *naturalizarse* en él. —Ahora bien, llega usted, pretendiendo hacerle ingerir bombonas de áloe líquido en pucheros de oro cincelado. ¡Naturalmente se resistirá, no sin una mueca, pues no tiene ningún interés en que le purguen, por la fuerza, el intelecto! Y volverá enseguida a mí, prefiriendo, después de todo, volver a beber mi vino gordo y adulterado en mi viejo vaso sucio, dada la costumbre, esa segunda naturaleza. ¡No, poeta! ¡Hoy no está de moda el genio!—Los reyes, por aburridos que sean, aprueban y honran a Shakespeare, a Molière, a Wagner, a Hugo, etc.; las repúblicas destierran a Esquilo, proscriben al Dante, decapitan a André Chénier. ¡En república, ya ve usted, hay bien otras cosas que hacer que tener genio! Se tienen tantos asuntos entre manos, ya me comprende. Pero eso no impide los sentimientos. Concluyamos. Mi joven amigo, es triste decirlo, pero está usted aquejado de mucho, de muchísimo talento. Perdóneme mi ruda franqueza. Mi intención no es herirle. Ciertas verdades son duras de oír, a su edad, ya lo sé, pero... ¡ánimo! Comprendo, apruebo, incluso, el esfuerzo inaudito que ha hecho usted, digo, en la reprensible acción de este artículo: pero, ¡qué le vamos a hacer! ese esfuerzo es estéril: es imposible *llegar a ser* un canalla sincero: ¡hace falta el don! hace falta... ¡la unción! es de nacimiento. No conviene que un artículo infame huela a náusea, sino a sinceridad, y, sobre todo, a inconsciencia:—de lo contrario resultará usted

antipático: se le adivinará. Lo mejor es resignarse. Sin embargo,—si no es usted un genio (como espero sin estar seguro de ello),—su caso no está desesperado. Trabajando poco, quizá llegue usted a algo. Por ejemplo, si quisiera usted constituirse, a sabiendas, en plagiario, eso levantaría polémica, se vendería, y podría entonces volver a verme: sin eso, nada que hacer juntos.—Mire, yo, yo mismo que le hablo, se lo digo en voz baja: tengo talento tanto como usted: por eso, nunca escribo en mi periódico; me vería reducido, en tres días, a la mendicidad. ¡Por lo demás, tengo mis razones para no escribir el menor libro, para no imprimir la menor línea que pudiera hacer pesar sobre mi porvenir la sospecha de una capacidad cualquiera!...—No quiero, detrás de mí, más que la nada.

—¡Cómo! ¿Ni siquiera diez líneas?... —interrumpe el literato, con aire de asombro.

—No. Nada.—¡Tengo interés en llegar a ministro! —responde, con tono perentorio, el director.

—¡Ah! Eso es diferente.

—¡Y dejo que griten al paradoja! Y lo que le digo es tan absoluto, desde el punto de vista práctico, fíjese usted... que si la cartera de Bellas Artes, por ejemplo, dependiera, en Francia, del sufragio universal, sería usted el primero, encogiéndose de hombros, en votar por mí. ¡Pero sí, pero sí! ¡Seamos serios, qué diablos! Yo nunca bromeo. Vamos, déjeme el manuscrito de todos modos.

Un silencio.

—Permítame, señor —responde entonces el *Desconocido*, recogiendo de nuevo su trabajo de la mesa—, se equivoca usted, en esto. En política, mis ideas son otras que en periodismo, y no concebiría, para la cartera en cuestión, sino a un hombre de una rectitud, de una capacidad, de un saber y de una dignidad de espíritu de los más raros. Ahora bien, aparte de la hoja que usted dirige, hay en Francia periodistas cuya probidad desafía el arrastre venal de la época, cuyo estilo suena puro, cuyo verbo *arde con luz clara* y cuya útil crítica rectifica sin cesar los juicios irreflexivos de la

muchedumbre. Le aseguro que, en la hipótesis de la que habla, daría mi voto, de preferencia, a uno de ellos.

—Creo que se está usted acalorando, mi joven amigo: la probidad no tiene época!

—Ni la necedad tampoco —responde el literato con una leve sonrisa.

—¡Bah! ¡Cuando tenga usted mi edad, se avergonzará de esas frases!

—Gracias por recordarme su edad; escuchándole, le hubiera creído... más joven.

—¿Cómo?... pero,—me parece que le busca usted defectos a todo lo que digo, señor.

(Aquí, el desconocido se levanta.)

—El señor director me ha demostrado que, buscando el defecto pequeño, a veces se encuentra el grande —responde, distraídamente.

—Oiga usted...—Su impertinencia me divierte, pero ¿de dónde viene esa repentina acritud?

(Aquí el joven transeúnte mira a su interlocutor con una mirada de boxeador, tan fría que un ligero escalofrío recorre las venas del hombre del sillón.)

—De acuerdo, seré franco —responde—.—¡Cómo! Vengo a ofrecerle una necedad cien veces inferior a todas las que publica usted cada día, una filandriosa crónica que rezuma la suficiencia harta, el cinismo tranquilo, la nulidad sentenciosa,—¡el ideal del género! ¡una perla, en fin! Y he aquí que, en lugar de responderme sí o no, ¡me colma usted de injurias! ¡Me endilga los epítetos más ridiculizantes! Me trata usted, a bocajarro, de literato, de escritor, de pensador, ¡yo qué sé! He visto el momento en que... sin provocación alguna por mi parte... (Aquí nuestro amigo baja la voz mirando en torno suyo como temiendo que le escuchen)... en que iba usted a

tratarme de «¡hombre de genio!». No lo niegue: le veía venir.— Señor, no se trata así, de hombres de genio, a gente que no le ha hecho nada. En usted, no fue distracción, sino cálculo malicioso. Sabe usted muy bien que semejante afirmación puede tener por fatales consecuencias privar a un inocente de todo sustento, convertirlo en la explotación y la irrisión de todos. Podía usted rechazar mi artículo, pero no desacreditarlo declarándolo manchado de genio. ¿Adónde quiere que lo lleve ahora? Sí, tengo atravesado ese procedimiento de mala guerra, ¡lo confieso! Y le advierto que, si divulgara usted sobre mí calumnias tan venenosas,—como no tengo ningún interés en morir de hambre, de miseria y de vergüenza bajo las medias sonrisas aprobadoras y los guiños alentadores del baile de criados en que me encuentro en la vida,—sabría llevarlo a usted al terreno, no lo dude, o a unas excusas dictadas.—Dejémoslo aquí. Estas pocas palabras, no pareciéndome presentar sino imperfectamente, entre nosotros, los pródromos de una amistad naciente, permítame que me despida a la inglesa, previniéndole (a título gracioso y para su gobierno) que en la esgrima he estudiado largamente el arte de no dar ni recibir nunca *golpes de muñeca*, y que una patente de valentía amañada puede costarle más caro conmigo.—Servidor.

Y, poniéndose de nuevo el sombrero, y encendiendo luego un cigarrillo, el literato se retira, lentamente.

Una vez solo:

—¿Me enfadaré? —se pregunta, en voz baja, el director—: ¡bah!, seamos filósofos. Sócrates, habiendo obtenido el premio al valor en la batalla de Potidea, lo hizo conceder, por desdén, al joven Alcibíades: imitemos a ese sabio de Grecia. Además, este joven es divertido, y su pequeña pulla no me disgusta. YO MISMO TUVE ESO, EN OTRO TIEMPO.

(Aquí nuestro hombre saca su reloj.)

—¡Las cinco!...—Veamos, seamos serios. ¿Qué comeré bien esta noche, para cenar?... ¿Un rodaballito?... ¡sí!—¿un poco truchado?...

¡No!—¿asalmonado?... Sí, más bien.—Y... ¿de entremés?...

Tras esto, empuñando de nuevo su cortapapeles de marfil, el director de la hoja política, literaria, comercial, electoral, industrial, financiera y teatral vuelve a sumergirse en sus opimas y abstrusas meditaciones. Y sería imposible penetrar su importante objeto, pues, como hace notar, muy juiciosamente, un viejo proverbio mozárabe: «El candil no alumbra su propia base.»

LA PUBLICIDAD CELESTE

A Monsieur Henry Ghys.

«Eritis sicut Dii»

(ANTIGUO TESTAMENTO.)

Cosa extraña y capaz de despertar la sonrisa en un financiero: ise trata del Cielo! Pero entendámonos: del cielo considerado desde el punto de vista industrial y serio.

Ciertos acontecimientos históricos, hoy científicamente comprobados y explicados (o poco menos), como por ejemplo el *Lábaro* de Constantino, las cruces que las llanuras de nieve reflejaban en las nubes, los fenómenos de refracción del monte Brocken y ciertos efectos de espejismo en las comarcas boreales, habiendo intrigado singularmente y, por así decirlo, enganchado en la partida a un sabio ingeniero meridional, el señor Grave, concibió este, hace algunos años, el luminoso proyecto de aprovechar las vastas extensiones de la noche y de elevar, en una palabra, el cielo a la altura de la época.

¿De qué sirven, en efecto, esas bóvedas azuladas que no sirven para nada, salvo para dar pábulo a las imaginaciones enfermizas de los últimos soñadores vanos? ¿No sería adquirir legítimos derechos al reconocimiento público, y, digámoslo (¿por qué no?), a la admiración de la Posteridad, convertir esos espacios estériles en espectáculos real y fructuosamente instructivos, hacer valer esos páramos

inmensos y sacar, por fin, buena renta de esas Solognes indefinidas y transparentes?

No se trata aquí de hacer sentimentalismo. Los negocios son los negocios. Conviene reclamar el concurso, y, si es necesario, la energía de la gente seria, sobre el valor y los resultados *pecuniarios* del inesperado descubrimiento del que hablamos.

A primera vista, el fondo mismo de la cosa parece rayar en lo Imposible y casi en la Insensatez. ¡Roturar el azul, cotizar el astro, explotar los dos crepúsculos, organizar el atardecer, sacar provecho del firmamento improductivo hasta hoy, qué sueño! ¡qué empresa espinosa, erizada de dificultades! Pero, armado del Espíritu de progreso, ¿de qué problemas no lograría el Hombre encontrar la solución?

Lleno de esta idea y convencido de que, si Franklin, Benjamin Franklin, el impresor, había arrancado el rayo al cielo, debía ser posible, *a fortiori*, emplear este último para usos humanitarios, el señor Grave estudió, viajó, comparó, gastó, forjó, y, a la larga, tras haber perfeccionado las lentes enormes y los gigantescos reflectores de los ingenieros americanos, en particular los aparatos de Filadelfia y de Quebec (caídos, a falta de un genio tenaz, en el dominio del *Cant* y del *Puff*), el señor Grave, decimos, se propone (provisto de patentes previas) ofrecer, sin tardanza, a nuestras grandes industrias manufactureras e incluso a los pequeños comerciantes, el auxilio de una Publicidad absoluta.

Toda competencia sería imposible frente al sistema del gran vulgarizador. Imaginemos, en efecto, algunos de nuestros grandes centros de comercio, de poblaciones agitadas, Lyon, Burdeos, etcétera, a la hora en que cae la tarde. Se ve desde aquí ese movimiento, esa vida, esa animación extraordinaria que los intereses financieros son hoy los únicos capaces de dar a ciudades serias. De pronto, potentes chorros de magnesio o de luz eléctrica, aumentados cien mil veces, parten de la cima de alguna colina florida, encanto de los matrimonios jóvenes —de una colina semejante, por ejemplo, a nuestro querido Montmartre—; esos

chorros luminosos, sostenidos por inmensos reflectores multicolores, envían, bruscamente, al fondo del cielo, entre Sirio y Aldebarán, el Ojo del Toro, o incluso en medio de las Híades, la graciosa imagen de ese joven adolescente que sostiene una banda en la que leemos todos los días, con renovado placer, estas hermosas palabras: *¡Se devuelve el oro de toda compra que haya dejado de encantar!* ¿Puede uno imaginarse las diferentes expresiones que adoptan, entonces, todas esas cabezas de la muchedumbre, esas iluminaciones, esos vítores, ese júbilo? Tras el primer movimiento de sorpresa, bien perdonable, los antiguos enemigos se abrazan, los resentimientos domésticos más amargos quedan olvidados: uno se sienta bajo el emparrado para gozar mejor de ese espectáculo a la vez magnífico e instructivo, y el nombre del señor Grave, arrebatado por el ala de los vientos, vuela hacia la Inmortalidad.

Basta reflexionar un poco para concebir los resultados de este ingenioso invento. ¿No sería como para asombrar a la Osa Mayor en persona que, de pronto, surgiera entre sus sublimes patas ese anuncio inquietante: *¿Hacen falta corsés, sí o no?* O mejor aún: ¿no sería un espectáculo capaz de alarmar a los espíritus débiles y de despertar la atención del clero ver aparecer, en el mismo disco de nuestro satélite, en la faz radiante de la Luna, esa maravillosa punta seca que todos hemos admirado en los bulevares y que lleva por leyenda: *Al Hirsuto?* ¡Qué golpe de genio si, en uno de los segmentos trazados entre la v del Taller del Escultor, se leyera por fin: *Venus, reducción Kaulla!* ¡Qué conmoción si, a propósito de esos licores de postre cuyo uso se recomienda por más de un motivo, se viera, al sur de Régulo, esa capital del León, en la punta misma de la Espiga de la Virgen, un Ángel sosteniendo un frasco en la mano, mientras de su boca saliera un papelito en el que se leyera estas palabras: *Dios, qué bueno está!*...

En suma, se comprende que se trata aquí de una empresa de publicidad sin precedentes, de responsabilidad ilimitada, de material infinito: el Gobierno podría incluso garantizarla, por primera vez en su vida.

Sería ocioso detenerse en los servicios, verdaderamente eminentes, que semejante descubrimiento está llamado a prestar a la sociedad y al Progreso. ¿Se imagina, por ejemplo, la fotografía sobre vidrio y el procedimiento del Lampascopio aplicados de esta manera —es decir, aumentados cien mil veces— ya sea para la captura de banqueros en fuga, ya para la de malhechores célebres? El culpable, en adelante fácil de seguir, como dice la canción, no podría asomar la nariz por la ventanilla de su vagón sin ver en las nubes su rostro delator.

¡Y en política! ¡En materia de elecciones, por ejemplo! ¡Qué preponderancia! ¡Qué supremacía! ¡Qué simplificación increíble en los medios de propaganda, siempre tan onerosos! ¡Se acabaron esos papelitos azules, amarillos, tricolores, que estropean las paredes y nos repiten sin cesar el mismo nombre, con la obsesión de un martilleo! ¡Se acabaron esas fotografías tan dispendiosas (las más de las veces imperfectas) y que fallan su objetivo, es decir, que no despiertan en absoluto la simpatía de los electores, ya sea por el atractivo de los rasgos del rostro de los candidatos, ya por el aire de majestad del conjunto! Pues, en fin, el valor de un hombre es peligroso, nocivo y más que secundario en política; lo esencial es que tenga aire «digno» a los ojos de sus mandantes.

Supongamos que, en las últimas elecciones, por ejemplo, los medallones de los señores B... y A...[1] hubieran aparecido todas las noches, en tamaño natural, justo bajo la estrella β de la Lira. ¡Ese era su lugar, se convendrá, puesto que esos hombres de Estado montaron antaño a Pegaso, si hay que creer a la Fama! Ambos habrían estado expuestos allí durante la velada anterior a la votación; los dos ligeramente sonrientes, la frente velada de una conveniente inquietud, y, sin embargo, el semblante seguro. El procedimiento del Lampascopio podía incluso, con ayuda de una pequeña rueda, modificar en todo momento la expresión de las dos fisonomías. Se les podría haber hecho sonreír al Porvenir, derramar lágrimas sobre nuestros desengaños, abrir la boca, fruncir el ceño, hinchar las narices de cólera, adoptar el aire digno, en fin, todo lo que atañe a la tribuna y da tanto valor al pensamiento en un

verdadero orador. Cada elector habría hecho su elección, habría podido, por fin, darse cuenta de antemano, habría podido hacerse una idea de su diputado y no habría, como se dice, comprado gato por liebre. Puede incluso añadirse que, sin el descubrimiento del señor Grave, el Sufragio universal es una especie de irrisión.

[1] N. B. — Los señores de los que el Autor parece hablar murieron mientras poníamos su relato en prensa.

Nota del Editor.

Esperemos, en consecuencia, que una de esas madrugadas, o mejor, una de esas noches, el señor Grave, respaldado por el concurso de un gobierno esclarecido, comience sus importantes experiencias. ¡Los incrédulos tendrán la partida fácil hasta entonces! Como en la época en que el señor de Lesseps hablaba de unir Océanos (lo que hizo, a pesar de los incrédulos). La Ciencia tendrá, pues, también aquí, la última palabra, y el señor Excesivamente-Grave dejará que se rían. Gracias a él, el Cielo acabará por servir para algo y por adquirir, por fin, un valor intrínseco.

ANTONIE

«Íbamos a menudo a casa de la Duthé: allí moralizábamos y, a veces, algo peor.»

EL PRÍNCIPE DE LIGNE.

Antonie se sirvió agua helada y puso su ramillete de violetas de Parma en el vaso:

—¡Adiós a los frascos de vinos de España! —dijo ella.

Y, inclinándose hacia un candelabro, encendió, sonriente, un *papelito* liado con una pizca de phèresli; ese movimiento hizo centellear sus cabellos, negros como el carbón de piedra.

Habíamos bebido Jerez toda la noche. Por la ventana, abierta a los jardines de la villa, oíamos el susurro del follaje.

Nuestros bigotes estaban perfumados de sándalo —y, también, de que Antonie nos dejaba coger las rosas rojas de sus labios con un encanto, cada vez, tan sincero, que no suscitaba celo alguno. Risueña, se miraba después en los espejos de la sala; cuando se volvía hacia nosotros, con aires de Cleopatra, ¿era para verse todavía en nuestros ojos?

Sobre su joven seno tintineaba un medallón de oro mate, con las iniciales de pedrería (las suyas), sujeto por un terciopelo negro.

—¿Una señal de luto? Ya no lo amas.

Y, mientras la abrazaban:

—¡Mirad!... —dijo ella.

Ella separó, con su fina uña, los cierres de la misteriosa joya: el medallón se abrió. Una sombría flor de amor, un pensamiento, dormía allí, artísticamente trenzado en cabellos negros.

—¡Antonie!... A juzgar por esto, ¿su amante ha de ser algún niño salvaje encadenado por sus malicias?

—¡Un bribón no le habría dado a usted, tan ingenuamente, semejantes prendas de ternura!

—¡Está mal mostrarlas en medio del placer!

Antonie prorrumpió en una carcajada tan cristalina, tan alegre, que se vio obligada a beber, precipitadamente, entre sus violetas, para no hacerse daño.

—¿Acaso no hacen falta cabellos en un medallón? ¿Como testimonio?... —dijo ella.

—¡Sin duda! ¡Sin duda!

—¡Ay! Mis queridos amantes, tras consultar mis recuerdos, es uno de mis propios bucles el que he elegido —y lo llevo... *por espíritu de fidelidad.*

LA MÁQUINA DE GLORIA

S. G. D. G.

A Monsieur Stéphane Mallarmé.

«iSic itur ad astra!...»

¡Qué cuchicheos por todas partes!... ¡Qué animación, mezclada con una especie de contención, en los rostros! ¿De qué se trata?

—Se trata... ¡ah! de una noticia sin igual en los anales recientes de la Humanidad.

¡Se trata del prodigioso invento del barón Bottom, del ingeniero Bathybius Bottom!

La Posteridad se persignará ante este nombre (ya ilustre al otro lado de los mares), como ante el del doctor Grave y el de algunos otros inventores, verdaderos apóstoles de lo Útil. ¡Júzguese si exageramos el tributo de admiración, de estupor y de gratitud que se le debe! ¡El rendimiento de su máquina es la GLORIA! ¡Produce gloria como un rosal produce rosas! El aparato del eminente físico fabrica la Gloria.

La suministra. La hace nacer de manera orgánica e inevitable. ¡Te cubre de ella! Aunque no quieras tenerla: quieres huir, y ella te persigue.

En suma, la Máquina-Bottom está especialmente destinada a satisfacer a esas personas de uno u otro sexo, llamadas Autores dramáticos, que, privadas al nacer (¡por una fatalidad inconcebible!)

de esa facultad, ya insignificante, que los últimos literatos se obstinan todavía en denigrar con el nombre de *Genio*, no por ello dejan de anhelar procurarse, a cambio de dinero contante, los mirtos de un Shakespeare, los acantos de un Scribe, las palmas de un Goethe y los laureles de un Molière. ¡Qué hombre, este Bottom! Juzguémoslo por el análisis, por el frío análisis de su procedimiento, desde el doble punto de vista abstracto y concreto.

Tres preguntas se plantean *a priori*:

1.º ¿Qué es la Gloria?

2.º ¿Puede determinarse, entre una máquina (medio físico) y la Gloria (fin intelectual), un punto común que forme su unidad?

3.º ¿Cuál es ese término medio?

Resueltas estas preguntas, pasaremos a la descripción del Mecanismo sublime que las envuelve en una solución definitiva.

Comencemos.

1.º ¿Qué es la Gloria?

Si diriges semejante pregunta a uno de esos bufones que hacen parada en algún tablado de periódico, versados en el arte de poner en ridículo las tradiciones más sagradas, sin duda te responderá algo como esto:

—¿Una *Máquina de Gloria*, dices?... Al fin y al cabo, ¿no hay ya una máquina de vapor?, ¿y la gloria, ella misma, es otra cosa que un vapor ligero?, ¿que una... especie de humo?... ¿que una...»

Naturalmente, le darás la espalda a ese mísero necio, cuyas palabras no son más que un ruido de la lengua contra el paladar.

Dirígete a un poeta, y esta será, poco más o menos, la alocución que escapará de su noble garganta:

—«La Gloria es el resplandor de un nombre en la memoria de los hombres. Para darse cuenta de la naturaleza de la gloria literaria, hay que tomar un ejemplo.

«Así, supondremos que doscientos oyentes están reunidos en una sala. Si pronuncias, por casualidad, delante de ellos, el nombre de: «SCRIBE» (tomemos ese), la impresión electrizante que les causará ese nombre puede, de antemano, traducirse por la siguiente serie de exclamaciones (pues todo el mundo actual conoce a su SCRIBE):

—¡Cerebro complicado! ¡Genio seductor! —Dramaturgo fecundo— ¡Ah! sí, ¿el autor de *El honor y el dinero*?... ¡Hizo sonreír a nuestros padres!

—«¿SCRIBE? —¡Uítt!... ¡iiiPeste!!! ¡Oh! ¡Oh!

—«¡Pero!... ¡Sabía rematar la copla! ¿Profundo, bajo un aspecto risueño?... ¡Ahí tienes uno que dejaba hablar! ¡Esa sí que era una pluma autorizada! Gran hombre: ¡ganó su peso en oro[2]!

[2] SCRIBE pesaba alrededor de 127 libras, si hemos de creer a un viejo asiduo de la feria de Neuilly, solemnidad durante la cual el poeta se dignó pesarse en los Campos Elíseos y sin mirlitón. Habiendo producido su extraña obra unos dieciséis millones, se advierte que hay una plusvalía enorme, sobre todo descontando el peso de la ropa y del bastón.

—¡Y ducho en los trucos del Teatro! etcétera...—»

«Bien.

«Si a continuación pronuncias el nombre de uno de sus colegas, de... MILTON, por ejemplo, cabe esperar que, 1.º, de las doscientas personas, ciento noventa y ocho no habrán, desde luego, jamás recorrido ni siquiera hojeado a ese escritor, y 2.º, que solo el Gran Arquitecto del Universo puede saber de qué manera se imaginarán las otras dos haberlo leído, puesto que, según nosotros, no hay, sobre el globo terráqueo, más de un centenar de individuos por siglo (¡y eso ya es mucho!) capaces de leer nada de nada, ni siquiera etiquetas de tarros de mostaza.

«Sin embargo, al nombre de MILTON, se despertará, en el entendimiento de los oyentes, en el mismo instante, la inevitable idea subyacente de una obra mucho menos interesante, desde el

punto de vista *positivo*, que la de SCRIBE. Pero esa reserva oscura será, no obstante, tal que, aun concediendo más estima *práctica* a SCRIBE, la idea de cualquier paralelo entre MILTON y este último parecerá (por instinto y a pesar de todo) como la idea de un paralelo entre un cetro y un par de zapatillas, por pobre que haya sido MILTON, por dinero que haya ganado SCRIBE, por desconocido que MILTON haya permanecido largo tiempo, por universalmente notorio que sea ya SCRIBE. En una palabra, habiendo pasado al nombre mismo de su autor la *impresión* que dejan los versos, aun desconocidos, de MILTON, será esto, aquí, para los oyentes, *como si hubieran leído* a MILTON. En efecto, no existiendo la Literatura propiamente dicha, como tampoco existe el Espacio puro, lo que se recuerda de un gran poeta es la *Impresión* llamada de sublimidad que nos ha dejado, por y a través de su obra, más que la obra misma, y esa impresión, bajo el velo de los lenguajes humanos, penetra en las traducciones más vulgares. Cuando este fenómeno se comprueba formalmente a propósito de una obra, el resultado de la comprobación se llama ¡LA GLORIA!»

Esto es, en resumen, lo que responderá nuestro poeta; podemos afirmarlo de antemano, incluso ante el tercer estado, habiendo interrogado a gente que se ha metido en la Poesía.

¡Pues bien! No vacilaremos en responder, nosotros, y para concluir, que esa fraseología, en la que asoma una vanidad monstruosa, es tan vacía como el género de gloria que preconiza! ¿La impresión? ¿Qué es eso? ¿Somos acaso unos incautos?... Se trata de examinar, con sincera sencillez y por nosotros mismos, ¡qué es la Gloria! Queremos hacer el ensayo leal de la Gloria. ¡Esa de la que se nos acaba de hablar, nadie, entre la gente honorable y verdaderamente seria, se preocuparía de adquirirla, ni siquiera de soportarla! ¡Aunque se le ofreciera ser retribuido por ello! Lo esperamos, al menos, por la sociedad moderna.

Vivimos en un siglo de progreso en el que, por emplear, precisamente, la expresión de un poeta (el gran Boileau), un *gato* es un GATO.

En consecuencia, y apoyados en la experiencia universal del Teatro moderno, isostenemos, nosotros, que la Gloria se traduce en signos y manifestaciones perceptibles para todo el mundo! Y no en discursos huecos, más o menos solemnemente pronunciados. Somos de los que nunca olvidan que tonel vacío suena siempre mejor que tonel lleno.

En suma, constatamos y afirmamos, nosotros, que cuanto más una obra dramática sacude el sopor público, provoca entusiasmos, arranca aplausos y arma ruido a su alrededor, cuanto más la rodean los laureles y los mirtos, cuanto más hace derramar lágrimas y soltar carcajadas, cuanto más ejerce, por así decir a la fuerza, una acción sobre la multitud, cuanto más se *impone*, en fin, cuanto más reúne, por eso mismo, los síntomas ordinarios de la obra maestra, más merece, en consecuencia, la GLORIA. Negar esto sería negar la evidencia. No se trata aquí de sutilizar, sino de basarse en hechos y en cosas estables; apelamos a la conciencia del Público, el cual, ¡gracias a Dios!, ya no se deja pagar con palabras ni con frases. Y estamos seguros de que, en esto, está de nuestro parecer.

Sentado esto, ¿hay un acuerdo posible entre los dos términos (en apariencia incompatibles) de este problema (a primera vista insoluble): *Una pura máquina propuesta como medio de alcanzar, infaliblemente, un fin puramente intelectual?*

¡SÍ!...

La Humanidad (hay que confesarlo), con anterioridad al absoluto descubrimiento del barón, había, incluso, encontrado ya algo parecido: pero era un término medio en estado rudimentario e irrisorio: ¡era la infancia del arte! ¡el balbuceo! Ese término medio era lo que aún hoy se llama, en términos de teatro, la «Claque».

En efecto, la Claque es una máquina hecha con humanidad y, por consiguiente, perfectible. Toda gloria tiene su claque, es decir, su *sombra*, su lado de superchería, de mecanismo y de nada (pues la Nada es el origen de todas las cosas), que podría llamarse, en general, el *don de gentes*, la intriga, el saber hacer, el Reclamo.

La Claque teatral no es más que una subdivisión de ella. Y cuando el ilustre jefe de servicio del teatro de la Porte-Saint-Martin, el día de un estreno, dijo a su director, inquieto: «Mientras quede en la sala uno de esos *bribones que pagan*, ¡no respondo de nada!», ¡demostró que comprendía la fabricación de la Gloria! ¡Pronunció palabras verdaderamente inmortales! Y su frase golpea como un rayo de luz.

¡Oh, milagro!... ¡Es sobre la *Claque* —es sobre ella, decimos, y no sobre otra cosa— sobre la que Bottom ha posado poderosamente su mirada de águila! Pues el verdadero gran hombre no excluye nada: se sirve de todo, superando lo demás.

¡Sí! El barón la ha regenerado, si no innovado, y hará, por fin, que sea sancionada, para cubrarnos con la expresión misma de los periódicos.

¿Quién, pues, sobre todo entre el grueso del público, ha penetrado los misterios, los recursos infinitos, los abismos de ingenio de ese Proteo, de esa hidra, de ese Briareo al que se llama la CLAQUE?

Hay personas que, con la sonrisa de la suficiencia, podrán creer oportuno objetarnos que: 1.º la Claque repugna a los autores; 2.º que aburre al Público; 3.º que está cayendo en desuso. Vamos, simplemente, a demostrarles, ahora mismo, que si nos dicen tales cosas, habrán perdido una ocasión de callarse que tal vez no volverán a encontrar jamás.

1.º ¿Un autor repugnado por la Claque?... Ante todo, ¿dónde está ese hombre? Como si cada autor, el día de un *estreno*, no reforzara todavía la Claque con sus amigos, cuanto puede, recomendándoles que «cuiden el éxito». A lo cual los amigos, todos orgullosos de esa complicidad (¡Dios mío, bien inocente!), responden, invariablemente, guiñando el ojo y mostrando sus buenas y gruesas manos francas: «Cuenta con nuestras manazas.»

2.º ¿El Público aburrido de la Claque?... ¡Sí, y de otras muchas cosas que, sin embargo, soporta! ¿No está acaso destinado al

perpetuo aburrimiento de todo y de sí mismo? La prueba de ello es su propia presencia en el Teatro. ¡No está allí más que para intentar distraerse, el infeliz! ¡Y para tratar de huir de sí mismo! De modo que decir esto es, en el fondo, no decir nada. ¿Qué más le da a la Claque que el Público se aburra de ella? La soporta, la costea y se persuade de que es necesaria, «al menos para los comediantes». Pasemos.

3.º ¿La Claque ha caído en desuso? Simple pregunta: ¿cuándo fue, entonces, más floreciente que ahora? ¿Hace falta forzar la risa? En los pasajes que pretenden ser ingeniosos y que van a quedarse en agua de borrajas, se oye, de pronto, en la sala, el pequeño susurro de una risa ahogada y contenida, como la que contrae un diafragma recargado por la embriaguez de una impresión cómica irresistible. Ese pequeño ruido basta, a veces, para hacer estallar en risa a toda una sala. Es la gota que colma el vaso. Y como no se quiere haber reído en vano ni haberse dejado «arrastrar» por nadie, se admite que la obra es graciosa y que uno se ha *divertido*: y eso es todo. El señor que ha hecho ese ruido cuesta apenas un napoleón.—(La Claque.)

¿Se trata de elevar hasta la ovación algún murmullo de aprobación escapado, por desgracia, al público?—Roma sigue ahí. Está el «*Oua-Ouaou*».

El *Oua-Ouaou* es el bravo llevado al paroxismo; es una abreviatura arrancada por el entusiasmo, cuando, transportado, embelesado, con la laringe oprimida, ya no se puede pronunciar de la palabra italiana «bravo» más que el grito gutural *Oua-Ouaou*. Esto empieza, muy suavemente, por la propia palabra *bravo*, articulada, vagamente, por dos o tres voces: luego se hincha, se convierte en *brao*, y después crece con todo el público pataleando y arrebatado hasta el grito definitivo de «*Brâ-oua-ouaou*»; que es casi el ladrido. Esa es la ovación. Coste: tres monedas de oro de veinte francos cada una...—(¡Otra vez la Claque!)

¿Se trata, en una partida desesperada, de despistar al toro y de distraer su cólera? Se presenta el *Señor del ramo de flores*. Esto es

lo que ocurre. En medio de una tirada fastidiosa que recita la primera actriz, espantada por el silencio de muerte que reina en la sala, un señor, perfectamente vestido, el cristal de ventana en el ojo, se inclina hacia delante desde un palco, arroja un ramo sobre el escenario y, después, con las dos manos extendidas y alargadas, aplaude con ruido y lentitud, sin preocuparse del silencio general ni de la tirada que interrumpe. ¡Esta maniobra tiene por objeto comprometer el *honor* de la comedianta, hacer sonreír al Público, siempre ávido de lo *Picante*!... El Público, en efecto, guiña el ojo. Se le señala la cosa al vecino, fingiendo estar «al corriente»; se mira, alternativamente, al señor y a la actriz: se disfruta del apuro de la joven. Después la muchedumbre se retira, un poco consolada, por el incidente, de la estupidez de la obra. Y se acude, de nuevo, al teatro con la esperanza de una confirmación del suceso.—En suma: medio éxito para el autor.—Coste: unos treinta francos, sin contar las flores.—(Siempre la Claque.)

¿Terminaríamos alguna vez si quisiéramos examinar todos los recursos de una Claque bien organizada?—Mencionemos, sin embargo, para las obras llamadas «fuertes» y los dramas de emoción, los Gritos de mujeres asustadas, los Sollozos ahogados, las Verdaderas Lágrimas contagiosas, las Pequeñas Risas repentinas, y enseguida contenidas, del espectador que comprende después que los demás (un escudo de seis libras)—los Crujidos de tabaqueras a cuyas generosas profundidades recurre el hombre emocionado, los Alaridos, Sofocos, Bises, Llamadas a escena, Lágrimas silenciosas, Amenazas, Llamadas a escena con Alaridos de propina, Muestras de aprobación, Opiniones emitidas, Coronas, Principios, Convicciones, Tendencias morales, Ataques de epilepsia, Partos, Bofetadas, Suicidios, Ruidos de discusiones (el Arte por el Arte, la Forma y la Idea), etcétera, etcétera. Detengámonos. El espectador acabaría por imaginarse que forma, él mismo, parte de la Claque, sin saberlo (lo cual es, por lo demás, la absoluta e incontestable verdad); pero conviene dejar una duda en su ánimo a este respecto.

La última palabra del Arte se pronuncia cuando la Claque en persona grita: «¡Abajo la Claque!...» y acaba por parecer arrastrada

ella misma, aplaudiendo al final de la obra, como si fuera el Público real y como si los papeles estuvieran invertidos; es ella, entonces, la que modera los entusiasmos demasiado fogosos y pone reparos.

Estatua viva, sentada, en plena luz, en medio del público, la Claque es la comprobación oficial, el símbolo confesado de la incapacidad en que se encuentra la muchedumbre para discernir, por sí misma, el valor de lo que oye. En suma, la Claque es, para la Gloria dramática, lo que las Plañideras eran para el Dolor.

Ahora es el caso de exclamar, con el mago de *Las mil y una noches*: «¿Quién quiere cambiar lámparas viejas por nuevas?» Se trataba de encontrar una máquina que fuese a la Claque lo que el ferrocarril es a la diligencia, y que preservara a la Gloria dramática de esas condiciones de versatilidad y de azar de las que a veces depende. Se trataba, primero, de sustituir los lados imperfectos, contingentes, azarosos, de la Claque simplemente humana, y de perfeccionarlos con la absoluta certeza del puro Mecanismo; después —*y esta era, aquí, la gran dificultad!*— de descubrir (despertándolo allí con toda seguridad) en el ALMA pública, el *sentimiento* gracias al cual las manifestaciones de gloria en bruto de la Máquina se verían adoptadas, sancionadas y ratificadas como *moralmente* válidas por el Espíritu mismo de la Mayoría. Ahí, solamente, estaba el término medio.

Una vez más, esto parecía imposible. El barón Bottom no ha retrocedido ante esa palabra (que debería, de una vez por todas, ser tachada del diccionario), y de ahora en adelante, con su Máquina, aunque el actor no tuviera más memoria que un pardillo, aunque el autor fuera la Estupidez en persona y el espectador fuera sordo como una tapia, íserá un verdadero triunfo!

Hablando con propiedad, la Máquina es la sala misma. Está adaptada a ella. Forma parte constitutiva de ella. Está difundida por ella, de tal modo que toda obra, dramática o no, se convierte, al entrar en ella, en una obra maestra. La economía de una sala, tal como se concibe a partir de las de los teatros actuales, queda sensiblemente modificada. El gran ingeniero contrata a tanto alzado,

se encarga de todos los anticipos de la transformación y descuenta, de los derechos de los autores, un 10% de rebaja sobre la Claque ordinaria. (Hay patentes registradas y sociedades comanditarias establecidas en Nueva York, en Barcelona y en Viena.)

El coste de la Máquina, para su adaptación a una sala mediana, no es muy dispendioso; solo los primeros gastos son bastante importantes, pues el mantenimiento de un aparato bien acondicionado no resulta oneroso. Los detalles mecánicos, los medios empleados, son simples como todo lo que es verdaderamente bello. Es la ingenuidad del genio. Se cree estar soñando. ¡No se atreve uno a comprender! Se muerde uno la punta del índice bajando los ojos con coquetería.—Así, los amorcillos dorados y rosados de los balcones, las cariátides de los proskenios, etcétera, se multiplican y se esculpen casi por todas partes. Es precisamente en sus bocas, orificios de fonógrafos, donde se colocan los pequeños agujeros de fuelle que, movidos por la electricidad, profieren ya los *Oua-ouaou*, ya los Gritos, los «¡A la puerta, la cábala!», las Risas, los Sollozos, los Bises, las Discusiones, Principios, Ruidos de tabaquerías, etcétera, y todos los Ruidos públicos PERFECCIONADOS. Los Principios, sobre todo, dice Bottom, están garantizados.

Aquí la Máquina se complica insensiblemente, y la concepción se hace cada vez más profunda; los tubos de gas de alumbrado se alternan con otros tubos, los de los gases hilarantes y dacríforos. Los balcones están mecanizados por dentro: encierran invisibles puños de metal —destinados a despertar, en caso necesario, al Público— y provistos de ramos y coronas. De pronto, cubren el escenario de mirtos y laureles, con el nombre del Autor escrito en letras de oro. Bajo cada uno de los asientos, butacas de platea y de balcón, ya adheridas al entarimado, va replegado (por así decirlo, en su parte posterior) un par de manos muy hermosas, de madera de roble, hechas según las láminas de Desbarolles, talladas al troquel y recubiertas de guantes de doble cuero de becerro color paja para completar la ilusión. Sería superfluo indicar aquí su función. Estas manos están escrupulosamente modeladas sobre el facsímil de los

modelos más célebres, para que la *calidad* de los aplausos sea mejor. Así, las manos de Napoleón, de María Luisa, de madame de Sévigné, de Shakespeare, de du Terrail, de Goethe, de Chapelain y del Dante, calcadas sobre los dibujos de las primeras obras de quiromancia, han sido elegidas, de preferencia, como patrones y tipos generales que confiar al tornero.

Trozos de bastones (nervios de buey y madera de hierro), tacones de caucho hervido, herrados con clavos fuertes, se disimulan en los propios pies de cada asiento; movidos por resortes en espiral, están destinados a golpear, alternativa y rápidamente, el suelo en las ovaciones, las llamadas a escena y el pataleo. Al menor corte de la corriente de los electroimanes, la sacudida pondrá todo en marcha con un conjunto tal que, en toda la memoria de la Claque, nunca se habrá oído nada semejante; ¡aquello se vendrá abajo de aplausos! Y la Máquina es tan poderosa que, si hiciera falta, podría hacer que se derrumbase, *literalmente*, la sala misma. El autor quedaría sepultado en su triunfo, semejante al joven capital de Buch después del asalto de Rávena, al que lloraron todas las mujeres. Es un trueno, una salva, una apoteosis de aclamaciones, de gritos, de *bravi*, de opiniones, de *Oua-ouaou*, de ruidos de todo género, incluso inquietantes, de espasmos, de convicciones, de trepidaciones, de ideas y de gloria, estallando por todos lados a la vez, en los pasajes más fastidiosos o más hermosos de la obra, sin distinción. Ya no hay azares posibles.

Y entonces ocurre, aquí, el innegable fenómeno magnético que sanciona ese estrépito y le da el valor absoluto; este fenómeno es la justificación de la *Máquina de Gloria*, que, sin él, sería casi una mistificación.—Helo aquí: ahí está el gran punto, el rasgo fuera de serie, el relámpago deslumbrante y genial de la invención de Bottom.

Recordemos, ante todo, para captar bien la idea de este genio, que a los particulares no les gusta oponerse a la Opinión pública. Lo propio de cada una de sus almas es estar convencida, *a pesar de todo*, de este axioma, desde la cuna: «Este hombre TRIUNFA: luego,

a despecho de los necios y de los envidiosos, es un espíritu glorioso y capaz. Imitémoslo si podemos, y pongámonos de su lado, por si acaso, aunque solo sea para no parecer unos imbéciles.»

He aquí el razonamiento oculto, ¿no es verdad?, en la atmósfera misma de la sala.

Ahora bien, si la Claque infantil de que disfrutamos hoy basta para producir los resultados de arrastre que hemos señalado, ¿qué será con la Máquina, dado ese sentimiento general?—El Público, que ya los sufre, aun sabiéndose muy bien víctima de esa máquina humana, la Claque, los experimentará, aquí, tanto mejor cuanto que le serán inspirados, esta vez, por una VERDADERA máquina:—el Espíritu del siglo, no lo olvidemos, está por las máquinas.

El espectador, pues, por frío que pueda ser, al oír lo que sucede a su alrededor, se deja arrastrar muy fácilmente por el entusiasmo general. Es la fuerza de las cosas. Pronto lo tenemos aplaudiendo a rabiar y de confianza. Se siente, como siempre, del parecer de la Mayoría. Y haría, entonces, más ruido que la propia Máquina, si pudiera, por miedo *a hacerse notar*.

De modo—y ahí está la solución del problema: un medio físico que realiza un fin intelectual— ¡que el éxito se convierte en una *realidad!*... ¡que la GLORIA pasa *verdaderamente* a la sala! ¡Y que el lado ilusorio del Aparato-Bottom desaparece, fundiéndose, positivamente, en el resplandor de lo Verdadero!

Si la obra fuera de un simple agote, o de algún pedante tan baboso que la audición, aunque solo fuera de una escena, resultase imposible,—para prevenir cualquier azar, los aplausos no cesarían desde que se alza hasta que cae el telón.

¡No hay resistencia posible! Si hiciera falta, se reservarían butacas para los poetas probados y convictos de genio, para los recalcitrantes, en una palabra, y la Cábala: la pila, enviando su chispa a los brazos de las butacas sospechosas, haría aplaudir *a la fuerza* a sus ocupantes. Se diría: «¡Debe de ser muy hermoso, puesto que *Ellos mismos* están OBLIGADOS a aplaudir!»

Inútil añadir que si esos, alguna vez (gracias a la intempestiva intervención —hay que preverlo todo— de algunos jefes de Estado poco avisados), hicieran representar también sus «obras», sin cortes, colaboradores esclarecidos ni injerencias directoriales,—la Máquina, por una retroversión debida a la inagotable y verdaderamente providencial inventiva de Bottom, sabría vengar a la gente honrada. Es decir, que en lugar de cubrir de gloria, esta vez, iabuchearía, rebuznaría, silbaría, cocearía, croaría, chillaría y escupiría su desprecio sobre la «obra», de tal modo que sería imposible distinguir en ella una sola palabra!—Jamás, desde la famosa velada del *Tannhäuser* en la Ópera de París, se habría oído cosa semejante. De esta manera la buena fe de las personas *de bien* y, sobre todo, de la Burguesía, no se vería sorprendida, como ocurre, ¡ay!, con demasiada frecuencia. La alarma se daría de inmediato,—como, antaño, en el Capitolio, durante el ataque de los Galos.—Veinte Androides[3] salidos de los talleres de Edison, de rostros dignos, de sonrisa discreta y cómplice, el ramillete de condecoraciones escogido en el ojal, están adscritos a la Máquina: en caso de ausencia o indisposición de sus *modelos*, se los repartiría por los palcos, con actitudes de profundo desprecio que darían la pauta a los espectadores. Si, por extraordinario, estos últimos intentaran rebelarse y querer escuchar, los autómatas gritarían: «¡Fuego!», lo cual resolvería la situación en un mortífero tumulto de sofoco y de clamores *reales*. La «obra» no se recuperaría de ello.

[3] Autómatas electrohumanos que, gracias al conjunto de los descubrimientos de la ciencia moderna, dan la ilusión *completa* de la Humanidad.

En cuanto a la Crítica, no hay por qué preocuparse de ella. Cuando la obra dramática estuviera escrita por gente respetable, por personas serias e influyentes, por notabilidades consecuentes y de peso, la Crítica,—salvo algunos *puros* insociables y cuyas voces, perdidas en el tumulto, no harían sino reforzar el estrépito,—se encontraría del todo conquistada: rivalizaría en energía con el Aparato-Bottom.

Además, los Artículos críticos, confeccionados de antemano, son también un anexo de la Máquina: la redacción se simplifica mediante una selección de todos los viejos clichés, remozados y barnizados de nuevo, que son lanzados por empleados-Bottom, a semejanza del Molino de oraciones de los chinos, nuestros precursores en todo lo tocante al Progreso[4].

[4] Este molino se compone de una pequeña rueda que el devoto hace girar y de la que escapan mil papelitos impresos que contienen largas oraciones. De modo que un solo hombre reza más, en un minuto, que todo un convento en un año,—siendo la intención lo que cuenta.

El Aparato-Bottom reduce, poco más o menos de la misma manera, la faena de la Crítica: ¡ahorra así muchos sudores, muchas faltas de gramática elemental, muchos disparates y muchas frases vacías que se lleva el viento!—Los folletinistas, aficionados al dulce ocio, podrán tratar con el Barón a su llegada. Se asegura el secreto más inviolable, en caso de un pueril amor propio. Hay precio fijo, marcado en cifras conocidas, al frente de los artículos; es tanto por palabra de más de tres letras. Cuando el artículo resulta glorioso para el firmante, la gloria se paga aparte.

Como regularidad de líneas, como *ojo*, como lógica estricta y como mecánica filiación de ideas, estos artículos tienen, sobre los artículos hechos a mano, la misma e incontestable superioridad que, por ejemplo, las labores de una máquina de coser tienen sobre las de la antigua aguja.

¡No hay comparación posible! ¿Qué son las fuerzas de un hombre, hoy en día, frente a las de una máquina?

¡Es sobre todo tras el fracaso del drama de un gran poeta cuando los benéficos efectos de estos Artículos-Bottom resultarían apreciables!

¡Ahí estaría, como se dice, el golpe de gracia!... Como selección y blanqueo de las más decrepitas, retorcidas, nauseabundas, calumniosas y babosas vulgaridades, cacareadas al salir de la cloaca

nativa, estos Artículos no dejarían verdaderamente nada que desear al Público. ¡Están del todo listos! Dan la ilusión completa.

Se creería, por una parte, estar leyendo artículos *humanos* sobre los grandes hombres *vivos*,—y, por otra, ¡qué acabado, en lo verminoso! ¡Qué quintaesencia de abyección!

Su aparición será, ciertamente, uno de los grandes éxitos de este siglo. El Barón ha sometido algunos ejemplares a varios de nuestros críticos más agudos: ¡suspiraban ante ellos y dejaban caer la pluma de admiración! Esto exuda, en cada coma, esa impresión de sosiego que emana, por ejemplo, de aquel dicho delicioso que,—abanicándose con negligencia con su pañuelo de encaje,—el marqués de D***, director de la *Gazette du Roi*, decía a Luis XIV: «Señor, ¿y si le enviásemos un caldo al gran Corneille, que se muere?...»

La cámara general del Gran Teclado de la Máquina está instalada bajo la excavación llamada, en el teatro, la *Concha del apuntador*. Allí se encuentra el Encargado; el cual debe ser un hombre de confianza, de honorabilidad probada y con el aspecto digno de, por ejemplo, un guarda de paso a nivel. Tiene a mano los interruptores y los conmutadores eléctricos, los reguladores, las probetas, las llaves de los tubos de gas protóxido y bióxido de nitrógeno, efluvios amoniacales y otros, los botones de resorte de las palancas, de las bielas y de las poleas. El manómetro marca tanta presión, tantos kilográmetros de Inmortalidad. El contador va sumando y el Autor dramático paga su factura, que le presenta alguna joven belleza, en gran traje de Fama y rodeada de una gloria de trompetas. Esta le entrega entonces al Autor, sonriendo, en nombre de la Posteridad, y a la luz de un fuego de Bengala color oliva, color de la Esperanza, le entrega, decimos, a título de ofrenda, un busto parecido, garantizado, nimbado y laureado, todo ello de hormigón aglomerado (Sistema-Coignet). ¡Todo esto puede hacerse de antemano! ¡iiiAntes de la representación!!!

Si el autor tuviera incluso interés en que su gloria fuese no solo presente y futura, sino incluso *pasada*, el Barón lo ha previsto todo:

la Máquina puede obtener resultados retroactivos. En efecto, unos conductos de gas hilarante, hábilmente distribuidos por los cementerios de primer orden, deben, cada noche, hacer sonreír, a la fuerza, a los antepasados en sus tumbas.

En cuanto al aspecto práctico e inmediato de la invención, los presupuestos han sido escrupulosamente elaborados. El precio de la transformación del Gran Teatro, en Nueva York, en sala seria, no excede de quince mil dólares; el de La Haya, el Barón respondería de él mediante dieciséis mil coronas; Moscú y San Petersburgo quedarían aptos mediante unos cuarenta mil rublos. Los precios, para los teatros de París, no están todavía fijados, pues Bottom quiere estar sobre el terreno para darse buena cuenta de ello.

En suma, puede afirmarse ya que el enigma de la Gloria dramática moderna,—tal como la conciben las Personas de simple buen sentido,—acaba de ser resuelto. Está, ahora, A SU ALCANCE. Esta Esfinge ha encontrado a su Edipo[5].

[5] Se ha hablado, recientemente, de una adaptación de esta curiosa Máquina a la Cámara de los Diputados y al Senado: pero esto no es, todavía, más que un rumor. Con toda clase de reservas. Los Oua-ouaou serían sustituidos por unos: «¡Muy bien!», unos: «¡Sí! ¡Sí!», unos: «¡A votación!», unos: «¡Ha mentado usted!...», unos: «¡No! ¡No!», unos: «¡Pido la palabra!...», unos «¡Continúe!», etcétera.—En fin, lo necesario.

EL DUQUE DE PORTLAND

A monsieur Henry La Luberne.

Gentlemen, you are welcome to Elsinore.

SHAKESPEARE, *Hamlet*.

Aguárdame allí: no dejaré, ciertamente, de reunirme contigo EN ESE HUECO VALLE.

EL OBISPO HALL.

Hacia el fin de estos últimos años, a su regreso del Levante, Richard, duque de Portland, el joven lord otrora célebre en toda Inglaterra por sus fiestas nocturnas, sus victoriosos pura sangre, su ciencia de boxeador, sus cacerías del zorro, sus castillos, su fabulosa fortuna, sus aventureros viajes y sus amores,—había desaparecido bruscamente.

Una sola vez, una tarde, se había visto su secular carruaje dorado cruzar, con las persianas bajadas, al galope tendido y rodeado de jinetes portadores de antorchas, Hyde Park.

Luego,—reclusión tan súbita como extraña,—el duque se había retirado a su solar ancestral; se había hecho el habitante solitario de ese macizo castillo almenado, construido en épocas remotas, en medio de sombríos jardines y praderas arboladas, sobre el cabo de Portland.

Allí, por todo vecindario, un fuego rojo que alumbraba a todas horas, a través de la bruma, los pesados vapores que cabeceaban en alta

mar entrecruzando sus estelas de humo en el horizonte.

Una especie de sendero, en pendiente hacia el mar, una sinuosa alameda, excavada entre extensiones de roca y bordeada, en toda su longitud, de pinos silvestres, abre, al pie, sus pesadas verjas doradas sobre la arena misma de la playa, sumergida en las horas del reflujo.

Bajo el reinado de Enrique VI, leyendas brotaron de ese castillo feudal cuyo interior, a la luz de las vidrieras, resplandece de riquezas feudales.

Sobre la plataforma que enlaza sus siete torres velan todavía, entre cada aspillera, aquí, un grupo de arqueros, allí, algún caballero de piedra, esculpidos, en tiempos de las cruzadas, en actitudes de combate[Nota 6].

[Nota 6] El castillo de Northumberland responde mucho mejor a esta descripción que el de Portland.—¿Es necesario añadir que, si el fondo y la mayoría de los detalles de esta historia son auténticos, el autor hubo de modificar un poco el *personaje* mismo del duque de Portland,—puesto que escribe esta historia *tal como habría debido ocurrir*?

De noche, esas estatuas,—cuyos rostros, ahora borrados por las pesadas lluvias de tormenta y las heladas de varios centenares de inviernos, presentan expresiones múltiples veces alteradas por los retoques del rayo,—ofrecen un aspecto vago que se presta a las más supersticiosas visiones. Y cuando, levantados en masas multiformes por una tempestad, los oleajes se lanzan, en la oscuridad, contra el promontorio de Portland, la imaginación del transeúnte extraviado que se apresura por las orillas,—ayudada, sobre todo, por las llamas que la luna vierte sobre esas sombras graníticas,—puede imaginar, ante ese castillo, algún eterno asalto sostenido por una heroica guarnición de hombres de armas fantasmas contra una legión de espíritus malignos.

¿Qué significaba ese aislamiento del despreocupado lord inglés? ¿Sufría acaso algún ataque de melancolía?—¡Él, ese corazón tan

alegre por naturaleza! ¡Imposible!...—¿Alguna mística influencia traída de su viaje por Oriente?—Quizás.—Se había inquietado, en la corte, por esa desaparición. La reina había dirigido un mensaje de Westminster al lord invisible.

Reclinada junto a un candelabro, la reina Victoria se había demorado esa noche en audiencia extraordinaria. A su lado, sobre un taburete de marfil, estaba sentada una joven lectora, miss Helena H***.

Una respuesta, sellada de negro, llegó de parte del lord Portland.

La joven, habiendo abierto el pliego ducal, recorrió con sus ojos azules, sonrientes destellos de cielo, las pocas líneas que contenía. De repente, sin una palabra, lo presentó, con los párpados cerrados, a Su Majestad.

La reina leyó, pues, ella misma, en silencio.

A las primeras palabras, su rostro, habitualmente impasible, pareció impregnarse de un gran asombro triste. Incluso se estremeció; luego, muda, acercó el papel a las bujías encendidas.—Dejando caer a continuación, sobre las losas, la carta que se consumía:

—Milores —dijo a los de los pares que se encontraban presentes a pocos pasos—, no volveréis a ver a nuestro querido duque de Portland. No debe seguir ocupando su escaño en el Parlamento. Le dispensamos de ello, por un privilegio necesario. ¡Que su secreto sea guardado! No os inquietéis ya por su persona, y que ninguno de sus huéspedes intente jamás dirigirle la palabra.

Luego, despidiendo con un gesto al viejo correo del castillo:

—Diréis al duque de Portland lo que acabáis de ver y oír —añadió, tras una mirada a las cenizas negras de la carta.

Con esas misteriosas palabras, Su Majestad se había levantado para retirarse a sus aposentos. Sin embargo, al ver a su lectora que permanecía inmóvil y como adormecida, la mejilla apoyada en su

joven brazo blanco posado sobre el moaré púrpura de la mesa, la reina, sorprendida de nuevo, murmuró suavemente:

—¿Me seguís, Helena?

La joven, persistiendo en su actitud, se apresuraron junto a ella.

Sin que palidez alguna hubiera delatado su emoción,—un lirio, ¿cómo palidecer?—se había desvanecido.

Un año después de las palabras pronunciadas por Su Majestad,—durante una tormentosa noche de otoño, los navíos que pasaban a pocas leguas del cabo de Portland vieron el solar iluminado.

¡Oh! ¡No era la primera de las fiestas nocturnas ofrecidas, en cada estación, por el lord *ausente*!

Y de ellas se hablaba, pues su sombría excentricidad rozaba lo fantástico, al no asistir el duque.

No era en los aposentos del castillo donde se daban esas fiestas. Nadie entraba ya en ellos; lord Richard, que habitaba, solitariamente, la torre del homenaje misma, parecía haberlos olvidado.

Desde su regreso, había hecho revestir, por inmensos espejos de Venecia, las paredes y las bóvedas de los vastos subterráneos de esa morada. El suelo estaba ahora enlosado de mármoles y resplandecientes mosaicos.—Colgadas de alto lizo, entreabiertos sobre columnas torneadas, separaban únicamente una enfilada de salas maravillosas donde, bajo centelleantes balaustres dorados completamente iluminados, aparecía una instalación de muebles orientales, bordados de arabescos preciosos, en medio de floraciones tropicales, de surtidores de agua perfumada en tazas de pórvido y de hermosas estatuas.

Allí, por una amistosa invitación del castellano de Portland, «al pesar de hallarse siempre *ausente*», se congregaba una muchedumbre brillante, toda la élite de la joven aristocracia de Inglaterra, las más seductoras artistas o las más bellas despreocupadas de la *gentry*.

Lord Richard estaba representado por uno de sus amigos de *antaoño*. Y comenzaba entonces una noche principescamente libre.

Solo, en el lugar de honor del festín, el sillón del joven lord permanecía vacío y el escudo ducal que coronaba su respaldo quedaba siempre velado por un largo crespón de luto.

Las miradas, pronto animadas por la embriaguez o el placer, se apartaban gustosas hacia presencias más encantadoras.

¡Así, a medianoche, se ahogaban, bajo tierra, en Portland, en las voluptuosas salas, en medio de los capitosos aromas de las exóticas flores, las carcajadas, los besos, el ruido de las copas, de los cantos embriagados y de las músicas!

Pero si uno de los convidados, a esa hora, se hubiera levantado de la mesa y, para respirar el aire del mar, se hubiera aventurado al exterior, en la oscuridad, por las orillas, a través de las ráfagas de los desolados vientos de alta mar, habría podido percibir, quizás, un espectáculo capaz de perturbar su buen humor, al menos por el resto de la noche.

A menudo, en efecto, hacia esa misma hora, en los recodos de la alameda que descendía hacia el Océano, un caballero, envuelto en una capa, el rostro cubierto por una máscara de tela negra a la que iba adaptada una capucha circular que ocultaba toda la cabeza, se encaminaba, con el resplandor de un cigarro en la mano largamente enguantada, hacia la playa. Como en una fantasmagoría de gusto anticuado, dos servidores de cabellos blancos le precedían; otros dos le seguían, a pocos pasos, elevando humeantes antorchas rojas.

Ante ellos marchaba un niño, también en librea de luto, y ese paje agitaba, una vez por minuto, el breve tañido de una campana para advertir de lejos que se apartaran al paso del paseante. Y el aspecto de esa pequeña comitiva dejaba una impresión tan heladora como el cortejo de un condenado.

Ante ese hombre se abría la verja de la orilla; la escolta le dejaba solo y él avanzaba entonces hasta el borde de las aguas. Allí, como perdido en un pensativo desespere y embriagándose de la

desolación del espacio, permanecía taciturno, semejante a los espectros de piedra de la plataforma, bajo el viento, la lluvia y los relámpagos, ante el mugido del Océano. Tras una hora de ese ensimismamiento, el sombrío personaje, siempre acompañado de las luces y precedido del toque fúnebre de la campana, retomaba, hacia la torre del homenaje, el sendero por donde había descendido. Y a menudo, tambaleándose en el camino, se aferraba a las asperezas de las rocas.

La mañana que había precedido a esa fiesta de otoño, la joven lectora de la reina, siempre de gran luto desde el primer mensaje, estaba en oraciones en el oratorio de Su Majestad cuando le fue entregado un billete escrito por uno de los secretarios del duque.

No contenía más que esas dos palabras, que ella leyó con un estremecimiento: «Esta noche.»

Por eso, hacia medianoche, una de las embarcaciones reales había atracado en Portland. Una juvenil forma femenina, con manto oscuro, había descendido de ella, sola. La visión, tras haberse orientado en la playa crepuscular, se había apresurado, corriendo hacia las antorchas, en la dirección del tañido traído por el viento.

Sobre la arena, recostado en una piedra y, de vez en cuando, sacudido por un estremecimiento mortal, el hombre de la máscara misteriosa yacía tendido en su capa.

—¡Oh, desdichado! —exclamó sollozando y cubriéndose el rostro la joven aparición cuando llegó, con la cabeza descubierta, junto a él.

—¡Adiós! ¡Adiós! —respondió él.

Se oían, a lo lejos, cantos y risas llegados de los subterráneos de la feudal morada cuya iluminación ondulaba, reflejada, sobre las aguas.

—¡Eres libre!... —añadió él, dejando caer de nuevo su cabeza sobre la piedra.

—¡Estás liberado! —respondió la blanca recién llegada, elevando una pequeña cruz de oro hacia los cielos cuajados de estrellas, ante la mirada de quien ya no hablaba.

Tras un largo silencio y, como ella permanecía así ante él, con los ojos cerrados e inmóvil, en esa actitud:

—¡Hasta la *vista*, Helena! —murmuró él en un hondo suspiro.

Cuando, tras una hora de espera, los servidores se acercaron, vieron a la joven arrodillada sobre la arena y orando junto a su señor.

—El duque de Portland ha muerto —dijo ella.

Y, apoyándose en el hombro de uno de esos ancianos, regresó a la embarcación que la había traído.

Tres días después, podía leerse esta noticia en el *Diario de la Corte*:

«—Miss Helena H*, LA PROMETIDA DEL DUQUE DE PORTLAND, CONVERTIDA A LA RELIGIÓN ORTODOXA, TOMÓ AYER EL VELO EN LAS CARMELITAS DE L*.»

¿Cuál era, pues, el secreto del que acababa de morir el poderoso lord?

Un día, en sus lejanos viajes por Oriente, habiéndose alejado de su caravana en los alrededores de Antioquía, el joven duque, conversando con los guías del país, oyó hablar de un mendigo ante quien todos se apartaban con horror y que vivía, solo, en medio de las ruinas.

Se le ocurrió la idea de visitar a ese hombre, pues nadie escapa a su destino.

Ahora bien, ese fúnebre Lázaros era aquí abajo el último depositario de la gran lepra antigua, de la Lepra seca y sin remedio, del mal inexorable del que solo un Dios podía resucitar, en otro tiempo, a los Jobs de la leyenda.

Solo, pues, Portland, a pesar de las súplicas de sus guías despavoridos, osó desafiar el contagio en la especie de cueva donde

agonizaba ese paria de la Humanidad.

Allí mismo, por una fanfarronería de gran gentilhombre, intrépido hasta la locura, al dar un puñado de monedas de oro a ese miserable agonizante, el pálido lord había querido *estrecharle la mano*.

En ese mismo instante una nube había pasado ante sus ojos. Al anochecer, sintiéndose perdido, había abandonado la ciudad y el interior de las tierras y, desde los primeros síntomas, había regresado al mar para intentar una curación en su solar, o morir en él.

Pero, ante los ardientes estragos que se declararon durante la travesía, el duque comprendió bien que no podía conservar otra esperanza que la de una muerte rápida.

¡Todo había concluido! ¡Adiós, juventud, esplendor del antiguo nombre, prometida amante, posteridad de la estirpe!—¡Adiós, fuerzas, alegrías, fortuna incalculable, hermosura, porvenir! Toda esperanza se había abismado en el hueco del terrible apretón de manos. El lord había heredado del mendigo. Un segundo de bravata —iun gesto *demasiado* noble, más bien!—había arrebatado esa existencia luminosa al secreto de una muerte desesperada...

Así pereció el duque Richard de Portland, el último leproso del mundo.

VIRGINIE Y PAUL

A Mademoiselle Augusta Holmès.

«Per amica silentia lunæ.»

VIRGILIO.

Ésta es la verja de los viejos jardines del internado. Dan las diez en la lejanía. Es una noche de abril, clara, azul y profunda. Las estrellas parecen de plata. Las olas del viento, débiles, han pasado sobre las rosas jóvenes; los follajes susurran, el surtidor cae, nevado, al fondo de esta gran alameda de acacias. En medio del gran silencio, un ruiseñor, alma de la noche, hace centellear una lluvia de notas mágicas.

Cuando los dieciséis años te envolvían con su cielo de ilusiones, ¿amaste a una muchacha muy joven? ¿Recuerdas aquel guante olvidado sobre una silla, en el cenador? ¿Sentiste la turbación de una presencia inesperada, súbita? ¿Sentiste arder tus mejillas cuando, durante las vacaciones, los padres sonreían al veros tímidos el uno junto al otro? ¿Conociste el dulce infinito de dos ojos puros que te miraban con una ternura pensativa? ¿Rozaste con tus labios los labios de una niña temblorosa y súbitamente palidecida, cuyo seno latía contra tu corazón oprimido de alegría? ¿Las guardaste, en el fondo del relicario, las flores azules cogidas al atardecer, junto al río, al volver juntos?

Escondido, desde los años que separan, en lo más profundo de tu corazón, un recuerdo así es como una gota de esencia de Oriente

encerrada en un frasco precioso. Esa gota de bálsamo es tan fina y tan poderosa que, si se arroja el frasco en tu tumba, su perfume, vagamente inmortal, durará más que tu polvo.

¡Oh! ¡Si hay una cosa dulce, en una noche de soledad, es respirar, una vez más, el adiós de ese recuerdo encantado!

Ésta es la hora del aislamiento: los ruidos del trabajo se han acallado en el arrabal; mis pasos me han conducido hasta aquí, al azar. Este edificio fue, en otro tiempo, una vieja abadía. Un rayo de luna deja ver la escalera de piedra, detrás de la verja, e ilumina a medias a los viejos santos esculpidos que hicieron milagros y que, sin duda, golpearon contra estas losas sus humildes frentes iluminadas por la oración. Aquí resonaron antaño los pasos de los caballeros de Bretaña, cuando el inglés ocupaba todavía nuestras ciudades angevinas.—Ahora, unas celosías verdes y alegres rejuvenecen las oscuras piedras de los ventanales y de los muros. La abadía se ha convertido en un internado de señoritas. De día, deben de gorjear allí como pájaros entre las ruinas. Entre las que duermen, más de una niña habrá que, en las primeras vacaciones de Pascua, despierte en el corazón de un joven adolescente la gran impresión sagrada, y acaso ya...—¡Chis! ¡Han hablado! Una voz muy dulce acaba de llamar (muy bajo): «¡Paul!... ¡Paul!» Un vestido de muselina blanca, un cinturón azul han flotado, un instante, cerca de ese pilar. Una muchacha parece a veces una aparición. Ésta ha bajado ya. Es una de ellas; veo la esclavina del internado y la cruz de plata al cuello. Veo su rostro. ¡La noche se funde con sus rasgos bañados de poesía! ¡Oh, cabellos tan rubios de una juventud todavía mezclada de infancia! ¡Oh, azul mirada cuyo azul es tan pálido que aún parece guardar algo del éter primitivo!

Pero ¿quién es ese muchacho tan joven que se desliza entre los árboles? Se apresura; toca el pilar de la verja.

—¡Virginie! ¡Virginie! Soy yo.

—¡Oh! ¡Más bajo! ¡Aquí estoy, Paul!

¡Los dos tienen quince años!

¡Es una primera cita! ¡Es una página del idilio eterno! ¡Cómo deben de temblar de alegría el uno y el otro! ¡Salve, inocencia divina! ¡Recuerdo! ¡Flores reavivadas!

—¡Paul! ¡Mi querido primo!

—Deme su mano a través de la verja, Virginie. ¡Oh! ¡Pero qué bonita es, al menos! Tenga, es un ramo que he cogido en el jardín de papá. No cuesta dinero, pero es de corazón.

—Gracias, Paul.—¡Pero qué sofocado está! ¡Cómo ha corrido!

—¡Ah! ¡Es que papá ha hecho un negocio hoy, un negocio muy bueno! Ha comprado un pequeño bosque a mitad de precio. Unas personas estaban obligadas a vender deprisa; una buena ocasión. Entonces, como estaba contento del día, me quedé con él para que me diera un poco de dinero; y luego me he dado prisa para llegar a la hora.

—¡Nos casaremos dentro de tres años, si aprueba usted bien sus exámenes, Paul!

—Sí, seré abogado. Cuando se es abogado, se espera algunos meses para darse a conocer. Y además, se gana también un poco de dinero.

—¡A menudo, mucho dinero!

—Sí. ¿Es usted feliz en el internado, prima mía?

—¡Oh, sí, Paul! Sobre todo desde que a la señora Pannier le ha ido tan bien el negocio. Al principio no estábamos tan bien, pero ahora hay aquí señoritas de castillo. Soy amiga de todas esas señoritas. ¡Oh, tienen cosas muy bonitas! Y, claro, desde que llegaron, estamos mucho mejor, mucho mejor, porque la señora Pannier puede gastar un poco más de dinero.

—Es igual, estos viejos muros... No es muy alegre estar aquí.

—¡Sí que lo es! Una se acostumbra a no mirarlos. Pero, vamos a ver, Paul, ¿ha ido usted a ver a nuestra buena tía? Su santo será dentro de seis días; habrá que escribirle un *cumplido*. ¡Es tan buena!

—¡Yo no la quiero mucho, a mi tía! La otra vez me dio unos caramelos viejos del postre, en lugar, vamos, de un regalo de verdad: ya fuera un bonito monedero, ya unas monedillas para meter en mi hucha.

—Paul, Paul, eso no está bien. Hay que ser siempre muy cariñoso con ella y tratarla con cuidado. Es vieja y también nos dejará un poco de dinero...

—Es verdad. ¡Oh, Virginie! ¿Oyes ese ruiseñor?

—Paul, tenga usted mucho cuidado de no tutearme cuando no estemos solos.

—¡Prima mía, ya que nos vamos a casar! Además, tendré cuidado. Pero ¡qué bonito es el ruiseñor! ¡Qué voz tan pura y argentina!

—Sí, es bonito, pero no deja dormir. Hace una noche muy templada: la luna está plateada, es hermoso.

—Ya sabía yo que a usted le gustaba la poesía, prima mía.

—¡Oh! ¡Sí! ¡La Poesía!... Estudio piano.

—En el colegio he aprendido toda clase de versos hermosos para recitárselos, prima mía; me sé casi todo Boileau de memoria. Si usted quiere, iremos a menudo al campo cuando nos casemos, ¿verdad?

—¡Claro que sí, Paul! Además, mamá me dará, en dote, su casita de campo, donde hay una granja: iremos allí a menudo a pasar el verano. Y la ampliaremos un poco, si es posible. La granja también da un poco de dinero.

—¡Ah, mejor! Y además, en el campo se puede vivir con mucho menos dinero que en la ciudad. Eso me lo han dicho mis padres. Me gusta la caza, y también mataré mucha caza. ¡Con la caza también se ahorra un poco de dinero!

—Además, ¡es el campo, Paul mío! ¡Y me gusta tanto todo lo que es poético!

—Oigo ruido ahí arriba, ¿eh?

—¡Chis! Tengo que subir: la señora Pannier podría despertarse.
Adiós, Paul.

—Virginie, ¿estará usted en casa de mi tía dentro de seis días?...
¿A cenar?... También temo que papá se dé cuenta de que me he
escapado; ya no me daría más dinero.

—Su mano, deprisa.

Mientras yo escuchaba, arrobado, el ruido celestial de un beso, los
dos ángeles huyeron; el eco rezagado de las ruinas repetía
vagamente: «... ¡Dinero! ¡Un poco de dinero!»

¡Oh juventud, primavera de la vida! ¡Sed benditos, niños, en
vuestro éxtasis! ¡Vosotros, cuya alma es simple como la flor;
vosotros, cuyas palabras, evocando otros recuerdos *poco más o
menos* parecidos a esta primera cita, hacen verter dulces lágrimas a
un transeúnte!

EL CONVIDADO DE LAS ÚLTIMAS FIESTAS

A Madame Nina de Villard.

Lo desconocido es la parte del león.

FRANÇOIS ARAGO.

El Comendador de piedra puede venir a cenar con nosotros: ¡puede tendernos la mano! La tomaremos de nuevo. Quizá sea él quien tenga frío.

Una noche de carnaval del año 186..., C***, uno de mis amigos, y yo, por una circunstancia absolutamente debida a los azares del hastío «ardiente y vago», nos encontrábamos solos, en un palco de prosenio, en el baile de la Ópera.

Desde hacía unos instantes contemplábamos, entre la polvareda, el mosaico tumultuoso de las máscaras que vociferaban bajo las arañas y se agitaban al arco sabático de Strauss.

De pronto se abrió la puerta del palco: tres damas, con un frufrú de seda, avanzaron entre las pesadas sillas y, tras quitarse las máscaras, nos dijeron:

—¡Buenas noches!

Eran tres jóvenes de inteligencia y belleza excepcionales. Las habíamos encontrado alguna vez en los círculos artísticos de París. Se llamaban: Clio la Cenicienta, Antonie Chantilly y Annah Jackson.

—¿Y vienen ustedes aquí a hacer novillos, señoras? —preguntó C*** invitándolas a sentarse.

—¡Oh! Íbamos a cenar solas, porque la gente de esta velada, tan horrible como tediosa, ha entristecido nuestra imaginación —dijo Clio la Cenicienta.

—¡Sí, ya nos marchábamos cuando les vimos a ustedes! —dijo Antonie Chantilly.

—Así pues, vengan con nosotras, si no tienen nada mejor que hacer —concluyó Annah Jackson.

—¡Júbilo y luz! ¡Vivat! —respondió tranquilamente C***—. ¿Tienen ustedes alguna objeción grave contra la Maison dorée?

—¡Lejos de nosotras tal pensamiento! —dijo la deslumbrante Annah Jackson desplegando su abanico.

—Entonces, querido amigo —continuó C*** volviéndose hacia mí —, toma tu carnet, reserva el salón rojo y manda el billete con el botones de miss Jackson. Es, creo yo, el procedimiento a seguir, salvo que tengas alguna objeción.

—Señor —me dijo miss Jackson—, si se sacrifica usted hasta el punto de moverse por nosotras, encontrará a ese personaje vestido de ave fénix —o de mosca— y repantigado en el vestíbulo. Responde al transparente pseudónimo de Baptiste o de Lapierre. ¿Tendría usted esa amabilidad? Y vuelva pronto a querernos sin cesar.

Desde hacía un momento no escuchaba a nadie. Miraba a un desconocido situado en un palco frente a nosotros: un hombre de treinta y cinco o treinta y seis años, de una palidez oriental; sostenía un impertinente y me dirigía un saludo.

—¡Eh! ¡Es mi desconocido de Wiesbaden! —me dije en voz muy baja, tras un momento de reflexión.

Como aquel señor me había prestado en Alemania uno de esos servicios leves que el trato permite intercambiar entre viajeros — ¡oh!, simplemente a propósito de unos cigarros, creo, cuya virtud me había señalado en el salón de conversación—, le devolví el saludo.

Un instante después, en el vestíbulo, mientras buscaba con la mirada al susodicho fénix, vi venir al desconocido hacia mí. Como su acogida fue de lo más afable, me pareció de buena cortesía ofrecerle nuestra compañía si se encontraba demasiado solo en aquel tumulto.

—¿Y a quién tendré el honor de presentar a nuestra graciosa compañía? —le pregunté sonriendo, una vez que hubo aceptado.

—El barón Von H*** —me dijo—. Sin embargo, dadas las maneras despreocupadas de estas damas, las dificultades de pronunciación y esta hermosa noche de carnaval, permítame tomar, por una hora, otro nombre —el primero que venga —añadió—: tome... —y se echó a reír—: el barón *Saturno*, si usted quiere.

Aquella extravagancia me sorprendió un poco, pero como se trataba de una locura general, lo anuncié con frialdad a nuestras elegantes, conforme al dato mitológico al que él aceptaba reducirse.

Su capricho obró en su favor: se quiso creer en algún rey de las *Mil y una noches* que viajaba de incógnito. Clio la Cenicienta, juntando las manos, llegó incluso a murmurar el nombre de cierto tal Jud, entonces célebre, una especie de criminal aún no capturado a quien varios asesinatos habían, al parecer, ilustrado y enriquecido de modo excepcional.

Una vez intercambiados los cumplidos:

—¿No nos haría el barón el favor de cenar con nosotras, por la simetría deseable? —preguntó la siempre solícita Annah Jackson, entre dos bostezos irresistibles.

Él quiso excusarse.

—Susannah se lo ha dicho como don Juan a la estatua del Comendador —repliqué bromeando—: iestas escocesas son de una solemnidad!

—¡Había que proponerle al señor Saturno venir a matar el Tiempo con nosotros! —dijo C***, que, frío, quería invitar «de manera regular».

—¡Lamento mucho negarme! —respondió el interlocutor—. Compadézcanme de que una circunstancia de un interés verdaderamente *capital* me reclame esta mañana bastante temprano.

—¿Un duelo de risa? ¿Una variedad de vermut? —preguntó Clio la Cenicienta haciendo un mohín.

—No, señora: un... *encuentro*, ya que usted se digna consultarme al respecto —dijo el barón.

—¡Bueno! ¡Alguna palabrería de pasillos de la Ópera, apuesto! —exclamó la bella Annah Jackson—. Su sastre, envanecido de un traje de lancero ligero, le habrá llamado artista o demagogo. Querido señor, esas observaciones no pesan ni el más mínimo florete: usted es extranjero, y se nota.

—Lo soy incluso un poco en todas partes, señora —respondió inclinándose el barón Saturno.

—¡Vamos! ¿Se hace usted de rogar?

—*¡Raramente, se lo aseguro!*... —murmuró, con ese aire a un tiempo el más galante y el más equívoco, el singular personaje.

C*** y yo nos lanzamos una mirada; ya no lo entendíamos: ¿qué quería decir ese señor? La distracción, no obstante, nos parecía bastante divertida.

Pero, como los niños que se encaprichan de lo que se les niega:

—¡Nos pertenece usted hasta el alba, y tomo su brazo! —exclamó Antonie.

Él cedió; abandonamos la sala.

Había hecho falta, pues, ese cohete de incongruencias para arrastrar aquel ramillete final; íbamos a encontrarnos en una intimidad bastante relativa con un hombre del que no sabíamos nada, salvo que había jugado en el casino de Wiesbaden y que había estudiado los distintos placeres de los habanos.

¡Ah! ¡Qué importaba! Lo más breve hoy en día, ¿no es acaso *estrechar la mano a todo el mundo*?

En el bulevar, Clio la Cenicienta se recostó riendo en el fondo de la calesa y, como su tigre mestizo aguardaba como un esclavo:

—¡A la Maison-dorée! —dijo.

Luego, inclinándose hacia mí:

—No conozco a su amigo: ¿qué clase de hombre es? Me intriga infinitamente. ¡Tiene una mirada *extraña*!

—¿Nuestro *amigo*? —respondí—. Apenas le he visto dos veces, la temporada pasada, en Alemania.

Me miró con aire de asombro:

—¿Qué pues? —retomé—. ¡Viene a saludarnos a nuestro palco y usted le invita a cenar basándose en una presentación de baile de máscaras! Admitiendo que haya cometido una imprudencia digna de mil muertes, es ya un poco tarde para alarmarse respecto a nuestro convidado. Si los invitados no están mañana dispuestos a continuar el trato, se saludarán como la víspera: eso es todo. Una cena no significa nada.

Nada es tan divertido como aparentar comprender ciertas susceptibilidades artificiales.

—¿Cómo es que no sabe usted mejor quiénes son las personas? ¿Y si fuera un...?

—¿Acaso no le he dado su nombre? El barón *Saturno*. ¿Es que teme usted comprometerle, mademoiselle? —añadí en tono severo.

—¡Es usted un señor insoportable, ya lo sabe!

—No tiene pinta de tahúr: así pues, nuestra aventura es de lo más simple. ¡Un millonario divertido! ¿No es lo ideal?

—Me parece bastante apuesto ese señor Saturno —dijo C***.

—¿Y, al menos en tiempo de carnaval, un hombre muy rico tiene siempre derecho a la estima? —concluyó con voz tranquila la bella

Susannah.

Los caballos partieron: el pesado carruaje del desconocido nos siguió. Antonie Chantilly —más conocida bajo el nombre de guerra, un tanto almibarado, de Yseult— había aceptado su misteriosa compañía.

Una vez instalados en el salón rojo, ordenamos a Joseph que no dejase llegar hasta nosotros ningún ser viviente, a excepción de las ostras de Ostende, de él mismo, Joseph, y de nuestro ilustre amigo el fantástico doctorcillo Florian Les Églisottes, si acaso venía a chupar su proverbial cangrejo de río.

Un leño ardiente se desmoronaba en la chimenea. En torno a nosotros se extendían los tenues aromas de telas, de pieles abandonadas, de flores de invierno. Los destellos de los candelabros envolvían, sobre una consola, los cubos plateados donde se helaba el triste vino de Aÿ. Las camelias, cuyos ramos se henchían en los extremos de sus tallos de latón, desbordaban los cristales sobre la mesa.

Fuera caía una lluvia opaca y fina, salpicada de nieve; una noche glacial; ruidos de carruajes, gritos de máscaras, la salida de la Ópera. Eran las alucinaciones de Gavarni, de Deveria, de Gustave Doré.

Para ahogar esos rumores, las cortinas estaban cuidadosamente corridas ante las ventanas cerradas.

Los comensales eran, pues, el barón sajón Von H*, EL FLAVO Y ESMINTEO C* y yo; luego Annah Jackson, la Cenicienta y Antonie.

Durante la cena, que fue realzada por locuras deslumbrantes, me dejé ir, muy suavemente, hacia mi inocente manía de observación — y debo decirlo, no tardé en advertir que el de enfrente merecía, en efecto, cierta atención.

¡No, no era un hombre frívolo, aquel convidado de paso!... Sus rasgos y su porte no carecían, sin duda, de esa distinción convenida que hace tolerables a las personas: su acento no era fastidioso como

el de algunos extranjeros; solo que, en verdad, su palidez tomaba, a intervalos, tonos singularmente lívidos —e incluso mortecinos—; sus labios eran más estrechos que un trazo de pincel; las cejas permanecían siempre un tanto fruncidas, incluso en la sonrisa.

Habiendo observado estos detalles y algunos otros, con esa atención inconsciente que ciertos escritores están bien obligados a poseer, lamenté haberle introducido, de forma del todo frívola, en nuestra compañía —y me prometí borrarlo, al alba, de nuestra lista de habituales. Hablo aquí de C*** y de mí, naturalmente; pues el buen azar que nos había otorgado aquella noche nuestras huéspedes femeninas debía llevárselas de nuevo, como visiones, al final de la noche.

Y luego el desconocido no tardó en cautivar nuestra atención por una rareza especial. Su conversación, sin destacar por el valor intrínseco de las ideas, mantenía el interés gracias a la insinuación muy vaga que el sonido de su voz parecía deslizar en ella intencionadamente.

Ese detalle nos sorprendía tanto más cuanto que nos era imposible, examinando lo que decía, descubrir en ello otro sentido que el de una frase mundana. Y dos o tres veces nos hizo estremecernos, a C*** y a mí, por la manera en que subrayaba sus palabras y por la impresión de pensamientos ocultos, del todo imprecisos, que nos dejaban.

De pronto, en pleno ataque de risa provocado por cierta facecia de Clio la Cenicienta —iy que era, verdaderamente, de las más divertidas!—, tuve no sé qué oscura idea de haber visto ya a ese caballero en una *circunstancia muy distinta* de la de Wiesbaden.

En efecto, aquel rostro era de una acentuación de rasgos inolvidable y el fulgor de los ojos, en el momento del parpadeo, proyectaba sobre aquel semblante como la idea de una antorcha interior.

¿Cuál era esa circunstancia? Me esforzaba en vano por precisarla en mi espíritu. ¿Cederé acaso a la tentación de enunciar las confusas

nociones que despertaba en mí?

Eran las de un acontecimiento semejante a los que se ven en los sueños.

¿Dónde *podría* haberse producido aquello? ¿Cómo conciliar mis recuerdos habituales con esas intensas y lejanas ideas de asesinato, de silencio profundo, de bruma, de rostros aterrados, de antorchas y de sangre, que surgían en mi conciencia con una sensación de *positivismo* insoportable, a la vista de ese personaje?

—¡Caramba! —balbuceé muy bajo—, ¿será que me engañan los ojos esta noche?

Bebí una copa de champán.

Las ondas sonoras del sistema nervioso poseen esas vibraciones misteriosas. Aturden, por así decirlo, por la diversidad de sus ecos, el análisis del golpe inicial que las produjo. La memoria distingue el ambiente circundante de la cosa, y la *cosa* misma se ahoga en esa sensación general, hasta quedar obstinadamente indiscernible.

Ocurre lo mismo que con esos rostros antaño familiares que, vistos de improviso de nuevo, turban con una evocación tumultuosa de impresiones aún adormecidas, y que *entonces* resulta imposible nombrar.

Pero los modales distinguidos, la reserva jovial, la dignidad extraña del desconocido —suerte de velos tendidos sobre la realidad, sin duda muy sombría, de su naturaleza— me indujeron a tratar (al menos por el momento) aquel parecido como un hecho imaginario, como una suerte de perversión visual nacida de la fiebre y de la noche.

Resolví, pues, poner buena cara al festín, según mi deber y mi placer.

Nos levantamos de la mesa por espíritu juvenil —y los cohetes de carcajadas vinieron a mezclarse con las ocurrencias armoniosas golpeadas al azar en el piano por unos dedos ligeros.

Olvidé, pues, toda preocupación. Pronto hubo destellos de *concetti*, confesiones ligeras, esos besos vagos —semejantes al ruido de esos pétalos de flores que las bellas distraídas hacen chasquear sobre el dorso de sus manos—, hubo fuegos de sonrisas y de diamantes: la magia de los profundos espejos reflejaba, silenciosamente, hasta el infinito, en largas filas azuladas, las luces, los gestos.

C*** y yo nos abandonamos al sueño a través de la conversación.

Los objetos se transfiguran según el magnetismo de las personas que se les acercan, pues todas las cosas no tienen para cada cual más significación que la que cada cual *puede* prestarles.

Así, la modernidad de aquellas doraduras estridentes, de aquellos muebles pesados y de aquellos cristales lisos era redimida por las miradas de mi camarada lírico C*** y por las mías.

Para nosotros, aquellos candelabros *eran*, necesariamente, de oro virgen, y sus cinceladuras estaban, isin duda!, firmadas por un auténtico Quinze-Vingt, orfebre de nacimiento. Positivamente, aquellos muebles no podían proceder sino de un tapicero luterano vuelto loco bajo Luis XIII por terrores religiosos. ¿De quién debían provenir esos cristales sino de un vidriero de Praga, depravado por algún amor pentesileico? Aquellas colgaduras de Damasco no eran otras, a buen seguro, que esas antiguas púrpuras al fin reencontradas en Herculano, en el cofre de los *velaria* sagrados de los templos de Asclepio o de Palas. La crudeza, verdaderamente singular, del tejido se explicaba, llegado el caso, por la acción corrosiva de la tierra y de la lava, y —iimperfección preciosa!— lo hacía único en el universo.

En cuanto al mantel, nuestra alma conservaba una duda sobre su origen. Había motivos para saludar en él muestras de sayal lacustre. Al menos no desesperábamos de encontrar, en los signos bordados en la trama, los indicios de una procedencia acádica o troglodita. Quizá nos halláramos ante los innumerables paños del sudario de Xisutros, blanqueados y cortados al por menor como manteles de

mesa. Debimos, sin embargo, tras examen, contentarnos con sospechar en ellos las inscripciones cuneiformes de un menú redactado simplemente bajo Nemrod: ya gozábamos de la sorpresa y la alegría del señor Oppert cuando llegara a conocer ese descubrimiento al fin reciente.

Y la Noche arrojaba sus sombras, sus extraños efectos y sus medias tintas sobre los objetos, reforzando la buena voluntad de nuestras convicciones y de nuestros sueños.

El café humeaba en las tazas transparentes: C*** consumía suavemente un habano y se envolvía en copos de humo blanco, como un semidiós en una nube.

El barón de H***, con los ojos entornados, tendido en un sofá, con aire un tanto banal, una copa de champán en su pálida mano que colgaba sobre la alfombra, parecía escuchar con atención los prestigiosos compases del dúo nocturno —del *Tristán e Isolda* de Wagner— que tocaba Susannah detallando las modulaciones incestuosas con mucho sentimiento. Antonie y Clio la Cenicienta, enlazadas y radiantes, guardaban silencio durante los acordes lentamente resueltos por aquella experta música.

Yo, hechizado hasta el insomnio, también la escuchaba, junto al piano.

Cada una de nuestras blancas inconstantes había elegido el terciopelo aquella noche.

La conmovedora Antonie, de ojos color violeta, vestía de negro, sin encaje alguno. Pero como el borde del terciopelo de su vestido no estaba ribeteado, sus hombros y su cuello, de auténtico carrara, contrastaban crudamente con la tela.

Llevaba un fino anillo de oro en el meñique y tres acianos de zafiros resplandecían en sus cabellos castaños, los cuales caían, muy por debajo de la cintura, en dos trenzas rizadas con tenacillas.

En cuanto a su moral, habiéndole preguntado un personaje augusto una noche si era «honesta»:

«Sí, Monseñor —había respondido Antonie—, honesta en Francia no es ya sino sinónimo de cortés.»

Clio la Cenicienta, una exquisita rubia de ojos negros —ila diosa de la Impertinencia!— (una joven desencantada que el príncipe Solt... había bautizado a la rusa vertiéndole espuma de Roederer sobre los cabellos) llevaba un vestido de terciopelo verde, muy ceñido, y un río de rubíes le cubría el pecho.

Se citaba a esta joven criolla de veinte años como el modelo de todas las virtudes reprobables. Habría embriagado a los filósofos más austeros de Grecia y a los metafísicos más profundos de Alemania. Dandis sin cuento se habían enamorado de ella hasta el duelo a espada, hasta la letra de cambio, hasta el ramillete de violetas.

Volvía de Baden, habiendo dejado cuatro o cinco mil luises sobre el tapete, riendo como una niña.

En cuanto a su moral, una anciana dama germánica y por lo demás escuálida, consternada ante aquel espectáculo, le había dicho en el Casino:

—Mademoiselle, tenga cuidado: es necesario comer un poco de pan de vez en cuando y usted parece olvidarlo.

—Madame —había respondido ruborizándose la bella Clio—, gracias por el consejo. A cambio, sepa usted de mí que, para algunas, el pan nunca ha sido sino un prejuicio.

Annah, o mejor Susannah Jackson, la Circe escocesa, de cabellos más negros que la noche, de miradas de sarissas, de pequeñas frases aciduladas, centelleaba, indolentemente, en el terciopelo rojo.

¡A esa no la encuentres, joven extranjero! Te aseguran que es semejante a las arenas movedizas: engulle el sistema nervioso. Destila el deseo. Una larga crisis morbosa, enervante y enloquecedora, sería tu suerte. Cuenta con diversos duelos en sus recuerdos. Su género de belleza, del que está segura, enardece a los simples mortales hasta la frenesía.

Su cuerpo es como un sombrío lirio, ivirgen no obstante! Justifica su nombre que, en hebreo antiguo, significa, creo, esa flor.

Por muy refinado que te supongas ser (ien una edad quizá todavía tierna, joven extranjero!), si tu mala estrella permite que te encuentres en el camino de Susannah Jackson, no habrá más que imaginarse a un jovencísimo que se hubiera alimentado exclusivamente de huevos y leche durante veinte años consecutivos y sometido de pronto, sin vanos preámbulos, a un régimen exasperante —continuo!— de especias extraordinariamente ardientes y condimentos cuyo sabor ardiente y sutil le convulsiona el gusto, le rompe y le enloquece, para tener tu fiel retrato la quincena siguiente.

La sabia hechicera se ha divertido a veces en arrancar lágrimas de desesperación a viejos lores hastiados, pues no se la seduce sino por el placer. Su proyecto, según algunas frases, es ir a enterrarse en un cottage de un millón a orillas del Clyde, con un bello niño al que se entretendrá allí, lánguidamente, en matar a su antojo.

En cuanto a su moral, el escultor C-B*** se burlaba un día de ella por el terrible pequeño lunar negro que posee cerca de uno de los ojos:

—El Artista desconocido que talló su mármol —le decía— ha descuidado esa pequeña piedra.

—No hable usted mal de la pequeña piedra —respondió Susannah—: es la que hace caer.

Era la correspondencia de una pantera.

Cada una de estas mujeres nocturnas llevaba en el cinto un antifaz de terciopelo, verde, rojo o negro, con dobles lazos de acero.

En cuanto a mí —si es verdaderamente necesario hablar de este convidado—, yo también llevaba una máscara; menos aparente, eso es todo.

Como en el teatro, en una butaca central, se asiste —para no molestar a los vecinos, por cortesía, en una palabra— a algún drama

escrito en un estilo fatigante y cuyo asunto nos desagradaba, así yo vivía por educación.

Lo cual no me impedía en absoluto lucir alegremente una flor en el ojal, como verdadero caballero de la orden de la Primavera.

En esto, Susannah abandonó el piano. Tomé un ramo de flores de la mesa y fui a ofrecérselo con ojos burlones.

—¡Es usted —le dije— una *diva*! Lleve una de estas flores por amor de los amantes desconocidos.

Eligió una ramita de hortensia que colocó, no sin amabilidad, en su corpiño.

—¡No leo las cartas anónimas! —respondió dejando el resto de mi «selam» sobre el piano.

La profana y brillante criatura juntó sus manos sobre el hombro de uno de nosotros —para volver a su sitio, sin duda.

—¡Ah, fría Susannah! —le dijo C*** riendo—, ha venido usted al mundo, según parece, con el único fin de recordar que la nieve quema.

¡Era ese, creo yo, uno de esos cumplidos alambicados, como los que inspiran los declives de las cenas y que, si tienen un sentido bien real, tienen ese sentido fino *como un cabello*! Nada está más cerca de una tontería y, a veces, la diferencia es absolutamente insensible. Ante ese comentario elegiaco, comprendí que la mecha de los cerebros amenazaba con volverse carbonosa y que era preciso reaccionar.

Como a veces basta una chispa para reavivar la llama, resolví hacerla brotar, a cualquier precio, de nuestro taciturno convidado.

En ese momento entró Joseph trayéndonos —irareza!— ponche helado, pues habíamos resuelto embriagarnos como pares del reino.

Desde hacía un momento miraba al barón Saturno. Parecía impaciente, inquieto. Le vi sacar el reloj, dar un brillante a Antonie y levantarse.

—¡Vaya, señor de los lejanos reinos! —exclamé, a horcajadas en una silla y entre dos volutas de cigarro—, ¿no pensará usted en dejarnos antes de una hora? Pasaría por misterioso, y eso es de mal gusto, bien lo sabe usted.

—Lo siento mil veces —me respondió—, pero se trata de un deber que no puede aplazarse y que en adelante no admite demora alguna. Sírvanse recibir mi agradecimiento más profundo por los tan agradables instantes que acabo de pasar.

—¿Es que de veras es un duelo? —preguntó Antonie, como inquieta.

—¡Bah! —exclamé, creyendo en efecto en alguna vaga disputa de máscaras—: exagera usted, estoy seguro, la importancia de este asunto. Su hombre está debajo de alguna mesa. Antes de realizar el pendant del cuadro de Gérôme en que usted tendría el papel del vencedor, el de Arlequín, envíe al botones en su lugar a la cita para saber si le esperan: en ese caso, ¡sus caballos sabrán bien recuperar el tiempo perdido!

—¡Desde luego! —apoyó C***, tranquilamente—. Corteje más bien a la bella Susannah, que se muere por usted; se ahorrará un resfriado, y se consolará dilapidando uno o dos millones. Contemple, escuche y decida.

—¡Señores, les confesaré *que soy ciego y sordo tan a menudo como Dios me lo permite!* —dijo el barón Saturno.

Y acentuó aquella enormidad ininteligible de tal modo que nos sumió en las conjeturas más absurdas. Fue tanto así que llegué a olvidar la chispa en cuestión! Nos hallábamos mirándonos unos a otros, con una sonrisa incómoda, sin saber qué pensar de aquella «broma», cuando, de pronto, no pude contener una exclamación: ¡acababa de recordar *dónde* había visto a aquel hombre por primera vez!

Y me pareció, de súbito, que los cristales, las figuras, los cortinajes, que el festín de la noche se iluminaban con un mal

resplandor, con un resplandor rojo surgido de nuestro convidado, semejante a ciertos efectos de teatro.

Me pasé la mano por la frente durante un instante de silencio y luego me acerqué al forastero:

—Caballero —le susurré al oído—, perdone si me equivoco... pero me parece haber tenido el *placer* de encontrarlo, hace cinco o seis años, en una gran ciudad del mediodía, en Lyon, supongo, hacia las cuatro de la madrugada, en una plaza pública.

Saturno alzó lentamente la cabeza y, considerándome con atención:

—¡Ah! —dijo—, es posible.

—¡Sí! —proseguí, mirándolo yo también fijamente—. ¡Aguarde! Había incluso, en aquella plaza, un objeto de lo más melancólico, a cuyo espectáculo me había dejado arrastrar por dos estudiantes amigos míos, y que me prometí no volver a ver jamás.

—¡De veras! —dijo el señor Saturno—. ¿Y cuál era ese objeto, si no es indiscreción?

—¡A fe mía, algo así como el cadalso, una guillotina, caballero! Si mal no recuerdo, sí, era la guillotina. ¡Ahora estoy seguro!

Aquellas pocas palabras se habían cruzado muy quedo, ¡oh!, del todo quedo, entre aquel caballero y yo. C*** y las damas conversaban, en la penumbra, a unos pasos de nosotros, junto al piano.

—¡Eso es! Lo recuerdo —añadí alzando la voz—. ¿Eh? ¿Qué le parece, caballero?... Esto sí que es, espero, buena memoria. Aunque pasó usted muy deprisa ante mí, su carruaje, retenido un instante por el mío, me permitió entreverlo a la luz de las antorchas. La circunstancia me incrustó su rostro en la mente. Tenía entonces, justamente, la expresión que advierto ahora en sus facciones.

—¡Ah! ¡Ah! —respondió el señor Saturno—, ¡es cierto! Debe de ser, a fe mía, de la más sorprendente exactitud, ¡lo reconozco!

La risa estridente de aquel caballero me sugirió la idea de unas tijeras cizallando cabellos.

—Un detalle, entre otros —continué—, me llamó la atención. Lo vi, de lejos, descender hacia el lugar donde estaba alzada la máquina... y, a menos que me engañe un parecido...

—No se ha engañado, *querido* caballero, era yo, en efecto —respondió.

Ante aquellas palabras, sentí que la conversación se había vuelto glacial y que, por consiguiente, faltaba acaso a la estricta cortesía que un verdugo de tan extraña ralea estaba en derecho de exigirnos. Buscaba, pues, una banalidad para desviar el curso de los pensamientos que nos envolvían a ambos, cuando la bella Antonie se apartó del piano, diciendo con aire de indolencia:

—A propósito, señoras y señores, ¿saben ustedes que hay, esta mañana, una ejecución?

—¡Ah!... —exclamé, conmovido de un modo insólito por aquellas pocas palabras.

—Es ese pobre doctor de la P* —PROSIGUIÓ TRISTEMENTE ANTONIE—; ME HABÍA CUIDADO EN OTRO TIEMPO. POR MI PARTE, SOLO LE REPROCHO HABERSE DEFENDIDO ANTE LOS JUECES; LE SUPONÍA MÁS AGALLAS. CUANDO LA SUERTE ESTÁ FIJADA DE ANTEMANO, A LO SUMO CABE REÍR, ME PARECE, EN LAS NARICES DE ESOS LEGULEYOS. EL SEÑOR DE LA P* se ha olvidado de sí mismo.

—¡Cómo! ¿Es hoy? ¿Definitivamente? —pregunté esforzándome por dar a mi voz un tono indiferente.

—A las seis, la hora fatal, ¡señores y señoras!... —respondió Antonie—. Ossian, el bello abogado, el favorito del faubourg Saint-Germain, vino a anunciármelo, para hacerme la corte a su manera, anoche. Lo había olvidado. Parece incluso *que han hecho venir a un extranjero (!) para ayudar al señor de París*, en vista de la solemnidad del proceso y de la distinción del culpable.

Sin reparar en el absurdo de estas últimas palabras, me volví hacia el señor Saturno. Se mantenía de pie ante la puerta, envuelto en un

amplio manto negro, el sombrero en la mano, con aire oficial.

¡El ponche me perturbaba un poco el cerebro! A decir verdad, abrigaba ideas belicosas. Temiendo haber cometido al invitarlo lo que se llama, creo, una «pifia» en estilo de París, la faz de aquel intruso (fuera quien fuese) se me hacía insoportable y contenía, a duras penas, mi deseo de dárselo a entender.

—Señor barón —le dije sonriendo—, a juzgar por sus singulares sobreentendidos, casi estaríamos en derecho de preguntarle si no será, un poco, como la Ley, «que es usted sordo y ciego tan a menudo como Dios se lo permite».

Se acercó a mí, se inclinó con aire jovial y me respondió en voz baja: «¡Pero cálese, hombre, que hay damas!».

Saludó a la redonda y salió, dejándome mudo, un tanto estremecido y sin poder dar crédito a mis oídos.

Lector, una palabra, aquí. Cuando Stendhal quería escribir una historia de amor un tanto sentimental, tenía por costumbre, según se sabe, releer antes media docena de páginas del Código penal para, decía, ponerse a tono. En cuanto a mí, habiéndome metido en la cabeza escribir ciertas historias, había hallado más práctico, tras madura reflexión, frecuentar, sencillamente, por la noche, uno de los cafés del pasaje de Choiseul donde el difunto señor X***, antiguo ejecutor de las altas obras de París, venía, *casi* a diario, a echar su partidita de imperial, de incógnito. Era, me parecía, un hombre tan bien educado como cualquier otro; hablaba con voz muy baja, pero muy nítida, con una benigna sonrisa. Me sentaba a una mesa vecina y me divertía un tanto cuando, arrastrado por el demonio del juego, exclamaba bruscamente: «¡Corto!», sin malicia alguna. Fue allí, lo recuerdo, donde escribí mis inspiraciones más *poéticas*, por servirme de una expresión burguesa. Estaba yo, pues, curado de esa gran sensación de horror convenido que causan a los transeúntes esos señores de la toga corta.

Resultaba, por tanto, extraño que me sintiera, en ese momento, bajo la impresión de un sobrecogimiento tan intenso, por el mero

hecho de que nuestro convidado del azar acabara de declararse uno de ellos.

C***, que durante las últimas palabras se nos había unido, me golpeó ligeramente en el hombro.

—¿Pierdes la cabeza? —me preguntó.

—¡Habrá recibido alguna cuantiosa herencia y ya solo ejerce a la espera de un sucesor!... —murmuré, muy alterado por los vapores del ponche.

—¡Vamos! —dijo C***—, ¿no irás a suponer que está, realmente, adscrito a la ceremonia en cuestión?

—¡Así que has captado el sentido de nuestra pequeña plática, querido! —le dije muy quedo—: ¡breve, pero instructiva! ¡Este caballero es un simple ejecutor! Belga, probablemente. Es el exótico del que hablaba Antonie hace un instante. De no ser por su presencia de ánimo, habría sufrido yo un desengaño, pues habría espantado a estas jóvenes.

—¡Anda ya! —exclamó C***—: ¿un ejecutor con un equipaje de treinta mil francos? ¿que regala diamantes a su vecina de mesa? ¿que cena en la Maison-Dorée la víspera de prodigar sus cuidados a un cliente? Desde tu café de Choiseul, ves verdugos por todas partes. ¡Bebe un vaso de ponche! Tu señor Saturno es un bromista bastante malo, ¿sabes?

Ante estas palabras, me pareció que la lógica, sí, que la fría razón, estaba del lado de aquel querido poeta. Muy contrariado, tomé a toda prisa mis guantes y mi sombrero y me dirigí muy rápido hacia el umbral, murmurando:

—Bien.

—Tienes razón —dijo C***.

—Este pesado sarcasmo ha durado demasiado tiempo —añadí abriendo la puerta del salón—. Si atrapo a ese fúnebre mixtificador, juro que...

—Un instante: juguemos a quién *pasa primero* —dijo C***.

Iba a responder lo que procedía y a desaparecer cuando, a mi espalda, una voz jovial y bien conocida exclamó bajo el cortinaje alzado:

—¡Inútil! Quédese, querido amigo.

En efecto, nuestro ilustre amigo, el pequeño doctor Florian Les Églisottes, había entrado durante nuestras últimas palabras: estaba ante mí, todo saltarín, con su *witchoûra* cubierto de nieve.

—Mi querido doctor —le dije—, en un instante estoy con usted, pero...

Me retuvo:

—Cuando le haya contado la historia del hombre que salía de este salón al llegar yo —prosiguió—, ¡puesto a que ya no se preocupará por pedirle cuentas de sus ocurrencias! Además, es demasiado tarde: su carruaje ya se lo ha llevado lejos de aquí.

Pronunció estas palabras en un tono tan extraño que me detuvo definitivamente.

—Veamos la historia, doctor —dije volviéndome a sentar, tras un momento—. Pero tenga presente, Les Églisottes, que responde usted de mi inacción y la toma bajo su responsabilidad.

El príncipe de la Ciencia dejó en un rincón su bastón de pomo de oro, rozó, galantemente, con la punta de los labios los dedos de nuestras tres bellas atónitas, se sirvió un poco de madeira y, en medio del silencio fantástico debido al incidente —y a su propia entrada—, comenzó en estos términos:

—Comprendo toda la aventura de esta noche. ¡Me siento al corriente de cuanto acaba de suceder como si hubiese sido de los vuestros!... Lo que os ha ocurrido, sin ser precisamente alarmante, es, no obstante, una cosa que habría podido llegar a serlo.

—¿Eh? —dijo C***.

—Ese caballero es, en efecto, el barón de H***, pertenece a una alta familia de Alemania; es rico a millones; pero...

El doctor nos miró:

—Pero el prodigioso caso de enajenación mental que lo aqueja, constatado por las Facultades de Medicina de Múnich y de Berlín, ipresenta la más extraordinaria y la más incurable de todas las monomanías registradas hasta el día de hoy! —remató el doctor en el mismo tono que si se hallara en su cátedra de fisiología comparada.

—¡Un loco! ¿Qué quieres decir, Florian, qué significa eso? —murmuró C*** yendo a correr el ligero pestillo de la cerradura.

Aquellas damas, ellas mismas, habían cambiado de sonrisa ante tal revelación.

En cuanto a mí, creía, positivamente, estar soñando desde hacía unos minutos.

—¡Un loco!... —exclamó Antonie—; pero a esas personas se las encierra, me parece.

—Creía haber hecho notar que nuestro caballero es varias veces millonario —replicó muy gravemente Les Églisottes—. Es él, pues, quien hace encerrar a los demás, mal que os pese.

—¿Y cuál es su clase de manía? —preguntó Susannah—. A mí me parece muy simpático, este caballero, ise lo advierto!

—¡Quizá no sea usted de esa opinión dentro de un momento, señora! —continuó el doctor encendiendo un cigarrillo.

El lívido amanecer teñía los cristales, las velas amarilleaban, el fuego se apagaba; lo que oíamos nos daba la sensación de una pesadilla. El doctor no era de aquellos a quienes la mixtificación es familiar: lo que decía debía de ser tan fríamente real como la máquina alzada allá lejos, en la plaza.

—Parece ser —continuó entre dos sorbos de madeira— que, apenas alcanzada la mayoría de edad, aquel joven taciturno se

embarcó rumbo a las Indias orientales; viajó mucho por las regiones de Asia. Ahí comienza el espeso misterio que oculta el origen de su desdicha. Asistió, durante ciertas revueltas, en el extremo Oriente, a esos rigurosos suplicios que las leyes vigentes en aquellos parajes infligen a los rebeldes y a los culpables. Asistió a ellos, al principio, sin duda, por simple curiosidad de viajero. Pero, a la vista de tales suplicios, parece ser que los instintos de una crueldad que rebasa las capacidades de concepción conocidas se agitaron en él, le turbaron el cerebro, le emponzoñaron la sangre y acabaron por hacerlo el ser singular en que se ha convertido. Figuraos que, a fuerza de oro, el barón de H*** penetró en las viejas prisiones de las principales ciudades de Persia, de Indochina y del Tíbet, y que obtuvo, varias veces, de los gobernadores, ejercer las horribles funciones de justiciero, en lugar y sustitución de los ejecutores orientales. ¿Conocéis el episodio de las cuarenta libras de peso de ojos arrancados que fueron llevadas, en dos bandejas de oro, al sah Nasser-Eddin, el día en que hizo su entrada solemne en una ciudad sublevada? El barón, vestido a la usanza del país, fue uno de los más ardientes celadores de toda aquella atrocidad. La ejecución de los dos cabecillas de la sedición fue de un horror aún más estricto. Fueron condenados primero a que se les arrancasen todos los dientes con tenazas, luego a que esos mismos dientes se les hincaran en los cráneos, rasurados a tal efecto, y ello de manera que formaran las iniciales persas del nombre glorioso del sucesor de Feth-Ali-sah. Fue también nuestro aficionado quien, mediante un lakh de rupias, obtuvo ejecutarlos él mismo y con la acompasada torpeza que lo distingue. (Simple pregunta: ¿quién es el más insensato, el que ordena tales suplicios o el que los ejecuta? ¿Os indignáis? ¡Bah! Si el primero de esos dos hombres se dignara venir a París, nos sentiríamos demasiado honrados de lanzarle fuegos de artificio y de ordenar a las banderas de nuestros ejércitos que se inclinaran a su paso, y todo ello, aunque fuese en nombre de los «inmortales principios del 89». Así pues, pasemos.) Si hemos de dar crédito a los informes de los capitanes Hobbs y Egginson, los refinamientos que su creciente monomanía le sugirió, en tales ocasiones, superaron, con toda la altura de lo Absurdo, a los de los

Tiberio y los Heliogábalo, y a cuantos se mencionan en los fastos humanos. Pues —añadió el doctor— a un loco nadie puede igualarlo en *perfección* en el punto en que desvaría.

El doctor Les Églisottes se detuvo y nos miró, uno tras otro, con aire socarrón.

De tanto atender, habíamos dejado apagarse nuestros cigarros durante aquel discurso.

—Una vez de regreso en Europa —continuó el doctor—, el barón de H*, *HASTIADO HASTA HACER CONCEBIR ESPERANZAS DE CURACIÓN*, NO TARDÓ EN VERSE PRESA DE NUEVO POR SU FIEBRE ARDIENTE. NO TENÍA MÁS QUE UN SUEÑO, UNO SOLO, MÁS MORBOSO, MÁS GÉLIDO QUE TODAS LAS ABYECTAS IMAGINACIONES DEL MARQUÉS DE SADE: ERA, SENCILLAMENTE, HACERSE EXPEDIR EL TÍTULO DE EJECUTOR DE ALTAS OBRAS **GENERAL** DE TODAS LAS CAPITALES DE EUROPA. PRETENDÍA QUE LAS BUENAS TRADICIONES Y LA DESTREZA PERICLITABAN EN AQUELLA RAMA ARTÍSTICA DE LA CIVILIZACIÓN; QUE HABÍA, COMO SUELE DECIRSE, PELIGRO EN LA DEMORA, Y, APOYÁNDOSE EN LOS SERVICIOS QUE HABÍA PRESTADO EN ORIENTE (ESCRIBÍA EN LOS MEMORIALES QUE A MENUDO REMITIÓ), ESPERABA (SI LOS SOBERANOS SE DIGNABAN HONRARLO CON SU CONFIANZA) ARRANCAR A LOS PREVARICADORES LOS ALARIDOS MÁS MODULADOS QUE JAMÁS OÍDOS DE MAGISTRADO HAYAN ESCUCHADO BAJO LA BÓVEDA DE UN CALABOZO. (¡FIJAOS! CUANDO SE HABLA DE LUIS XVI DELANTE DE ÉL, SU OJO SE ENCIENDE Y REFLEJA UN ODIO DE ULTRATUMBA EXTRAORDINARIO: LUIS XVI ES, EN EFECTO, EL SOBERANO QUE CREYÓ DEBER ABOLIR LA CUESTIÓN PREVIA, Y ESE MONARCA ES EL ÚNICO HOMBRE AL QUE EL SEÑOR DE H* probablemente haya odiado jamás.)

»Fracasó siempre, en aquellos memoriales, como bien podéis suponer, y es gracias a las gestiones de sus herederos que no lo han encerrado según sus merecimientos. En efecto, ciertas cláusulas del testamento de su padre, el difunto barón de H***, obligan a la familia a evitarle la muerte civil a causa de los enormes perjuicios pecuniarios que dicha muerte acarrearía a los allegados de este personaje. Viaja, pues, en libertad. Está a partir un piñón con todos esos señores de la Justicia capital. Su primera visita es para ellos, en todas las ciudades por las que pasa. A menudo les ha ofrecido sumas muy cuantiosas para que lo dejaran operar en su lugar, y

creo, entre nosotros (añadió el doctor guiñando el ojo), que en Europa ha corrompido a algunos.

»Aparte de estas correrías, puede decirse que su locura es inofensiva, puesto que solo se ejerce sobre personas designadas por la Ley. Fuera de su enajenación mental, el barón de H*** tiene fama de hombre de costumbres apacibles y hasta afables. De cuando en cuando, su ambigua mansedumbre da, quizá, escalofríos, como suele decirse, a aquellos de sus íntimos que están al tanto de su terrible chifladura, pero eso es todo.

»No obstante, habla a menudo de Oriente con cierta nostalgia y ha de volver allá sin falta. La privación del diploma de Torturador en jefe del globo lo ha sumido en una melancolía negra. Figuraos las ensoñaciones de Torquemada o de Arbués, de los duques de Alba o de York. Su monomanía se agrava día tras día. Por eso, cada vez que se presenta una ejecución, es avisado por emisarios secretos antes que los propios caballeros del hacha! Corre, vuela, devora la distancia, su sitio está reservado al pie de la máquina. Allí está, en este mismo momento en que os hablo: no dormiría tranquilo si no hubiese obtenido la última mirada del condenado.

»He aquí, señores y señoras, al *gentleman* con quien habéis tenido la dicha de alternar esta noche. Añadiré que, fuera de su demencia y en su trato con la sociedad, es un hombre de mundo verdaderamente irreprochable y el conversador más cautivador, más jovial, más...

—¡Basta, doctor! ¡Por favor! —exclamaron Antonie y Clio la Cenicienta, a quienes el estridente y sardónico jugueteo de Florian había impresionado extraordinariamente.

—¡Pero si es el *sigisbeo* de la Guillotina! —murmuró Susannah—: ¡es el *diletante* de la Tortura!

—A fe que, si no lo conociera, doctor... —balbuceó C***.

—¿No lo creería? —interrumpió Les Églisottes—. Yo mismo no lo creí durante mucho tiempo; pero, si queréis, iremos allá. Justamente tengo mi tarjeta; podremos llegar hasta él, pese a la valla de

caballería. No os pediré más que observar su rostro, eso es todo, durante el cumplimiento de la sentencia. Después de lo cual, ya no dudaréis.

—¡Muchas gracias por la invitación! —exclamó C***—; prefiero creerle, pese a la absurdidad verdaderamente misteriosa del hecho.

—¡Ah! ¡Todo un tipo, vuestro barón!... —continuó el doctor atacando un montoncito de cangrejos de río que había quedado virgen de milagro.

Luego, viéndonos a todos vueltos taciturnos:

—¡No debéis asombraros ni afectaros en exceso por mis confidencias sobre este asunto! —dijo—. Lo que constituye la fealdad de la cosa es la *particularidad* de la monomanía. En cuanto al resto, un loco es un loco, nada más. Leed a los alienistas: encontraréis en ellos casos de una rareza casi tan sorprendente; y quienes los padecen, os juro que los rozamos con el codo en pleno mediodía, a cada instante, sin sospecharlo siquiera.

—Queridos amigos —concluyó C*** tras un momento de sobrecogimiento general—, no sentiría, lo confieso, ninguna repugnancia bien definida en chocar mi copa contra la que me tendiese un brazo secular, como se decía en tiempos en que los brazos de los ejecutores podían ser religiosos. No buscaría la ocasión, pero si se me ofreciera, os diría, sin declamar demasiado (y Les Églisottes, sobre todo, me comprenderá), que el aspecto o incluso la compañía de quienes ejercen las funciones capitales no sabría impresionarme en modo alguno. Jamás he comprendido muy bien los *efectos* de los melodramas a este respecto.

»Pero la vista de un hombre caído en la demencia por no poder desempeñar *legalmente* ese oficio, ¡ah!, esto sí, por ejemplo, me causa cierta impresión. Y no vacilo en declararlo: si hay, entre la Humanidad, almas escapadas de un Infierno, nuestro convidado de esta noche es una de las peores que puedan encontrarse. Por más que lo llaméis loco, eso no explica su naturaleza original. Un verdugo

real me sería indiferente; inuestro espantoso maniático me hace estremecer con un estremecimiento indefinible!

El silencio que acogió las palabras de C*** fue solemne, como si la Muerte hubiese dejado ver, de pronto, su cabeza calva entre los candelabros.

—Me siento un poco indispuesta —dijo Clio la Cenicienta con una voz que la sobreexcitación nerviosa y el frío de la aurora sobrevenida entrecortaban—. No me dejéis sola. Venid a la villa. Tratemos de olvidar esta aventura, señores y amigos; venid: hay baños, caballos y alcobas para dormir. (Apenas sabía lo que decía.) Está en medio del Bosque, allí estaremos en veinte minutos. Comprendedme, os lo ruego. La idea de ese caballero me pone casi enferma, y, si estuviera sola, sentiría cierta inquietud de verlo entrar de repente, una lámpara en la mano, alumbrando su sosa sonrisa que da miedo.

—¡He aquí, ciertamente, una noche enigmática! —dijo Susannah Jackson.

Les Églisottes se limpiaba los labios con aire satisfecho, habiendo terminado su montoncito de cangrejos.

Llamamos: apareció Joseph. Mientras acabábamos con él, la escocesa, tocándose las mejillas con una borlita de cisne, murmuró, tranquilamente, junto a Antonie:

—¿No tienes nada que decirle a Joseph, pequeña Iseo?

—Sí que lo tengo —respondió la linda y palidísima criatura—, ¡y me has adivinado, loca!

Luego, volviéndose hacia el intendente:

—Joseph —continuó—, tome esta sortija: el rubí es un poco oscuro para mí. ¿Verdad, Suzanne? Todos estos brillantes parecen llorar en torno a esta gota de sangre. La hará vender hoy y entregará su importe a los mendigos que pasan ante la casa.

Joseph tomó la sortija, se inclinó en aquel saludo sonambúlico cuyo secreto solo él poseía y salió a hacer avanzar los carruajes

mientras aquellas damas acababan de arreglarse el atuendo, se envolvían en sus largos dominós de raso negro y volvían a ponerse las máscaras.

Dieron las seis.

—Un instante —dije extendiendo el dedo hacia el reloj—: he aquí una hora que nos vuelve a todos un tanto cómplices de la locura de este hombre. Tengamos, pues, más indulgencia con ella. ¿No somos, en este mismo momento, implícitamente, de una barbarie casi tan sombría como la suya?

Ante estas palabras, todos permanecieron de pie, en gran silencio.

Susannah me miró bajo su máscara: tuve la sensación de un fulgor de acero. Volvió la cabeza y entreabrió una ventana, muy deprisa.

La hora sonaba, a lo lejos, en todos los campanarios de París.

A la *sexta* campanada, todo el mundo se estremeció profundamente, y yo contemplé, pensativo, la cabeza de un demonio de cobre, de rasgos crispados, que sostenía, en una alcayata, las oleadas sangrientas de las cortinas rojas.

¡COMO PARA CONFUNDIRSE!

A Monsieur Henri de Bornier.

«Dardeando no se sabe adónde sus tenebrosos globos.»

C. BAUDELAIRE.

Una gris mañana de noviembre, yo bajaba por los muelles a paso apresurado. Una llovizna fría humedecía la atmósfera. Unos transeúntes negros, ensombrecidos por paraguas deformes, se entrecruzaban.

El Sena, amarillento, arrastraba sus barcos mercantes semejantes a abejorros desmesurados. Sobre los puentes, el viento arrancaba bruscamente los sombreros, que sus dueños disputaban al espacio con esas actitudes y esas contorsiones cuyo espectáculo resulta siempre tan penoso para el artista.

Mis ideas eran pálidas y brumosas; la preocupación de una cita de negocios, aceptada desde la víspera, me acosaba la imaginación. La hora me apremiaba: resolví refugiarme bajo el alero de un portal desde donde me resultaría más cómodo hacer una señal a algún simón.

En ese mismo instante, distinguí, justo al lado de mí, la entrada de un edificio cuadrado, de aspecto burgués.

Se había alzado entre la bruma como una aparición de piedra y, pese a la rigidez de su arquitectura, pese a la bruma sombría y fantástica que lo envolvía, le reconocí enseguida cierto aire de hospitalidad cordial que me serenó el ánimo.

—A buen seguro, me dije, ilos huéspedes de esta morada son gente sedentaria!—Este umbral invita a detenerse en él: ¿no está la puerta abierta?

Así pues, del modo más cortés del mundo, con aire satisfecho, el sombrero en la mano —meditando incluso un madrigal para la dueña de la casa—, entré, sonriente, y me encontré, de golpe, ante una especie de sala de techo acristalado, por donde caía la luz, lívida.

De unas columnas colgaban prendas de vestir, bufandas, sombreros.

Había mesas de mármol dispuestas por todas partes.

Varios individuos, con las piernas extendidas, la cabeza erguida, los ojos fijos, el aire resuelto, parecían meditar.

Y las miradas estaban sin pensamiento, los rostros del color del tiempo.

Había carteras abiertas, papeles desplegados junto a cada uno de ellos.

Y reconocí entonces que la dueña de la casa, con cuya acogedora cortesía yo había contado, no era otra que la Muerte.

Contemplé a mis huéspedes.

Ciertamente, para escapar de los sinsabores de la existencia atribulada, la mayoría de los que ocupaban la sala habían asesinado sus cuerpos, esperando, así, un poco más de bienestar.

Mientras escuchaba el ruido de los grifos de cobre empotrados en el muro y destinados al riego cotidiano de aquellos restos mortales, oí el rodar de un simón. Se detenía ante el establecimiento. Reflexioné que mis hombres de negocios esperaban. Me volví para aprovechar la buena fortuna.

El simón, en efecto, acababa de vomitar, en el umbral del edificio, a unos colegiales de jarana que necesitaban ver la muerte para creer en ella.

Avisté el coche desierto y dije al cochero:

—¡Pasaje de la Ópera!

Algún tiempo después, en los bulevares, el tiempo me pareció más encapotado, a falta de horizonte. Los arbustos, vegetaciones esqueléticas, parecían, con la punta de sus ramitas negras, señalar vagamente a los peatones a los guardias todavía adormilados.

El coche se apresuraba.

Los transeúntes, a través del cristal, me daban la idea del agua que corre.

Una vez en mi destino, salté a la acera y me interné en el pasaje, atestado de rostros preocupados.

En su extremo, distinguí, justo enfrente de mí, la entrada de un café —hoy consumido en un incendio célebre (pues la vida es un sueño)—, relegado al fondo de una especie de cobertizo, bajo una bóveda cuadrada, de aspecto sombrío. Las gotas de lluvia que caían sobre el cristal superior oscurecían aún más el pálido resplandor del sol.

—¡Allí era, pensé, donde me esperaban, copa en mano, el ojo brillante y desafiando al Destino, mis hombres de negocios!

Giré, pues, el pomo de la puerta y me encontré, de golpe, en una sala donde la luz caía desde arriba, por el cristal, lívida.

De unas columnas colgaban prendas de vestir, bufandas, sombreros.

Había mesas de mármol dispuestas por todas partes.

Varios individuos, con las piernas extendidas, la cabeza alzada, los ojos fijos, el aire resuelto, parecían meditar.

Y los rostros eran del color del tiempo, las miradas sin pensamiento.

Había carteras abiertas y papeles desplegados junto a cada uno de ellos.

Consideré a aquellos hombres.

Ciertamente, para escapar de las obsesiones de la insoportable conciencia, la mayoría de los que ocupaban la sala habían, desde hacía tiempo, asesinado sus «almas», esperando, así, un poco más de bienestar.

Mientras escuchaba el ruido de los grifos de cobre, empotrados en el muro y destinados al riego cotidiano de aquellos restos mortales, el recuerdo del rodar del coche volvió a mi mente.

—A buen seguro, me dije, ¿este cochero debe de haber sido presa, con el tiempo, de una especie de embotamiento, para haberme traído, tras tantas vueltas, simplemente a nuestro punto de partida?—Sin embargo, lo confieso (si hay error), ¡LA SEGUNDA MIRADA ES MÁS SINIESTRA QUE LA PRIMERA!...

Cerré, pues, en silencio, la puerta acristalada y volví a mi casa — bien decidido, a despecho del ejemplo— y, pasara lo que pasara, —a *no hacer jamás negocios*.

LA IMPACIENCIA DE LA MULTITUD

A Monsieur Victor Hugo.

«Caminante, ve y di a Lacedemonia que aquí estamos, muertos por obedecer a sus santas leyes.»

SIMÓNIDES.

La gran puerta de Esparta, con su hoja recogida contra la muralla como un escudo de bronce apoyado sobre el pecho de un guerrero, se abría frente al Taigeto. La polvorienta ladera del monte enrojecía con los fuegos fríos de un ocaso de los primeros días del invierno, y la árida vertiente devolvía a las murallas de la ciudad de Heracles la imagen de una hecatombe sacrificada en el fondo de un atardecer cruel.

Sobre el pórtico cívico, el muro se alzaba pesadamente. En la explanada de la cima se apiñaba una multitud, toda enrojecida por el atardecer. Los reflejos de hierro de las armaduras, los peplos, los carros, las puntas de las picas, centelleaban con la sangre del astro. Solo los ojos de aquella multitud eran sombríos; lanzaban, fijamente, miradas agudas como jabalinas hacia la cima del monte, de donde se esperaba alguna gran noticia.

Dos días antes, los Trescientos habían partido con el rey. Coronados de flores, se habían ido al festín de la Patria. Los que iban a cenar en los infiernos se habían peinado los cabellos por última vez en el templo de Licurgo. Luego, alzando sus escudos y golpeándolos con sus espadas, los jóvenes, entre los aplausos de las

mujeres, habían desaparecido en la aurora cantando versos de Tirteo. Ahora, sin duda, las altas hierbas del Desfiladero les rozaban las piernas desnudas, como si la tierra que iban a defender quisiera acariciar aún a sus hijos antes de recobrarlos en su seno venerable.

Por la mañana, unos choques de armas, traídos por el viento, y unas vociferaciones triunfales, habían confirmado los relatos de los pastores despavoridos. Los persas habían retrocedido dos veces, en una inmensa derrota, dejando a los diez mil Inmortales sin sepultura. ¡La Lócride había visto aquellas victorias! Tesalia se sublevaba. Tebas, ella misma, había despertado ante el ejemplo. Atenas había enviado sus legiones y se armaba bajo las órdenes de Milcíades; siete mil soldados reforzaban la falange laconia.

Pero he aquí que, en medio de los cantos de gloria y de las plegarias en el templo de Diana, los cinco Éforos, tras escuchar a unos mensajeros llegados de improviso, se habían mirado entre sí. El Senado había dado, en el acto, órdenes para la defensa de la Ciudad. De ahí esas trincheras cavadas a toda prisa, pues Esparta, por orgullo, no solía fortificarse sino con sus ciudadanos.

Una sombra había disipado todas las alegrías. Ya no se creía en el relato de los pastores; las sublimes noticias fueron olvidadas, de golpe, como fábulas! Los sacerdotes se habían estremecido gravemente. Unos brazos de augures, iluminados por la llama de los trípodes, se habían alzado, consagrando a las divinidades infernales! Unas palabras breves habían sido susurradas, terribles, al instante. Y se había hecho salir a las vírgenes, pues iba a pronunciarse el nombre de un traidor. Y sus largas vestiduras habían pasado sobre los ilotas, tendidos, ebrios de vino negro, atravesados en los peldaños de los pórticos, cuando ellas habían caminado sobre ellos sin advertirlos.

Entonces resonó la noticia desesperada.

Un paso desierto en la Fócide había sido descubierto a los enemigos. Un pastor mesenio había vendido la tierra de Hélade. Efiltes había entregado a Jerjes la madre patria. Y las caballerías

persas, al frente de las cuales resplandecían las armaduras de oro de los sátrapas, invadían ya el suelo de los dioses, ipisoteaban a la nodriza de los héroes! ¡Adiós, templos, moradas de los antepasados, llanuras sagradas! Iban a venir, con cadenas, ellos, los afeminados y los pálidos, y a escogerse esclavas entre tus hijas, ¡Lacedemonia!

La consternación aumentó ante el aspecto de la montaña, cuando los ciudadanos se hubieron congregado sobre la muralla.

El viento se quejaba en las rocosas cañadas, entre los abetos que se doblaban y crujían, confundiendo sus ramas desnudas, semejantes a los cabellos de una cabeza echada hacia atrás de horror. La Gorgona corría entre las nubes, cuyos velos parecían moldear su rostro. Y la multitud, color de incendio, se apiñaba en las almenas, admirando la áspera desolación de la tierra bajo la amenaza del cielo. Sin embargo, aquella muchedumbre de bocas severas se condenaba al silencio a causa de las vírgenes. No convenía agitarles el pecho ni turbarles la sangre con impresiones acusadoras contra un hombre de Hélade. Se pensaba en los hijos futuros.

La impaciencia, la espera defraudada, la incertidumbre del desastre, agravaban la angustia. Cada cual buscaba agravarse aún más el porvenir, y la proximidad de la destrucción parecía inminente.

¡Sin duda, las primeras vanguardias de los ejércitos iban a aparecer, en el crepúsculo! Algunos creían ver, en los cielos y cortando el horizonte, el reflejo de las caballerías de Jerjes, su propio carro. Los sacerdotes, aguzando el oído, discernían clamores venidos del norte, decían, pese al viento de los mares meridionales que hacía crujir sus mantos.

Las balistas rodaban, tomando posiciones; se tensaban los escorpiones y los montones de dardos caían junto a las ruedas. Las jóvenes disponían braseros para hervir la pez; los veteranos, revestidos con sus armaduras, calculaban, los brazos cruzados, el número de enemigos que abatirían antes de caer; se iba a tapiar las puertas, pues Esparta no se rendiría, ni siquiera tomada al asalto; se

calculaban los víveres, se prescribía a las mujeres el suicidio, se consultaban entrañas abandonadas que humeaban aquí y allá.

Como se debía pasar la noche sobre la muralla en previsión de una sorpresa de los persas, el llamado Nogaklés, el cocinero de los guardias, especie de magistrado, preparaba, sobre el propio parapeto, el alimento público. De pie junto a una vasta cuba, agitaba su pesado mazo de piedra y, mientras machacaba distraídamente el grano en la leche salada, miraba también él, con aire preocupado, la montaña.

Se esperaba. Ya se alzaban infames sospechas sobre los combatientes. La desesperación de la multitud es calumniosa; y los hermanos de aquellos que habrían de desterrar a Arístides, Temístocles y Milcíades no soportaban sin furor su inquietud. Pero unas ancianísimas mujeres, entonces, meneaban la cabeza, trenzando sus largas cabelleras blancas. Estaban seguras de sus hijos y guardaban la feroz tranquilidad de las lobas que ya han destetado a sus crías.

Una oscuridad repentina invadió el cielo; no eran las sombras de la noche. Apareció un vuelo inmenso de cuervos, surgido de las profundidades del sur; pasó sobre Esparta con gritos de terrible alegría; cubrían el espacio, ensombreciendo la luz. Fueron a posarse en todas las ramas de los bosques sagrados que rodeaban el Taigeto. Allí permanecieron, vigilantes, inmóviles, el pico vuelto hacia el norte y los ojos encendidos.

Un clamor de maldición se alzó, atronador, y los persiguió. Las catapultas rugieron, lanzando descargas de piedras cuyos impactos resonaron tras mil silbidos y crepitaron al penetrar en los árboles.

Con los puños tendidos, los brazos alzados al cielo, se quiso espantarlos. Permanecieron impasibles, como si un olor divino de héroes tendidos los hubiera fascinado, y no abandonaron las ramas negras, combadas bajo su peso.

Las madres se estremecieron, en silencio, ante aquella aparición.

Ahora las vírgenes se inquietaban. Se les habían repartido las espadas sagradas, colgadas, desde hacía siglos, en los templos. —«¡Para quién son estas espadas!», preguntaban ellas. Y sus miradas, todavía dulces, iban del brillo de las hojas desnudas a los ojos más fríos de quienes las habían engendrado. Se les sonreía por respeto,—se las dejaba en la incertidumbre de las víctimas; se les diría, en el último instante, que aquellas espadas eran para ellas.

De pronto, los niños lanzaron un grito. Sus ojos habían distinguido algo a lo lejos. Allá, en la cima ya azulada del monte desierto, un hombre, arrastrado por el ímpetu de una huida anterior, descendía hacia la Ciudad.

Todas las miradas se fijaron en aquel hombre.

Venía con la cabeza baja, el brazo apoyado en una especie de bastón nudoso —cortado al azar de la angustia, sin duda—, que sostenía su carrera hacia la puerta espartana.

Ya, cuando alcanzaba la zona donde el sol arrojaba sus últimos rayos sobre el centro de la montaña, se distinguía su gran manto enrollado en torno al cuerpo; el hombre había caído en el camino, pues su manto estaba todo manchado de barro, lo mismo que su bastón. No podía ser un soldado: no llevaba escudo.

Un lúgubre silencio acogió aquella visión.

¿De qué lugar de horror huía así?—¡Mal presagio!

—Esa carrera no era digna de un hombre. ¿Qué quería?

—¿Un refugio?... ¿Lo perseguían, entonces?—¿El enemigo, sin duda?—¡Ya!—¡ya!...

En el momento en que la luz oblicua del astro moribundo lo alcanzó de los pies a la cabeza, se distinguieron las cnémides.

Un viento de furor y de vergüenza trastornó los pensamientos. Se olvidó la presencia de las vírgenes, que se volvieron siniestras y más blancas que verdaderos lirios.

Un nombre, vomitado por el espanto y el estupor generales, resonó. ¡Era un espartano! ¡Uno de los Trescientos! Lo reconocían.— ¡Él! ¡Era él! ¡Un soldado de la ciudad había arrojado su escudo! ¡Se huía! ¿Y los demás? ¿Habían cedido terreno también ellos, los intrépidos?—Y la ansiedad crispaba los rostros.—La vista de aquel hombre equivalía a la vista de la derrota. ¡Ah! ¡Para qué velar por más tiempo la vasta desgracia! ¡Habían huido! ¡Todos!... ¡Los seguían! ¡Iban a aparecer de un instante a otro!... ¡Perseguidos por los jinetes persas!—¡Y, llevándose la mano a los ojos, el cocinero exclamó que los divisaba entre la bruma!...

Un grito dominó todos los rumores. Acababa de ser lanzado por un anciano y una mujer alta. Ambos, ocultando sus rostros consternados, habían pronunciado estas palabras horribles: «¡Hijo mío!»

Entonces se alzó un huracán de clamores. Los puños se tendieron hacia el fugitivo.

—Te equivocas. Aquí no está el campo de batalla.

—No corras tan deprisa. Cuídate.

—¿Pagan bien los persas los escudos y las espadas?

—Efialtes es rico.

—¡Cuidado con tu derecha! Los huesos de Pélope, de Heracles y de Pólux están bajo tus pies.—¡Imprecaciones! Vas a despertar los manes del Antepasado,—pero él estará orgulloso de ti.

—¡Mercurio te ha prestado las alas de sus talones! ¡Por la Estigia, ganarás el premio en las Olimpiadas!

El soldado parecía no oír y seguía corriendo hacia la Ciudad.

Y, como no respondía ni se detenía, aquello exasperó a la multitud. Los insultos se volvieron espantosos. Las jóvenes miraban con estupor.

Y los sacerdotes:

—¡Cobarde! ¡Estás manchado de barro! No has besado la tierra natal: ¡la has mordido!

—¡Viene hacia la puerta!—¡Ah! ¡Por los dioses infernales!—¡No entrarás!

Miles de brazos se alzaron.

—¡Atrás! ¡El báratro es lo que te espera!—o mejor...—¡Atrás! ¡No queremos tu sangre en nuestros abismos!

—¡Al combate! ¡Vuelve!

—Teme a las sombras de los héroes, a tu alrededor.

—¡Los persas te darán coronas! ¡Y liras! ¡Ve a amenizar sus festines, esclavo!

Ante estas palabras, se vio a las jóvenes de Lacedemonia inclinar la frente sobre el pecho y, apretando entre los brazos las espadas que habían portado reyes libres en las edades remotas, verter lágrimas en silencio.

Enriquecían, con aquel llanto heroico, la rugosa empuñadura de las hojas. Comprendían, y se consagraban a la muerte por la patria.

De pronto, una de ellas se acercó, esbelta y pálida, al parapeto: se apartaron para dejarle paso. Era la que un día habría de ser esposa del fugitivo.

—¡No mires, Seméis!... le gritaron sus compañeras.

Pero ella contempló a aquel hombre y, recogiendo una piedra, la arrojó contra él.

La piedra alcanzó al desdichado: alzó los ojos y se detuvo. Y entonces pareció agitarlo un estremecimiento. Su cabeza, alzada un instante, volvió a caer sobre su pecho.

Pareció ponerse a pensar. ¿En qué, pues?

Los niños lo contemplaban; las madres les hablaban en voz baja, señalándolo.

El enorme y belicoso cocinero interrumpió su labor y soltó el mazo. Una especie de cólera sagrada le hizo olvidar sus deberes. Se alejó de la cuba y fue a asomarse a una almena de la muralla. Luego, reuniendo todas sus fuerzas e hinchando las mejillas, el veterano escupió hacia el tráfuga. Y el viento que pasaba, cómplice de aquella santa indignación, llevó la infame espuma hasta la frente del desdichado.

Una aclamación resonó, aprobando aquella enérgica muestra de cólera.

Estaban vengados.

Pensativo, apoyado en su bastón, el soldado miraba fijamente la entrada abierta de la Ciudad.

A la señal de un jefe, la pesada puerta rodó entre él y el interior de las murallas y fue a encajarse entre las dos jambas de granito.

Entonces, ante aquella puerta cerrada que lo proscibía para siempre, el fugitivo cayó hacia atrás, tieso, tendido sobre la montaña.

En ese mismo instante, con el crepúsculo y la palidez creciente del sol, los cuervos, ellos sí, se precipitaron sobre aquel hombre; fueron aclamados, esta vez, y su velo asesino lo sustrajo de pronto a los ultrajes de la multitud humana.

Luego llegó el rocío de la tarde, que empapó el polvo a su alrededor.

Al alba, del hombre no quedaron sino huesos dispersos.

Así murió, con el alma extraviada por aquella única gloria que envidian los dioses y cerrando piadosamente los párpados para que el aspecto de la realidad no turbara con ninguna vana tristeza la sublime concepción que guardaba de la Patria; así murió, sin una palabra, apretando en la mano la palma fúnebre y triunfal, apenas separado del barro natal por la púrpura de su sangre, el augusto guerrero elegido mensajero de la Victoria por los Trescientos a causa de sus heridas mortales, cuando, arrojando a los torrentes de las

Termópilas su escudo y su espada, lo empujaron hacia Esparta, fuera del Desfiladero, persuadiéndolo de que sus últimas fuerzas debían emplearse en la salvación de la República;—así desapareció en la muerte, aclamado o no por aquellos por quienes perecía, el ENVIADO DE LEÓNIDAS.

EL SECRETO DE LA MÚSICA ANTIGUA

A Monsieur Richard Wagner.

Era día de audición en la Academia Nacional de Música.

La puesta en estudio de una obra debida a cierto compositor alemán (cuyo nombre, ya olvidado, se nos escapa, ¡afortunadamente!) acababa de ser decidida en las alturas;—y aquel maestro extranjero, si había que dar crédito a diversos *memoranda* publicados por la *Revue des Deux Mondes*, no era ni más ni menos que el *fautor* de una música «¡nueva!»

Los ejecutantes de la Ópera no se hallaban, pues, reunidos hoy sino con el propósito de poner, como se dice, las cosas en claro, descifrando la partitura del presuntuoso innovador.

El momento era grave.

El director apareció en el escenario y fue a entregar al director de orquesta la voluminosa partitura en litigio. Éste la abrió, echó un vistazo, se estremeció y declaró que la obra le parecía inejecutable en la Academia de Música de París.

—Explíquese usted, dijo el director.

—Señores, prosiguió el director de orquesta, Francia no podría tomar sobre sí el truncar, mediante una ejecución defectuosa, el pensamiento de un compositor... *a cualquier nación a la que pertenezca*.—Ahora bien, entre las partes de orquesta especificadas por el autor figura... un instrumento militar hoy caído en desuso y que ya no tiene representante entre nosotros; ese instrumento, que

fue las delicias de nuestros padres, tuvo antaño por nombre: *el Sombrero-chino*. Concluyo que la desaparición radical del Sombrero-chino en Francia nos obliga a declinar, aunque con pesar, el honor de esta interpretación.

Aquel discurso había sumido al auditorio en ese estado que los fisiólogos llaman el estado *comatoso*.—¡¡El Sombrero-chino!!—Los más ancianos apenas recordaban haberlo oído en su infancia. Pero hoy les habría resultado difícil precisar siquiera su forma.—De pronto, una voz articuló estas palabras inesperadas: «Permítanme, creo que conozco uno.» Todas las cabezas se volvieron; el director de orquesta se irguió de un salto: «¿Quién ha hablado?»—«Yo, los platillos», respondió la voz.

Un instante después, los platillos estaban en el escenario, rodeados, agasajados y asediados de vivas preguntas.—¡Sí, continuaban, conozco a un viejo profesor de Sombrero-chino, consumado maestro en su arte, y sé que todavía existe!

No fue sino un solo clamor. ¡Los platillos aparecieron como un salvador! El director de orquesta abrazó a su joven adepto (pues los platillos eran todavía jóvenes). Los trombones, enternecidos, lo animaban con sus sonrisas; un contrabajo le lanzó una mirada envidiosa; el bombo se frotaba las manos:—«¡Llegará lejos!», refunfuñaba.—En fin, en aquel instante fugaz, los platillos conocieron la gloria.

Sin más dilación, una delegación, a la que ellos precedían, salió de la Ópera, dirigiéndose hacia Batignolles, en cuyas profundidades debía de haberse retirado, lejos del ruido, el austero virtuoso.

Llegaron.

Preguntar por el anciano, subir sus nueve pisos, colgarse de la pelada cadenilla de su campanilla y esperar, resoplando, en el rellano, fue para nuestros embajadores cosa de un segundo.

De pronto, todos se descubrieron: un hombre de aspecto venerable, el rostro rodeado de cabellos plateados que le caían en largos bucles sobre los hombros, una cabeza a lo Béranger, un

personaje de romanza, permanecía de pie en el umbral y parecía invitar a los visitantes a penetrar en su santuario.

—¡Era él! Entraron.

La ventana, enmarcada de plantas trepadoras, estaba abierta al cielo, en ese momento arrebolado por las maravillas del ocaso. Los asientos escaseaban: el catre del profesor sustituyó, para los delegados de la Ópera, esas otomanas, esos pufs, que, entre los músicos modernos, abundan, ¡ay!, con demasiada frecuencia. En los rincones se perfilaban viejos sombreros-chinos; aquí y allá yacían varios álbumes cuyos títulos reclamaban la atención.—Estaba, primero: *¡Un primer amor!*, melodía para sombrero-chino solo, seguida de *Variaciones brillantes sobre el Coral de Lutero*, concierto para tres sombreros-chinos. Luego, septeto de sombreros-chinos (gran unísono) titulado: LA CALMA. Luego, una obra de juventud (algo teñida de romanticismo): *Danza nocturna de jóvenes moriscas en el campo de Granada, en lo más álgido de la Inquisición*, gran bolero para sombrero-chino; por fin, la obra capital del maestro: *El atardecer de un hermoso día*, obertura para ciento cincuenta sombreros-chinos.

Los platillos, muy conmovidos, tomaron la palabra en nombre de la Academia Nacional de Música.—«¡Ah!, dijo con amargura el viejo maestro, ¿se acuerdan de mí ahora? Debería... Mi patria ante todo. Señores, iré.»—Habiendo insinuado el trombón que la parte a tocar parecía difícil:—«No importa», dijo el profesor tranquilizándolos con una sonrisa. Y, tendiéndoles sus manos pálidas, curtidas en las dificultades de un instrumento ingrato:—«Hasta mañana, señores, a las ocho, en la Ópera.»

Al día siguiente, en los pasillos, en las galerías, en la concha del apuntador inquieto, hubo una agitación terrible: la noticia se había difundido. Todos los músicos, sentados ante sus atriles, esperaban, el arma en la mano. La partitura de la Música-nueva no era ya, ahora, sino de interés secundario. De pronto, la puertecilla dio paso al hombre de antaño: isonaban las ocho! Ante la presencia de aquel representante de la antigua-Música, todos se pusieron en pie,

rindiéndole homenaje como una especie de posteridad. El patriarca llevaba bajo el brazo, acostado en una humilde funda de sarga, el instrumento de los tiempos pasados, que adquiriría, de ese modo, las proporciones de un símbolo. Atravesando los espacios entre los atriles y hallando, sin vacilar, su camino, fue a sentarse en su silla de siempre, a la izquierda del bombo. Tras asegurarse un gorro de lustrina negra sobre la cabeza y una visera verde sobre los ojos, desenfundó el sombrero-chino, y la obertura comenzó.

Pero, a los primeros compases y desde la primera ojeada echada a su parte, la serenidad del viejo virtuoso pareció ensombrecerse; pronto perló su frente un sudor de angustia. Se inclinó, como para leer mejor y, con las cejas contraídas, los ojos clavados en el manuscrito que hojeaba febrilmente, ¡apenas respiraba!...

¡Lo que leía el anciano era, pues, bien extraordinario, para que se turbara de ese modo!...

¡En efecto!—¡El maestro alemán, por unos celos tudescos, se había complacido, con una aspereza germana, una malignidad rencorosa, en erizar la parte del Sombrero-chino de dificultades casi insuperables! Se sucedían, ¡apretadas! ¡ingeniosas! súbitas. ¡Era un desafío!—Júzguese: esa parte no se componía, exclusivamente, más que de *silencios*. Ahora bien, incluso para quienes no son del oficio, ¿qué hay más difícil de ejecutar que el *silencio* para el Sombrero-chino?... ¡Y era un CRESCENDO de silencios lo que debía ejecutar el viejo artista!

Se envaró ante aquella visión; ¡un movimiento febril se le escapó!... Pero nada, en su instrumento, traicionó los sentimientos que lo agitaban. Ni una campanilla se movió. ¡Ni un cascabel! Ni un ochavo se movió. Se notaba que lo dominaba a fondo. ¡Era, también él, todo un maestro!

Tocó. ¡Sin inmutarse! Con una maestría, una seguridad, un *brio* que dejaron admirada a toda la orquesta. Su ejecución, siempre sobria, pero llena de matices, era de un estilo tan depurado, de un

resultado tan puro que, ¡cosa extraña!, ¡por momentos parecía *que se le oía!*

Los bravos estaban a punto de estallar por todas partes cuando un furor inspirado se encendió en el alma clásica del viejo virtuoso. Con los ojos llenos de relámpagos y agitando con estrépito su instrumento vengador, que pareció como un demonio suspendido sobre la orquesta:

—Señores, vociferó el digno profesor, ¡renuncio! No entiendo nada de esto. ¡No se escribe una obertura para un solo! ¡No puedo tocar! Es demasiado difícil. ¡Protesto! ¡En nombre del señor Clapisson! No hay melodía ahí dentro. ¡Esto es una cencerrada! ¡El Arte está perdido! Caemos en el vacío.

Y, fulminado por su propio arretrato, trastabilló.

¡En su caída, atravesó el bombo y desapareció en él como se desvanece una visión!

¡Ay! Se llevaba consigo, al hundirse así en las profundas entrañas del monstruo, el secreto de los encantos de la antigua-Música.

SENTIMENTALISMO

A Monsieur Jean Marras.

«Me estimo poco cuando me examino; mucho, cuando me comparo.»

MONSIEUR TOUT-LE-MONDE.

Una noche de primavera, dos jóvenes bien educados, Lucienne Émery y el conde Maximilien de W***, estaban sentados bajo los grandes árboles de una avenida de los Campos Elíseos.

Lucienne es esa hermosa joven eternamente ataviada con vestidos negros, cuyo rostro tiene una palidez de mármol y cuya historia es desconocida.

Maximilien, cuyo trágico final hemos sabido, *era* un poeta de un talento maravilloso. Además, era bien parecido y de modales exquisitos. Sus ojos reflejaban la luz intelectual, encantadores, pero, como las piedras preciosas, un poco fríos.

Su intimidad databa de apenas seis meses.

Aquella noche, pues, miraban, en silencio, las vagas siluetas de los carruajes, de las sombras, de los paseantes.

De pronto, la señora Émery tomó, suavemente, la mano de su amante:

—¿iNo le parece, amigo mío —le dijo ella—, que, agitados sin cesar por impresiones artificiales y, por así decirlo, abstractas, los grandes artistas —como usted— acaban por embotar en sí mismos

la facultad de padecer *realmente* los tormentos o las voluptuosidades que el Destino les depara! Al menos, usted traduce con un embarazo —que le haría pasar por insensible— los sentimientos personales que la vida le obliga a experimentar. Se diría, entonces, al ver la fría medida de sus movimientos, que usted no palpita sino por cortesía. El Arte, sin duda, le persigue con una preocupación constante hasta en el amor y en el dolor. A fuerza de analizar las complejidades de esos mismos sentimientos, usted teme demasiado no ser perfecto en sus manifestaciones, ¿no es así?... ¿faltar de exactitud en la exposición de su turbación?... No logra desprenderse de esa segunda intención. Esta paraliza en usted los mejores impulsos y templa toda expansión natural. Se diría que —príncipes de otro universo— una muchedumbre invisible no cesa de rodearlo, dispuesta a la crítica o a la ovación.

—En suma, cuando le sobreviene a usted una dicha o una gran desdicha, lo que se despierta en usted, ante todo, antes incluso de que su espíritu se haya percatado bien de ello, es el oscuro deseo de ir a buscar a algún comediante fuera de serie para preguntarle cuáles son los gestos convenientes *a los que debe dejarse llevar* por la circunstancia. ¿Conduciría el Arte al endurecimiento?... Eso me inquieta.

—Lucienne —respondió el conde—, he conocido a cierto cantante que, junto al lecho de muerte de su prometida, y oyendo a la hermana de esta deshacerse en sollozos convulsivos, no podía dejar de advertir, pese a su aflicción, los defectos de emisión vocal que cabía señalar en esos sollozos, y pensaba, vagamente, en los ejercicios propios para darles «más cuerpo». ¿Esto le parece mal?... Sin embargo, nuestro cantante murió de aquella separación, y la superviviente dejó el luto justo el día prescrito por la costumbre.

La señora Émery miró a Maximilien.

—Al oírle —dijo ella—, sería difícil precisar en qué consiste la sensibilidad verdadera y por qué señales puede reconocérsela.

—Con gusto disiparé sus dudas al respecto —respondió sonriendo el señor de W***—. Pero los términos... técnicos... son desagradables, y me temo...

—¡Vamos, déjelo! Yo tengo mi ramillete de violetas de Parma, usted tiene su cigarro; le escucho.

—¡Pues bien! Sea; obedezco —replicó Maximilien—. ¿Las fibras cerebrales afectadas por las sensaciones de gozo o de pena parecen, dice usted, como relajadas en el artista, por esos excesos de emociones intelectuales que exige, cada día, el culto del Arte? ¡Yo, por el contrario, no las creo sino sublimadas, esas misteriosas fibras! ¿Los demás hombres parecen dotados de propiedades de ternura mejor acondicionadas, de pasiones más francas, más *serias*, en fin?... Le afirmo yo que la tranquilidad de sus organismos, todavía un tanto oscurecidos por el Instinto, los lleva a darnos, como supremas expresiones de sentimientos, simples desbordamientos de animalidad.

—Sostengo que sus corazones y sus cerebros están servidos por centros nerviosos que, sepultados en una torpeza habitual, resuenan con vibraciones infinitamente menos numerosas y más sordas que las nuestras. Se diría que no se apresuran a evaporar en clamores sus impresiones sino para darse una ilusión de sí mismos o para justificarse, de antemano, de la inercia en que bien sienten que van a recaer.

—Esas naturalezas sin ecos son lo que el mundo llama gentes «de carácter»: seres, corazones violentos y nulos. Dejemos de ser engañados por lo apagado de sus gritos. Exhibir la propia debilidad con la secreta esperanza de contagiarla, a fin de beneficiarse, aunque solo sea de manera ficticia a los propios ojos, de la emoción real que así se llega a suscitar en algunos otros —gracias a ese oscuro fingimiento—, eso solo conviene a los seres inacabados.

—¿En nombre de qué derechos reales pretenderían decretar que todas esas agitaciones, de ley más que dudosa, son de rigor en la expresión de los sufrimientos o de las embriagueces de la vida, y

tachar de insensibles a quienes su pudor se abstiene de ellas? ¿Acaso el rayo que hiere un diamante rodeado de ganga se refleja en él mejor que en un diamante bien tallado, donde penetra la esencia misma del fuego? En verdad, esos y esas que se dejan conmover por la crudeza de las expansiones son, por naturaleza, de los que prefieren los ruidos confusos a las melodías profundas: eso es todo.

—Perdone, Maximilien —interrumpió la señora Émery—; escucho su análisis, algo sutil, con sincera admiración... pero ¿sería usted tan amable de decirme qué hora es la que suena?

—¡Las diez, Lucienne! —respondió el joven, mirando su reloj a la luz de su cigarro.

—¡Ah!... Bien. Continúe.

—¿Por qué esa inquietud, tan rara en usted, por una hora que pasa?

—¡Porque es la última de nuestro amor, amigo mío! —respondió Lucienne—. He aceptado del señor de Rostanges una cita para las once y media de esta noche; he retrasado el decírselo hasta el último momento. ¿Me guarda rencor por ello?... Perdóneme.

Si el conde, ante estas palabras, palideció un poco más, la oscuridad protectora veló esa muestra de emoción; ningún estremecimiento delató lo que su ser hubo de padecer en aquel instante.

—¡Ah! —dijo él, con voz pareja y armoniosa—, un joven de los más cabales, que merece su afecto. Reciba, pues, mi despedida, querida Lucienne —añadió.

Tomó la mano de su amante y la besó.

—¿Quién sabe lo que nos reserva el porvenir? —le respondió Lucienne, sonriente, aunque algo turbada—. Rostanges no es más que un capricho irresistible. Y ahora —añadió tras un breve silencio—, continúe, amigo mío, se lo ruego. Quisiera saber, antes de

separarnos, *qué es lo que da derecho a los grandes artistas a desdeñar tanto las maneras de los demás hombres.*

Un instante transcurrió, terrible, mudo, entre los dos amantes.

—Sentimos, en una palabra, las sensaciones ordinarias —retomó Maximilien— con tanta intensidad como cualquiera. ¡Sí, el hecho natural, *instintivo*, de una sensación, lo experimentamos, físicamente, igual que los demás! ¡Pero es solo, *al principio*, que la sentimos de ese modo humano!

—Es la casi imposibilidad de expresar sus *prolongaciones* inmediatas dentro de nosotros lo que nos hace parecer paralizados, casi siempre, en no pocas circunstancias. En el momento en que los demás hombres ya han llegado al olvido, por falta de vitalidad suficiente, ellas crecen en nuestro ser, fíjese, como los rumores de la marejada cuando uno se acerca al mar. Son las percepciones de esas prolongaciones ocultas, de esas infinitas y maravillosas vibraciones, las únicas que determinan la superioridad de nuestra raza. De ahí esas discordancias aparentes entre los pensamientos y las actitudes cuando alguno de nosotros, por ejemplo, intenta traducir, a la manera de todo el mundo, lo que siente. ¡Piense usted qué distancia nos separa de aquellas edades primitivas del Sentimiento, perdidas desde hace tanto tiempo en el fondo de nuestro espíritu! La atonía del sonido de la voz, la anomalía del gesto, la rebuscada elección de nuestras palabras, todo está en contradicción con las sinceridades corrientes y con las banalidades de lenguaje, proporcionadas a la manera de sentir de la mayoría. Sonamos a falso: nos encuentran de hielo. Las mujeres, al observarnos entonces, no salen de su asombro. Se imaginaban de buena gana que nosotros también íbamos a agitarnos, al menos un poco, a partir, en fin, hacia esas mismas «nubes» adonde se entiende que se refugian los «poetas», según un dicho difundido, a propósito, por la Burguesía. ¡Qué asombro al ver llegar precisamente lo contrario! El desdeñoso horror que sienten, ante ese descubrimiento, hacia quienes las habían engañado respecto a nosotros, no conoce límites, y, si tuviéramos afición a la venganza, esa nos resultaría divertida.

—No, Lucienne, no nos complace traducirnos mal en esas manifestaciones mentirosas en que la gente se exhibe. ¡En vano nos esforzaríamos por volver a vestir toda esa ropa vieja humana, olvidada en nuestra antesala desde tiempo inmemorial! ¡Nos hemos identificado con la esencia misma de la Alegría! ¡Con la idea viva del Dolor! ¡Qué quiere usted! Así es. Solos, entre los hombres, hemos llegado a poseer una aptitud casi divina: la de transfigurar, con nuestro simple contacto, las dichas del Amor, por ejemplo, o sus torturas, bajo un carácter inmediato de eternidad. ¡Ese es nuestro indecible secreto! Instintivamente, nos negamos a dejarlo traslucir, para ahorrar, en lo posible, a nuestro prójimo, la vergüenza de encontrarnos incomprensibles. ¡Ay! Somos semejantes a esos poderosos cristales donde duerme, en Oriente, el puro espíritu de las rosas muertas, y que están herméticamente velados por una triple envoltura de cera, de oro y de pergamino.

—Una sola lágrima de su esencia —de esa esencia conservada así en la gran ánfora preciosa (fortuna de toda una raza, que se transmite, por herencia, como un tesoro sagrado, bendecido por los antepasados)— basta para impregnar muchas medidas de agua clara, ¡se lo aseguro, Lucienne! ¡Y estas, a su vez, bastan para embalsamar muchas moradas, muchas tumbas, durante largos años!... Pero no somos, en absoluto, semejantes (y en eso está nuestro crimen) a esos frascos llenos de banales perfumes, tristes y estériles ampollas que casi siempre se descuida cerrar y cuya virtud se agria o se evapora a todos los soplos que pasan. Habiendo conquistado una pureza de sensaciones inaccesible a los profanos, nos convertiríamos en mentirosos, a nuestros propios ojos, si tomáramos prestadas las pantomimas admitidas y las expresiones «consagradas» con que se contenta el vulgo. Nos apresuraríamos, en conciencia, a disuadirlo, si diera crédito, aunque solo fuera un instante, al primer grito que, a veces, nos arranca un incidente feliz o fatal. A la justa noción de la Sinceridad debemos ser sobrios en los gestos, escrupulosos en las palabras, reservados en los entusiasmos, contenidos en las desesperaciones.

—¿Es, pues, la *calidad* de nuestras facultades afectivas la que nos vale esas acusaciones de endurecimiento?... En verdad, querida Lucienne, si tuviéramos empeño (¡lo que Dios no permita!) en dejar de ser incomprensidos por la mayoría de los individuos, en reclamar de su entendimiento otro homenaje que la indiferencia, sería de desear, en efecto, como usted decía hace un momento, que, en las grandes ocasiones, un buen actor viniera a colocarse detrás de nosotros, pasara sus brazos bajo los nuestros, y luego hablara y gesticulara por nuestra cuenta. Estaríamos seguros, entonces, de conmover a la multitud por los únicos lados que le son accesibles.

La señora Émery contemplaba, muy pensativa, al conde de W***.

—Pero, en verdad, mi querido Maximilien —exclamó ella—, ¡llegará usted a no atreverse a decir «buenos días» o «buenas noches» por miedo a parecer... afectado... ante el común de los mortales! Tiene usted instantes exquisitos e inolvidables, lo confieso, y me siento orgullosa de habérselos inspirado... ¡A veces me ha deslumbrado usted con las profundidades de su corazón y las dulces expansiones de su ternura; sí, hasta no sé qué arrobamientos, cuyo extraño y turbador recuerdo conservaré para siempre!... ¡Pero qué quiere usted!... ¡Se me escapa usted —con una mirada que no puedo seguir!— y no llegaré nunca a estar bien persuadida de que usted mismo experimenta, de un modo que no sea imaginario, lo que hace sentir a los demás. Es por esto, Max, por lo que no puedo sino separarme de usted.

—Me resigno, pues, a no ser *corriente*, aunque haya de incurrir en el desdén de las buenas gentes que (acaso con razón) se creen mejor organizadas que yo —respondió el conde—. Todo el mundo, por lo demás, me parece hoy más o menos de vuelta de sentir nada en absoluto. Espero que pronto habrá cuatrocientos o quinientos teatros por capital, donde, representándose los sucesos habituales de la vida sensiblemente mejor que en la realidad, ya nadie se tomará mucho la molestia de vivir por sí mismo. Cuando se quiera sentir pasión o emoción, se tomará una butaca; será más sencillo. ¿No sería este recurso mil veces preferible, desde el punto de vista

del buen sentido?... ¡Por qué agotarse en pasiones destinadas al olvido!... ¿Qué es lo que no se olvida un poco, en el curso de un semestre? ¡Ah! ¡Si supiera usted cuánto silencio llevamos dentro de nosotros!... Pero, perdone, Lucienne: son las diez y media, y sería una indiscreción no recordárselo, después de la confidencia que acaba de hacerme —murmuró Maximilien, sonriendo y levantándose.

—¿Su conclusión?... —dijo ella—. Llegaré a tiempo.

—Concluyo —respondió Maximilien— que, cuando un cualquiera exclama, a propósito de uno de nosotros, golpeándose las paredes anteriores del pecho como para aturdirse sobre el vacío que siente dentro de sí: «¡Tiene demasiada inteligencia para tener corazón!», es, en primer lugar, muy probable que ese cualquiera se pondría furioso si se le respondiera que él tiene, a su vez, «¡demasiado corazón para tener inteligencia!», lo cual prueba que, en el fondo, no hemos elegido la peor parte, según la propia confesión de quien nos lo reprocha. Además, ¿advierte usted en qué se convierte esa frase bajo un análisis atento? Es como si se dijera: «¡Esta persona está demasiado bien educada para tomarse la molestia de tener buenos modales!». ¿En qué consisten los buenos modales? Eso es lo que ni el vulgo ni el hombre verdaderamente bien educado sabrán nunca, pese a todos los códigos de civilidad pueril y honesta. De manera que esa frase no expresa, ingenuamente, sino los celos instintivos y, por así decirlo, *melancólicos*, de ciertas naturalezas ante la nuestra. Lo que nos separa, en efecto, no es una diferencia: es un infinito.

Lucienne se levantó y tomó el brazo del señor de W***.

—Me llevo de nuestra conversación este axioma —dijo ella—: que, por contradictorias que a veces parezcan sus palabras o sus modos de ser, en las circunstancias terribles o gozosas de su existencia, no prueban en absoluto que usted sea...

—¡De madera!... —remató el conde con una sonrisa.

Miraban pasar los carruajes iluminados. Maximilien hizo una seña a uno de ellos, que se acercó. Cuando Lucienne se hubo sentado en

él, el joven se inclinó, silenciosamente.

—¡Hasta la vista! —gritó Lucienne, enviándole un beso.

El carruaje se alejó. El conde lo siguió con la mirada un rato, como es natural; luego, remontando la avenida a pie, el cigarro en los labios, regresó a su casa, en la rotonda.

Cuando estuvo solo, en su habitación, se sentó ante su mesa de trabajo, tomó, de un neceser, una limita, y pareció absorto en el cuidado de pulirse las puntas de las uñas.

Luego escribió unos versos sobre un... valle escocés, cuyo recuerdo le vino, de manera bastante extraña, entre los azares del Espíritu.

Después cortó algunas páginas de un libro nuevo, las recorrió, y arrojó el volumen.

Sonaron las dos de la madrugada: se desperezó.

—¡Este latido del corazón es, en verdad, insoportable! —murmuró.

Se levantó, dejó caer las pesadas cortinas y los cortinajes, se dirigió a un secreter, lo abrió, tomó de un cajón una pequeña pistola «de puño», se acercó a un sofá, se puso el arma en el pecho, sonrió, y se encogió de hombros al cerrar los ojos.

Un golpe sordo, amortiguado por los cortinajes, resonó; un poco de humo, azulado, salió del pecho del joven, que cayó sobre los cojines.

Desde entonces, cuando se pregunta a Lucienne el motivo de sus vestidos oscuros, ella responde a sus enamorados, con tono jovial:

—¡Bah! ¡Qué quiere usted! ¡El negro me sienta tan bien!

Pero su abanico de luto palpita, entonces, sobre su pecho, como el ala de una mariposa nocturna sobre una lápida.

¡LA CENA MÁS HERMOSA DEL MUNDO!

¡Un golpe de Comendador! ¡Un golpe de Jarnac!

(*Viejo refrán.*)

Jantus, el amo de Esopo, declaró, por sugerencia del fabulista, que, si había apostado a beberse el mar, no había apostado a beberse los ríos que «entran dentro», por servirme del amable francés de nuestros traductores universitarios.

Ciertamente, semejante escapatoria era muy avisada; pero, con la ayuda del Espíritu de progreso, ¿no sabríamos hallar hoy otras equivalentes, igual de ingeniosas? Por ejemplo:

«Retiren, de antemano, los peces, que no están comprendidos en la apuesta; ¡filtren! Hecha la deducción de estos últimos, la cosa irá de suyo.»

O, mejor aún:

«¡He apostado que me beberé el mar! bien; ¡pero no de un solo trago! El sabio no debe precipitar jamás sus actos: bebo despacio. Será, pues, sencillamente, *una gota*, ¿no es así?, cada año.»

En suma, son pocos los compromisos que no puedan cumplirse de cierta manera... y esa manera podría calificarse de *filosófica*.

—«¡La cena más hermosa del mundo!»

Tales fueron las expresiones de que se sirvió, *formalmente*, Maese Percenoix, el ángel de la Enfiteusis, para definir, de manera categórica, la comida que se proponía ofrecer a las notabilidades de

la pequeña ciudad de D***, donde su notaría prosperaba desde hacía treinta años y más.

Sí. Fue en el Casino —de espaldas al fuego, los faldones de la levita bajo los brazos, las manos en los bolsillos, los hombros erguidos y echados hacia atrás, los ojos al cielo, las cejas enarcadas, los lentes de oro sobre los pliegues de la frente, el gorro corrido hacia atrás, la pierna derecha cruzada sobre la izquierda y la punta del zapato de charol apenas rozando el suelo— donde pronunció estas palabras.

Quedaron cuidadosamente grabadas en la memoria de su viejo rival, Maese Lecastelier, el ángel del Parafernál, quien, sentado frente a Maese Percenoix, lo miraba con ojo venenoso, resguardado tras una amplia visera verde.

¡Entre estos dos colegas había una guerra sorda desde el fondo de los tiempos! La comida se convertía en el campo de batalla largamente estudiado por Maese Percenoix y propuesto por él para acabar de una vez. Así que Maese Lecastelier, forzando una sonrisa en el acero deslustrado de su rostro de cuchillo-puñal, no respondió nada, por el momento. Se sentía atacado. Era el mayor: dejaba que Percenoix, su menor, hablara y se comprometiera como una loquilla. Seguro de sí mismo (¡pero prudente!), quería, antes de aceptar la lucha, hacerse un recuento minucioso de las posiciones y de las fuerzas del enemigo.

Ya al día siguiente, toda la pequeña ciudad de D*** estaba en efervescencia. Se preguntaban cuál sería el *menú* de la cena.

Evocando salsas olvidadas, el recaudador particular se perdía en conjeturas. El subprefecto calculaba y profetizaba *supremas* de fénix servidas sobre sus cenizas; fenicópteros desconocidos revoloteaban en sus sueños. Citaba a Apicio.

El ayuntamiento releía a Petronio, lo criticaba. Los notables decían: «Hay que esperar», y calmaban un poco la efervescencia general. Todos los invitados, por consejo del subprefecto, tomaron amargos ocho días antes.

Por fin llegó el gran día.

La casa de Maese Percenoix estaba sita cerca de los Paseos, a un tiro de fusil de la de su rival.

Desde las cuatro de la tarde se había formado, ante la puerta, una valla de curiosos en dos filas, para ver llegar a los convidados. Al dar las seis, se les anunció.

Se habían encontrado en los Paseos, como por casualidad, y llegaban juntos.

Iba, primero, el subprefecto, dando el brazo a la señora Lecastelier; luego el recaudador particular y el director de correos; luego tres personas de alta influencia; luego el médico, dando el brazo al banquero; luego una celebridad, el *Introductor de la filoxera en Francia*; luego el director del instituto, y algunos propietarios rurales. Maese Lecastelier cerraba la marcha, tomando rapé, a veces, con aire meditativo.

Estos señores iban de frac negro, corbata blanca, y lucían una flor en el ojal: la señora Lecastelier, flaca, iba de vestido de seda color ratón-que-trota, algo alta de cuello.

Llegados ante el portal, y a la vista de las placas que brillaban con los fuegos del ocaso, los convidados se volvieron hacia el horizonte mágico: los árboles lejanos se iluminaban; los pájaros se aquietaban en los huertos vecinos.

—¡Qué espectáculo sublime! —exclamó el *Introductor de la filoxera*, abarcando con la mirada el Occidente.

Esta opinión fue compartida por los convidados, que aspiraron, un instante, las bellezas de la Naturaleza, como para dorar con ellas la cena.

Entraron. Cada cual contuvo el paso en el vestíbulo, por dignidad.

Por fin, las hojas de la puerta del comedor se entreabrieron. Percenoix, que era viudo, estaba allí solo, de pie, afable. Con aire a la vez modesto y triunfante, hizo el gesto circular de invitar a tomar

asiento. Unos papelitos con el nombre de los convidados estaban colocados, a modo de airones, sobre las servilletas plegadas en forma de mitra. La señora Lecastelier contó con la mirada a los convidados, esperando que fuesen trece a la mesa: eran diecisiete. Terminados estos preliminares, comenzó la comida, silenciosa al principio; se notaba que los convidados se recogían y tomaban, como suele decirse, impulso.

La sala era alta, agradable, bien iluminada; todo estaba bien servido. La cena era sencilla: dos sopas, tres entrantes, tres asados, tres entremeses, vinos irreprochables, media docena de platos diversos, y luego el postre.

¡Pero todo era exquisito!

De modo que, pensándolo bien, la cena, dados los convidados y su naturaleza, era, precisamente, *para ellos*, «la cena más hermosa del mundo!» Cualquier otra cosa habría sido fantasía, ostentación, habría *chocado*. Una cena distinta habría sido tal vez calificada de atelana, habría despertado ideas de inconveniencia, de orgía..., y la señora Lecastelier se habría levantado. ¿No es la cena más hermosa del mundo la que colma por entero el gusto de sus convidados?

Percenoix triunfaba. Todos lo felicitaban con calor.

De pronto, después de tomar el café, Maese Lecastelier, a quien todos miraban y compadecían sinceramente, se levantó, frío, austero, y, con lentitud, pronunció estas palabras, en medio de un silencio de muerte:

—Yo daré *una* más hermosa el año que viene.

Luego, saludando, salió con su esposa.

Maese Percenoix se había levantado. Calmó, con su aire digno, la inexpresable agitación de los convidados y el alboroto que se había producido tras la marcha de los Lecastelier.

De todas partes se cruzaban las preguntas:

—¿Cómo se las arreglaría para dar una más hermosa el año próximo, puesto que AQUELLA de maese Percenoix era *la cena más hermosa del mundo*?

—¡Proyecto absurdo!

—¿Equívoco?

—¡Incalificable!

—Nulo de pleno derecho...

—¡¡¡Irrisorio!!!

—Pueril...

—¡Indigno de un hombre sensato!

—La pasión lo había arrebatado; ¡la edad, quizá!

Se rio mucho. El *introducción de la filoxera*, que durante el festín había hecho carantoñas a la señora Lecastelier, no paraba de hacer epigramas:

—¡Ja! ¡Ja! ¡De veras!... ¡Una más hermosa! ¿Y cómo eso? Sí, ¿cómo eso?... ¡La cosa era de lo más divertida!

No paraba.

Maese Percenoix se sujetaba los costados, de tanto reír.

Este incidente puso fin alegremente al banquete. Poniendo por las nubes al anfitrión, los convidados, del brazo unos con otros, se lanzaron en desbandada fuera de la casa, precedidos por las linternas de sus criados. No podían más de risa ante la idea disparatada, presuntuosa incluso, y que no admitía discusión, de querer dar «una cena más hermosa que la cena más hermosa del mundo».

Pasaron así, fantásticos e hilarantes, por la valla de curiosos que los había esperado en la puerta para tener noticias.

Luego, cada cual regresó a su casa.

Maese Lecastelier tuvo una indigestión espantosa. Se temió por su vida. Y Percenoix, que no «quería la muerte del pecador», y que, por lo demás, esperaba todavía disfrutar, al año siguiente, del *fracaso* que su colega haría necesariamente, mandaba a diario a recoger el parte de salud del digno tabelión. Este parte se insertó en el periódico del departamento, pues todo el mundo se interesaba por la imprudente apuesta: no se hablaba de otra cosa que de la cena. Los convidados no se abordaban sino cambiando palabras en voz baja. Era grave, muy grave: el honor del lugar estaba en juego.

Durante todo el año, Maese Lecastelier eludió las preguntas. Ocho días antes del aniversario, se lanzaron sus invitaciones. Dos horas después de la ronda matinal del cartero, se produjo un revuelo extraordinario en la ciudad. El subprefecto creyó de inmediato su deber renovar la ronda de los amargos, por espíritu de equidad.

Cuando llegó la noche del gran día, los corazones latían con fuerza. Igual que el año anterior, los convidados se encontraron en los Paseos, como por casualidad. La vanguardia fue anunciada en el horizonte por los gritos de la valla entusiasta.

Y el mismo cielo empurpuraba, en Occidente, la línea de los hermosos árboles, que eran magníficos pies de haya pertenecientes, por vía de préciput y fuera de partición, a Maese Percenoix.

Los convidados admiraron todo aquello de nuevo. Luego entraron en casa del señor y la señora Lecastelier, y penetraron en el comedor. Una vez sentados, tras las ceremonias de rigor, los convidados, recorriendo el menú con ojo severo, iadvirtieron, con estupor amenazante, que era la MISMA cena!

¿Estaban siendo víctimas de una burla? Ante esta idea, el subprefecto frunció el ceño e hizo, para sus adentros, sus reservas.

Cada cual bajó los ojos, sin querer (por ese sentimiento de cortesía, de tacto perfecto, que distingue a las personas de provincias) dejar sentir al anfitrión y a su esposa la impresión del profundo desprecio que se sentía por ellos.

Percenoix ni siquiera intentaba disimular la alegría de un triunfo que creyó ya asegurado. Y se desplegaron las servilletas.

¡Oh, sorpresa! Cada cual encontraba en su plato —¿qué?...— lo que se llama un vale de asistencia, una moneda de veinte francos.

Al instante, como si un hada buena hubiese dado un golpe de varita, se produjo una especie de «ipasa la bolita!» general, y todos los «amarillitos» desaparecieron con un encanto de rapidez desconocida.

Solo el *Introductor de la filoxera*, preocupado por un madrigal, no advirtió el napoleón de su plato hasta buen rato después que los demás. Hubo allí un retraso. Así, con aire torpe, azorado, y con sonrisa de niño, murmuró hacia su vecina algunas vagas palabras que sonaron como una pequeña serenata:

—¡Qué distraído soy! ¡Qué descuido! Casi se me cae... ¡maldito bolsillo!... Sin embargo, es el mismo que introdujo en Francia... Se pierde a menudo, por falta de precauciones... uno se guarda el dinero en el bolsillo del chaleco, por descuido; luego, al menor movimiento en falso —al desplegar la servilleta, por ejemplo—, ¡zas!, ¡crac!, ¡pum!, ¡adiós muy buenas!

La señora Lecastelier sonrió, ladina.

—¡Distracción de los grandes espíritus!... —dijo ella.

—¿No son acaso los ojos bellos los que las causan? —respondió galantemente el célebre sabio, *volviendo a meter* en el bolsillo de su reloj, con negligencia jovial, la hermosa moneda de oro que había estado a punto de perder.

Las mujeres entienden todo lo que es delicadeza, y, teniendo en cuenta la intención que había tenido el *Introductor de la filoxera*, la señora Lecastelier le hizo la gentileza de ruborizarse dos o tres veces durante la cena, mientras el sabio, inclinándose hacia ella, le hablaba en voz baja.

—¡Calle, señor Redoubté! —murmuraba ella.

Percenoix, verdadera cabeza de chorlito, no se había dado cuenta de nada y no había recibido nada; parloteaba, en aquel momento, como una urraca tuerta, y se escuchaba a sí mismo, los ojos en el techo.

La cena fue brillante, muy brillante. Se analizó allí la política de los gabinetes de Europa: el subprefecto tuvo incluso que mirar en silencio, varias veces, a las tres personas de alta influencia, y estas, para quienes la Diplomacia ya no tenía desde hacía tiempo arcano alguno, desviaron la conversación con una andanada de retruécanos que produjeron el efecto de petardos. Y la alegría de los convidados llegó a su colmo cuando se sirvió el turrón, que representaba, como el año anterior, a la propia pequeña ciudad de D***.

Hacia las nueve de la noche, cada invitado, removiendo discretamente el azúcar en su taza de café, se volvió hacia su vecino. Todas las cejas estaban enarcadas y los ojos tenían esa expresión átona propia de las personas que, después de un banquete, van a emitir una opinión.

—¿Es la misma cena?

—Sí, la misma.

Luego, tras un suspiro, un silencio y una mueca meditativa:

—La misma, absolutamente.

—Sin embargo, ¿no había *algo*?...

—Sí, sí, ¡había algo!

—En fin —vamos—, ¡es más hermosa!

—Sí, es curioso. Es la misma... ¡y, sin embargo, es más hermosa!

—¡Ah! ¡Eso sí que es singular!

Pero ¿en qué era *más hermosa*? Cada cual se devanaba inútilmente los sesos.

Por un instante se creían con el dedo puesto en el punto preciso que legitimaba esa impresión indefinible de *diferencia* que cada cual

sentía, y la idea, rebelde, se escabullía como una Galatea que no quisiera ser vista.

Luego se separaron, para madurar el problema con más libertad.

Y, desde entonces, toda la pequeña ciudad de D*** es presa de la más lamentable incertidumbre. ¡Es como una fatalidad!... Nadie puede aclarar el misterio que pesa todavía hoy sobre el festín victorioso de Maese Lecastelier.

Maese Percenoix, algunos días después, sumido en esta preocupación, resbaló en su escalera y sufrió una caída de la que falleció. Lecastelier lo lloró muy amargamente.

Hoy, durante las largas noches de invierno, ya sea en la subprefectura, ya sea en la recaudación particular, se habla, se conversa, se pregunta uno, se sueña, y el eterno tema vuelve a ponerse sobre el tapete. ¡Se renuncia a él!... Se llega, en efecto, *a un pelo de distancia*, como con ayuda de una 168.^a cifra decimal, y luego la x de la proporción retrocede indefinidamente, entre estas dos afirmaciones capaces de confundir al Espíritu-humano, pero que constituyen el Símbolo de las preferencias *indiscutibles* de la Conciencia-pública, bajo la bóveda de los cielos:

¡LA MISMA... Y, SIN EMBARGO, MÁS HERMOSA!

EL DESEO DE SER UN HOMBRE

A Monsieur Catulle Mendès.

«Uno de esos hombres ante los cuales la Naturaleza puede erguirse y decir: «¡He aquí un Hombre!»

SHAKESPEARE, *Julio César*.

La medianoche sonaba en la Bolsa, bajo un cielo cuajado de estrellas. En aquella época pesaban aún sobre los ciudadanos las exigencias de una ley militar y, conforme a las órdenes relativas al toque de queda, los mozos de los establecimientos todavía iluminados se apresuraban a cerrar.

En los bulevares, dentro de los cafés, las mariposas de gas de las arañas alzaban el vuelo muy deprisa, una a una, hacia la oscuridad. Desde fuera se oía el barullo de las sillas llevadas de cuatro en cuatro sobre las mesas de mármol; era el instante psicológico en que cada cafetero juzgaba oportuno señalar, con un brazo rematado en una servilleta, las horcas caudinas de la puerta baja a los últimos parroquianos.

Aquel domingo silbaba el triste viento de octubre. Algunas hojas amarillentas, polvorientas y susurrantes, volaban en las ráfagas, chocando contra las piedras, rasando el asfalto, y luego, semejantes a murciélagos, desaparecían en la sombra, despertando así la idea de días vulgares vividos para siempre. Los teatros del bulevar del Crimen, donde durante la velada se habían apuñalado a porfía todos los Médicis, todos los Salviati y todos los Montefeltre, se alzaban,

guardadas del Silencio, con sus puertas mudas guardadas por sus caríatides. Coches y peatones se hacían, de instante en instante, más raros; aquí y allá lucían ya los escépticos farolillos de los traperos, fosforescencias desprendidas de los montones de basura sobre los que vagaban.

A la altura de la rue Hauteville, bajo un farol, en la esquina de un café de apariencia bastante lujosa, un alto transeúnte de fisonomía saturnina, de mentón lampiño, de andar sonambúlico, con largos cabellos entrecanos bajo un fieltro al estilo Luis XIII, enguantado de negro sobre un bastón de puño de marfil y envuelto en una vieja hopalanda azul rey, forrada de dudoso astracán, se había detenido como si hubiese vacilado maquinalmente antes de cruzar la calzada que lo separaba del bulevar Bonne-Nouvelle.

¿Regresaba aquel rezagado personaje a su domicilio? ¿Los solos azares de un paseo nocturno lo habían conducido a aquella esquina? Habría sido difícil precisarlo por su aspecto. El caso es que, al percibir de pronto, a su derecha, uno de esos espejos estrechos y largos como su persona —una suerte de espejos públicos, a veces anexos a los escaparates de algunos cafés de renombre—, hizo un alto brusco, se plantó de frente ante su imagen y se midió, deliberadamente, de las botas al sombrero. Luego, alzando de pronto el fieltro, con un ademán que olía a otros tiempos, se saludó a sí mismo no sin cierta cortesía.

Su cabeza, así descubierta de improviso, permitió entonces reconocer al ilustre trágico Esprit Chaudval, nacido Lepeinteur, llamado Monanteuil, vástago de una muy digna familia de pilotos malouinos, a quien los misterios del Destino habían inducido a convertirse en gran primer actor de provincias, cabeza de cartel en el extranjero y rival —a menudo afortunado— de nuestro Frédérick-Lemaître.

Mientras se contemplaba con esa especie de estupor, los mozos del café vecino ayudaban a los últimos parroquianos a ponerse el gabán y les descolgaban los sombreros; otros volcaban ruidosamente el contenido de las huchas de níquel y apilaban en

redondo, sobre una bandeja, la calderilla del día. Aquella prisa, aquel aturdimiento, provenían de la presencia amenazadora de dos súbitos guardias urbanos que, de pie en el umbral y con los brazos cruzados, hostigaban con su fría mirada al dueño rezagado.

Pronto quedaron atornillados los toldos en sus armazones de hierro —a excepción del postigo del espejo, que, por una extraña inadvertencia, se omitió en medio de la precipitación general.

Luego el bulevar quedó muy silencioso. Solo Chaudval, ajeno a toda aquella desaparición, había permanecido en su actitud extática en la esquina de la rue Hauteville, sobre la acera, delante del espejo olvidado.

Aquel espejo lívido y lunar parecía dar al artista la sensación que este habría experimentado bañándose en un estanque; Chaudval se estremecía.

¡Ay! digámoslo: en aquel cristal cruel y sombrío, el cómico acababa de verse envejecer.

Constataba que sus cabellos, ayer todavía sal y pimienta, viraban al claro de luna; ¡estaba hecho! ¡Adiós, ovaciones y coronas, adiós, rosas de Talía, laureles de Melpómene! ¡Había que despedirse para siempre con apretones de manos y lágrimas, de los Ellevious y los Laruettes, de las libreas de gran séquito y los papeles rollizos, de las Dugazons y las ingenuas!

¡Había que bajarse a toda prisa del carro de Tespis y verlo alejarse llevándose a los compañeros! Luego, ver los oropeles y las banderolas que, por la mañana, flotaban al sol hasta sobre las ruedas, juguetes del viento alegre de la Esperanza, verlos desaparecer en el recodo lejano del camino, en el crepúsculo.

Chaudval, bruscamente consciente de sus cincuenta años (era un hombre excelente), suspiró. Una bruma le pasó ante los ojos; una especie de fiebre invernal se apoderó de él y la alucinación le dilató las pupilas.

La fijeza extraviada con que sondeaba el espejo providencial acabó por dar a sus pupilas esa facultad de agrandar los objetos y saturarlos de solemnidad, que los fisiólogos han constatado en los individuos afectados por una emoción muy intensa.

El largo espejo se deformó, pues, bajo sus ojos cargados de ideas turbias y átonas. Recuerdos de infancia, de playas y de olas plateadas, le bailaron en el cerebro. Y aquel espejo, sin duda a causa de las estrellas que ahondaban su superficie, le causó primero la sensación del agua dormida de un golfo. Luego, hinchándose aún más, gracias a los suspiros del anciano, el espejo cobró el aspecto del mar y de la noche, esas dos viejas amigas de los corazones desiertos.

Se embriagó algún tiempo con esta visión, pero el farol que enrojecía la fría llovizna tras él, sobre su cabeza, le pareció, repercutido en el fondo del terrible espejo, como el resplandor de un *faro* color de sangre que indicaba el camino del naufragio al buque perdido de su porvenir.

Sacudió aquel vértigo y se irguió, en toda su alta estatura, con una carcajada nerviosa, falsa y amarga, que hizo estremecerse, bajo los árboles, a los dos guardias urbanos. Por fortuna para el artista, estos, creyéndolo un borracho cualquiera, o tal vez algún amante decepcionado, continuaron su ronda oficial sin conceder más importancia al miserable Chaudval.

—¡Bien, renunciemos! —dijo simplemente y en voz baja, como el condenado a muerte que, despertado de pronto, dice al verdugo: «Estoy a sus órdenes, amigo mío.»

El viejo cómico se aventuró, desde entonces, en un monólogo, con una prostración atontada.

—He obrado prudentemente —continuó—, cuando encargué, la otra noche, a la señorita Pinson, mi buena camarada (que tiene el oído del ministro, y hasta la almohada), que me consiguiera, entre dos confesiones ardientes, esa plaza de farero de que gozaban mis padres en las costas de poniente. Y, ¡vaya!, ¡ahora comprendo el

extraño efecto que me ha producido este farol en este espejo!... Era mi segunda intención.—Pinson me enviará mi nombramiento, seguro. E iré, pues, a retirarme a mi faro como una rata en un queso. Alumbraré a los buques a lo lejos, en el mar. ¡Un faro! Siempre tiene aire de decorado. Estoy solo en el mundo: es el refugio que, decididamente, conviene a mis viejos días.

De pronto, Chaudval interrumpió su ensueño.

—¡Vaya! —dijo, palpándose el pecho bajo la hopalanda—, pero... esta carta que me entregó el cartero en el momento de salir, ¿no será acaso la respuesta?... ¡Cómo! Iba a entrar en el café para leerla, ¡y se me olvida!—¡De veras que decaigo!—¡Bien! ¡Aquí está!

Chaudval acababa de sacarse del bolsillo un ancho sobre, del que se escapó, apenas roto, un pliego ministerial que recogió febrilmente y recorrió de una ojeada, bajo el fuego rojizo del farol.

—¡Mi faro! ¡Mi nombramiento! —exclamó. «¡Salvado, Dios mío!», añadió, como por una vieja costumbre maquinal y con una voz de falsete tan brusca, tan distinta de la suya, que miró en torno suyo, creyendo en la presencia de un tercero.

—Vamos, calma y... *íseamos hombre!* —prosiguió al punto.

Pero, ante esta palabra, Esprit Chaudval, nacido Lepeinteur, llamado Monanteuil, se detuvo como convertido en estatua de sal; aquella palabra parecía haberlo inmovilizado.

—¿Eh? —continuó tras un silencio—.—¿Qué acabo de desear ahí? —¿Ser un Hombre?... Después de todo, ¿por qué no?

Se cruzó de brazos, reflexionando.

—Hace casi medio siglo que *represento*, que *interpreto* las pasiones de los demás sin experimentarlas jamás,—pues, en el fondo, yo nunca he sentido nada.—¡No soy, pues, semejante de esos «otros» sino para reír!—¿No soy, entonces, más que una *sombra*? ¡Las pasiones! ¡los sentimientos! ¡los actos reales! ¡REALES! ¡He ahí, —he ahí lo que constituye propiamente EL HOMBRE! Así pues, ya que la edad me obliga a reingresar en la Humanidad, debo

procurarme pasiones, o algún sentimiento *real*..., puesto que es la condición *sine qua non* sin la cual no se podría aspirar al título de Hombre. Esto está sólidamente razonado; rebosa de buen sentido.—Elijamos, pues, experimentar aquella que mejor concuerde con mi naturaleza, por fin resucitada.

Meditó, y luego prosiguió melancólicamente:

—¿El Amor?... demasiado tarde.—¿La Gloria?... ¡ya la he conocido!
—¿La Ambición?... ¡Dejemos esa patraña para los hombres de Estado!

De pronto, lanzó un grito:

—¡Ya lo tengo! —dijo—: ¡EL REMORDIMIENTO!...—he ahí lo que conviene a mi temperamento dramático.

Se miró en el espejo poniendo un rostro convulso, contraído, como por un horror sobrehumano.

—¡Eso es! —concluyó—: ¡Nerón! ¡Macbeth! ¡Orestes! ¡Hamlet! ¡Eróstrato!—¡Los espectros!... ¡Oh! ¡Sí! ¡Yo también quiero ver espectros *de verdad*!—como toda esa gente, que tenía la suerte de no poder dar un paso sin espectros.

Se golpeó la frente.

—Pero, ¿cómo?... ¿Soy inocente como el cordero que vacila en nacer?

Y, tras una nueva *pausa*:

—¡Ah, *no ha de ser por eso*! —prosiguió—: ¡quien quiere el fin quiere los medios!... Bien tengo derecho a llegar a ser, a toda costa, lo que *debería* ser. ¡Tengo derecho a la Humanidad!—¿Para sentir remordimientos hay que haber cometido crímenes? Pues bien, vaya por crímenes: ¿qué más da, con tal de que sea por... por el buen motivo?—Sí...—¡Sea! (Y se puso a dialogar consigo mismo:)—Voy a perpetrar uno espantoso.—¿Cuándo?—Ahora mismo. ¡No dejemos para mañana!—¿Cuáles?—¡Uno solo!... ¡Pero grande!—¡pero de una atrocidad desmesurada! ¡pero de naturaleza tal que haga salir del

infierno a todas las Furias!—¿Y cuál?—¡Pardiez, el más resonante!... ¡Bravo! ¡Ya lo tengo! ¡EL INCENDIO! Así pues, iso solo tengo tiempo de incendiar! ide hacer mis maletas! ide volver, bien agazapado tras el cristal de algún simón, a gozar de mi triunfo en medio de la multitud espantada! de recoger bien las maldiciones de los moribundos,—y de tomar el tren del Noroeste con remordimientos de sobra para el resto de mis días. Después, iiré a esconderme en mi faro! ien la luz! ien pleno Océano!, donde la policía no podrá, por consiguiente, descubrirme jamás,—siendo mi crimen *desinteresado*. Y allí agonizaré solo.—(Chaudval se irguió aquí, improvisando este verso de aire absolutamente corneliano:)

¡A salvo de sospecha por la grandeza del crimen!

Dicho está.—Y ahora —remató el gran artista, recogiendo un adoquín tras mirar en torno para asegurarse de la soledad circundante— y ahora, tú, no reflejarás ya a nadie.

Y arrojó el adoquín contra el espejo, que se hizo añicos en mil despojos radiantes.

Cumplido este primer deber, y huyendo a toda prisa —como satisfecho de esta primera pero enérgica acción brillante—, Chaudval se precipitó hacia los bulevares, donde, pocos minutos después y a sus señas, se detuvo un coche, en el que saltó y desapareció.

Dos horas después, las llamaradas de un siniestro inmenso, brotando de grandes almacenes de petróleo, aceites y cerillas, se repercutían en todos los cristales del faubourg du Temple. Pronto acudieron de todas partes las escuadras de bomberos, rodando y empujando sus aparatos, y sus trompetas, lanzando gritos lúgubres, despertaban sobresaltados a los ciudadanos de aquel barrio populoso. Innumerables pasos precipitados resonaban en las aceras: la muchedumbre atestaba la gran plaza del Château-d'Eau y las calles vecinas. Ya se organizaban a toda prisa las cadenas. En menos de un cuarto de hora, un destacamento de tropas formaba cordón en torno al incendio. Los agentes, a los resplandores sangrientos de las antorchas, contenían la afluencia humana en las inmediaciones.

Los coches, prisioneros, ya no circulaban. Todo el mundo vociferaba. Se distinguían gritos lejanos entre el crepitar terrible del fuego. Las víctimas aullaban, presas de aquel infierno, y los techos de las casas se desplomaban sobre ellas. Un centenar de familias, las de los obreros de aquellos talleres que ardían, se quedaban, ¡ay!, sin recursos y sin techo.

Allá, un solitario simón, cargado con dos grandes baúles, estacionaba detrás de la multitud detenida en el Château-d'Eau. Y, en aquel simón, se hallaba Esprit Chaudval, nacido Lepeinteur, llamado Monanteuil; de cuando en cuando apartaba la cortinilla y contemplaba su obra.

—¡Oh! —se decía en voz muy baja—, ¡cómo me siento aborrecible a Dios y a los hombres!—¡Sí, esto, esto sí que es el rasgo propio de un réprobo!...

El rostro del buen viejo cómico resplandecía.

—¡Oh, miserable! —refunfuñaba—, ¡qué insomnios vengadores voy a saborear en medio de los fantasmas de mis víctimas! ¡Siento brotar en mí el alma de los Nerones, que quemaban Roma por exaltación de artista! ¡de los Eróstratos, que quemaban el templo de Éfeso por amor a la gloria!... ¡de los Rostopchín, que quemaban Moscú por patriotismo! ¡de los Alejandros, que quemaban Persépolis por galantería hacia su Thaïs inmortal!... Yo ardo por deber, ¡no teniendo otro medio de *existencia*!—¡Incendio porque me lo debo a mí mismo!... ¡Cumpro con mi obligación! ¡Qué Hombre voy a ser! ¡Cómo voy a vivir! Sí, voy a saber, por fin, lo que se siente cuando se está atormentado por el remordimiento.—¡Qué noches, magníficas de horror, voy a pasar deliciosamente!... ¡Ah! ¡Respiro! ¡renazco!... ¡existo!... ¡Cuando pienso que he sido cómico!... Ahora que no soy, a los ojos toscos de los humanos, más que carne de patíbulo,— ¡huyamos con la rapidez del relámpago! Vayamos a encerrarnos en nuestro faro, para gozar allí en paz de nuestros remordimientos.

Dos días después, al anochecer, Chaudval, llegado a destino sin contratiempos, tomaba posesión de su viejo faro desolado, situado

en nuestras costas septentrionales: llama en desuso sobre un edificio en ruinas, que una compasión ministerial había reavivado para él.

Apenas si la señal podía ser de alguna utilidad: no era más que una superfetación, una sinecura, un alojamiento con una luz encima de la cabeza del que todo el mundo podía prescindir, salvo el único Chaudval.

Así pues, el digno trágico, tras haber llevado allí su lecho, algunos víveres y un gran espejo para estudiar en él sus efectos de fisonomía, se encerró de inmediato, al abrigo de toda sospecha humana.

En torno a él se quejaba el mar, donde el viejo abismo de los cielos bañaba sus claridades estelares. Miraba las olas asaltar su torre bajo las rachas del viento, como el Estilita podía contemplar las arenas perderse contra su columna al soplo del simún.

A lo lejos, seguía, con una mirada sin pensamiento, el humo de los buques o las velas de los pescadores.

A cada instante, aquel soñador olvidaba su incendio.—Subía y bajaba la escalera de piedra.

La noche del tercer día, Lepeinteur, decimos, sentado en su habitación, a sesenta pies sobre las olas, releía un periódico de París donde se relataba la historia del gran siniestro ocurrido dos días antes.

—Un malhechor desconocido había arrojado unas cerillas en los sótanos de petróleo. Un monstruoso incendio, que había mantenido en pie toda la noche a los bomberos y al pueblo de los barrios circundantes, se había declarado en el faubourg du Temple.

Cerca de cien víctimas habían perecido: desdichadas familias quedaban sumidas en la más negra miseria.

La plaza entera estaba de luto, y todavía humeante.

Se desconocía el nombre del miserable que había cometido aquel crimen y, sobre todo, el *móvil* del criminal.

Al leer esto, Chaudval saltó de alegría y, frotándose febrilmente las manos, exclamó:

—¡Qué éxito! ¡Qué magnífico malvado soy! ¿Voy a estar suficientemente atormentado? ¡Cuántos espectros voy a ver! ¡Bien sabía yo que llegaría a ser un Hombre!—¡Ah! ¡El medio ha sido duro, lo reconozco! ¡pero era necesario!... ¡era necesario!

Al releer la hoja parisiense, como en ella se mencionaba que se daría una función extraordinaria a beneficio de los damnificados por el incendio, Chaudval murmuró:

—¡Vaya! ¡Debería haber prestado el concurso de mi talento a beneficio de mis víctimas!—Habría sido mi velada de despedida.—Habría declamado *Orestes*. Habría estado muy natural...

Con esto, Chaudval empezó a vivir en su faro.

Y las tardes cayeron, se sucedieron, y las noches.

Algo que dejaba estupefacto al artista estaba ocurriendo. ¡Algo atroz!

Contrariamente a sus esperanzas y previsiones, su conciencia no le gritaba ningún remordimiento. ¡Ningún espectro se mostraba!— ¡No sentía *nada, pero absolutamente nada*!...

No podía creer aquel Silencio. No salía de su asombro.

A veces, al mirarse en el espejo, comprobaba que su rostro bonachón no había cambiado en absoluto.—¡Furioso entonces, se abalanzaba sobre las señales, que falseaba, con la radiante esperanza de hacer zozobrar a lo lejos algún buque, para ayudar, activar, estimular el remordimiento rebelde!—¡para excitar a los espectros!

¡Trabajos perdidos!

¡Atentados estériles! ¡Esfuerzos vanos! No sentía nada. No veía ningún fantasma amenazador. Ya no dormía, tanto lo ahogaban la

desesperación y la *vergüenza*.—Hasta tal punto que, una noche, sorprendido por una congestión cerebral en su luminosa soledad, tuvo una agonía en la que gritaba,—al ruido del océano y mientras los grandes vientos de alta mar abofeteaban su torre perdida en el infinito:

—¡Espectros!... ¡Por el amor de Dios!... ¡Que vea, aunque no sea más que un espectro!—*¡Bien me lo he ganado!*

Pero el Dios a quien invocaba no le concedió aquel favor,—y el viejo histrión expiró, declamando aún, en su vano énfasis, su gran deseo de ver espectros...—*sin comprender que él mismo era lo que buscaba.*

FLORES DE TINIEBLAS

A Monsieur Léon Dierx.

«Buena gente que pasáis, / irezad por los que han fallecido!»

INSCRIPCIÓN AL BORDE DE UN CAMINO REAL.

¡Oh, hermosas noches! Ante los relucientes cafés de los bulevares, en las terrazas de las heladerías de renombre, ¡cuántas mujeres de vistosos atavíos, cuántos elegantes «flâneurs» se solazan!

Ved a las pequeñas vendedoras de flores que circulan con sus cestas.

Las bellas ociosas aceptan esas flores que pasan, ya cortadas, misteriosas...

—¿Misteriosas?

—¡Sí, donde las haya!

Existe, sabedlo, sonrientes lectoras, existe, en el mismo París, cierta agencia sombría que se entiende con varios directores de pompas fúnebres de lujo, e incluso con sepultureros, con el fin de despojar a los difuntos de la mañana, sin dejar que se marchiten *inútilmente*, sobre las sepulturas recién abiertas, todos esos espléndidos ramos, todas esas coronas, todas esas rosas, con que, por centenares, la piedad filial o conyugal recarga a diario los catafalcos.

Esas flores casi siempre se olvidan después de las tenebrosas ceremonias. Ya no se piensa en ellas; se tiene prisa por volver;—

¡bien se comprende!...

Es entonces cuando nuestros amables enterradores se dan el gran gusto. ¡Ellos no olvidan las flores, esos señores! No están en las nubes. Son gente práctica. Se las llevan a brazadas, en silencio. Arrojarlas a toda prisa por encima del muro, en una carreta propicia, es para ellos cosa de un instante.

Dos o tres de los más pícaros y espabilados transportan el precioso cargamento a casa de floristas amigas que, gracias a sus dedos de hadas, engarzan de mil maneras, en no pocos ramilletes de corpiño y de mano, incluso en rosas sueltas, esos melancólicos despojos.

Llegan entonces las pequeñas vendedoras de la noche, provista cada una de su cesta. Circulan, decimos, a las primeras luces de los faroles, por los bulevares, ante las terrazas brillantes y por los mil lugares de placer.

Y los jóvenes hastiados, deseosos de congraciarse con las elegantes por quienes sienten alguna inclinación, compran esas flores a precios elevados y se las ofrecen a esas damas.

Ellas, todas blancas de afeitte, las aceptan con una sonrisa indiferente y las guardan en la mano,—o se las colocan en el escote del corpiño.

Y los reflejos del gas vuelven lívidos los rostros.

De suerte que esas criaturas-espectro, así ataviadas con las flores de la Muerte, llevan, sin saberlo, el emblema del amor que dan y del que reciben.

EL APARATO PARA EL ANÁLISIS QUÍMICO DEL ÚLTIMO SUSPIRO

«Utile dulci.»

FLACCUS.

¡Ya está hecho!—Nuestras victorias sobre la Naturaleza ya no se cuentan. ¡Hosanna! ¡Ni siquiera hay tiempo ya de pensar en ello! ¡Qué triunfo!... ¿De qué serviría pensar, en efecto?—¿Con qué derecho?—Y además: ¿pensar? en el fondo, ¿qué quiere decir eso? ¡Palabras, todo eso!... ¡Descubramos a toda prisa! ¡Inventemos! ¡Olvidemos! ¡Reencontremos! ¡Recomencemos y—pasemos! ¡A todo galope! ¡Bah! Ya sabrá la Nada reconocer a los suyos.

¡Oh, magia! ¡He aquí que, por fin, los más sutiles instrumentos de la Ciencia se convierten en juguetes en manos de los niños! Testigo de ello, el delicioso Aparato del profesor Schneitzoëffer (hijo), de Núremberg (Baviera), para el *Análisis químico del último suspiro*.

Precio: un doble tálero—(7 fr. 95 con la caja),—¡un regalo!...—Franquear. Sucursales en París, en Roma y en todas las capitales.—Gastos de envío aparte.—Evítense las falsificaciones.

Gracias a este Aparato, los niños podrán, en lo sucesivo, llorar la pérdida de sus padres sin dolor.

¡Ah! ¡El bienestar físico ante todo!—Aunque debiera parecerse a la descripción que el moralista nos da del interior del convento en *Justine, o la Virtud recompensada*.

Cabe preguntarse, en una palabra, si no está volviendo la Edad de Oro.

Semejante instrumento encuentra, muy naturalmente, su lugar entre los aguinaldos útiles que conviene propagar en las familias, por este doble motivo: la alegría de los niños y la tranquilidad de los padres.

También se puede deslizar dentro de un huevo de Pascua, colgarlo de los árboles de Navidad, etcétera.

El ilustre inventor concede un descuento a los periódicos que quieran ofrecerlo como prima a sus suscriptores; se recomienda asimismo a los promotores de tómbolas; las loterías nacionales piden más.

Esta joya puede colocarse oportunamente bajo la servilleta de un abuelo en una cena de gala—o en un banquete de bodas—o en la cesta de la boda, como presente para la suegra, o incluso ofrecerse, sencillamente, en propia mano, a la prole de los viejos amigos de provincias cuando se desea causarles lo que se llama una encantadora sorpresa.

Figurémonos, en efecto, la hora de la siesta vespertina en una pequeña ciudad.—Las madres de familia, hechas ya sus compras, han vuelto cada una a su casa. Se ha cenado.—La familia ha pasado al salón. Es una de esas veladas sin visitas, en que, reunidos en torno al hogar, los padres dormitan un poco. La lámpara está baja, y la pantalla suaviza aún más su luz. Los picos de las cofias de seda negra asoman, inclinados, sobre las orejeras de los sillones. El juego de lotería, a veces tan trágico, está suspendido; el juego de la Oca, por su parte, está relegado al gran cajón. La gaceta yace a los pies de los que duermen. El viejo invitado, discípulo (en voz baja) de Voltaire, hace la digestión apaciblemente, hundido en algún mullido sillón bajo. No se oye más que la aguja acompasada de la muchacha, picando su bordado junto a la mesa y marcando así el pausado respirar de los autores de sus días, todo ello medido al

compás del tictac del reloj de péndulo. En suma, el honesto salón burgués respira la quietud bien merecida.

¡Dulces cuadros de familia, el Progreso, lejos de excluirlos, os rejuvenece, como un hábil tapicero renueva los muebles de antaño!

Pero no nos enternezcamos.

¿Con qué se van a entretener entonces los niños, en lugar de armar ruido y despertar coléricos a sus padres, con sus antiguos juguetes,—¡tan escandalosos!—¡Mira!—Aquí vienen, de puntillas, *on tip toe*, conteniendo las frescas explosiones de su loca risa inextinguible.—¡Chis!... ¡Acercan, inocentemente, a la boca de sus ascendientes el pequeño Aparato del profesor Schneitzoëffer (hijo)! —(En Francia se pronuncia *Bertrand*, para abreviar.)

¡Ese es el juego!—¡Pobres pequeños!...—¡Se ejercitan!... Preludian ese momento (¡ay, al que debería ser tan normal acostumbrarse desde temprano!) en que harán la cosa *de verdad*. Desgastan así, mediante una suerte de gimnasia moral, lo *demasiado* punzante del pesar futuro que sentirían por la pérdida de sus allegados (de no mediar esta ficticia costumbre). ¡Embotan de antemano el desgarró final!

Lo ingenioso del procedimiento consiste en recoger, en este alambique de lujo, buen número de *penúltimos* alientos, durante el sueño de la Vida, para poder, un día, comparando los precipitados, reconocer *en qué* se diferencia el *primero* del sueño de la Muerte. Esta diversión no es, pues, en el fondo, más que un fortificante preventivo, que depura, desde ya, de toda predisposición a las emociones *demasiado* dolorosas, illos temperamentos tan tiernos de nuestros benjamines! Los familiariza artificialmente con las angustias del día del luto, que, ENTONCES, ya no serán sino conocidas, manidas e insignificantes.

¡Y cómo, al despertar, se besa a todas esas queridas cabecitas rubias!—¡Con qué dulce melancolía se aprieta contra el corazón a esos alegres traviesos!

¿Podríamos, sin faltar a nuestro mandato de filósofo, resistirnos al deber de repetirlo?... ¿Aunque fuera a disgusto?—Es una joya científica,—indispensable en todo salón de buena sociedad,—y los servicios que puede prestar a la sociedad propiamente dicha y al Progreso prescriben, por todos los conceptos, la obligación de preconizarlo con fervor.

Nunca se inculcará bastante a la temprana edad—y pronto, incluso, a la más tierna infancia,—el gusto por este esparcimiento higiénico.

El aparato Schneitzoëffer (hijo)—el único cuyo uso da tono a los nervios de los niños *demasiado* cariñosos—está llamado a convertirse, por así decirlo, en el *vade mecum* del colegial de vacaciones, que estudiará su aplicación, el amable pícaro, entre la de dos verbos pronominales o deponentes. Sus maestros se lo indicarán como deber que hacer.—Al reanudarse las clases, el juguetito será para meterlo en su pupitre.

¡Siglo feliz!—En el lecho de muerte, ahora, ¡qué consuelo para los padres pensar que esos dulces seres—idemasiado amados!—no perderán ya el tiempo—¡el tiempo, que es oro!—en flujos inútiles de las glándulas lagrimales y en esos gestos disparatados que acarrean, casi siempre, los decesos imprevistos!... ¡Cuántos inconvenientes evitados por el empleo cotidiano de este preservativo!

Una vez adquirida bien la costumbre, los herederos—habiendo alcanzado la indiferencia esclarecida, comprensiva, apenada, decorosa, en fin—ante el fallecimiento de los suyos—habiendo, decimos, diluido de mucho tiempo atrás la desolación—ya no tendrán que temer las consecuencias de la turbación y el aturdimiento en que la brusquedad de los preparativos fúnebres sumía a veces a los antepasados: quedarán vacunados contra esa desesperación. Una nueva era va a inaugurarse, positivamente, a este respecto.

Los funerales se celebrarán sin perturbación y, por así decirlo, a la diablo.

Nuestra divisa debe ser, en toda circunstancia (¡no lo olvidemos jamás!), esta:—¡Calma!—Calma.—Calma.

Así, los intereses, descuidados durante los primeros días, el aturdimiento y el desconcierto del momento, de los que solo se aprovecha la rapacidad proverbial de los sepultureros—(¡qué negros enredadores!...)—los testamentos redactados a toda prisa, y, como se dice, de retales,—ológrafos incomprensibles sobre los que se abate la bandada de cuervos de los hombres de leyes, en gran perjuicio de los colaterales, ya inconsolables,—las últimas instrucciones dictadas atolondradamente por los moribundos, la incuria de la casa mortuoria, las dilapidaciones de los criados,—¡cuántos perjuicios puede conjurar el uso diario del aparato Schneitzoëffer (hijo)!

Se despacharán los cadáveres lo más deprisa posible,—y ni siquiera se advertirá, en la casa, que has desaparecido. Todo continuará, en el mismo instante, su razonable rutina.

Las artes se resentirán de ello. Gracias a él, dentro de unos diez años, el cuadro de la *Hija del Tintoretto* ya no será digno de mención sino por su colorido, y las marchas fúnebres de Beethoven y de Chopin ya no se entenderán sino como música de baile.

¡Oh! ¡No desconocemos contra qué prejuicios ha de luchar Schneitzoëffer!... Pero, ¿estamos, sí o no, en un siglo práctico, positivo y de luces? Sí.—¡Pues bien! ¡Seamos de nuestro siglo! Hay que ser de su siglo.—¿Quién quiere sufrir, hoy en día? ¿En realidad?—Nadie.—Así pues, se acabó el falso pudor y la sensiblería de mala ley. Se acabaron los sentimentalismos estériles, perjudiciales, casi siempre exagerados, y de los que ya ni siquiera se dejan engañar los transeúntes, con sus convencionales saludos de sombrero ante los coches fúnebres.

¡En nombre de la Tierra, un poco de buen sentido y de sinceridad!—Por muchos aires de grandeza que nos demos, ¿éramos visibles al microscopio solar hace unos años? No. ¡Así pues, no condenemos demasiado deprisa lo que nos choca, por falta de costumbre y de

reflexión suficiente! Valerosos librepensadores, pongamos de moda la dignidad sonriente del dolor filial, podándolo de antemano de sus aspectos alocados que rozan, a veces, lo grotesco.

Digamos más: la piadosa postración del hijo que ha perdido a su vieja madre, por ejemplo, ¿no es (hoy en día) un lujo que los indigentes, acosados por una tarea obligatoria, no pueden permitirse? El ocio de ese ensueño mórbido no es, pues, de primera necesidad: se puede, en fin, *prescindir de él*. ¿Son los gemidos de las personas acomodadas otra cosa que un despilfarro del tiempo social, compensado por el trabajo de las clases laboriosas que, menos favorecidas por doña Fortuna, se tragan los suyos?

El rentista solo lloriquea por sus difuntos a costa de los menesterosos: se hace ofrecer, implícitamente, el coste social de esa prerrogativa, el llanto, por esos mismos que no tienen medios de derramarlo sino a escondidas.

Todos pertenecemos, hoy, a la gran Familia humana; está demostrado. Por lo tanto, ¿por qué llorar a este antes que a aquel?... Concluyamos: puesto que todo se olvida, ¿no vale más acostumbrarse al olvido *inmediato*?—Las muecas más desatinadas, los sollozos, los hipidos mejor entrecortados, los aullidos y las jeremiadas más desconsoladas no resucitan, ¡ay!, a nadie.

¡Y, por fortuna, incluso, al fin y al cabo!... ¿No estaríamos, si no, pronto apretados, en el planeta, como un banco de arenques?—Tan prolíficos como nos estamos volviendo, sería insoportable. La ineluctable profecía de los economistas se cumpliría a corto plazo; el digno Pólipo humano moriría de plétora,—y,—una vez reconocidas insuficientes las salidas intermitentes de las guerras o las epidemias,—descalabrarse, recíprocamente, a grandes golpes de capa de baile se volvería indispensable si se persistiera en querer respirar o circular sobre este globo,—sobre este globo donde la Ciencia nos demuestra, por A más B, que no somos, después de todo, sino una sabandija provisional.

Esto vaya dicho para esos burlones, ¿sabes?, para esos sombríos escritores a los que hay que releer varias veces si se quiere penetrar el *verdadero* significado de lo que dicen.

—«¡Sin dolor! ¡Señores! ¡Acérquense! ¡Pidan! ¡Háganse servir! ¡7 fr. 95 con la caja!—Miren... señoras y señores, ¡aquí está el objeto!... El alma está en el fondo. ¡Tiene que estar en el fondo!—El cuadro que ven ahí, en el escaparate, en la punta de mi varita, representa al ilustre profesor en el momento en que, desembarcando en las felices orillas del Sena, es recibido por el señor Thiers, el Sha de Persia, y una multitud de personajes esclarecidos.—¡El instrumento es inofensivo! Totalmente inofensivo. Sobre todo si se toman la molestia de recorrer—(no con ojo extraviado y distraído, como aquel con que ustedes me honran en este sublime momento, sino con atención y madurez)—las instrucciones que lo acompañan. Siendo los reactivos empleados—revulsivos, tóxicos y esternutatorios—el secreto del inventor, la Administración de patentes nos prohíbe, por desgracia, divulgarlos. El aviso nos llegó ayer, por mediación de la Oficina de escarapelas.

—Sin embargo, para tranquilizar a los clientes de la Burguesía, clase a la que se dirige muy especialmente el profesor, podemos revelar que la mixtura contenida en la bola de cristal multicolor que compone el Aparato en su forma está hecha a base de nitroglicerina, y todo el mundo sabe que nada es más inofensivo ni más untuoso que la glicerina. Se emplea a diario para el aseo. (Agítese antes de usar.)—¡Dense prisa! ¡Estas joyas ortopédicas del corazón son el éxito de la época! ¡Se venden por gruesas! ¡La manufactura de Núremberg está desbordada!...

—El asombroso profesor Schneitzoëffer (hijo) en persona está acosado, sin poder ya atender los pedidos, pese a los obstáculos que a cada instante le suscita el clero.

—Tesoro de los nervios, calmante graduado, Oued-Allah de las familias, este Aparato se impone a los padres serios que, curados ya de los prejuicios del corazón, juzgan que si el sentimiento es cosa suave a sus horas, ¡de eso no conviene *demasiado* cuando se es,

verdaderamente, un Hombre!—La Humanidad, en efecto, bajo la antigua luz de los astros, ya no se llama hoy más que el público, y el Hombre, el individuo. Ponemos por testigo ya no a un vago y anticuado firmamento, sino al Sistema solar, señoras y señores, sí, al Sistema solar!, desde Mercurio hasta el inevitable Zeta Herculis[7].»

[7] Es hoy oficial que la totalidad de nuestro Sistema solar se dirige, insensiblemente, hacia el punto celeste marcado por la sexta estrella de la constelación de Hércules (esto es, *Zeta Herculis*, según nuestro modo de llamarla). Ese abismo ígneo—de dimensiones tales que las cifras que lo expresan confundirían un tanto el pensamiento (si es que, para quienes piensan, el cielo aparente pudiera tener alguna importancia)—parece, en astronomía, destinado a ser el fin o el desvanecimiento *inevitable*, en efecto, de nuestro conjunto de fenómenos.—A ese desenlace es, sin duda, a lo que quiere aludir el profesor bávaro. Lo que nos tranquiliza, a nosotros los franceses, es que lo sabemos tan bien como él y que, además, tenemos tiempo de pensar en ello.

LOS BANDIDOS

A Monsieur Henri Roujon.

¿Qué es el Tercer Estado? Nada. —¿Qué debe ser? Todo.

SULLY, —después, SIEYÈS.

Pibrac y Nayrac, dúo de subprefecturas gemelas unidas por un camino vecinal abierto bajo el régimen de los Orléans, canturreaban, bajo cielos arrobados, un perfecto unísono de costumbres, de negocios, de maneras de ver las cosas.

Como en todas partes, el municipio se distinguía allí por sus pasiones; —como en todas partes, la burguesía se conciliaba allí la estima general y la propia. Todos, pues, vivían en paz y alegría en aquellas localidades afortunadas, cuando una noche de octubre sucedió que el viejo violinista de Nayrac, hallándose escaso de dinero, abordó, en el camino real, al fabriquero de Pibrac y, aprovechando las sombras, le pidió algunas monedas en tono perentorio.

El Hombre de las Campanas, en su pánico, al no haber reconocido al violinista, cumplió de buen grado; pero, de vuelta en Pibrac, contó su aventura de tal manera que, en las imaginaciones afiebradas por su relato, el pobre viejo violinista de Nayrac apareció como una banda de bandidos hambrientos que infestaban el Mediodía y asolaban el camino real con sus asesinatos, sus incendios y sus depredaciones.

Sagaces, los burgueses de ambas ciudades habían alentado estos rumores, pues bien es cierto que todo buen propietario tiende a exagerar las faltas de las personas que dan muestras de querer atentar contra sus capitales. ¡No es que se hubieran dejado engañar! Habían ido a las fuentes. Habían interrogado al sacristán después de beber. El sacristán se había ido de la lengua, —y ellos sabían ya, mejor que él, la verdadera clave del asunto!... Sin embargo, burlándose de la credulidad de las masas, nuestros dignos ciudadanos guardaban el secreto solo para sí, como les gusta guardar todas las cosas que poseen: tenacidad que, por lo demás, es el signo distintivo de las personas sensatas y esclarecidas.

A mediados del noviembre siguiente, al sonar las diez de la noche en el campanario del Juzgado de Paz de Nayrac, cada cual volvió a su casa con aire más fanfarrón que de costumbre y el sombrero, ¡a fe mía!, ladeado sobre la oreja, de tal modo que su esposa, saltándole a las patillas, lo llamó «mosquetero», lo cual halagó dulcemente sus corazones recíprocos.

—Sabes, señora N***, mañana, apenas raye el alba, me marchó.

—¡Ah! ¡Dios mío!

—Es la época de la recaudación: tengo que ir yo mismo a ver a nuestros arrendatarios...

—No irás.

—¿Y por qué no?

—Los bandidos.

—¡Bah!... ¡He visto cosas peores!

—¡No irás!... concluía cada esposa, como conviene entre personas que se adivinan el pensamiento.

—Vamos, hija mía, vamos... Previendo tus angustias y para tranquilizarte, hemos convenido partir todos juntos, con nuestras escopetas de caza, en una gran carreta alquilada a tal efecto. Nuestras tierras son colindantes y volveremos por la noche. Así que

seca tus lágrimas y, ya que Morfeo me invita, permíteme anudar apaciblemente sobre mi frente las dos puntas de mi pañuelo.

—¡Ah! Si vais todos juntos, en buena hora: debes hacer como los demás, murmuró cada esposa, súbitamente calmada.

La noche fue exquisita. Los burgueses soñaron con asaltos, matanzas, abordajes, torneos y laureles. Se despertaron, pues, frescos y dispuestos, bajo el alegre sol.

—¡Vamos!... murmuraron, cada uno, mientras se calzaban las medias tras un gran ademán de despreocupación —y de manera que la frase fuese oída por su esposa—, ¡vamos! Ha llegado el momento. ¡Solo se muere una vez!

Las damas, admiradas, contemplaban a aquellos paladines modernos y les llenaban los bolsillos de pastillas pectorales, dado el otoño.

Ellos, sordos a los sollozos, se arrancaron pronto de los brazos que en vano querían retenerlos...

—¡Un último beso!... dijeron, cada uno, en el rellano de su piso.

Y llegaron, desembocando por sus calles respectivas, a la plaza mayor, donde ya algunos de ellos (los solteros) esperaban a sus colegas, en torno a la carreta, haciendo relucir, a los rayos de la mañana, los cierres de sus escopetas de caza —cuyos fulminantes renovaban frunciendo el ceño.

Sonaban las seis: el charabán se puso en marcha a los viriles acordes de *la Parisienne*, entonada por los catorce propietarios rurales que lo llenaban. Mientras que en las ventanas lejanas unas manos febriles agitaban pañuelos enloquecidos, se distinguía el canto heroico:

¡Adelante, marchemos
contra sus cañones!

¡A través del hierro, el fuego de los batallones!

Luego, con el brazo derecho en alto y con una especie de bramido:

¡Corramos a la victoria!

Todo ello escandido, a compás, por los amplios latigazos con que el rentista que conducía envolvía, a brazo partido, a los tres caballos.

La jornada fue buena.

Los burgueses son alegres vividores, generosos en los negocios. Pero en el capítulo de la honradez, ¡alto ahí!, por ejemplo: íntegros hasta el punto de hacer ahorcar a un niño por una manzana.

Cada uno de ellos cenó, pues, en casa de su aparcerero, pellizcó la barbilla de la hija, a los postres, se embolsó la bolsa del arrendamiento y, tras haber cambiado con la familia algunos refranes bien sentidos, como: —«Las cuentas claras conservan las amistades», o «Donde las dan, las toman», o «Quien trabaja, reza», o «No hay oficio despreciable», o «Quien paga sus deudas, se enriquece», y otros dichos de uso corriente, cada propietario, sustrayéndose a las bendiciones de rigor, volvió a ocupar, a su vez, su sitio en el charabán colector que venía a recogerlos, así, de granja en granja, —y, al anochecer, se pusieron de nuevo en camino hacia Nayrac.

Sin embargo, ¡una sombra había descendido sobre sus almas! — En efecto, ciertos relatos de los campesinos habían enseñado a nuestros propietarios que el violinista había hecho escuela. Su ejemplo había sido contagioso. El viejo malandrín se había, según parece, reforzado con una horda de ladrones de verdad y, —sobre todo en la época de la recaudación—, el camino ya no era en absoluto seguro. De modo que, pese a los vapores, pronto disipados, del clarete, nuestros héroes ponían ahora sordina a *la Parisienne*.

La noche caía. Los álamos alargaban sus siluetas negras sobre el camino, el viento agitaba los setos. En medio de los mil ruidos de la naturaleza y alternando con el trote regular de los tres mecklemburgueses, se oyó, a lo lejos, el aullido de mal agüero de un

perro extraviado. Los murciélagos revoloteaban en torno a nuestros pálidos viajeros, a quienes el primer rayo de la luna iluminó tristemente... ¡Brrr!... Apretaban ahora las escopetas entre las rodillas con un temblor convulsivo: se aseguraban, sin ruido, de vez en cuando, de que la bolsa estaba debidamente junto a sí. Nadie decía palabra. ¡Qué angustia para gente honrada!

De pronto, en la bifurcación del camino, ¡oh terror! —aparecieron rostros espantosos y contraídos; brillaron escopetas; se oyó un pataleo de caballos y un terrible *¡Quién vive!* resonó en las tinieblas, pues, en ese mismo instante, la luna se deslizaba entre dos nubes negras.

Un gran vehículo, atestado de hombres armados, cortaba el camino real.

¿Quiénes eran aquellos hombres? —¡Evidentemente, malhechores! ¡Bandidos! —¡Evidentemente!

¡Ay, no! Era la tropa gemela de los buenos burgueses de Pibrac. ¡Eran los de Pibrac! —quienes habían tenido, exactamente, la misma idea que los de Nayrac.

Retirados de los negocios, los apacibles rentistas de ambas ciudades se cruzaban, sencillamente, en el camino al volver a casa.

Lívidos, se entrevieron. El intenso pavor que se causaron mutuamente, dada la idea fija que había invadido sus cerebros, habiendo hecho aparecer en todos aquellos rostros bonachones los instintos verdaderos —del mismo modo que una racha de viento que pasa sobre un lago, y forma en él un remolino, hace subir el fondo a la superficie—, era natural que se tomaran, los unos a los otros, por esos mismos bandidos que, recíprocamente, temían.

En un solo instante, sus cuchicheos, en la oscuridad, los enloquecieron hasta tal punto que, en la trémula precipitación de los de Pibrac por empuñar, por aparentar aplomo, sus armas, habiéndose enganchado el gatillo de una de las escopetas en el banco, se disparó un tiro y la bala fue a golpear a uno de los de

Nayrac, rompiéndole, sobre el pecho, una tarrina de excelente foie-gras de la que se servía, maquinalmente, a modo de égida.

¡Ah! ¡Aquel disparo! Fue la chispa fatal que prende el fuego a la pólvora. El paroxismo del sentimiento que experimentaron los hizo delirar. Comenzó un fuego nutrido y enloquecido. El instinto de conservación de sus vidas y de su dinero los cegaba. Metían cartuchos en sus escopetas, con mano trémula y rápida, y disparaban en el montón. Los caballos cayeron; uno de los charabanes volcó, vomitando al azar heridos y bolsas. ¡Los heridos, en el trastorno de su espanto, se levantaron como leones y volvieron a dispararse los unos a los otros, sin poder jamás reconocerse, entre el humo!... En aquella furiosa demencia, si unos gendarmes hubiesen sobrevenido bajo las estrellas, no cabe duda de que habrían pagado con la vida su celo. —En resumen, fue un exterminio, pues la desesperación les había comunicado la energía más asesina: aquella, en una palabra, que distingue a la clase de las personas honorables, icuando se las lleva hasta el límite!

Entre tanto, los verdaderos bandidos (es decir, la media docena de pobres diablos, culpables, a lo sumo, de haber robado algunas cortezas de pan, algunos trozos de tocino o algunas monedas, aquí y allá) temblaban espantosamente en una caverna alejada, al oír, traído por el viento desde el camino real, el ruido creciente y terrible de las detonaciones y los gritos espantosos de los burgueses.

Imaginándose, en efecto, en su estupor, que se había organizado contra ellos una batida descomunal, habían interrumpido su inocente partida de cartas en torno a su jarra de vino y se habían puesto en pie, lívidos, mirando a su jefe. El viejo violinista parecía a punto de desfallecer. Sus largas piernas flaqueaban. Sorprendido de imprevisto, el buen hombre estaba desencajado. Lo que oía sobrepasaba su entendimiento.

Sin embargo, al cabo de unos minutos de desconcierto, como el tiroteo continuaba, los buenos bandidos lo vieron, de pronto, estremecerse y posarse un dedo meditabundo en la punta de la nariz.

Levantando la cabeza: —«Hijos míos, dijo, ¡es imposible! No se trata de nosotros... Hay un malentendido... Es un equívoco... Corramos, con nuestras linternas sordas, a socorrer a los pobres heridos... El ruido viene del camino real.»

Llegaron, pues, con mil precauciones, apartando la maleza, al lugar del siniestro, —cuyo horror iluminaba ahora la luna.

El último burgués superviviente, en su prisa por recargar su arma ardiente, acababa de volarse él mismo los sesos, sin querer, por inadvertencia.

Ante la vista de aquel espectáculo formidable, de todos aquellos muertos que sembraban el camino ensangrentado, los bandidos, consternados, quedaron sin palabra, ebrios de estupor, sin dar crédito a sus ojos. Una oscura comprensión de lo sucedido empezó, desde entonces, a abrirse paso en sus mentes.

De pronto el jefe silbó y, a una señal, las linternas se acercaron en círculo en torno al violinista.

—¡Oh, buenos amigos míos! —masculló con voz espantosamente baja —(y le castañeteaban los dientes de un miedo que parecía aún más terrorífico que el primero)—, ¡oh, amigos míos!... ¡Recojamos, deprisa, el dinero de estos dignos burgueses! ¡Y ganemos la frontera! ¡Y huyamos a todo correr! ¡Y no volvamos a poner jamás los pies en este país!

Y, como sus acólitos lo miraban boquiabiertos y con los pensamientos en desorden, señaló con el dedo los cadáveres, añadiendo, con un estremecimiento, esta palabra absurda pero ieléctrica! —y surgida, sin duda, de una experiencia profunda, de un conocimiento eterno de la vitalidad, del *Honor* del Tercer Estado:

—VAN A DEMOSTRAR... QUE HEMOS SIDO NOSOTROS.....

LA REINA YSABEAU

A Monsieur le comte d'Osmoy.

El Guardián del Palacio de los Libros dice: «La reina Nitocris, la Bella de las mejillas de rosa, viuda de Papi I, de la 10.^a dinastía, para vengar el asesinato de su hermano, invitó a los conjurados a venir a cenar con ella en una sala subterránea de su palacio de Aznac, y luego, desapareciendo de la sala, HIZO ENTRAR EN ELLA, DE REPENTE, LAS AGUAS DEL NILO.»

MANETÓN.

Hacia 1404 —no remonto tan atrás sino para no escandalizar a mis contemporáneos—, Ysabeau, esposa del rey Carlos VI, regente de Francia, habitaba, en París, el antiguo palacete Montagu, especie de palacio más conocido con el nombre de palacete Barbette.

Allí se proyectaban las famosas justas a la luz de las antorchas sobre el Sena; eran noches de gala, conciertos, festines, hechizados tanto por la belleza de las mujeres y de los jóvenes señores como por el lujo inaudito que la corte desplegaba en ellos.

La reina acababa de innovar aquellos vestidos «a la gora», donde se entreveía el seno a través de un entrelazado de cintas adornadas con pedrería, y aquellos tocados que obligaron a elevar en varios codos el arco de las puertas feudales. Durante el día, el punto de reunión de los cortesanos (que se hallaba cerca del Louvre) era la gran sala y la terraza de naranjos del tesorero del rey, micer Escabala. Allí se jugaba al contado y, a veces, los cubiletes de

pasadiez hacían rodar los dados sobre apuestas capaces de matar de hambre a provincias enteras. Se dilapidaban un tanto los pesados tesoros acumulados, con tanto esfuerzo, por el ahorrador Carlos V. Si las finanzas menguaban, se aumentaban los diezmos, tallas, corveas, ayudas, subsidios, secuestros, maltotas y gabelas sin piedad. La alegría reinaba en todos los corazones. —Era en aquellos días, asimismo, cuando, sombrío, manteniéndose apartado y dispuesto a empezar por abolir, en sus Estados, todos esos odiosos impuestos, Juan de Nevers, caballero, señor de Salins, conde de Flandes y de Artois, conde de Nevers, barón de Réthel, palatino de Malinas, dos veces par de Francia y decano de los pares, primo del rey, soldado que habría de ser designado por el Concilio de Constanza como el *único* jefe de ejércitos al que se debía obedecer sin excomunión y a ciegas, primer gran feudatario del reino, primer súbdito del rey (que no es, él mismo, sino el primer súbdito de la nación), duque hereditario de Borgoña, futuro héroe de Nicópolis —y de aquella victoria de Hesbaya donde, abandonado por los flamencos, se ganó ante todo el ejército el heroico sobrenombre de *Sin Miedo* al liberar a Francia de un primer enemigo—; era en aquellos días, decimos, cuando el hijo de Felipe el Atrevido y de Margarita II, es decir, Juan Sin Miedo, ya pensaba en desafiar, a fuego y sangre, para salvar la Patria, a Enrique de Derby, conde de Hereford y de Lancaster, quinto de su nombre, rey de Inglaterra, quien, —cuando su cabeza fue puesta a precio por este rey—, no obtuvo de Francia sino ser declarado traidor.

Se ensayaban torpemente los primeros juegos de cartas, importados, hacía apenas unos días, por Odette de Champ-d'Hiver.

Se cruzaban apuestas de toda índole; se bebían allí vinos procedentes de las mejores laderas del ducado de Borgoña. Las nuevas Tensones, los Virelais del duque de Orleans (uno de los señores de la Flor de Lis que más se han apasionado por los bellos versos) resonaban entrechocándose. Se discutía de modas y de armaduras; a menudo se cantaban coplas disolutas.

La hija de aquel acaudalado, Bérénice Escabala, era una criatura amable, de las más bonitas. Su sonrisa virginal atraía el enjambre, en verdad brillante, de los gentileshombres. Era del dominio público que la gracia de su acogida no distinguía a nadie.

Un día ocurrió que un joven señor, el vidamo de Maulle, que era entonces el favorito de Ysabeau, se atrevió a empeñar su palabra (idespués de haber bebido, desde luego!) de que triunfaría sobre la inflexible inocencia de la hija de aquel maese Escabala; en suma, que ella sería suya en un plazo cercano.

Esto se soltó en medio de un grupo de cortesanos. En torno a ellos susurraban las risas y los estribillos de la época; pero el bullicio no logró cubrir la frase imprudente del joven. La apuesta, aceptada al chocar las copas, llegó a oídos de Luis de Orleans.

Luis de Orleans, cuñado de la reina, había sido distinguido por ella, desde los primeros tiempos de la regencia, con un apego apasionado. Era un príncipe brillante y frívolo, pero de los más siniestros. Había, entre Ysabeau de Baviera y él, ciertas afinidades de naturaleza que hacían que su adulterio se pareciera a un incesto. Fuera de los reflorecimientos caprichosos de una ternura marchita, supo siempre conservar, en el corazón de la reina, una especie de afecto bastardo que tenía más de pacto que de simpatía.

El duque vigilaba a los favoritos de su cuñada. Cuando la intimidad de los amantes parecía volverse amenazadora para el influjo que él se empeñaba en conservar sobre la reina, era poco escrupuloso en cuanto a los medios de provocar entre ellos una ruptura casi siempre trágica; fuese uno de esos medios, incluso, la delación.

La frase en cuestión fue, pues, referida, por sus buenos oficios, a la real amiga del vidamo de Maulle.

Ysabeau sonrió, bromeó sobre aquella palabra, y pareció no darle mayor importancia.

La reina tenía a sus médicos, que le vendían los secretos de Oriente propios para exasperar el fuego de los deseos que ella inspiraba. Nueva Cleopatra, era una gran extenuada, hecha más

para presidir cortes de amor en el fondo de un caserón o dictar modas a una provincia que para pensar en liberar del inglés el suelo de su país. En esta ocasión, sin embargo, no consultó a ninguno de sus médicos, —ni siquiera a Arnaut Guilhem, su alquimista.

Una noche, algún tiempo después, el sire de Maulle se hallaba junto a la reina, en el palacete Barbette. La hora era avanzada; la fatiga del placer adormecía a los dos amantes.

De pronto, el señor de Maulle creyó oír, en París, sonidos de campanas agitadas a golpes aislados y lúgubres.

Se incorporó:

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Nada. —¡Deja!... —respondió Ysabeau, alegre y sin volver a abrir los ojos.

—¿Nada, mi bella reina? ¿No es el toque de rebato?

—Sí... quizá. —Bueno, ¿y qué, amigo mío?

—¡El fuego ha prendido en algún palacete!

—Precisamente soñaba con eso, dijo Ysabeau.

Una sonrisa de perlas entreabrió los labios de la bella durmiente.

—Incluso, en mi sueño, continuó ella, eras tú quien lo había prendido. Te veía arrojar una antorcha en las reservas de aceites y de forrajes, cariño.

—¿Yo?

—¡Sí!... (Arrastraba las sílabas, lánguidamente). Quemabas la casa de micer Escabala, mi tesorero, ya sabes, para ganar tu apuesta del otro día.

El sire de Maulle volvió a abrir los ojos a medias, presa de una vaga inquietud.

—¿Qué apuesta? ¿No estáis todavía dormida, mi bello ángel?

—¡Pero, tu apuesta de ser el amante de su hija, la pequeña Bérénice, que tiene unos ojos tan hermosos!... ¡Oh! Qué criatura tan buena y tan bonita, ¿verdad?

—¿Qué decís, mi querida Ysabeau?

—¿No me habéis entendido, señor mío? Soñaba, os decía, que habíais prendido fuego a la morada de mi tesorero para raptar a su hija, durante el incendio, y hacerla vuestra amante, a fin de ganar vuestra apuesta.

El vidamo miró en torno suyo, en silencio.

Los resplandores de un siniestro lejano iluminaban, en efecto, las vidrieras de la alcoba; reflejos de púrpura hacían sangrar los armiños del lecho real; las flores de lis de los escudos, y las que agonizaban en los jarrones de esmalte, enrojecían. ¡Y rojas, también, estaban las dos copas, sobre una credencia cargada de vinos y de frutas!

—¡Ah, ya recuerdo!..., dijo, a media voz, el joven; es verdad; iquería atraer las miradas de los cortesanos sobre esa muchacha para desviarlas de nuestra dicha! —Pero mirad, Ysabeau: es de veras un gran incendio, —iy las llamaradas se alzan del lado del Louvre!

Ante estas palabras, la reina se apoyó en el codo, contempló, muy fijamente y sin hablar, al vidamo de Maulle, sacudió la cabeza; luego, indolente y risueña, posó, en los labios del joven, un largo beso.

—¡Le dirás esas cosas a maese Cappeluche, cuando te ajusticie en la rueda, en la plaza de Grève, uno de estos días! —iSois un vil incendiario, amor mío!

Y, como los perfumes que emanaban de su cuerpo oriental aturdían y abrasaban los sentidos hasta quitar la fuerza de pensar, se apretó contra él.

El toque de rebato continuaba; se distinguían, a lo lejos, los gritos de la multitud.

Él respondió, bromeando:

—Aún habría que probar el crimen, ¿no?

Y devolvió el beso.

—¿Probarlo, malvado?

—¿Sin duda?

—¿Podrías probar el número de besos que has recibido de mí?
¡Sería como querer contar las mariposas que echan a volar en una tarde de verano!

Él contemplaba a aquella amante ardiente —¡y tan pálida!— que acababa de prodigarle las delicias y los abandonos de las voluptuosidades más maravillosas.

Le tomó la mano.

—Por lo demás, será bien fácil, prosiguió la joven. ¿Quién, pues, tenía interés en aprovechar un incendio para raptar a la hija de micer Escabala? Tú solo. ¡Tu palabra está empeñada en la apuesta!
—Y, puesto que jamás podrías decir dónde estabas cuando prendió el fuego...? Ya ves, eso basta y sobra, en el Châtelet, como elemento de proceso criminal. Se instruye primero, y luego... (bostezó suavemente) el tormento hace el resto.

—¿Que no podría decir dónde estaba? —preguntó el señor de Maulle.

—Sin duda, puesto que, en vida del rey Carlos VI, estabais, a esa hora, en los brazos de la reina de Francia, ¡criatura que sois!

La muerte se erguía, en efecto, y horrible, a ambos lados de la acusación.

—¡Es cierto! —dijo el sire de Maulle, bajo el hechizo de la dulce mirada de su amiga.

Se embriagaba de envolver con un brazo aquel talle joven, doblado bajo la cabellera tibia, rojiza como el oro quemado.

—Esos son sueños, dijo él. ¡Oh, mi hermosa vida!...

Habían hecho música por la noche; su cítola había quedado arrojada sobre un cojín; una cuerda se rompió por sí sola.

—¡Duérmete, ángel mío! ¡Tienes sueño! —dijo Ysabeau, atrayendo con blandura, sobre su seno, la frente del joven.

El ruido del instrumento la había hecho estremecerse; los enamorados tienen supersticiones.

Al día siguiente, el vidamo de Maulle fue arrestado y arrojado a un calabozo del Gran Châtelet. El proceso comenzó según la inculpación predicha. Las cosas sucedieron exactamente como se lo había anunciado la augusta hechicera «cuya belleza era tan poderosa que habría de sobrevivir a sus amores».

Le fue imposible al vidamo de Maulle hallar lo que en términos de justicia se llama un *alibi*.

La condena a la rueda fue pronunciada, tras el tormento previo, ordinario y extraordinario, durante los interrogatorios.

La pena de los incendiarios, el velo negro, etc., nada fue omitido.

Solo que un incidente extraño se produjo en el Gran Châtelet.

El abogado del joven le había tomado un profundo afecto; este le había confesado todo.

Ante la inocencia del señor de Maulle, el defensor se hizo culpable de una acción heroica.

La víspera de la ejecución, acudió al calabozo del condenado y lo hizo evadirse valiéndose de su toga. En suma, se substituyó por él.

¿Fue el corazón más noble? ¿Fue un ambicioso que jugaba una partida terrible? ¡Quién lo sabrá jamás!

Aún quebrantado y abrasado por el tormento, el vidamo de Maulle cruzó la frontera y murió en el exilio.

Pero el abogado quedó retenido en su lugar.

La bella amiga del vidamo de Maulle, al enterarse de la evasión del joven, no sintió sino un excesivo disgusto[8].

No quiso reconocer al defensor de su amigo.

Para que el nombre del señor de Maulle quedara borrado de la lista de los vivos, ordenó la ejecución de la sentencia *de todos modos*.

De modo que el abogado fue ajusticiado en la rueda en la plaza de Grève, en lugar y sustitución del sire de Maulle.

Rezad por ellos.

[8] ¡Cosa singular y tan poco conocida como tantas otras! Casi todos los historiadores de la época coinciden en declarar que la reina Ysabeau de Baviera —desde sus nupcias hasta el momento en que la demencia del rey se hizo notoria— apareció, ante el pueblo, ante los pobres y ante todos, como «un ángel de bondad, una santa y sabia princesa». —Cabe presumir, pues, que la enfermedad real del rey y el ejemplo de desenfrenada licencia de la corte no fueron ajenos a la novedad de aspecto que ofreció su carácter a partir de los días de que hablamos.

RELATO SOMBRÍO, NARRADOR MÁS SOMBRÍO

A Monsieur Coquelin cadet.

Ut declaratio fiat.

Estaba invitado, aquella noche, muy oficialmente, a formar parte de una cena de autores dramáticos, reunidos para festejar el éxito de un colega. Era en casa de B***, el restaurador de moda entre la gente de pluma.

La cena fue, al principio, naturalmente triste.

Sin embargo, tras haber apurado algunas copas de un viejo Léoville, la conversación se animó. Tanto más cuanto que giraba en torno a los duelos incesantes que ocupaban por entonces un gran número de conversaciones parisinas. Cada cual recordaba, con la desenvoltura de rigor, haber blandido el acero, y trataba de insinuar, con negligencia, vagas ideas de intimidación bajo la apariencia de teorías eruditas y de guiños entendidos a propósito de la esgrima y del tiro. El más ingenuo, algo achispado, parecía absorto en la combinación de un golpe de cruzado de segunda que imitaba, sobre su plato, con el tenedor y el cuchillo.

De pronto, uno de los comensales, el señor D*** (hombre versado en los hilos del teatro, una eminencia en cuanto al armazón de todas las situaciones dramáticas, aquel, en fin, de todos, que mejor había demostrado saber «arrancar un éxito»), exclamó:

—¡Ah! ¿Qué diríais, señores, si os hubiese ocurrido mi aventura del otro día?

—¡Es verdad! —respondieron los comensales—. ¿Eras tú el padrino de ese señor de Saint-Sever?

—¡Vamos! ¿Y si nos contaras —ipero de verdad, con franqueza!— cómo sucedió aquello?

—Con gusto —respondió D***—, aunque todavía se me encoge el corazón al pensarlo.

Tras algunas silenciosas caladas de cigarrillo, D*** comenzó en estos términos (*le cedo, estrictamente, la palabra*):

—La quincena pasada, un lunes, a eso de las siete de la mañana, me despertó un timbrazo: llegué a creer incluso que era Peragallo. Me entregaron una tarjeta; leí: Raoul de Saint-Sever. —Era el nombre de mi mejor compañero de colegio. No nos habíamos visto en diez años.

Entró.

¡Era él, en efecto!

—Hace mucho que no te estrecho la mano —le dije—. ¡Ah! ¡Cuánto me alegra volver a verte! Charlaremos de los viejos tiempos mientras almorzamos. ¿Vienes de Bretaña?

—Desde ayer nada más —me respondió.

Me puse una bata, serví madeira, y, una vez sentados:

—Raoul —continué—, tienes aire preocupado; tienes aire pensativo... ¿Es lo habitual en ti?

—No, es un rebrote de emoción.

—¿De emoción? ¿Has perdido en la Bolsa?

Sacudió la cabeza.

—¿Has oído hablar de los duelos a muerte? —me preguntó, con toda sencillez.

La pregunta me sorprendió, lo confieso: era brusca.

—¡Curiosa pregunta! —respondí, por hacer diálogo.

Y lo miré.

Al recordar sus gustos literarios, creí que venía a someterme el desenlace de una obra concebida por él en el silencio de la provincia.

—¡Que si he oído hablar de ellos! ¡Pero si es mi oficio de autor dramático urdir, regular y desenlazar los asuntos de esa índole! — Los lances, incluso, son mi especialidad, y se me concede de buen grado que en ellos sobresalga. ¿Es que nunca lees las gacetas del lunes?

—Pues bien —me dijo—, se trata, justamente, de algo por el estilo.

Lo examiné. Raoul parecía pensativo, distraído. Tenía la mirada y la voz tranquilas, ordinarias. Tenía mucho de Surville en aquel momento... de Surville en sus buenos papeles, incluso. —Me dije que estaba bajo el fuego de la inspiración y que podía tener talento... un talento incipiente... pero, en fin, algo, al fin y al cabo.

—¡Rápido, la situación! —exclamé con impaciencia—. ¡Dime la situación! —Quizá, ahondando en ella...

—¿La situación? —respondió Raoul, abriendo mucho los ojos—, pero si es de lo más sencilla. Ayer por la mañana, al llegar al hotel, encuentro una invitación que me esperaba, un baile para esa misma noche, en la calle Saint-Honoré, en casa de la señora de Fréville. — Tenía que asistir. Allí, en el transcurso de la fiesta (¡juzga tú lo que debió de suceder!), me vi obligado a arrojar mi guante al rostro de un caballero, delante de todo el mundo.

Comprendí que me representaba la primera escena de su «tramoya».

—¡Oh! ¡Oh! —dije—, ¿cómo llegas a eso? —Sí, un comienzo. ¡Hay ahí juventud, fuego! —¿Pero la continuación? ¿el motivo? ¿el engranaje de la escena? —¿la idea del drama? ¡el conjunto, en fin! —¡A grandes rasgos!... ¡Sigue! ¡Sigue!

—Se trataba de una injuria hecha a mi madre, amigo mío —respondió Raoul, que parecía no escucharme—. Mi Madre, —¿es motivo suficiente?

(Aquí D*** se interrumpió, mirando a los comensales, que no habían podido evitar sonreír ante estas últimas palabras.)

—¿Sonreís, señores? —dijo—. Yo también sonreí. Sobre todo el «me bato por mi madre» me pareció de un oropel y de un anticuado que daba pena. —Era infecto. ¡Ya veía la cosa en escena! El público se habría desternillado. Deploraba la inexperiencia teatral de aquel pobre Raoul, e iba a disuadirlo de lo que yo tomaba por el plan malogrado del más indigesto de los *bodrios*, cuando añadió:

—Tengo abajo a Prosper, un amigo de Bretaña: ha venido de Rennes conmigo —Prosper Vidal—; me espera en el coche delante de tu puerta. —En París, no conozco a nadie más que a ti. — Veamos: ¿quieres servirme de padrino? Los testigos de mi adversario estarán en mi casa dentro de una hora. Si aceptas, vístete de prisa. Tenemos cinco horas de tren desde aquí hasta Erquelines.

Solo entonces me di cuenta de que me hablaba de algo de la vida! de la vida real! —Me quedé atónito. Solo al cabo de un rato le tomé la mano. ¡Sufría! Miren, no soy más aficionado a la hoja que cualquier otro; pero me parece que habría estado menos conmovido si se hubiera tratado de mí mismo.

—¡Es verdad! ¡Uno es así!... —exclamaron los comensales, que tenían interés en aprovechar la observación.

—¡Debiste decírmelo enseguida!... —le respondí—. No voy a hacerte frases. Eso está bien para el público. Cuenta conmigo. Baja, que ahora te alcanzo.

(Aquí D*** se detuvo, visiblemente turbado por el recuerdo de los incidentes que acababa de referirnos.)

—Una vez solo, continuó, hice mi plan mientras me vestía a toda prisa. No se trataba aquí de recargar las cosas: la situación (banal, es cierto, para el teatro) me parecía archisuficiente para la vida real.

Y su costado de *Closerie des Genêts*, sin ofender, desaparecía a mis ojos, cuando pensaba que lo que iba a jugarse iera la vida de mi pobre Raoul! —Bajé sin perder un minuto.

El otro testigo, el señor Prosper Vidal, era un joven médico, muy mesurado en sus maneras y en sus palabras; una cabeza distinguida, algo positiva, que recordaba a los antiguos Maurice Coste. Me pareció muy conveniente para la circunstancia. Ya se lo imaginan desde aquí, ¿verdad?

Todos los comensales, vueltos muy atentos, hicieron el gesto de asentimiento entendido que aquella hábil pregunta requería.

—Terminada la presentación, rodamos por el bulevar Bonne-Nouvelle, donde estaba el hotel de Raoul (cerca del Gymnase). — Subí. Encontramos en su casa a dos caballeros abotonados de arriba abajo, de rigor, aunque también algo pasados de moda. (¡Entre nosotros, encuentro que van algo retrasados, en la vida real!) —Nos saludamos. Diez minutos después, las condiciones estaban fijadas: pistola, veinticinco pasos, a la voz de mando. Bélgica. Al día siguiente. Seis de la mañana. En fin, ilo más consabido!

—Podrías haber encontrado algo más original —interrumpió, tratando de sonreír, el comensal que combinaba estocadas secretas con su tenedor y su cuchillo.

—Amigo mío —replicó D*** con amarga ironía—, itú eres un vivo! ¡Te haces el espíritu fuerte! Siempre ves las cosas a través de unos gemelos de teatro.

Pero, si hubieras estado allí, habrías apuntado, como yo, a la sencillez. No se trataba aquí de ofrecer, como armas, el cortapapeles de la *Affaire Clémenceau*. ¡Hay que comprender que no todo es comedia en la vida! Yo, ya lo veis, me apasiono fácilmente por las cosas verdaderas, ilas cosas naturales!... iy que suceden de verdad! ¡No todo está muerto en mí, qué diablos!... Y os aseguro que aquello «no tuvo nada de divertido» cuando, media hora después, tomamos el tren de Erquelines, con nuestras armas en una maleta.

¡El corazón me latía! ¡Palabra de honor! más de lo que jamás me ha latido en un estreno.

Aquí D*** se interrumpió, bebió, de un trago, un gran vaso de agua: estaba lívido.

—¡Continúa! —dijeron los comensales.

—Os ahorro el viaje, la frontera, la aduana, el hotel y la noche —murmuró D*** con voz ronca.

Jamás había sentido por el señor de Saint-Sever una amistad más verdadera. No dormí ni un segundo, pese a la fatiga nerviosa que sentía. Por fin apareció el alba. Eran las cuatro y media. Hacía buen tiempo. Había llegado el momento. Me levanté, me eché agua fría en la cabeza. Mi aseo no fue largo.

Entré en la habitación de Raoul. Había pasado la noche escribiendo. Todos hemos madurado escenas así. No tenía más que recordar para ser natural. Dormía junto a la mesa, en un sillón: las velas seguían ardiendo. Al ruido que hice al entrar, se despertó y miró el reloj de pared. Ya lo esperaba, conozco ese efecto. Vi entonces hasta qué punto es observado.

—Gracias, amigo mío —me dijo—. ¿Está listo Prosper? —Tenemos media hora de camino. Creo que sería hora de avisarle.

Unos instantes después, bajábamos los tres y, al dar las cinco, estábamos en el camino real de Erquelines. Prosper llevaba las pistolas. Tenía positivamente el «canguelo», ¡entienden! No me avergüenzo de ello.

Ellos charlaban juntos de asuntos familiares, como si tal cosa. Raoul estaba soberbio, todo de negro, con aire grave y decidido, muy calmado, imponente a fuerza de naturalidad!... —Una autoridad en el porte... Miren, ¿han visto a Bocage en Ruán, en las obras del repertorio de 1830-1840? —¡Tuvo destellos, allí!... quizá más hermosos que en París.

—¡Je! ¡Je! —objetó una voz.

—¡Oh! ¡Oh!... ivas demasiado lejos!... —interrumpieron dos o tres comensales.

—En fin, Raoul me arrebatava como jamás me he visto arrebatado —prosiguió D***—, creedme. Llegamos al terreno al mismo tiempo que nuestros adversarios. Tenía como un mal presentimiento.

El adversario era un hombre frío, con porte de oficial, tipo hijo de buena familia; una fisonomía a lo Landrol; —pero con menos amplitud en el porte. Siendo inútiles los parlamentos, se cargaron las armas. —Fui yo quien contó los pasos, y tuve que sujetar mi alma (como dicen los árabes) para no dejar traslucir mis *apartes*. Lo mejor era ser clásico.

Toda mi actuación era contenida. No vacilé. Por fin se marcó la distancia. Volví junto a Raoul. Lo abracé y le estreché la mano. Tenía lágrimas en los ojos, no las lágrimas de rigor, sino verdaderas.

—Vamos, vamos, mi buen D*** —me dijo—, calma. ¿Qué es esto?

Ante estas palabras, lo miré.

El señor de Saint-Sever estaba, sencillamente, magnífico. ¡Se habría dicho que estaba en escena! Lo admiraba. Hasta entonces había creído que esa clase de sangre fría solo se encontraba sobre las tablas.

Los dos adversarios vinieron a colocarse frente a frente, el pie sobre la marca. Hubo allí una especie de estocada fingida. ¡Mi corazón hacía el trémolo! Prosper entregó a Raoul la pistola ya montada, dispuesta; luego, apartando la cabeza con una angustia espantosa, volví al primer plano, del lado de la cuneta.

¡Y los pájaros cantaban! ¡Veía flores al pie de los árboles! ¡Árboles de verdad! ¡Jamás Cambon firmó una mañana más hermosa! ¡Qué terrible antítesis!

—¡Una!... ¡idos!... ¡tres!... —gritó Prosper, a intervalos iguales, dando palmadas.

Tenía la cabeza tan turbada que creí oír los tres golpes del regidor de escena. Una doble detonación estalló al mismo tiempo. —¡Ay! ¡Dios mío, Dios mío!

D*** se interrumpió y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Vamos! ¡Vamos! Sabemos que tienes corazón... ¡Acaba! — gritaron, de todas partes, los comensales, conmovidos a su vez.

—Pues bien, ¡ahí está! —dijo D*—. RAOUL HABÍA CAÍDO SOBRE LA HIERBA, SOBRE UNA RODILLA, TRAS DAR UNA VUELTA SOBRE SÍ MISMO. LA BALA LO HABÍA ALCANZADO DE LLENO EN EL CORAZÓN, —¡AHÍ, EXACTAMENTE! —(Y D* se golpeaba el pecho). —Me precipité hacia él.

—¡Mi pobre madre! —murmuró.

(D*** miró a los comensales: estos, gente de tacto, comprendieron, esta vez, que habría sido de bastante mal gusto reiterar la sonrisa de la «cruz de mi madre». El «mi pobre madre» pasó, pues, como carta certificada; la frase, al estar realmente en situación, se volvía admisible.)

—Eso fue todo —prosiguió D***—. La sangre le llegó a raudales a la boca.

Miré hacia el lado del adversario; él tenía, por su parte, el hombro destrozado.

Lo atendían.

Tomé a mi pobre amigo en mis brazos. Prosper le sostenía la cabeza.

¡En un minuto, imagínense! ¡Recordé nuestros buenos años de infancia; los recreos, las risas alegres, los días de salida, las vacaciones! —¡cuando jugábamos *a la pelota*!...

(Todos los comensales inclinaron la cabeza, para indicar que apreciaban el paralelismo.)

D***, que se exaltaba visiblemente, se pasó la mano por la frente. Prosiguió con un tono extraordinario y los ojos fijos en el vacío:

—Era... ¡como un sueño, en fin! —Yo lo miraba. Él ya no me veía: expiraba. ¡Y tan sencillo! ¡Tan digno! Ni una queja. Sobrio, en fin. Estaba conmovido, ahí. ¡Y dos gruesas lágrimas rodaron por mis ojos! ¡Dos de verdad, esas! Sí, señores, dos lágrimas... Quisiera que Frédérick las hubiera visto. ¡Él sí las habría comprendido! —Balbuceé un adiós a mi pobre amigo Raoul y lo tendimos en el suelo.

¡Rígido, sin postura falsa —sin pose!—, VERDADERO, como siempre, estaba allí! ¡La sangre sobre el traje! ¡Los puños rojos! ¡La frente ya muy blanca! Los ojos cerrados. No tenía otro pensamiento que este: lo encontré *sublime*. ¡Sí, señores, sublime! ¡Esa es la palabra!... ¡Oh! ¡Miren! —me parece... ¡que aún lo veo! ¡Ya no me contenía de admiración! ¡Perdía la cabeza! ¡¡¡Ya no sabía de qué se trataba!!! ¡Lo confundía todo! —¡Aplaudía! Yo... yo quería llamarlo...

Aquí D***, que se había exaltado hasta el grito, se detuvo en seco, bruscamente: luego, sin transición, con voz muy calmada y una sonrisa triste, añadió:

—¡Ay! ¡Sí! —hubiera querido llamarlo... a la vida.

(Un murmullo de aprobación acogió esta afortunada frase.)

—Prosper me arrastró consigo.

(Aquí D*** se irguió, con los ojos fijos; parecía realmente compenetrado de dolor: luego, dejándose caer de nuevo en su silla:)

—¿Qué se le va a hacer? ¡Todos somos mortales! —añadió con voz muy baja—. (Luego bebió una copa de ron que dejó, ruidosamente, sobre la mesa, y apartó después como un cáliz.)

D***, al terminar así, con voz quebrada, había acabado por cautivar tan bien a sus oyentes, tanto por el lado impresionante de su historia como por la viveza de su dicción, que, cuando calló, estallaron los aplausos. Creí deber unir mis humildes felicitaciones a las de sus amigos.

Todo el mundo estaba muy conmovido. —Muy conmovido.

—¡Éxito de *estima*! —pensé.

—¡De veras tiene talento, este D***! —murmuraba cada cual al oído de su vecino.

Todos vinieron a estrecharle la mano, calurosamente. —Salí.

Unos días después, encontré a uno de mis amigos, un literato, y le narré la historia del señor D*** *tal como la había oído*.

—¡Pues bien! —le pregunté al terminar—: ¿qué opina usted?

—Sí. ¡Es casi un cuento! —me respondió tras un silencio—. ¡Escríballo, pues!

Lo miré fijamente.

—Sí —le dije—, *ahora* puedo escribirlo: está completo.

EL INTERSIGNO

A Monsieur l'abbé Victor de Villiers de L'Isle-Adam.

«Attende, homo, quid fuisti ante ortum et quod eris usque ad occasum. Profectó fuit quod non eras. Postea, de vili materia factus, in utero matris de sanguine menstruali nutritus, tunica tua fuit pellis secundina. Deinde, in vilissimo panno involutus, progressus es ad nos,--isic indutus et ornatus! Et non memor es quæ sit origo tua. Nihil est aliud homo quam sperma foetidum, saccus stercorum, cibus vermium. Scientia, sapientia, ratio, sine Deo sicut nubes transeunt.

Post hominem vermis: post vermem foetor et horror; Sic, in non hominem, vertitur omnis homo.

«iCur carnem tuam adornas et impinguas, quam, post paucos dies, vermes devoraturi sunt in sepulchro, animam, vero, tuam non adornas,--quæ Deo et Angelis ejus præsentenda est in Coelis!»

SAN BERNARDO, *Meditaciones*, t. II. — Bolandistas, *Preparación para el Juicio final*.

Una noche de invierno en que, entre gente de pensamiento, tomábamos el té junto a una buena lumbre, en casa de uno de nuestros amigos, el barón Xavier de la V*** (un joven pálido a quien fatigas militares bastante prolongadas, sufridas, siendo aún muy joven, en África, habían dejado una debilidad de temperamento y una hurañía de costumbres poco comunes), la conversación recayó sobre un tema de los más sombríos: se trataba de la *naturaleza* de

esas coincidencias extraordinarias, estupefacientes, misteriosas, que sobrevienen en la existencia de algunas personas.

—He aquí una historia —nos dijo— que no acompañaré de ningún comentario. Es verídica. Acaso la halléis impresionante.

Encendimos unos cigarrillos y escuchamos el relato siguiente:

—En 1876, en el solsticio del otoño, por la época en que el número, siempre creciente, de las inhumaciones realizadas a la ligera —demasiado precipitadas, en fin—, empezaba a indignar a la Burguesía parisina y a sumirla en la alarma, cierta noche, hacia las ocho, al salir de una sesión de espiritismo de lo más curiosa, me sentí, al volver a casa, bajo el influjo de ese spleen hereditario cuya negra obsesión burla y reduce a la nada los esfuerzos de la Facultad.

En vano, por instigación doctoral, he tenido que embriagarme muchas veces con el brebaje de Avicena[9]: en vano me he asimilado, bajo todas las fórmulas, quintales de hierro y, pisoteando todos los placeres, he hecho descender, cual nuevo Robert d'Arbrissel, el azogue de mis ardientes pasiones hasta la temperatura de los samoyedos: inada ha prevalecido! Vamos. ¡Parece, decididamente, que soy un personaje taciturno y hosco! Pero es preciso también que, bajo una apariencia nerviosa, esté, como suele decirse, hecho de cal y canto, para hallarme todavía en condiciones, después de tantos cuidados, de poder contemplar las estrellas.

[9] El sen: (Avicena): (*Hist.*).

Aquella noche, pues, una vez en mi habitación, al encender un cigarro con las velas del espejo, advertí que estaba mortalmente pálido!, y me sepulté en un amplio sillón, viejo mueble de terciopelo granate acolchado donde el vuelo de las horas, sobre mis largas ensoñaciones, me parece menos pesado. El acceso de spleen se hacía penoso hasta el malestar, ¡hasta el abatimiento! Y, juzgando imposible sacudir sus sombras con ninguna distracción mundana —sobre todo en medio de los horribles cuidados de la capital—, resolví, a modo de ensayo, alejarme de París, ir a tomar un poco de naturaleza a lo lejos, entregarme a ejercicios vivos, a algunas

saludables partidas de caza, por ejemplo, para intentar diversificarme.

Apenas se me hubo ocurrido este pensamiento, *en el mismo instante* en que me decidí por esa línea de conducta, el nombre de un viejo amigo, olvidado desde hacía años, el abate Maucombe, cruzó mi espíritu.

—¡El abate Maucombe!... —dije, en voz baja.

Mi último encuentro con el docto sacerdote databa del momento de su partida para un largo peregrinaje a Palestina. La noticia de su regreso me había llegado tiempo atrás. Habitaba la humilde casa parroquial de una pequeña aldea de la baja Bretaña.

¿Dispondría Maucombe allí de alguna habitación, de algún cuartucho? Sin duda había acumulado, en sus viajes, algunos volúmenes antiguos, ¿alguna curiosidad del Líbano? ¿Los estanques, cerca de las mansiones vecinas, ocultarían, apostaría, algún pato salvaje?.. ¡Qué cosa más oportuna!... Y si quería gozar, antes de los primeros fríos, de la última quincena del mágico mes de octubre entre las rocas enrojecidas, si tenía interés en ver resplandecer todavía los largos atardeceres de otoño sobre las alturas boscosas, ¡debía darme prisa!

El reloj de pared dio las nueve.

Me levanté; sacudí la ceniza de mi cigarro. Luego, como hombre resuelto, me puse el sombrero, el gabán y los guantes; cogí mi maleta y mi escopeta: apagué las velas de un soplo y salí, cerrando sigilosamente y con triple vuelta la vieja cerradura de secreto que es el orgullo de mi puerta.

Tres cuartos de hora después, el convoy de la línea de Bretaña me llevaba hacia la pequeña aldea de Saint-Maur, de la que era párroco el abate Maucombe; incluso había encontrado tiempo, en la estación, para despachar una carta escrita a lápiz a toda prisa, en la que avisaba a mi padre de mi partida.

A la mañana siguiente, estaba en R***, de donde Saint-Maur no dista más que unas dos leguas.

Deseoso de conquistar una buena noche (a fin de poder tomar mi escopeta desde el día siguiente, al rayar el alba), y pareciéndome toda siesta de sobremesa capaz de menoscabar la perfección de mi sueño, dediqué la jornada, para mantenerme despierto pese al cansancio, a visitar a varios antiguos compañeros de estudios. Hacia las cinco de la tarde, cumplidos esos deberes, hice ensillar en el Soleil-d'Or, donde me hospedaba, y, a la luz del ocaso, me hallé a la vista de una aldea.

Por el camino, había recordado al sacerdote en cuya casa tenía intención de detenerme unos días. El lapso de tiempo transcurrido desde nuestro último encuentro, las expediciones, los sucesos intermedios y los hábitos de aislamiento debían de haber modificado su carácter y su persona. Iba a encontrarlo entrecano. Pero conocía la conversación fortificante del docto rector, y me hacía una ilusión al pensar en las veladas que íbamos a pasar juntos.

—¡El abate Maucombe! —no dejaba de repetirme en voz baja—, ¡excelente idea!

Al preguntar por su morada a los viejos que apacentaban el ganado a lo largo de los fosos, hube de convencerme de que el cura —perfecto confesor de un Dios de misericordia— se había granjeado profundamente el afecto de su grey, y cuando me hubieron indicado bien el camino de la casa parroquial, bastante alejada del conjunto de casuchas y chozas que constituye la aldea de Saint-Maur, me encaminé hacia allá.

Llegué.

El aspecto campestre de aquella casa, los ventanales con sus celosías verdes, los tres peldaños de piedra arenisca, las hiedras, las clemátides y los rosales de té que se enmarañaban por los muros hasta el tejado, del que escapaba, por un tubo con veleta, una pequeña nube de humo, me inspiraron ideas de recogimiento, de salud y de paz profunda. Los árboles de un huerto vecino

mostraban, a través de un enrejado de cercado, sus hojas herrumbradas por la enervante estación. Las dos ventanas del único piso brillaban con los fuegos de Occidente; entre ellas se abría una hornacina donde se erguía la imagen de un bienaventurado. Puse pie a tierra, silenciosamente: até el caballo a la contraventana y alcé el llamador de la puerta, echando, tras de mí, una mirada de viajero al horizonte.

Pero el horizonte brillaba de tal modo sobre los bosques de robles lejanos y de pinos silvestres, de donde los últimos pájaros alzaban el vuelo hacia el anochecer, las aguas de un estanque cubierto de juncos, a lo lejos, reflejaban tan solemnemente el cielo, la naturaleza era tan hermosa, en medio de aquellos aires sosegados, en aquella campiña desierta, en ese instante en que cae el silencio, que me quedé —sin soltar el llamador suspendido—, que me quedé mudo.

Oh, tú —pensé—, que no tienes el asilo de tus sueños, y para quien la tierra de Canaán, con sus palmeras y sus aguas vivas, no aparece, en medio de las auroras, tras haber caminado tanto bajo duras estrellas, viajero tan alegre al partir y ahora ensombrecido —corazón hecho para otros destierros distintos de aquellos cuya amargura compartes con hermanos malvados—, imira! ¡Aquí se puede sentar uno sobre la piedra de la melancolía! ¡Aquí los sueños muertos resucitan, adelantándose a los instantes de la tumba! Si quieres tener el verdadero deseo de morir, acércate: aquí la vista del cielo exalta hasta el olvido.

Me hallaba en ese estado de laxitud en que los nervios sensibilizados vibran a las más leves excitaciones. Una hoja cayó cerca de mí; su furtivo susurro me hizo estremecer. ¡Y el mágico horizonte de aquella comarca penetró en mis ojos! Me senté ante la puerta, solitario.

Al cabo de unos instantes, como la tarde empezaba a refrescar, volví al sentimiento de la realidad. Me levanté muy deprisa y así de nuevo el llamador de la puerta, mirando la risueña casa.

Pero apenas hube posado de nuevo en ella una mirada distraída, cuando me vi obligado a detenerme otra vez, preguntándome, esta vez, si no sería juguete de una alucinación.

¿Era en verdad la casa que había visto hacía un momento? ¿Qué vejez me denunciaban, *ahora*, las largas grietas, entre las hojas pálidas? Aquel edificio tenía un aire extraño; los cristales, iluminados por los rayos agónicos del atardecer, ardían con un resplandor intenso: el portal hospitalario me invitaba con sus tres peldaños; pero, al concentrar mi atención en aquellas losas grises, vi que acababan de ser pulidas, que quedaban en ellas todavía rastros de letras grabadas, y comprendí bien que procedían del cementerio vecino, cuyas cruces negras se me aparecían ahora, de lado, a un centenar de pasos. Y la casa me pareció cambiada hasta dar escalofríos, y los ecos del lúgubre golpe del llamador, que dejé caer en mi turbación, resonaron, en el interior de aquella morada, como las vibraciones de un doblar de campanas.

Esta clase de *visiones*, siendo más morales que físicas, se borran con rapidez. Sí, yo era, sin dudarlo un segundo, víctima de ese abatimiento intelectual que ya he señalado. Deseoso de ver cuanto antes un rostro que me ayudara, con su humanidad, a disipar su recuerdo, empujé el picaporte sin esperar más. Entré.

La puerta, movida por un contrapeso de reloj, se cerró por sí sola, detrás de mí.

Me encontré en un largo pasillo, al fondo del cual Nanon, el ama de llaves, vieja y jovial, bajaba la escalera con una vela en la mano.

—¡El señor Xavier!... —exclamó, toda alegre, al reconocerme.

—¡Buenas noches, mi buena Nanon! —le respondí, confiándole a toda prisa mi maleta y mi escopeta.

(Había olvidado el gabán en mi habitación, en el Soleil-d'Or.)

Subí. Un minuto después, estreché entre mis brazos a mi viejo amigo.

La afectuosa emoción de las primeras palabras y el sentimiento de la melancolía del pasado nos oprimieron un rato, al abate y a mí. Nanon vino a traernos la lámpara y a anunciarnos la cena.

—Mi querido Maucombe —le dije, pasando mi brazo bajo el suyo para bajar—, la amistad intelectual es cosa de toda la eternidad, y veo que compartimos ese sentimiento.

—Hay espíritus cristianos de un parentesco divino muy cercano —me respondió—. Sí. El mundo tiene creencias menos «razonables» por las cuales se encuentran partidarios que sacrifican su sangre, su felicidad, su deber. ¡Son fanáticos! —concluyó sonriendo—. Escojamos, por fe, la más útil, puesto que somos libres y nos convertimos en nuestra creencia.

—El caso es —le respondí— que ya resulta muy misterioso que dos y dos sean cuatro.

Pasamos al comedor. Durante la cena, el abate, tras reprocharme dulcemente el olvido en que lo había tenido durante tanto tiempo, me puso al corriente del espíritu del pueblo.

Me habló de la comarca, me contó dos o tres anécdotas referentes a los señores de los castillos vecinos.

Me citó sus proezas personales en la caza y sus triunfos en la pesca: para decirlo todo, estuvo de una afabilidad y un entusiasmo encantadores.

Nanon, veloz mensajera, se afanaba, se multiplicaba a nuestro alrededor, y su ancha cofia tenía aleteos de alas.

Como yo liaba un cigarrillo mientras tomaba el café, Maucombe, que había sido oficial de dragones, me imitó; y, como el silencio de las primeras bocanadas nos hubiese sorprendido en nuestros pensamientos, me puse a mirar a mi anfitrión con atención.

Aquel sacerdote era un hombre de unos cuarenta y cinco años, aproximadamente, y de elevada estatura. Largos cabellos grises rodeaban con su rizo enroscado su rostro enjuto y enérgico. Los ojos brillaban con la inteligencia mística. Sus rasgos eran regulares y

austeros; el cuerpo, esbelto, resistía al peso de los años: sabía llevar su larga sotana. Sus palabras, impregnadas de ciencia y de dulzura, se sostenían en una voz bien timbrada, salida de excelentes pulmones. Me parecía, en fin, de una salud vigorosa: los años lo habían afectado muy poco.

Me hizo pasar a su pequeño salón-biblioteca.

La falta de sueño, de viaje, predispone al escalofrío; la noche era de un frío vivo, precursor del invierno. Así que, cuando una brazada de sarmientos llameó ante mis rodillas, entre dos o tres leños, sentí cierto alivio.

Con los pies sobre los morillos, y acodados en nuestros dos sillones de cuero bruñido, hablamos, como era natural, de Dios.

Yo estaba fatigado: escuchaba, sin responder.

—Para concluir —me dijo Maucombe, levantándose—, estamos aquí para dar testimonio —con nuestras obras, nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestra lucha contra la Naturaleza— para dar testimonio de *si tenemos peso*.

Y terminó con una cita de Joseph de Maistre: «Entre el Hombre y Dios, no hay más que el Orgullo.»

—No obstante ello —le dije—, ¿tenemos el honor de existir (nosotros, los niños mimados de esa Naturaleza) en un siglo de luces?

—Prefirámosle la Luz de los siglos —respondió sonriendo.

Habíamos llegado al rellano, con nuestras velas en la mano.

Un largo corredor, paralelo al de abajo, separaba, de la de mi anfitrión, la habitación que me estaba destinada: él insistió en instalarme allí él mismo. Entramos; miró si no me faltaba nada y, mientras, ya cerca el uno del otro, nos dábamos la mano y las buenas noches, un vivo reflejo de mi vela cayó sobre su rostro. ¡Me estremecí, esta vez!

¿Era un moribundo el que estaba de pie, allí, junto a aquel lecho? ¡El rostro que tenía delante no era, no podía ser el de la cena! O, al menos, si lo reconocía vagamente, me parecía que en realidad no lo había visto sino en ese mismo instante. Una sola reflexión hará comprenderlo: el abate me producía, humanamente, la *segunda* sensación que, por una oscura correspondencia, su casa ya me había hecho experimentar.

La cabeza que yo contemplaba era grave, muy pálida, de una palidez de muerte, y los párpados estaban bajos. ¿Había olvidado mi presencia? ¿Rezaba? ¡Qué le pasaba, pues, para quedarse así! Su persona se había revestido de una solemnidad tan súbita que cerré los ojos. Cuando volví a abrirlos, un segundo después, el buen abate seguía allí, ¡pero ya lo reconocía! ¡A la buena hora! Su sonrisa amistosa disipaba en mí toda inquietud. La impresión no había durado lo que se tarda en formular una pregunta. Había sido un sobresalto, una especie de alucinación.

Maucombe me deseó, por segunda vez, las buenas noches y se retiró.

Una vez solo:

—¡Un sueño profundo, eso es lo que necesito! —pensé.

Al punto pensé en la Muerte; elevé mi alma a Dios y me acosté.

Una de las singularidades del cansancio extremo es la imposibilidad de conciliar el sueño de inmediato. Todos los cazadores lo han experimentado. Es un hecho notorio.

Esperaba dormirme rápido y profundamente. Había fundado grandes esperanzas en una buena noche. Pero, al cabo de diez minutos, hube de reconocer que aquella incomodidad nerviosa no se decidía a adormecerse. Oía tictacs, breves crujidos de la madera y de los muros. Sin duda, relojes de la muerte. Cada uno de los ruidos imperceptibles de la noche se me respondía, en todo mi ser, con una sacudida eléctrica.

Las ramas negras entrechocaban al viento, en el jardín. A cada instante, briznas de hiedra golpeaban mi cristal. Tenía, sobre todo, el sentido del oído con una agudeza semejante a la de quienes mueren de hambre.

—He tomado dos tazas de café —pensé—: ideo es!

Y, apoyándome en la almohada, me puse a mirar, obstinadamente, la luz de la vela, sobre la mesa, junto a mí. La miré con fijeza, entre las pestañas, con esa atención intensa que da a la mirada la absoluta distracción del pensamiento.

Una pequeña pila de agua bendita, de porcelana pintada, con su ramita de boj, colgaba junto a mi cabecera. Moje, de pronto, mis párpados con el agua bendita, para refrescarlos; luego apagué la vela y cerré los ojos. El sueño se acercaba: la fiebre se aplacaba.

Estaba a punto de dormirme.

Tres golpecitos secos, imperiosos, sonaron en mi puerta.

—¿Eh? —me dije, sobresaltado.

Entonces advertí que mi primer sueño ya había comenzado. Ignoraba dónde estaba. Me creía en París. Ciertos descansos producen esa clase de olvidos risibles. Habiendo incluso, casi enseguida, perdido de vista la causa principal de mi despertar, me despecere voluptuosamente, en una completa inconsciencia de la situación.

—¡A propósito! —me dije de pronto—: pero ¿han llamado? ¿Qué visita podrá ser?...

En ese punto de mi frase, una noción confusa y oscura de que ya no estaba en París, sino en una casa parroquial de Bretaña, en casa del abate Maucombe, me vino al espíritu.

En un abrir y cerrar de ojos, estuve en medio de la habitación.

Mi primera impresión, junto con la del frío en los pies, fue la de una luz viva. La luna llena brillaba, frente a la ventana, sobre la

iglesia, y, a través de las cortinas blancas, recortaba su ángulo de llama desierta y pálida sobre el entarimado.

Era, en efecto, medianoche.

Mis ideas eran mórbidas. ¿Qué era, pues, aquello? La sombra era extraordinaria.

Cuando me acercaba a la puerta, una mancha de brasa, salida del ojo de la cerradura, vino a errar sobre mi mano y sobre mi manga.

Había alguien detrás de la puerta: en verdad habían llamado.

Sin embargo, a dos pasos del picaporte, me detuve en seco.

Una cosa me parecía sorprendente: la *naturaleza* de la mancha que corría sobre mi mano. Era un resplandor helado, sangriento, que no alumbraba. Por otra parte, ¿cómo se explicaba que yo no viera ninguna raya de luz bajo la puerta, en el corredor? Pero, en verdad, lo que salía así del ojo de la cerradura me causaba la impresión de la mirada fosfórica de un búho!

En ese momento, la hora sonó, fuera, en la iglesia, en el viento nocturno.

—¿Quién anda ahí? —pregunté, en voz baja.

El resplandor se apagó: iba a acercarme...

Pero la puerta se abrió, de par en par, lentamente, silenciosamente.

Frente a mí, en el corredor, se erguía, de pie, una forma alta y negra: un sacerdote, con el tricornio en la cabeza. La luna lo iluminaba por entero, salvo el rostro: no veía sino el fuego de sus dos pupilas, que me contemplaban con una fijeza solemne.

El soplo del otro mundo envolvía a aquel visitante; su actitud me oprimía el alma. Paralizado por un pavor que se hinchó instantáneamente hasta el paroxismo, contemplé en silencio a aquel desolador personaje.

De pronto, el sacerdote alzó el brazo, con lentitud, hacia mí. Me presentaba algo pesado y vago. Era una capa. Una gran capa negra, una capa de viaje. Me la tendía, ¡como para ofrecérmela!...

Cerré los ojos, para no ver aquello. ¡Oh! ¡No quería ver aquello! Pero un ave nocturna, con un grito espantoso, pasó entre nosotros, y el viento de sus alas, rozándome los párpados, me los hizo abrir de nuevo. Sentí que revoloteaba por la habitación.

Entonces —y con un estertor de angustia, pues las fuerzas me traicionaban para gritar—, empujé la puerta con mis dos manos crispadas y extendidas, y le di una violenta vuelta de llave, ¡frenético y con los cabellos erizados!

Cosa singular, me pareció que todo aquello no hacía ningún ruido.

Era más de lo que el organismo podía soportar. Desperté. Estaba sentado en mi lecho, con los brazos tendidos ante mí; estaba helado; la frente empapada de sudor; el corazón golpeaba contra las paredes de mi pecho con grandes latidos sombríos.

—¡Ah! —me dije—, ¡el sueño horrible!

Sin embargo, mi insuperable ansiedad subsistía. Necesité más de un minuto antes de *atreverme* a mover el brazo para buscar las cerillas: temía sentir, en la oscuridad, una mano fría asir la mía y estrecharla amistosamente.

Tuve un movimiento nervioso al oír aquellas cerillas crepitar bajo mis dedos en el hierro del candelero. Volví a encender la vela.

Al instante me sentí mejor; la luz, esa vibración divina, diversifica los ámbitos fúnebres y consuela de los malos terrores.

Resolví beber un vaso de agua fría para reponerme del todo y bajé de la cama.

Al pasar frente a la ventana, advertí algo: la luna era exactamente igual a la de mi sueño, aunque no la había visto antes de acostarme; y, al ir, vela en mano, a examinar la cerradura de la puerta,

comprobé que se había dado una vuelta de llave *por dentro*, cosa que yo no había hecho antes de dormirme.

Ante estos descubrimientos, eché una mirada a mi alrededor. Empecé a encontrar que aquello estaba revestido de un carácter bien insólito. Me acosté de nuevo, me apoyé en el codo, traté de razonar conmigo mismo, de probarme que todo aquello no era sino un acceso de sonambulismo muy lúcido, pero cada vez me tranquilizaba menos. Sin embargo, el cansancio me tomó como una ola, meció mis negros pensamientos y me durmió bruscamente en mi angustia.

Cuando desperté, un buen sol jugueteaba en la habitación.

Era una mañana feliz. Mi reloj, colgado en la cabecera del lecho, marcaba las diez. Ahora bien, para reconfortarnos, ¿hay algo como el día, el radiante sol? ¡Sobre todo cuando se sienten los alrededores perfumados y el campo lleno de un viento fresco en los árboles, los matorrales espinosos, los fosos cubiertos de flores y todos húmedos aún de aurora!

Me vestí a toda prisa, muy olvidado ya del sombrío comienzo de mi noche.

Completamente reanimado por repetidas abluciones de agua fresca, bajé.

El abate Maucombe estaba en el comedor: sentado ante el mantel ya puesto, leía un periódico mientras me esperaba.

Nos estrechamos la mano:

—¿Ha pasado usted una buena noche, mi querido Xavier? —me preguntó.

—¡Excelente! —respondí distraídamente (por costumbre y sin prestar la menor atención a lo que decía).

La verdad es que sentía buen apetito: eso era todo.

Nanon intervino, trayéndonos el almuerzo.

Durante la comida, nuestra charla fue a la vez recogida y alegre: solo el hombre que vive santamente conoce la alegría y sabe comunicarla.

De pronto, recordé mi sueño.

—A propósito —exclamé—, mi querido abate, recuerdo que esta noche he tenido un extraño sueño, y de una rareza... ¿cómo podría expresarlo? Veamos... ¿sobrecogedora? ¿asombrosa? ¿espantosa? ¡Usted elija! Juzgue usted mismo.

Y, mientras pelaba una manzana, comencé a narrarle, con todo detalle, la sombría alucinación que había turbado mi primer sueño.

En el momento en que había llegado al *gesto* del sacerdote ofreciéndome la capa, y *antes de que hubiera comenzado esa frase*, se abrió la puerta del comedor. Nanon, con esa familiaridad propia de las amas de llaves de los curas, entró, en el rayo de sol, en pleno centro de la conversación, y, interrumpiéndome, me tendió un papel:

—¡Aquí hay una carta «muy urgente» que el cartero rural acaba de traer, ahora mismo, para el señor! —dijo.

—¡Una carta! ¡Ya! —exclamé, *olvidando mi historia*—. Es de mi padre. ¿Cómo es posible? Mi querido abate, me permite que la lea, ¿verdad?

—¡Sin duda! —dijo el abate Maucombe, perdiendo también de vista la historia y sufriendo, magnéticamente, el interés que yo ponía en la carta—: ¡sin duda!

La abrí.

Así, el incidente de Nanon había desviado nuestra atención con su brusquedad.

—He aquí —dije— un vivo contratiempo, anfitrión mío: apenas llegado, me veo obligado a marcharme de nuevo.

—¿Cómo? —preguntó el abate Maucombe, dejando su taza sin beber.

—Me escriben que vuelva a toda prisa, por un asunto, un pleito de la más grave importancia. Esperaba que no se viera hasta diciembre; pero me avisan de que se juzga dentro de la quincena y, como solo yo estoy en condiciones de poner en orden las últimas piezas que deben darnos la razón, itengo que ir!... ¡Vaya! ¡Qué fastidio!

—¡Es verdaderamente enojoso! —dijo el abate—; ¡cuán enojoso es, en efecto!... Al menos, prométame que en cuanto esto termine... El gran asunto es la salvación: esperaba ser para algo en la suya, ¡y he aquí que se me escapa usted! Ya pensaba yo que el buen Dios lo había enviado...

—Mi querido abate —exclamé—, le dejo mi escopeta. Antes de tres semanas estaré de vuelta y, esta vez, por algunas semanas, si usted quiere.

—¡Vaya usted, pues, en paz! —dijo el abate Maucombe.

—¡Eh! ¡Es que se trata de casi toda mi fortuna! —murmuré.

—¡La fortuna es Dios! —dijo Maucombe, sencillamente.

—¿Y mañana, cómo viviría yo, si?...

—Mañana ya no se vive —respondió.

Pronto nos levantamos de la mesa, algo consolados del contratiempo por aquella promesa formal de regresar.

Fuimos a pasear por el huerto, a visitar las dependencias de la casa parroquial.

Durante todo el día, el abate me exhibió, no sin cierta complacencia, sus pobres tesoros campestres. Luego, mientras él leía su breviario, caminé, solitario, por los alrededores, respirando con deleite el aire vivo y puro. Maucombe, a su regreso, se extendió un tanto sobre su viaje a Tierra Santa; todo ello nos llevó hasta la puesta del sol.

Llegó la noche. Después de una frugal cena, dije al abate Maucombe:

—Amigo mío, el *expreso* sale a las nueve en punto. De aquí a R*** tengo bien hora y media de camino. Necesito media hora para arreglar cuentas en la posada al devolver el caballo; en total, dos horas. Son las siete: le dejo ahora mismo.

—Lo acompañaré un poco —dijo el sacerdote—: *este paseo me será saludable*.

—A propósito —le respondí, preocupado—, aquí tiene la dirección de mi padre (en cuya casa vivo, en París), por si hemos de escribirnos.

Nanon tomó la tarjeta y la insertó en una juntura del espejo.

Tres minutos después, el abate y yo abandonábamos la casa parroquial y avanzábamos por el camino real. Yo llevaba mi caballo por la brida, como es natural.

Ya éramos dos sombras.

Cinco minutos después de nuestra partida, una llovizna penetrante, una lluvia fina y muy fría, traída por una espantosa racha de viento, golpeó nuestras manos y nuestros rostros.

Me detuve en seco:

—Mi viejo amigo —dije al abate—, ¡no! Decididamente no consentiré esto. Su existencia es preciosa y este chaparrón helado es muy dañino. Vuelva a casa. Esta lluvia, se lo repito, podría mojarlo peligrosamente. Vuelva, se lo ruego.

El abate, tras un instante, pensando en sus feligreses, se rindió a mis razones.

—¿Me llevo una promesa, mi querido amigo? —me dijo.

Y, mientras yo le tendía la mano:

—¡Un instante! —añadió—; pienso que le queda camino por hacer, ¡y que esta llovizna es, en efecto, penetrante!

Tuvo un escalofrío. Estábamos el uno junto al otro, inmóviles, mirándonos fijamente como dos viajeros apremiados.

En ese momento la luna se alzó sobre los abetos, detrás de las colinas, iluminando los páramos y los bosques en el horizonte. Nos bañó espontáneamente con su luz mustia y pálida, con su llama desierta y pálida. Nuestras siluetas y la del caballo se dibujaron, enormes, sobre el camino. Y, del lado de las viejas cruces de piedra, allá lejos —del lado de las viejas cruces en ruinas que se yerguen en ese cantón de Bretaña, entre los claros talados donde se posan las aves funestas escapadas del bosque de los Agonizantes—, oí, a lo lejos, un grito espantoso: el agrio y alarmante falsete de la lechuza. Una lechuza de ojos de fósforo, cuya luz temblaba sobre la gran rama de una encina, alzó el vuelo y pasó entre nosotros, prolongando aquel grito.

—¡Vamos! —prosiguió el abate Maucombe—, yo estaré en casa dentro de un minuto; así que *itome, tome esta capa!* ¡Le tengo mucho apego!... ¡mucho! —añadió con un tono inolvidable—. Me la hará devolver por el mozo de la posada que viene al pueblo todos los días... *Se lo ruego.*

El abate, al pronunciar estas palabras, me tendía su capa negra. No le veía el rostro, a causa de la sombra que proyectaba su ancho tricornio; pero distinguí sus ojos, *que me contemplaban con una fijeza solemne.*

Me echó la capa sobre los hombros, me la abrochó, con aire tierno e inquieto, mientras yo, sin fuerzas, cerraba los párpados. Y, aprovechando mi silencio, se apresuró hacia su morada. En el recodo del camino, desapareció.

Por una presencia de ánimo —y también, un poco, maquinalmente —, salté a caballo. Luego permanecí inmóvil.

Ahora estaba solo en el camino real. Oía los mil ruidos del campo. Al reabrir los ojos, vi el inmenso cielo lívido por donde corrían monstruosas nubes mortecinas, ocultando la luna, la naturaleza solitaria. Sin embargo, me mantuve derecho y firme, aunque debía de estar blanco como un lienzo.

—¡Vamos! —me dije—, ¡calma! Tengo fiebre y soy sonámbulo. Eso es todo.

Me esforcé por encogerme de hombros: un peso secreto me lo impidió.

Y he aquí que, venida del fondo del horizonte, del fondo de aquellos bosques de mala fama, una bandada de lechuzas pasó, con gran ruido de alas, gritando horribles sílabas desconocidas, por encima de mi cabeza. Fueron a abatirse sobre el tejado de la casa parroquial y sobre el campanario, a lo lejos: y el viento me trajo gritos tristes. A fe mía, tuve miedo. ¿Por qué? ¿Quién podrá precisármelo jamás? He visto el fuego, he tocado con la mía varias espadas; mis nervios están templados, acaso, mejor que los de los más flemáticos y los más pálidos: afirmo, sin embargo, muy humildemente, que tuve miedo, aquí, y de veras. Incluso he concebido, por ello, cierta estima intelectual de mí mismo. No tiene miedo de esas cosas quien quiere.

Así pues, en silencio, ensangrenté los flancos del pobre caballo y, con los ojos cerrados, las riendas sueltas, los dedos crispados sobre las crines, la capa flotando tras de mí muy tendida, sentí que el galope de mi montura era tan violento como podía serlo; iba a rienda suelta, a todo correr: de cuando en cuando, mi sordo gruñido junto a su oreja le comunicaba, sin duda, e instintivamente, el horror supersticioso que me hacía estremecer a mi pesar. Llegamos así en menos de media hora. El ruido del empedrado de los arrabales me hizo levantar la cabeza, ¡y respirar!

—¡Por fin! ¡Veía casas! ¡Tiendas iluminadas! ¡Los rostros de mis semejantes tras los cristales! ¡Veía transeúntes!... ¡Dejaba el país de las pesadillas!

En la posada, me instalé ante el buen fuego. La conversación de los carreteros me sumió en un estado próximo al éxtasis. Yo salía de la Muerte. Miré la llama entre mis dedos. Apuré un vaso de ron. Recobraba, por fin, el gobierno de mis facultades.

Me sentía de vuelta en la vida real.

Estaba incluso —digámoslo— un poco avergonzado de mi pánico.

Así que, iqué tranquilo me sentí al cumplir el encargo del abate Maucombe! ¡Con qué sonrisa mundana examiné la capa negra al entregarla al posadero! La alucinación se había disipado. De buena gana habría hecho, como dice Rabelais, «el buen compañero».

La capa en cuestión no me pareció ofrecer nada extraordinario, ni siquiera particular, salvo que era muy vieja e incluso remendada, recosida, reforzada con una especie de ternura extraña. Una caridad profunda, sin duda, llevaba al abate Maucombe a dar en limosnas el precio de una capa nueva: al menos, así me expliqué yo la cosa.

—¡Qué bien viene esto! —dijo el posadero—: el mozo debe ir al pueblo dentro de un momento; ya va a salir; llevará la capa a casa del señor Maucombe de paso, antes de las diez.

Una hora después, en mi vagón, con los pies sobre el calentapiés, envuelto en mi gabán reconquistado, me decía, mientras encendía un buen cigarro y escuchaba el silbido de la locomotora:

—Decididamente, prefiero aún ese grito al de los búhos.

Lamentaba un poco, debo confesarlo, haber prometido volver.

Con esto me dormí, por fin, de un buen sueño, olvidando por completo lo que en adelante debía tratar como una insignificante coincidencia.

Hube de detenerme seis días en Chartres, para cotejar unos documentos que, desde entonces, condujeron a la conclusión favorable de nuestro pleito.

Por fin, con el espíritu obsesionado de ideas de papeleo y de argucias —y bajo el abatimiento de mi enfermizo hastío—, volví a París, justo la noche del séptimo día desde mi partida de la casa parroquial.

Llegué directamente a casa, hacia las nueve. Subí. Encontré a mi padre en el salón. Estaba sentado, junto a un velador, iluminado por una lámpara. Tenía una carta abierta en la mano.

Tras unas palabras:

—¡No sabes, estoy seguro, qué noticia me trae esta carta! —me dijo—: nuestro buen y viejo abate Maucombe ha muerto después de tu marcha.

Sentí, ante estas palabras, una conmoción.

—¿Eh? —respondí.

—Sí, muerto, anteayer, hacia medianoche, tres días después de tu partida de su casa parroquial, de un enfriamiento cogido en el camino real. Esta carta es de la vieja Nanon. La pobre mujer parece tener la cabeza tan perdida que hasta repite dos veces una frase... singular... a propósito de una capa... ¡Léela tú mismo!

Me tendió la carta donde, en efecto, se nos anunciaba la muerte del santo sacerdote, y donde leí estas sencillas líneas:

«Era muy feliz —decía él en sus últimas palabras— de verse envuelto, en su último suspiro, y amortajado en la capa que había traído de su peregrinación a Tierra Santa, *y que había tocado EL SEPULCRO.*»

LA DESCONOCIDA

A Madame la comtesse de Laclos.

«El cisne calla toda su vida para cantar bien una sola vez.»

(Proverbio antiguo.)

Era el niño sagrado a quien un hermoso verso hace palidecer.

ADRIEN JUVIGNY.

Aquella noche, todo París resplandecía en los Italianos. Se representaba *la Norma*. Era la función de despedida de Maria-Felicia Malibran.

La sala entera, a los últimos acordes de la plegaria de Bellini, *Casta diva*, se había puesto en pie y reclamaba a la cantante entre un tumulto glorioso. Se lanzaban flores, brazaletes, coronas. ¡Un sentimiento de inmortalidad envolvía a la augusta artista, casi moribunda, que se iba extinguiendo mientras creía cantar!

En el centro de las butacas de platea, un jovencísimo hombre cuya fisonomía expresaba un alma resuelta y altiva —manifestaba, rompiéndose los guantes a fuerza de aplaudir, la admiración apasionada que padecía.

Nadie, en el mundo parisiense, conocía a aquel espectador. No tenía aire de provinciano, sino de extranjero. Con su ropa algo nueva, pero de un lustre apagado y un corte irreprochable, sentado en aquella butaca de platea, habría parecido casi singular de no ser por las intuitivas y misteriosas elegancias que se desprendían de

toda su persona. Al observarlo, se habría buscado en torno a él espacio, cielo y soledad. Era extraordinario: pero París, ¿no es la ciudad de lo Extraordinario?

¿Quién era y de dónde venía?

Era un adolescente salvaje, un huérfano señorial —uno de los últimos de este siglo—, un melancólico castellano del Norte escapado, desde hacía tres días, de la noche de una mansión de Cornualles.

Se llamaba el conde Félicien de la Vierge; poseía el castillo de Blanchelande, en la Baja Bretaña. ¡Una sed de existencia ardiente, una curiosidad por nuestro maravilloso infierno, se habían apoderado de aquel cazador y lo habían enfebrecido de pronto, allá lejos!... Se había puesto en camino, y estaba allí, sencillamente. Su presencia en París databa solo de aquella mañana, de modo que sus grandes ojos aún conservaban todo su esplendor.

¡Era su primera noche de juventud! Tenía veinte años. Era su entrada en un mundo de llamas, de olvido, de trivialidades, de oro y de placeres. Y, *por azar*, había llegado a tiempo para oír el adiós de la que se marchaba.

Pocos instantes le habían bastado para acostumbrarse al resplandor de la sala. Pero, a las primeras notas de la Malibran, su alma se estremeció; la sala desapareció. El hábito del silencio de los bosques, del viento ronco de los escollos, del ruido del agua sobre las piedras de los torrentes y de las graves caídas del crepúsculo, había hecho de aquel joven altivo un poeta, y en el timbre de la voz que oía le parecía que el alma de esas cosas le enviaba la plegaria lejana de volver.

En el momento en que, transportado de entusiasmo, aplaudía a la artista inspirada, sus manos quedaron en suspenso; permaneció inmóvil.

En el balcón de un palco acababa de aparecer una joven de gran belleza. Miraba la escena. Las líneas finas y nobles de su perfil perdido se sombreaban con las rojas tinieblas del palco, como un

camafeo de Florencia en su medallón. Pálida, con un gardenia en sus cabellos morenos, y completamente sola, apoyaba, en el borde del balcón, su mano, cuya forma delataba un linaje ilustre. En el escote de su vestido de moaré negro, velado de encajes, una piedra enferma, un admirable ópalo, imagen de su alma sin duda, brillaba en un círculo de oro. Con aire solitario, indiferente a toda la sala, parecía olvidarse de sí misma bajo el invencible encanto de aquella música.

El azar quiso, sin embargo, que ella desviara, vagamente, los ojos hacia la multitud; en ese instante, los ojos del joven y los de ella se encontraron, el tiempo de brillar y de apagarse, un segundo.

¿Se habían conocido alguna vez?... No. No en la tierra. Pero que decidan aquellos que puedan decir dónde comienza el Pasado si esos dos seres ya se habían, verdaderamente, poseído antes, pues aquella sola mirada les había persuadido, esta vez y para siempre, de que no databan de su cuna. El relámpago ilumina, de un solo golpe, las olas y las espumas del mar nocturno, y, en el horizonte, las lejanas líneas de plata de las aguas: así, en el corazón de aquel joven, bajo esa rápida mirada, la impresión no fue gradual; ¡fue el íntimo y mágico deslumbramiento de un mundo que se revela! Cerró los párpados como para retener en ellos los dos destellos azules que en ellos se habían perdido; luego quiso resistir a aquel vértigo opresor. Alzó los ojos hacia la desconocida.

¡Pensativa, ella seguía posando su mirada en la de él, como si hubiera comprendido el pensamiento de aquel salvaje amante y como si aquello hubiera sido cosa natural! Félicien se sintió palidecer; la impresión le llegó, en aquella mirada, de dos brazos que se juntaban, lánguidos, en torno a su cuello. ¡Estaba hecho! ¡El rostro de aquella mujer acababa de reflejarse en su espíritu como en un espejo familiar, de encarnarse en él, de *reconocerse* en él! ¡de fijarse allí para siempre bajo una magia de pensamientos casi divinos! Amaba con el primer e inolvidable amor.

Sin embargo, la joven, desplegando su abanico, cuyos encajes negros rozaban sus labios, parecía haber vuelto a su distracción.

Ahora se hubiera dicho que escuchaba exclusivamente las melodías de *la Norma*.

En el momento de alzar sus gemelos hacia el palco, Félicien sintió que sería una inconveniencia.

—¡Puesto que la amo! —se dijo.

Impaciente por el fin del acto, se recogía en sí mismo. ¿Cómo hablarle? ¡Averiguar su nombre! No conocía a nadie. ¿Consultar, al día siguiente, el registro de los Italianos? ¡Y si era un palco ocasional, comprado a causa de aquella velada! La hora apremiaba, la visión iba a desaparecer. ¡Bueno! Su carruaje seguiría al de ella, eso era todo... Le parecía que no había otro medio. ¡Después, ya vería! Luego se dijo, en su ingenuidad... sublime: «Si ella *me ama*, bien se dará cuenta y me dejará alguna señal».

Cayó el telón. Félicien abandonó la sala muy deprisa. Una vez bajo el peristilo, se paseó, sencillamente, ante las estatuas.

Habiéndose acercado su ayuda de cámara, le susurró algunas instrucciones; el criado se retiró a un rincón y permaneció allí muy atento.

El vasto clamor de la ovación tributada a la cantante fue cesando poco a poco, como todos los clamores de triunfo de este mundo. Se bajaba por la gran escalera. Félicien, con la mirada fija en lo alto, entre los dos jarrones de mármol, de donde manaba el río deslumbrante de la muchedumbre, esperó.

Ni los rostros radiantes, ni las galas, ni las flores en la frente de las jóvenes, ni las esclavinas de armiño, ni el flujo resplandeciente que discurría ante él, bajo las luces: no vio nada.

Y toda aquella concurrencia se desvaneció pronto, poco a poco, sin que la joven apareciera.

¿La había dejado, pues, escapar sin reconocerla?... ¡No! Era imposible. Un viejo criado, empolvado, cubierto de pieles, permanecía aún en el vestíbulo. En los botones de su librea negra brillaban las hojas de apio de una corona ducal.

De pronto, en lo alto de la escalera solitaria, ¡*ella* apareció! ¡Sola! Esbelta, bajo un abrigo de terciopelo y con el cabello oculto por una mantilla de encaje, apoyaba su mano enguantada en la barandilla de mármol. Vio a Félicien de pie junto a una estatua, pero no pareció preocuparse más por su presencia.

Bajó pausadamente. Habiéndose acercado el criado, pronunció algunas palabras en voz baja. El lacayo se inclinó y se retiró sin más dilación. Un instante después, se oyó el ruido de un carruaje que se alejaba. Entonces ella salió. Bajó, siempre sola, los peldaños exteriores del teatro. Félicien apenas tuvo tiempo de lanzar estas palabras a su ayuda de cámara:

—Vuelva solo al hotel.

En un momento se encontró en la plaza de los Italianos, a pocos pasos de aquella dama; la muchedumbre se había disipado ya por las calles vecinas; el eco lejano de los carruajes se debilitaba.

Era una noche de octubre, seca, estrellada.

La desconocida caminaba muy despacio y como poco acostumbrada a hacerlo. ¿Seguirla? Era preciso; se decidió a ello. El viento de otoño le traía el perfume de ámbar, muy débil, que emanaba de ella, y el arrastrado y sonoro roce de la moaré sobre el asfalto.

Ante la calle Monsigny se orientó un instante, y luego siguió caminando, como indiferente, hasta la calle de Grammont, desierta y apenas iluminada.

De pronto el joven se detuvo; un pensamiento le atravesó la mente. ¡Era una extranjera, tal vez!

¡Un carruaje podía pasar y llevársela para siempre! ¡Mañana, chocar contra las piedras de una ciudad, eternamente! ¡sin volver a encontrarla!

¡Estar separado de ella, sin cesar, por el azar de una calle, de un instante que puede durar la eternidad! ¡Qué porvenir! Aquel

pensamiento lo turbó hasta hacerle olvidar toda consideración de conveniencia.

Adelantó a la joven en la esquina de la calle sombría; entonces se volvió, se puso horribilmente pálido y, apoyándose en el pilar de hierro fundido del farol, la saludó; luego, con gran sencillez, mientras una suerte de magnetismo hechizador emanaba de todo su ser:

—Señora —dijo él—, lo sabe usted; la he visto esta noche por primera vez. Como temo no volver a verla, es preciso que le diga —desfallecía— que *¡la amo!* —concluyó en voz baja—, y que, si usted pasa de largo, moriré sin repetir jamás estas palabras a nadie.

Ella se detuvo, alzó su velo y observó a Félicien con fijeza atenta. Tras un breve silencio:

—Caballero —respondió ella con una voz cuya pureza dejaba transparentar las más remotas intenciones del espíritu—, caballero, el sentimiento que le da esa palidez y ese porte debe de ser, en efecto, muy profundo, para que encuentre en él la justificación de lo que hace. Así pues, no me siento en absoluto ofendida. Serénese, y considéreme una amiga.

Félicien no se sorprendió de aquella respuesta: le parecía natural que lo ideal respondiera idealmente.

La circunstancia era, en efecto, de aquellas en que ambos debían recordar, si eran dignos de ello, que pertenecían a la raza de quienes crean las convenciones y no a la de quienes las padecen. Lo que el público de los humanos llama, a la ligera, las convenciones no es más que una imitación mecánica, servil y casi simiesca de lo que fue practicado, vagamente, por seres de naturaleza elevada en circunstancias generales.

Con un arrebató de ternura ingenua, besó la mano que se le ofrecía.

—¿Quiere darme la flor que ha llevado en el cabello toda la velada?

La desconocida se quitó, en silencio, la pálida flor de bajo los encajes y, ofreciéndosela a Félicien:

—Adiós ahora —dijo ella—, y para siempre.

—¡Adiós!... —balbuceó él—. ¡Entonces no *me ama* usted! ¡Ah! ¡Está usted casada! —exclamó de pronto.

—No.

—¡Libre! ¡Oh, cielos!

—¡Olvídeme, sin embargo! Es preciso, caballero.

—¡Pero usted se ha convertido, en un instante, en el latido de mi corazón! ¿Acaso puedo vivir sin usted? ¡El único aire que quiero respirar es el suyo! Lo que dice ya no lo comprendo: olvidarla... ¿cómo hacerlo?

—Una terrible desgracia me ha herido. Confesársela sería entristecerlo hasta la muerte; es inútil.

—¡Qué desgracia puede separar a quienes se aman!

—Esa.

Al pronunciar esa palabra, ella cerró los ojos.

La calle se alargaba, completamente desierta. Un portal que daba a un pequeño cercado, una suerte de triste jardín, estaba abierto de par en par junto a ellos. Parecía ofrecerles su sombra.

Félicien, como un niño irresistible que adora, la condujo bajo aquella bóveda de tinieblas, ciñendo el talle que se le abandonaba.

La embriagadora sensación de la seda tensa y tibia que se ceñía en torno a ella le transmitió el deseo febril de estrecharla, de llevársela, de perderse en su beso. Resistió. Pero el vértigo le arrebató la facultad de hablar. No encontró más que estas palabras balbucientes e indistintas:

—¡Dios mío, cuánto la amo!

Entonces aquella mujer inclinó la cabeza sobre el pecho de quien la amaba y, con voz amarga y desesperada:

—¡No le oigo! ¡Muero de vergüenza! ¡No le oigo! ¡No oiría su nombre! ¡No oiría su último suspiro! ¡No oigo los latidos de su corazón que golpean mi frente y mis párpados! ¡No ve usted el espantoso sufrimiento que me mata! Soy... ¡ah! ¡soy SORDA!

—¡Sorda! —exclamó Félicien, fulminado por un frío estupor y temblando de pies a cabeza.

—¡Sí! ¡Desde hace años! ¡Oh, toda la ciencia humana sería incapaz de resucitarme de este horrible silencio! ¡Soy sorda como el cielo y como la tumba, caballero! Es como para maldecir el día, pero es la verdad. Así pues, idéjeme!

—¡Sorda! —repetía Félicien, que, ante aquella inimaginable revelación, había quedado sin pensamiento, trastornado e incapaz siquiera de reflexionar sobre lo que decía—. ¿Sorda?...

Luego, de pronto:

—¡Pero esta noche, en los Italianos —exclamó él—, usted aplaudía, sin embargo, esa música!

Se detuvo, pensando que ella no podía oírlo. La cosa se volvía, de pronto, tan espantosa que provocaba la sonrisa.

—¿En los Italianos?... —respondió ella, sonriendo también—. Olvida usted que he tenido tiempo de sobra para estudiar la apariencia de muchas emociones. ¿Soy acaso la única? Pertenece al rango que el destino nos otorga, y es nuestro deber sostenerlo. ¿No merecía aquella noble mujer que cantaba algunas muestras supremas de simpatía? Además, ¿cree usted que mis aplausos diferían mucho de los de los *dilettanti* más entusiastas? ¡Fui música, en otro tiempo!...

Ante aquellas palabras, Félicien la miró, algo extraviado, y esforzándose por sonreír todavía:

—¡Oh! —dijo él—, ¿se burla usted de un corazón que la ama hasta la desolación? ¡Se acusa de no oír y, sin embargo, me responde!...

—Ay —dijo ella—, es que... usted cree que lo que dice es *personal*, ¡amigo mío! Es usted sincero; pero sus palabras solo son nuevas para usted. Para mí, usted recita un diálogo cuyas respuestas todas he aprendido de antemano. Desde hace años es, para mí, siempre el mismo. Es un papel cuyas frases están todas dictadas y son necesarias con una precisión verdaderamente espantosa. Lo domino hasta tal punto que si aceptara —lo cual sería un crimen— unir mi desdicha, aunque solo fuera unos días, a su destino, usted olvidaría, a cada instante, la funesta confidencia que le he hecho. La ilusión, se la daría completa, exacta, *ni más ni menos que otra mujer*, ¡se lo aseguro! Sería incluso, incomparablemente, más real que la realidad. ¡Piense que las circunstancias dictan siempre las mismas palabras y que el rostro se armoniza siempre un poco con ellas! Usted no podría creer que no le oigo, de tan certero como adivinaría. No pensemos más en ello, ¿quiere?

Él se sintió asustado, esta vez.

—¡Ah! —dijo él—, ¡qué amargas palabras tiene usted derecho a pronunciar!... Pero yo, si así son las cosas, quiero compartir con usted, aunque sea el silencio eterno, si es preciso. ¿Por qué quiere excluirme de esta desdicha? ¡Habría compartido su dicha! Y nuestra alma puede suplir todo cuanto existe.

La joven se estremeció, y fue con los ojos llenos de luz como lo miró.

—¿Quiere caminar un poco, dándome el brazo, por esta calle sombría? —dijo ella—. ¡Imaginaremos que es un paseo lleno de árboles, de primavera y de sol! Yo también tengo algo que decirle, que no volveré a repetir.

Los dos amantes, con el corazón en las tenazas de una tristeza fatal, caminaron, mano con mano, como exiliados.

—Escúcheme —dijo ella—, usted que puede oír el sonido de mi voz. ¿Por qué sentí que no me ofendía? ¿Y por qué le respondí? ¿Lo

sabe usted?... Ciertamente, es muy sencillo que yo haya adquirido la ciencia de leer, en los rasgos de un rostro y en las actitudes, los sentimientos que determinan los actos de un hombre; pero lo que es del todo distinto es que yo presiento, con una exactitud tan profunda y, por así decirlo, casi infinita, el valor y la calidad de esos sentimientos, así como su íntima armonía en quien me habla. Cuando usted se tomó la libertad de cometer, hacia mí, aquella espantosa inconveniencia de hace un momento, yo era acaso la única mujer que podía captar, en el instante mismo, su verdadero significado.

Le respondí porque me pareció ver brillar en su frente ese signo desconocido que anuncia a quienes su pensamiento, lejos de estar oscurecido, dominado y amordazado por sus pasiones, engrandece y diviniza todas las emociones de la vida y desprende el ideal contenido en todas las sensaciones que experimentan. Amigo, déjeme revelarles mi secreto. La fatalidad, tan dolorosa al principio, que ha herido mi ser material, se ha convertido para mí en la liberación de muchas servidumbres. ¡Me ha librado de esa sordera intelectual de la que son víctimas la mayoría de las demás mujeres!

Ha hecho que mi alma sea sensible a las vibraciones de las cosas eternas, de las que los seres de mi sexo no conocen, por lo común, más que la parodia. ¡Sus oídos están amurallados a esos maravillosos ecos, a esas prolongaciones sublimes! De modo que no deben a la agudeza de su oído más que la facultad de percibir lo que hay de meramente instintivo y exterior en las voluptuosidades más delicadas y más puras. ¡Son las Hespérides, guardianas de esos frutos encantados cuyo valor mágico ignoran para siempre! Ay, yo soy sorda... ¡pero ellas! ¡Qué oyen ellas!... O, más bien, ¡qué escuchan en las palabras que se les dirigen, sino el ruido confuso, en armonía con el juego de fisonomía de quien les habla! De modo que, desatentas no al sentido aparente, sino a la *calidad*, reveladora y profunda, al sentido *verdadero*, en fin, de cada palabra, se contentan con distinguir en ella una intención de halago, que les basta ampliamente. Eso es lo que llaman el «lado positivo de la vida», con una de esas sonrisas... ¡Oh! ¡Ya verá usted, si vive lo

suficiente! ¡Verá qué misteriosos océanos de candor, de suficiencia y de baja frivolidad esconde, únicamente, esa deliciosa sonrisa! El abismo de amor encantador, divino, oscuro, verdaderamente estrellado como la Noche, que sienten los seres de su naturaleza, ¡intente traducírselo a una de ellas!... Si sus expresiones se filtran hasta su cerebro, allí se deformarán, como una fuente pura que atraviesa un pantano. De modo que, en realidad, esa mujer *no las habrá oído*. «¡La Vida es incapaz de colmar esos sueños —dicen ellas—, y le pide usted demasiado!». ¡Ah! ¡Como si la Vida no estuviera hecha por los vivos!

—¡Dios mío! —murmuró Félicien.

—Sí —prosiguió la desconocida—, una mujer no escapa a esa condición de su naturaleza, la sordera mental, a menos, quizá, de pagar su rescate a un precio inestimable, como yo. Ustedes atribuyen a las mujeres un secreto, porque ellas no se expresan más que por actos. Orgullosas, ufanas de ese secreto que ellas mismas ignoran, gustan de dejar creer que se las puede adivinar. Y todo hombre, halagado de creerse el adivino esperado, malgasta su vida por desposar a una esfinge de piedra. Y ninguno de ellos puede elevarse *de antemano* hasta esta reflexión: que un secreto, por terrible que sea, si *nunca* se expresa, es idéntico a la nada.

La desconocida se detuvo.

—Estoy amargada, esta noche —continuó ella—, y he aquí por qué: ya no envidiaba lo que ellas poseen, al haber comprobado el uso que hacen de ello, ¡y que sin duda yo misma habría hecho! Pero aquí está usted, aquí está usted, usted, ¡a quien tanto habría amado en otro tiempo!... ¡Lo veo!... ¡lo adivino!... reconozco su alma en sus ojos... ¡usted me la ofrece, y *no puedo tomarla*!...

La joven ocultó la frente entre las manos.

—¡Oh! —respondió muy quedo Félicien, con los ojos llenos de lágrimas—, ¡al menos puedo besar la tuya en el aliento de tus labios! ¡Compréndeme! ¡Déjate vivir! ¡Eres tan hermosa!... ¡El silencio de nuestro amor lo hará más inefable y más sublime; mi pasión crecerá

con todo tu dolor, con toda nuestra melancolía!... ¡Mujer querida, desposada para siempre, ven a vivir juntos!

Ella lo contemplaba con los ojos igualmente bañados en lágrimas y, posando la mano sobre el brazo que la ceñía:

—¡Usted mismo va a reconocer que es imposible! —dijo ella—. ¡Escuche todavía! Quiero terminar, en este momento, de revelar todo mi pensamiento... pues ya no volverá a oírme... y no quiero ser olvidada.

Hablaba lentamente y caminaba con la cabeza inclinada sobre el hombro del joven.

—¡Vivir juntos!... dice usted... Olvida que, tras las primeras exaltaciones, la vida adquiere caracteres de intimidad en que la necesidad de expresarse con exactitud se vuelve inevitable. ¡Es un instante sagrado! Y es el instante cruel en que quienes se han desposado, desatentos a sus palabras, reciben el castigo irreparable por el poco valor que concedieron a la *calidad* del sentido real, único, en fin, que esas palabras recibían de quienes las pronunciaban. «¡Basta de ilusiones!», se dicen, creyendo así enmascarar, bajo una sonrisa trivial, el doloroso desprecio que sienten, en realidad, por su clase de amor, y la desesperación que experimentan al confesárselo a sí mismos.

¡Pues no quieren advertir que solo han poseído lo que deseaban! Les resulta imposible creer que, salvo el Pensamiento, que transfigura todas las cosas, todo aquí abajo no es más que ILUSIÓN. Y que toda pasión, aceptada y concebida en la sola sensualidad, se vuelve pronto más amarga que la Muerte para quienes se han abandonado a ella. Mire el rostro de los transeúntes, y verá si me equivoco. ¡Pero nosotros, mañana! ¡Cuando ese instante hubiera llegado!... ¡Tendría su mirada, pero no tendría su voz! ¡Tendría su sonrisa... pero no sus palabras! ¡Y siento que usted no debe hablar como los demás!...

Su alma primitiva y sencilla debe de expresarse con una vivacidad casi definitiva, ¿no es cierto? ¡Todos los matices de su sentimiento,

por tanto, solo pueden traicionarse en la música misma de sus palabras! Yo sentiría bien que está usted todo lleno de mi imagen, pero la forma que da a mi ser en sus pensamientos, la manera en que soy concebida por usted, y que no se puede manifestar más que con algunas palabras halladas cada día —esa forma sin líneas precisas que, con ayuda de esas mismas palabras divinas, permanece indecisa y tiende a proyectarse en la Luz para fundirse en ella y pasar a ese infinito que llevamos en el corazón—, ¡esa única realidad, en fin, jamás la conoceré! ¡No!... Esa música inefable, oculta en la voz de un amante, ese murmullo de inflexiones inauditas que envuelve y hace palidecer, ¡estaría condenada a no oírla!... ¡Ah! ¡Quien escribió en la primera página de una sinfonía sublime: «¡Así es como el Destino llama a la puerta!», había conocido la voz de los instrumentos antes de sufrir la misma aflicción que yo!

¡Él recordaba, al escribir! Pero yo, ¿cómo recordar la voz con que usted acaba de decirme por primera vez: «¡La amo!...»?

Al escuchar aquellas palabras, el joven se había ensombrecido: lo que sentía era terror.

—¡Oh! —exclamó él—. ¡Pero usted entreabre en mi corazón abismos de desdicha y de cólera! ¡Tengo el pie en el umbral del paraíso y debo cerrar sobre mí mismo la puerta de todas las alegrías! ¡Es usted la tentadora suprema, en fin!... Me parece ver brillar en sus ojos no sé qué orgullo de haberme desesperado.

—¡Anda! ¡Soy quien no te olvidará! —respondió ella—. ¿Cómo olvidar las palabras presentidas que no se han oído?

—¡Señora, ay! ¡Mata usted a placer toda la joven esperanza que sepulto en usted!... Sin embargo, si tú estás presente donde yo viva, ¡el porvenir lo venceremos juntos! ¡Amémonos con más valor! ¡Déjate venir!

Con un movimiento inesperado y femenino, unió sus labios a los de él, en la sombra, dulcemente, durante algunos segundos. Luego le dijo con una especie de languidez:

—Amigo, le digo que es imposible. ¡Hay horas de melancolía en que, irritado por mi enfermedad, buscaría usted ocasiones de comprobarla aún más vivamente! ¡No podría olvidar que no le oigo!... ¡ni perdonármelo, se lo aseguro! ¡Fatalmente, se vería llevado, por ejemplo, a *no hablarme más*, a no articular ya sílaba alguna junto a mí! Sus labios, solos, me dirían: «La amo», sin que la vibración de su voz turbara el silencio. Llegaría usted a escribirme, ¡lo cual sería penoso, en fin! ¡No, es imposible! No profanaré mi vida por la mitad del Amor. Aunque virgen, soy viuda de un sueño y quiero permanecer insatisfecha. Se lo digo: no puedo tomarle su alma a cambio de la mía. ¡Usted era, sin embargo, quien estaba destinado a retener mi ser!... Y es precisamente por eso que mi deber es arrebatarse mi cuerpo. ¡Me lo llevo! ¡Es mi prisión! ¡Ojalá pronto sea liberada de ella! No quiero saber su nombre... *¡no quiero leerlo!*... ¡Adiós! ¡Adiós!...

Un carruaje relucía a pocos pasos, en el recodo de la calle de Grammont. Félicien reconoció vagamente al lacayo del peristilo de los Italianos cuando, a una señal de la joven, un criado bajó el estribo del cupé.

Esta soltó el brazo de Félicien, se desprendió como un pájaro, entró en el carruaje. Un instante después todo había desaparecido.

El señor conde de la Vierge partió, al día siguiente, hacia su solitario castillo de Blanchelande, y no se ha vuelto a oír hablar de él.

Ciertamente, podía vanagloriarse de haber encontrado, a la primera, una mujer sincera, que tenía, en fin, *el valor de sus opiniones*.

MARYELLE

A Madame la baronne de la Salle.

¡Acerca tus labios, dijo ella, mis besos tienen el sabor de una fruta que se derritiera en tu corazón!

GUSTAVE FLAUBERT, *La tentación de San Antonio*.

Su desaparición de Mabile, sus nuevos aires, la discreta elegancia de sus atavíos oscuros, sus ademanes, en fin, de *noli me tangere*, unidos a ciertas *reticencias* que empleaban ya sus favorecidos al hablar de ella, todo esto intrigaba un poco los ánimos acerca de esta seductora muchacha, célebre, antaño, en aquellas cenas donde su fina y graciosa charla galvanizaba hasta a los príncipes más hoscos de la *Gomme*, y a quien deseo llamar Maryelle.

No siendo, a veces, toda apariencia de pudor, en las mujeres ultragalantes, sino una última depravación, resolví, hallándome ocioso, ahondar en el enigma.

Sí, por un legítimo hastío, por una de esas frivolidades de que todo filósofo es capaz en sus horas (y que no conviene apresurarse a censurar en demasía), formé el propósito de indagar, en cuanto se presentara la ocasión, hasta qué profundidad de la epidermis había penetrado en ella esa capa de barniz pudoroso, sin dudar de que los primeros arañazos de una conversación sabiamente sazonada harían saltar, cuando menos, algunas escamas.

Ayer, en la avenida de la Ópera, me encontré con la misteriosa criatura, toda ceñida de falla negra, una rosa color rojo sangre en el

talle, un gainsborough sobre su óvalo y fino rostro.

Maryelle cuenta hoy veinticinco otoños; apenas está algo más pálida, sigue esbelta, excitante con su belleza de tuberosa, sazónada de una distinción de vizcondesa de teatro y ese no sé qué encanto en los ojos.

Entre dos frases banales de circunstancias, y hallándola menos ceremoniosa de lo que esperaba, la invité, sin más ceremonias, a venir a cenar al Bosque, a solas, en un molino de color cualquiera, para aburrirnos juntos —los primeros atardeceres de nuestro enervante septiembre debiendo ayudar, pensé yo, a sus expansivas confidencias.

Ella declinó al principio; luego, como seducida por mi despreocupado tono de reserva, aceptó. Daban las cinco. Partimos.

El paseo, bajo el ramaje de una de las alamedas más desiertas del Bosque, transcurrió en silencio. Maryelle se había bajado el velo, temiendo bien ser vista, bien causarme algún embarazo. El coche, según su deseo, iba al paso. No advertí nada especialmente sorprendente en el porte de nuestra enigmática amiga, salvo, eso sí, la insólita atención con que honró la puesta de sol.

La cena se mantuvo en un tono tan oficial que, trasladada a una comida de familia burguesa el día del santo del abuelo, no habría escandalizado a nadie. Hablamos, lo recuerdo, del... ipróximo salón! Ella estaba al tanto, parecía interesarse. En suma, éramos absurdos a placer: ¡es tan divertido hacer de petimetre! Lo prefiero a las cartas.

Para variar y atraerla hacia dominios más risueños del Espíritu, me puse a detallarle, en el postre, la aventura de aquel hidalguelo vengativo que, habiendo sorprendido —¿a quién? ¿se lo doy en mil? — a su esposa, ¡figúrense!, en conversación ligera, hirió de muerte al preferido; luego, mientras este entregaba el alma, y mientras la joven desconsolada se inclinaba en gran desesperación sobre el agonizante, se le ocurrió (irefinamiento extremo!) hacerle cosquillas en la sombra en los pies a la esposa infiel, para obligarla a estallar

en una carcajada loca en las mismas narices expirantes del elegido de su corazón.

Esta anécdota, sazónada de incidencias, habiendo inducido a Maryelle a sonreír, se rompió el hielo, y empezamos a divertirnos más.

Cuando nos hubieron traído los candelabros, el eterno café, las cajas olorosas de La Habana y los cigarrillos rusos, como las ventanas de nuestro reservado daban a grandes árboles, le dije, mostrándole la luna creciente que hacía centellear las últimas hojas de oro bruñido:

—Mi querida Maryelle, ¿te acuerdas, vagamente, del otoño pasado?

Ella tuvo un movimiento de cabeza un tanto melancólico:

—¡Bah! —respondió ella—. El invierno siguiente, las lindas flores de esas dos noches de que hablas murieron bajo la nieve. Anda, no intentemos reavivar un ramo de sensaciones marchitas: sería esforzarnos hacia un placer nulo. El capricho ha volado; ¡es el pájaro azul! Dejemos la jaula abierta, como recuerdo, ¿quieres? Quedémonos amigos.

La hora era encantadora: Maryelle acababa de decir algo tan sensato como exquisito; ¿qué mejor cosa cabía ya que una charla? Ella veía que, en ese instante al menos, me preocupaba más la clave de su nueva actitud que sus queridos abandonos... Sin embargo, me creí obligado, por delicadeza, a poner un semblante algo apenado — simple atención que todo hombre bien educado debe siempre, y pese a todo, a una criatura graciosa. Ella lo adivinó sin duda, y la simpática alondra quiso dejarse prender en el espejo. Nos tendimos la mano sonriendo, y así quedó todo terminado.

Y he aquí que, entre dos pequeños sorbos de menta blanca, habiéndome elegido por confidente, bajo el falaz quizá, pero tranquilizador pretexto de que yo no soy «como los demás» (lo cual venía a decir, en realidad, que necesitaba hablar, a toda costa, de la íntima preocupación que la ahogaba), Maryelle me narró la siguiente

historia, después de arrancarme esta promesa (que cumplo en este momento) de enmascarar a su heroína (si algún día llegara a hablar de ello) bajo el antifaz de terciopelo de un impenetrable y gracioso seudónimo.

He aquí la historia, sin comentarios. Es solo *su manera de ser banal* lo que me ha parecido bastante extraordinario.

El invierno pasado, en el teatro, Maryelle había sido objeto, según parece, de la atención de un espectador muy joven, absolutamente desconocido del todo-París de las calles Blanche y Condorcet.

Sí, de un muchacho de diecisiete o dieciocho años, de porte elegante y sencillo, cuyos gemelos se habían alzado varias veces hacia el palco.

Cuando la bella Maryelle viste traje cerrado, hay que decir que un provinciano siempre podría tomarla por alguna fugitiva del salón de una prefecta moderna.

La peligrosa criatura tiene esto a su favor: que no carece ni de ortografía ni de cierto tacto, gracias al cual se *transforma* según las personas que le hablan, y con la rapidez suficiente para producir la ilusión. Una vez comenzada la novela, ya no desentona: cualidad rara.

Se había hecho acompañar, esa noche, de una corpulenta chamarilera, a quien, desde el primer golpe de impertinentes del «señor», intimó, en voz baja, la más rigurosa compostura.

De modo que, ya desde el segundo acto, Maryelle habría parecido, incluso a ojos sagaces, una rentista viuda e indiferente, flanqueada por una parienta lejana.

El «señor» no era, pues, otro que aquel adolescente de apenas diecisiete años: hermosos ojos, aire crédulo, la inocencia misma. Un paje. Ahora bien, habiendo conmovido, al parecer, sobremanera a nuestro joven el aspecto a la vez imponente y picante de la brillante persona, erró por los pasillos (sin atreverse, por supuesto); y, para

decirlo todo, al término de la representación, siguió en coche el humilde simón de aquellas señoras.

Astuta como un lince, Maryelle se refugió, esa noche, en casa de su chamarilera. Se dieron órdenes para «si alguien venía a pedir referencias». En suma, se convirtió, en dos tiempos, en la honesta viuda, «de paso por París», de un militar retirado, ya mayor, condecorado, al que una familia interesada la había sacrificado desde temprano. En fin, nada faltó, ni siquiera los dos años de viudez, con el retrato del difunto, que se procurarían fácilmente y de segunda mano, si llegaba el caso de necesitarlo. Es tradición que, incluso en nuestros días, esta fastidiosa cantinela nunca deja de surtir efecto en las imaginaciones todavía jóvenes. Maryelle se quedó ahí, siendo lo mejor enemigo de lo bueno: más tarde, ya se vería.

Habiendo enloquecido la noche los febriles ensueños de su juvenil enamorado, todo sucedió tal como, con su olfato de galguita, nuestra heroína lo había presentido.

El joven provinciano, ya en posesión del nombre recién elegido de la dama, escribió.

(Maryelle, poniendo su leve pulgar sobre la firma, me dio a leer esta carta.) Si hay que confesarlo, me sorprendió el acento sincero de aquella epístola: emanaba, sin duda, de un muchacho demasiado cándido, pero muy noble. ¡Era una locura! ¡pero era exquisito! ¡Ah! ¡El encantador y buen muchachito! ¡Un respeto, una timidez irresistibles! ¡Aquel niño entregaba su primer amor, tomando a esa muchacha extraña por la más reservada de las mujeres! Yo mismo me entristecí pensando en el desenlace inevitable.

—Se llama, de nombre de pila, Raoul —me dijo ella—; pertenece a una excelente familia de provincias: sus padres, «magistrados muy honorables», le dejarán una buena posición. ¡Viene a París tres veces al mes, escapándose! Esto dura desde hace seis semanas.

Maryelle, encendiendo un cigarrillo, continuó su historia, como hablándose a sí misma.

Teniendo flancos accesibles, la bella arrepentida no había permanecido insensible a aquella pasión, tan «gentilmente» expresada. Tras otras dos «cartitas de enternecimiento», un velo se rasgó para ella; su «alma» entrevió la existencia bajo una luz desconocida. Una Marion Delorme despertó en aquel cuerpo hasta entonces sumido en limbos de inconsciencia.

En resumen, se concedió una cita.

El muchacho, según parece, estuvo inaudito, loco de alegría, ignorante, ingenuo hasta el delirio. Y, sintiéndose amada noblemente por primera —y sin duda última— vez, he aquí que aquella encantadora insensata de Maryelle se «entusiasmó» ella misma, y comenzó el idilio.

¡Se volvió loca por ello!

¡Oh! ¡Nada falta a la novela! Ni el secreto en cada viaje de Raoul, ni la casita alquilada en un arrabal tranquilo, con flores en el balcón y con vistas a un pálido jardincillo. Allí, solamente, resucitada de las «otras», ella palpita con todas las castidades, todos los abandonos, todas las dichas «idesconocidas durante tanto tiempo!». (Y, mientras hablaba, brillaban lágrimas entre las pestañas de la sentimental muchacha.)

Raoul es un Romeo que quizá nunca sabrá la última palabra de su Julieta, pues ella cuenta con desaparecer un día. Más tarde.

La otra mujer que había en ella ha muerto, según dice; o, más bien, para ella nunca ha existido. Las mujeres tienen esos poderes de olvido momentáneo; les dicen a sus recuerdos: «Volverán ustedes mañana», y ellos obedecen.

Pero, en el fondo, ¿es todo lo que afirman las mujeres de costumbres algo libres digno de tanta atención como el rumor del viento que canta entre las hojas hasta el invierno?

Entre tanto, sus ahorros se han disipado en amueblar, de manera delicada y modesta, la vivienda en cuestión. Raoul aún no es mayor de edad, ni está en posesión de fortuna alguna. Además, aunque

fuera rico, a Maryelle le parecería imposible aceptar de él el menor favor de dinero; tiene miedo del dinero junto a ese niño. El dinero le recordaría a las «otras». ¿Hablarle de ello? Jamás. Preferiría morir. Positivamente. Se siente justificada, por su amor, de la inconveniencia bastante fuera de lugar, de la indelicadeza incluso, que comete, en esto, para con ese muchacho tan inocente.

Él, creyéndola acomodada, como una mujer de su mundo, tampoco piensa en absoluto en ello; consagra todos sus pequeños luses a comprarle ya flores, ya bonitas cosas de arte que puede encontrar, eso es todo. Y es, en efecto, de lo más natural.

¡Entre ellos, pues, es el cielo! ¡Es la estima ingenua y pura! ¡Es el amor más sencillo, con sus ingenuas ternuras, sus éxtasis, sus arrobamientos perdidos de sí!

Dafnis y Cloe, balbuceando: he ahí su exacto equivalente.

En este punto del relato, Maryelle hizo una pausa; luego, alzando hacia las nubes lejanas, más allá de la ventana abierta a las estrellas, unos ojos de expresión virginal:

—Sí —concluyó ella—, ¡le soy fiel! ¡Y nada, nada! ¡lo siento, me haría dejar de serlo! Sí, ¡ANTES ME MATARÍA! —murmuró con una energía fría, y ruborizándose de pudor ante la sola idea de una infidelidad imaginaria.

—¿Eh?... —le respondí, alzando la cabeza, ligeramente estupefacto ante esa confesión—, vaya, pero... ¿Georges, sin embargo? ¿Gaston d'Al?... ¿ese guapo Aurelio? ¿Francis X***? Me parecía que... ¿eh?

Maryelle estalló en una risa fresca de notas de oro y de cristal.

—¡Unos bromistas simpáticos! —exclamó ella de pronto, sin transición—. ¡Ah! ¡Los importunos obligados, triste fiesta, entonces! ¿Ellos? ¡Ah, bueno!... ¡Desde luego!...

(Y se encogió de hombros con desdén.)

—¿Es culpa mía si hay que vivir? —añadió ella.

—Entiendo: le sigues siendo fiel... ¿en pensamiento?

—¡En pensamiento como en sensaciones! —exclamó de nuevo Maryelle, con un ademán de armiño indignado.

Hubo un silencio.

—Querido mío —continuó ella, con una de esas extrañas miradas femeninas que solo unos pocos espíritus saben leer—, ¡si supieras hasta qué punto mi historia, en esto al menos, *se convierte en la de todas las mujeres*! ¡Es tan fácil no profanar el tesoro de gozos que solo pertenece al amor, a ese sentimiento divino que ese niño y yo compartimos!... ¿El resto? ¿Acaso nos concierne? ¿Tiene algo que ver el corazón? ¿El placer, algo que ver? ¿*El hastío mismo*, algo que ver?... En verdad, querido poeta, aquello de lo que quieres hablar es menos que un sueño y no significa nada.

Las mujeres tienen una manera de pronunciar la palabra *sueño* y la palabra *poeta* que sería para morir de risa si se tuviera tiempo.

—Por eso —concluyó ella—, tengo derecho a decir que soy incapaz de engañarlo.

—¡Ah, vaya! Mi querida Maryelle —le respondí bromeando—, sin afirmar que lo *convenido* de tantos favores me resulte ininteligible, por modesto que sea, por poco deseo que tenga de acariciar quimera alguna, ¿me autorizarías, veamos, a JURAR que yo mismo, en fin, jamás estreché sino tu fantasma?

Ante esta loca pregunta —sugerida, quizá, por algún sensible contratiempo, pues la animación de su relato la había vuelto, en verdad, de lo más apetecible—, se acodó en la mesa con melancolía: la punta de sus dedos pálidos y finos rozaba sus cabellos; miraba, entre sus pestañas, arder una de las velas del candelabro; luego, con una indefinible sonrisa:

—Querido —me dijo tras un silencio bastante profundo—, es molesto lo que me pides; pero mira, *ya nadie es tan pródigo de sí mismo hoy en día*. Y, entre otros, ni tú ni yo. ¿Acaso las apariencias del amor no se han vuelto, para casi todos, preferibles al amor

mismo? ¿No me diste tú mismo, en el fondo, el ejemplo del cruel sacrilegio... que querrías reprocharme? Entre nosotros, ¿no te sentirías algo incómodo si yo te hubiese amado?... ¿Tomas en serio el encanto, convenido en efecto, de un instante —quizá bien solitario, bien poco compartido quizá!—, por el fugaz y devorador gozo del Amor? ¡Vamos! Supongo que robarías un beso de los labios de una niña dormida y, por ello, la juzgarías culpable de infidelidad hacia —su prometido, por ejemplo—... Y, al encontrarla un día, te atreverías a imaginarte, sin reírte, haber sido el rival de aquel... ¡Ah! Te aseguro que, no habiendo sentido siquiera el roce de ese beso, ella quedaría dispensada, para contigo, incluso del olvido. Por indiferente que puedas serme en amor, bien puedes creer, sin gran fatuidad, imagino, que he sabido distinguir el placer que *debíó* causarme tu simple persona del que me causó también ese lindo diamante deslizado en mi dedo —¡ah! ¡ciertamente, con una delicada y muy sencilla apariencia de recuerdo, lo concedo!—, pero que, hablando en plata, te descargaba para con una pobre muchacha, galante de oficio, como tu muy humilde servidora Maryelle. En cuanto al *resto*, a lo que haya podido concederte por jovialidad o por indolencia, esa es la ilusión que hay que dejar volar para siempre: el polvo brillante de las alas de esa mariposa se ha borrado siempre en los dedos, bastante crueles, que intentaron volver a atraparla.

—Querido, no esperes convencerme de que solo has conocido del amor esos vanos abandonos mezclados de tristes y necesarias segundas intenciones. ¿Me preguntas si nunca estrechaste entre tus brazos sino mi fantasma? —concluyó la bella riente—; pues bien, permíteme responderte que tu pregunta sería, cuando menos, indiscreta e *inconveniente* (esa es la palabra, ¿sabes?) si no fuera absurda. Porque *eso no te concierne*.

—¡Ve corriendo a reunirme con tu Raoul, miserable! —exclamé, furioso—. ¿Se ha visto impertinencia igual? Pretendo consolarme intentando escribir tu ridícula historia. ¡Eres de una fidelidad... a toda prueba!

—¡No olvides el seudónimo! —dijo, riendo, Maryelle.

Se puso su sombrero con velo, su larga capa, se privó de besarme —por un último sentimiento de las conveniencias— y desapareció.

Ya solo, me acodé en el balcón, mirando alejarse, bajo los árboles de la alameda, el coche que se llevaba a aquella enamorada hacia su amor.

—¡He ahí, sin duda, una nueva Lucrecia! —pensé.

La hierba, toda luminosa por el aguacero de la tarde, brillaba bajo la ventana: arrojé allí, por aparentar, mi cigarro apagado.

EL TRATAMIENTO DEL DOCTOR TRISTAN

A Monsieur Jules de Brayer.

«Fili Domini, putasne *vivent* ossa ista?»

ISAÍAS.

¡Hurra! ¡Ya está hecho! ¡Alegría! ¡iii *For ever!!!* El Progreso nos arrastra en su torrente. Lanzados como estamos, cualquier momento de detención sería un verdadero suicidio. ¡Victoria! ¡Victoria! La velocidad de nuestro arrastre adquiere proporciones de niebla tan admirables que apenas si tenemos tiempo de distinguir otra cosa que la punta de nuestra propia nariz.

Para escapar al horrible hipnotismo que de ello podría derivarse, ¿tenemos otro recurso que el de cerrar definitivamente los ojos? No. Ninguno más. Bajemos, pues, los párpados y—dejémonos llevar.

¡Cuántos descubrimientos! ¡Cuántos inventos, mantecosos para todos!—¡La Humanidad se convierte, entre dos diluvios, en un hecho positivamente divino! Recapitulemos:

- 1.º Polvos de arroz negros, para aclarar el cutis de los negros cimarrones;
- 2.º Reflectores del Dr. Grave, que van a cubrir, desde mañana, de carteles el vasto muro del cielo nocturno;
- 3.º Telarañas artificiales para sombreros de sabios;
- 4.º Máquina de Gloria del ilustre Bathybius Bottom, el perfecto barón moderno;

5.º La Eva-nueva, máquina electro-humana (icasi una bestia!...), que ofrece el clisado del primer amor, por el asombroso Thomas Alva Edison, el ingeniero americano, el Papá del Fonógrafo.

¡Pero, chist! ¡Aquí hay novedades! ¡Aquí hay más novedades!... ¡Siempre!... Esta vez es la Medicina la que va a deslumbrarnos. ¡Escuchemos! Un asombroso facultativo, el Dr. T. Chavassus, acaba de encontrar un tratamiento radical de los *Ruidos, Zumbidos* y demás trastornos del canal auditivo. Cura incluso a las personas que *oyen al revés*, enfermedad que se ha vuelto contagiosa en nuestros días. Chavassus, en fin, poseyendo a fondo el conocimiento de todos los tambores del oído humano, se dirige, de manera *intelectual*, a esas personas nerviosas que sienten demasiado de prisa, como se dice, *la mosca en la oreja*! ¡Calma los picores que, por ejemplo, la sensación de los «ultrajes» sigue despertando detrás del apéndice auricular de ciertos humanos rezagados y todavía *demasiado* susceptibles! Pero su triunfo, su especialidad, es la curación de las personas que «*oyen Voces*», como las Juana de Arco, por ejemplo. Ese es su principal título a la estima pública.

El tratamiento del Dr. Chavassus es *totalmente* racional; su lema es: «¡Todo para el Buen-Sentido y por el Buen-Sentido!» Con él, no hay ya que temer inspiraciones heroicas. Ese príncipe del saber impediría, si fuera necesario, que un enfermo distinguiera siquiera la voz de su conciencia. Y garantiza, a tanto alzado, que toda Juana de Arco, al salir de sus esclarecidas manos, no oirá ya ninguna especie de *Voz* (ni siquiera la suya), y que los tambores de sus oídos quedarán, en ella, tan velados como todo tambor serio y racional debe estarlo hoy en día.

¡Se acabaron esos arrebatos irreflexivos, debidos, por ejemplo, a la excitación que los viejos cantos de una patria despiertan, morbosamente, en el corazón de algunos últimos entusiastas! ¡Se acabaron las niñerías! ¡No temamos ya reconquistar provincias a la ligera! El Doctor está ahí. ¿Le atormentan algunas lejanas llamadas de las sirenas de la Gloria?... Chavassus le hará pasar esos zumbidos de oídos. ¿Oye usted acentos sublimes, en el silencio, como si el

alma de su patria le hablara?... ¿Experimenta usted sobresaltos de honor sublevado cuando el sentimiento del valor vencido y de la indomable esperanza de los grandes mañanas se enciende en su corazón y le enrojece el lóbulo de las orejas?... ¡Rápido! ¡Rápido! ¡A casa del Doctor: él le quitará esos picores!

Su consulta es de dos a cuatro. ¡Y qué hombre tan afable! ¡Encantador! ¡Irresistible! Se adentra usted en su gabinete, estancia decorada con esa ornamentación severa que conviene a la Ciencia. Como único objeto de lujo, distingue usted una ristra de cebollas colgada bajo un busto de Hipócrates, para indicar a las personas sentimentales que podrán procurarse, en caso necesario, lágrimas de gratitud tras el éxito.

Chavassus le indica un sillón empotrado en el suelo. Apenas se ha instalado usted cómodamente en él, cuando unas brascas grapas, semejantes a zarpas de tigre, paralizan en usted, en el mismo instante, el más leve movimiento. El Doctor, entonces, le mira durante un rato, bien de frente, enarcando las cejas, empujándose la mejilla con la lengua y con un mondadientes en la mano, testimoniándole así el violento interés que usted le inspira.

—¿Ha tenido usted a menudo *las orejas gachas* en la vida? —le pregunta.

—Pues... como todo el mundo, hoy en día —responde usted, alegremente—. Muchas veces, para distraerme.

—Tenga esperanza, en tal caso —prosigue el Doctor—. Son ecos, amigo mío; no son *Voces* lo que ha oído usted.

Y de pronto, precipitándose sobre su oreja, pega en ella la boca. Luego, con una entonación primero lenta y grave, pero que no tarda en hincharse como el rugido del trueno, articula en ella esta sola palabra: «HUMANIDAD». Con los ojos puestos en su cronómetro, llega, al cabo de veinte minutos, a pronunciarla diecisiete veces por segundo, sin confundir sus sílabas, ¡resultado conquistado tras muchas vigiliass! Fruto de numerosos y peligrosos ejercicios.

Repite, pues, esa palabra, de esa sorprendente manera, en la citada oreja de usted: no porque ese vocablo represente, para su espíritu, isentido alguno! ¡Al contrario! (Él, personalmente, no se sirve de ella más que como cierto cantante se servía, todas las mañanas, de la palabra «Carcasona», para limpiarse la garganta, y eso es todo.) Pero le atribuye virtudes *mágicas* y sostiene que, cuando ha adormecido, castrado y embotado bien el cerebelo de un enfermo con esa palabra, la curación está lograda en sus tres cuartas partes.

Hecho esto, pasa a la otra oreja y le susurra, con las inflexiones de una tirolesa, unas noventa *Colas-de-palabras* de su propia confección. Estas Colas-de-palabras juegan con las desinencias de ciertos términos, hoy pasados de moda y cuyo significado resulta casi imposible de recuperar; por ejemplo, palabras como: ¡Generosidad!... ¡Fe!... ¡Desinterés!... ¡Alma inmortal!... etcétera, y otras expresiones fantásticas. Al final, usted lo escucha moviendo suavemente la cabeza de arriba abajo; sonrío, en una especie de éxtasis.

Al cabo de media hora, estando así lleno el vaso de su entendimiento, se hace necesario *taparlo*, ¿no es cierto?... por miedo a que su precioso contenido se evapore. Chavassus, pues, al acercarse el momento que juzga psicológico, le introduce en las orejas dos hilos de inducción especialmente untados, preparados y saturados de un fluido *positivo* cuyo secreto posee. ¡Chist! ¡No nos movamos más!... Toca el interruptor de una pila cercana; la chispa salta en su oreja. Treinta mil címbalos resuenan bajo su cráneo. Las grapas y el sillón contienen el terrible salto cuyo impulso reprimido saborea usted, interiormente.

—¡Y bien! ¿Qué?... ¿qué?... ¿qué?... —no deja de repetirle, sonriendo, el Doctor.

Segunda chispa. ¡Crac! Basta con eso. ¡Victoria!... El tímpano está reventado,—es decir, ese punto misterioso, ese punto enfermo, ese *punto* inquietante que, en el tímpano de su mísera oreja, llevaba a su espíritu esos zumbidos de gloria, de honor y de valor.—Está usted

salvado. Ya no oye nada. ¡Milagro! ¡La Abstracción y la Cola-de-palabra ahogan en usted todo grito de cólera ante el viejo Ideal asesinado! ¡El amor exclusivo por su salud y sus comodidades le inspira un desprecio esclarecido de toda ofensa! He aquí que, en adelante, es usted a prueba de diez mil bofetadas. ¡¡¡POR FIN!!! Usted respira. Chavassus le da un capirotazo en la nariz, en señal de curación; se levanta usted; es usted LIBRE...

Si usted teme algunos pueriles rebrotes de dignidad, si, en una palabra, todavía duda, el Doctor Tristan, mientras mastica su mondadientes, le asesta, en la caída de los riñones, un fuerte puntapié, que usted recibe con el corazón rebosante de gratitud y mirando la ristra de cebollas. Ya está usted tranquilizado. Se marcha después de haberlo colmado de oro. Sale usted de su consulta, fresco, dispuesto, ágil —con ese hermoso traje negro, *vulgo* cola de pato, *alias* frac, con el que lleva usted, tan divinamente, el luto de las palabras que ha matado—, con las manos en los bolsillos, bajo el alegre sol, con aire entendido, mirada avispada, el espíritu bien liberado de todas esas *Voces* vanas y confusas que, todavía la víspera, lo acosaban. Siente usted correr el Buen-Sentido, como un bálsamo, por todo su ser. Su indiferencia... *ya no conoce fronteras*. Está usted consagrado por un razonamiento que lo hace superior a toda vergüenza. Se ha convertido usted en un hombre de la Humanidad.

CUENTO DE AMOR

¡Y que Dios no te recompense jamás por el *bien* que me has hecho!

HENRI HEINE, el *Intermezzo*.

I

DESLUMBRAMIENTO

La Noche, sobre el gran misterio, entreabre sus joyeros azules:
¡tantas flores hay en la tierra como estrellas en los cielos!

Se ve cómo sus sombras dormidas se iluminan, a cada instante,
tanto por las flores encantadoras como por los astros encantadores.

Yo, mi noche de velo sombrío, no tiene, por encanto y por
claridad, más que una flor y una estrella: ¡mi amor y tu belleza!

II

LA CONFESIÓN

He perdido el bosque, la llanura y los frescos abriles de antaño...
¡Dame tus labios: su aliento será el hálito de los bosques!

He perdido el Océano taciturno, su duelo, sus olas, sus ecos; dime
cualquier cosa: será el rumor de las olas.

Cargada de una tristeza real, mi frente sueña con los soles idos...
¡Oh! ¡Escóndeme en tu pecho pálido! ¡Será la calma de las noches!

III

LOS PRESENTES

Si me hablas, alguna noche, del secreto de mi corazón enfermo, te diré, para conmoverte, una balada muy antigua.

Si me hablas de tormento, de esperanza desengañada, iré tan solo a cogerte rosas llenas de rocío.

Si, semejante a la flor de los muertos que se complace en el destierro de las tumbas, quieres compartir mis remordimientos... te traeré palomas.

IV

A LA ORILLA DEL MAR

Al salir de aquel baile seguimos las playas; hacia el techo de un destierro, al azar del camino, íbamos: una flor se marchitaba en su mano; era en una medianoche de estrellas y de sueños.

En la sombra, en torno a nosotros, caían olas oscuras. Hacia las lejanías de ópalo y oro, sobre el Atlántico, el ultramar derramaba su luz mística; las algas perfumaban los espacios helados;

¡Los viejos ecos resonaban en todo el acantilado! Y las capas de la ola, de volutas sin freno, espumeaban, pesadamente, contra las rocas de bronce. En la duna brillaban las cruces de un cementerio.

Su silencio, para nosotros, cubría aquel vasto estruendo. Ya no tendían, cruces insultadas por la sombra, las coronas de luto, flores de muertos, arrebatadas hacia las olas tronantes, por las tempestades, en la noche.

Pero, desde aquellas blancas tumbas inclinadas sobre la orilla, bajo la bruma sagrada semejante a claridades, la sombra interrogaba en vano a los grandes sueños: guardaban el secreto de la Ley decisiva.

Friolera, ella velaba, con un cachemir negro, su pecho, i regio destierro de todos mis pensamientos! Yo admiraba a aquella mujer de párpados bajos, esfinge cruel, mal sueño, antigua desesperación.

Sus miradas hacen morir a los niños. Ella pasa y se deja sobrevivir en lo que destruye. Es la mujer a quien se ama a causa de la Noche,

y quienes la han conocido hablan de ella en voz baja.

El peligro la reviste de un fulgor familiar: incluso en su abrazo, olvidadizamente tierno, sus crímenes, evocados, son tales que se cree oír culatas de fusiles cayendo sobre el rellano.

Sin embargo, bajo la ilustre vergüenza que la encadena, bajo el duelo en que se complace esa alma sin vuelo, reposa aún un candor inviolado, como un lirio encerrado en un cofre de ébano.

Prestó oído al tumulto de los mares, inclinó su hermosa frente tocada por los años, y, recordando sus tristes destinos, se desahogó en estos términos amargos:

—Antaño, antaño —cuando formaba parte de los vivos—, sus amores, bajo las pálidas antorchas de las noches, como el mar al pie de esas tumbas, se lamentaban, agitados, ante mi apatía.

—He visto largos adioses quebrarse sobre mis manos: mortal, yo acogía, sin deseo y sin odio, las confesiones suplicantes de esas almas en pena: el sepulcro no devuelve al mar su beso.

—Soy, pues, insensible y hecha de silencio, y no he vivido; mis días son fríos y vanos: ilos Cielos me han negado los latidos divinos! Para mí se han falseado los pesos de la balanza.

—Siento que ese es mi sino incluso en la muerte: y si, cuidadosos todavía de los pesares o de las fiestas, los muertos van a buscar sus flores en las tempestades, yo reposaré, sin comprenderlos.

Saludé las cruces luminosas y pálidas. La extensión anunciaba la aurora, y me puse a decir, para calmar sus tenebrosos pensamientos, que el viento del remordimiento batía con sus ráfagas

Y mientras el mar desierto se hinchaba: —En el baile no tenía usted esas melancolías, y los sonidos de cristal de sus frases pulidas encantaban a la serpiente de oro de su pulsera.

—Riendo, y respirando un ramillete de rosas bajo sus grandes cabellos negros entremezclados de diamantes, cuando el vals nos

tomó, a los dos, unos instantes, tuvo usted, en los ojos, destellos menos hoscos.

—Yo era feliz al ver, bajo el placer rubicundo, reanimarse su alma, ya toda dispuesta al olvido, y aclararse por fin su dolor distraído, como un glaciador herido por un rayo de sol.

Dejó brillar sobre mí sus ojos fúnebres, y la palidez de los muertos adornaba sus rasgos fatales. —¿Según usted, me parezco a los países boreales, que tienen seis meses de claridad y seis meses de tinieblas?

—Sabe mejor qué orgullo nos hemos dado y todo lo que en nuestros ojos impide leer... Ámame, tú que sabes que, bajo una clara sonrisa, soy semejante a esas tumbas abandonadas.

V

DESPERTAR

Oh, tú, ante quien quedo atónito, ¡ya tengo la clave de tu abismo! Cualquier beso te anima: un transeúnte; oro; todo está dicho.

No amas sino como quien se venga; mientes con gritos deliciosos; y te complaces, riéndote de los cielos, en esos vanos juegos de mal ángel.

En tus besos nulos y perversos, si bebí tus jugos, beleños, hechicera entre las mujeres, ¡sé olvidada, en tus inviernos!

VI

ADIÓS

Un vértigo disperso bajo tus velos tentó mi frente hacia tus brazos desnudos. ¡Adiós, tú por quien conocí la angustia de las noches sin estrellas!

¡Qué! ¡Tu solo nombre me hizo palidecer! Hoy, sin deseos ni temores, ya no quiero sepultarme en el vil hastío de tus abrazos.

Respiro el viento de las playas, soy feliz lejos de tu umbral: y tus cabellos color de luto ya no proyectan sombra sobre mis sueños.

VII

ENCUENTRO

Sacudías tu negra antorcha; no pensabas estar muerta; yo forjé la reja y la puerta, y mi corazón está seguro de la tumba.

No sé qué llama aún ardía en tu pecho asesino; no podía preocuparme por ello: me hiciste reír de la aurora.

¿Crees en el regreso sobre los propios pasos? ¿Que solo los sentidos hacen las embriagueces?... Pues bien, yo bostezaba entre tus caricias: no resucitarás.

RECUERDOS OCULTOS

A Monsieur Franc Lamy.

Y no hay, en toda la comarca, castillo más cargado de gloria y de años que mi melancólico solar hereditario.

EDGAR POE.

—Yo desciendo —me dijo él, último de los Gaëls—, de una familia de celtas, duros como nuestras rocas. Pertenezco a esa raza de marinos, ilustre flor de Armor, cepa de extraños guerreros, cuyas hazañas figuran entre las joyas de la Historia.

Uno de esos antepasados, hastiado, siendo aún joven, de la vista y del fastidioso trato de los suyos, se exilió para siempre, con el corazón lleno de un desdén olvidadizo, del solar natal. Fue en la época de las expediciones de Asia; partió a combatir junto al bailío de Suffren y pronto se distinguió, en las Indias, por misteriosos golpes de mano que ejecutó, solo, en el interior de las *Ciudades-muertas*.

Esas ciudades, bajo cielos blancos y desiertos, yacen, derruidas, en el centro de horribles bosques. Las faréolas, la hierba, las ramas secas cubren y obstruyen los senderos que fueron avenidas populosas, de donde se ha desvanecido el ruido de los carros, de las armas y de los cantos.

Ni soplos, ni trinos, ni fuentes en el calmo horror de esas regiones. Los bengalíes, ellos mismos, se alejan, aquí, de los viejos ébanos, más allá, de sus árboles. Entre los escombros, acumulados en los

claros, inmensas y monstruosas erupciones de flores larguísimas, cálices funestos donde arden, sutiles, los espíritus del Sol, se lanzan, estriadas de azul, matizadas de fuego, veteadas de cinabrio, semejantes a los radiantes despojos de una miríada de pavos reales desaparecidos. Un aire cálido de mortales aromas pesa sobre los mudos restos: y es como un vapor de pebeteros funerarios, un sudor azul, embriagador y torturante, de perfumes.

El azaroso buitre que, peregrino de las mesetas de Cabul, se demora sobre esta comarca y la contempla desde lo alto de alguna palmera datilera negra, no se aferra de pronto a las lianas sino para debatirse en ellas en una repentina agonía.

Aquí y allá, arcos rotos, estatuas informes, piedras de inscripciones más corroídas que las de Sardes, de Palmira o de Khorsabad. En algunas, que adornaron el frontón, antaño perdido en los cielos, de las puertas de esas ciudades, el ojo puede aún descifrar y reconstruir el zend, apenas legible, de aquella soberana divisa de los pueblos libres de entonces:

«... ¡Y DIOS NO PREVALECEERÁ!»

El silencio solo se ve turbado por el deslizamiento de los córtalos, que ondulan entre los fustes derribados de las columnas, o se enroscan, silbando, bajo los musgos rojizos.

A veces, en los crepúsculos de tormenta, el grito lejano del hemión, alternando tristemente con los estallidos del trueno, inquieta la soledad.

Bajo las ruinas se prolongan galerías subterráneas de accesos perdidos.

Allí, desde hace numerosos siglos, duermen los primeros reyes de aquellas extrañas comarcas, de aquellas naciones, más tarde sin señores, cuyo nombre mismo ya no existe. Pues bien, esos reyes, según los ritos de alguna costumbre sagrada sin duda, fueron sepultados bajo esas bóvedas, *con sus tesoros*.

Ninguna lámpara ilumina las sepulturas.

Nadie tiene memoria de que el paso de un cautivo de las inquietudes de la Vida y del Deseo haya importunado jamás el sueño de sus ecos.

Solo la antorcha del brahmán —ese espectro sediento de Nirvana, ese espíritu mudo, simple *testigo* de la universal germinación de los devenires— tiembla, imprevista, en ciertos instantes de penitencia o de ensoñaciones divinas, en lo alto de los peldaños desunidos, y proyecta, de escalón en escalón, su llama oscurecida de humo hasta el fondo de las criptas.

¡Entonces las reliquias, de pronto mezcladas de resplandores, centellean con una especie de milagrosa opulencia!... Las cadenas preciosas que se entrelazan con los huesos parecen surcarlos de súbitos relámpagos. ¡Las regias cenizas, todas empolvadas de pedrería, refulgen! Tal el polvo de un camino que enrojece, antes de la sombra definitiva, algún último rayo de Occidente.

Los Maharajás hacen guardar, mediante hordas de élite, los linderos de los bosques sagrados y, sobre todo, los accesos a los claros donde empieza el revoltijo de esos vestigios. Prohibidas están asimismo las orillas, las corrientes y los puentes derruidos de los éufrates que los atraviesan. Taciturnas milicias de cipayos, de corazón de hiena, incorruptibles y sin piedad, rondan, sin cesar, por doquier, en esos parajes homicidas.

¡Muchas noches, el héroe burló sus tenebrosas artimañas, evitó sus emboscadas y confundió su errante vigilancia!... Haciendo sonar de pronto el cuerno, en la noche, en puntos diversos, los aislaba con esas falaces alarmas; luego, bruscamente, surgía bajo los astros, entre las altas flores, destripando con rapidez sus caballos. Los soldados, como ante la aparición de un mal genio, se aterraban de aquella presencia inesperada. ¡Dotado de un vigor de tigre, el Aventurero los abatía entonces, uno a uno, de un solo salto! Los ahogaba, primero, a medias, en ese breve abrazo, y luego, volviendo sobre ellos, los masacraba a placer.

El Exiliado se convirtió, así, en el azote, el espanto y el exterminio de aquellos crueles guardias de rostros color de tierra. En suma, era él quien los dejaba, clavados en gruesos árboles, con sus propios yataganes en el corazón.

Internándose, después, en medio del pasado destruido, por las alamedas, las encrucijadas y las calles de aquellas ciudades de las viejas edades, alcanzaba, pese a los perfumes, la entrada de los sepulcros sin igual donde yacen los restos de aquellos reyes hindúes.

No estando defendidas sus puertas sino por colosos de jaspe, especie de monstruos o de ídolos de vagas pupilas de perlas y esmeraldas —de formas creadas por el imaginario de teogonías olvidadas—, penetraba en ellos con facilidad, aunque cada peldaño descendido hiciera moverse las largas alas de aquellos dioses.

Allí, haciendo botín en torno suyo, en la oscuridad, domando el vértigo sofocante de los siglos negros cuyos espíritus revoloteaban, golpeándole la frente con sus membranas, recogía, en silencio, mil maravillas. Así, Cortés en México y Pizarro en el Perú se arrogaron los tesoros de los caciques y de los reyes, con menos intrepidez.

Con las alforjas de pedrería en el fondo de su barca, remontaba, sin ruido, los ríos, guareciéndose de las peligrosas claridades de la luna. Bogaba, crispado sobre sus remos, en medio de los tojos, sin enternecerse ante los quejumbrosos llantos de niño que los caimanes gemían a su lado.

En pocas horas alcanzaba así una caverna lejana, conocida solo por él, y en cuyos repliegues vaciaba su botín.

Sus hazañas se difundieron. De ahí, leyendas, salmodiadas todavía hoy en los festines de los nababs, a fuerza de teorbas, por los faquires. Aquellos trovadores mugrientos —no sin un viejo estremecimiento de odiosa envidia o de respetuoso espanto— otorgan a aquel antepasado el título de Expoliador de tumbas.

Una vez, sin embargo, el intrépido nauta se dejó seducir por los insidiosos y melosos discursos del único amigo que jamás se allegara, en una circunstancia especialmente peligrosa. Este, por un

singular prodigio, ¡escapó con vida! Hablo del bien llamado, del demasiado famoso coronel Sombre.

Gracias a aquel taimado irlandés, el buen Aventurero cayó en una emboscada. Cegado por la sangre, alcanzado por las balas, cercado por veinte cimitarras, fue apresado, de improviso, y pereció en medio de horribles suplicios.

Las hordas himalayas, ebrias de su muerte, y en los saltos furiosos de una danza de triunfo, corrieron a la caverna. Recobrados los tesoros, regresaron a la comarca maldita. Los jefes arrojaron piadosamente aquellas riquezas al fondo de los antros fúnebres donde yacen los manes ya citados de aquellos reyes de la noche del mundo. Y las viejas pedrerías brillan allí todavía, semejantes a miradas siempre encendidas sobre las razas.

Yo he heredado —yo, el Gaël— solo los deslumbramientos, ¡ay!, del sublime soldado, y sus esperanzas. Habito, aquí, en Occidente, esta vieja ciudad amurallada, donde me encadena la melancolía. Indiferente a las inquietudes políticas de este siglo y de esta patria, a las fechorías pasajeras de quienes las representan, me demoro cuando las tardes del solemne otoño inflaman la cima herrumbrosa de los bosques circundantes. Entre los resplandores del rocío, camino, solo, bajo las bóvedas de las negras alamedas, ¡como el Antepasado caminaba bajo las criptas del centelleante osario! Por instinto, también, evito, no sé por qué, los nefastos resplandores de la luna y las malignas cercanías humanas. ¡Sí, las evito, cuando camino así, con mis sueños!... Porque siento, *entonces*, que llevo en mi alma el reflejo de las riquezas estériles de un gran número de reyes olvidados.

EL ANUNCIADOR (EPÍLOGO)

A Monsieur le marquis de Salisbury.

«¡Vanidad de vanidades, y todo es vanidad!»

SALOMÓN, *Eclesiastés*.

En lo alto de las torres tutelares de la ciudad de Jebús velan los guerreros de Judá, con los ojos fijos en las colinas.

Al pie de las murallas se extienden, hacia el interior, las construcciones asmoneas, las grutas reales, los viñedos atestados de colmenas, los túmulos de suplicio, el arrabal de los nigromantes, las avenidas escarpadas que conducen a Ir-David.

Es de noche.

Lindando con los fosos de fieras, los cenáculos de justicia, edificadas bajo el reinado de Saúl, aparecen, blancos y cuadrados, en los recodos de los caminos, como sepulcros.

Cerca de los canales de Siloé, el espejo de las piscinas probáticas refleja las hosterías bajas de patios plantados de higueras: aguardan las caravanas de Elam y de Fenicia.

Hacia oriente, bajo las alamedas de sicómoros, están las moradas de los príncipes de Judea; —en los extremos de los caminos centrales, penachos de palmeras hacen flotar sus anchas hojas sobre las cisternas, abrevaderos de los elefantes.

Hacia Hebrón, entrada de los que vienen del Jordán, humean las chimeneas de ladrillo de los armeros, de los fabricantes de aromas y

de los orfebres. —Más allá, las viviendas ceñidas de viñas, casas natales de los ricos de Israel, escalonan sus terrazas, sus baños contiguos a frescos vergeles. Al septentrión se alarga el barrio de los tejedores, adonde los dromedarios, montados por los mercaderes de Asia, vienen, cargados de madera de sitim, de púrpura y de fino lino, a doblar, por sí solos, las rodillas.

Allí viven los mercaderes extranjeros que acompañaron a los ídolos. Mantienen la molicie de las aldeas de Magdala, de Naín, de Sunem, y se adueñan del sur de la ciudad.

Venden los vinos espesos y dorados, las esclavas hábiles en el arte del tocado, el licor amargo de las mandrágoras del Carmelo para las ilusiones del deseo, los cofrecillos de madera de alcanforero para guardar los presentes, los bálsamos de Galaad, los monos, estupor de Israel, mas diversión de sus vírgenes, importados de las orillas del Indo por las flotas de Tadmor, —las especias sutiles, las vidrierías de Aco, los objetos de sándalo labrado, las cautivas, las perlas, las esencias de flores para los baños, el bedelio para embalsamar a los muertos, las pastas de piedras molidas para pulir la piel, las legumbres raras, los ariscos caballos de raza iraní, los cinturones bordados de sentencias profanas, las roselas de Asia de plumaje de zafiro, las serpientes de lujo, ya del todo encantadas, venidas de Susa, los lechos de placer y los grandes espejos de metal orlados de ramas de ébano.

Más allá de los atrincheramientos, rodeada de sepulcros y de fosos, más alta que el circuito de Jaír o de las Iluminaciones, se despliega, inmensa, la ciudad de David. Mil doscientos carros de guerra guardan sus doce puertas. Hierosolima, bajo las sombras del cielo, ilumina los millares de arcos de sus acueductos, entrecruza sus calles circulares, alza hasta las nubes las cúpulas de bronce de sus edificios.

En las plazas públicas enrojecen los cascos de la milicia nocturna. Aquí y allá, fuegos aún encendidos señalan caravasares, moradas de pitonisas, mercados de esclavos. Luego, todo se pierde en la

oscuridad. Y el soplo sagrado de los profetas pasa, en el viento, a través de las ruinas de los muros cananeos.

Así está dormida, bajo la solemnidad de los siglos, al rumor cercano de los torrentes, la ciudadela de Dios, Sion la Predestinada.

*

En el horizonte, sobre las alturas de Milo, envuelto todo en una bruma luminosa, un extraño palacio superpone sus jardines colgantes, sus galerías, sus cámaras sacerdotales de artemisios de madera preciosa, sus pabellones rodeados de olivos, sus criaderos de basalto de terrenos surcados para la cría de los sementales de guerra, sus torres de cúpulas de cobre. Se yergue, confuso, sobre los valles de Betsaida, bajo el silencio estrellado.

¡Allí es noche de fiesta! Las esclavas de Etiopía, esbeltas en sus túnicas de plata, balancean incensarios sobre los peldaños de mármol que llevan de los jardines de Etam a la cima del recinto: los eunucos llevan ánforas y rosas; los mudos, entre los árboles, avivan brasas encendidas para los altares de los perfumes.

Contra los arcos de los vestíbulos, unos enanos azafranados, los gamadim, flotando en sus túnicas amarillas, alzan, a ratos, los tapices antiguos.

¡Entonces los trescientos escudos de oro, clavados en los cedros entre las hachas madianitas, reflejan los fuegos súbitos de las lámparas aparecidas, las maravillas, las claridades!

¡En las explanadas, a la entrada de los pórticos, jinetes de lanzas de fuego, guerreros nómadas de las playas del mar Muerto, contienen sus pesados corceles gomorreos de arneses de piedras preciosas, que se encabritan, poderosamente, entre las chispas!...

Por encima de ellos, a la altura de los follajes exteriores, la misteriosa Sala de los Encantamientos, obra de los caldeos, la Sala donde mil estatuas de jaspe hacen arder un bosque de antorchas de áloe, la alta Sala de los festines, de columnatas místicas, expuesta a todos los vientos del espacio, prolonga, en medio del cielo, el vértigo

de sus profundidades triangulares: los dos lados del ángulo inicial se abren, frente al Moria, sobre la ciudad sepultada en la sombra del Templo, tiara luminosa de Sion.

*

Al fondo de la Sala, en una silla de ciprés que sostienen las puntas de las alas vueltas hacia atrás de cuatro querubines de oro, el rey Salomón, perdido en sueños sublimes, parece prestar oído a los cánticos lejanos de los levitas. Los Nebiím, en el monte del Escándalo, exaltan los versículos del Séfer, que narran la creación del mundo.

Sobre la mitra del Rey, separando las bandas de la justicia, resplandece la Estrella-de-seis-rayos, signo de poder y de luz. El Eclesiastés, sobre su túnica de biso, lleva el racional, porque puede ofrecer los holocaustos expiatorios; el efod, porque es el Pontífice; y sobre sus pies pacíficos se entrecruza el trenzado de bronce de las sandalias de batalla, porque es el Guerrero.

Celebra el Aniversario pascual, en memoria de sus padres, guiados por Moisés a la salida de Mizraim, la Casa de servidumbre; el aniversario de la gran noche en que, desafiando los carros furiosos y los ejércitos, huyeron hacia la Tierra prometida; el aniversario de la siniestra salida de luna en que Yahvé, el Ser-de-los-dioses, confundió, en medio de las olas del mar Rojo, al caballo y al jinete.

¡Sí, el Rey consagra el festín de la noche!... Su diestra se apoya en el hombro secular del mediador Helcías, el intérprete de los símbolos, el ministro de los poderes ocultos.

Helcías, hijo de Sallum y de Hulda la profetisa, es semejante al desierto, más estéril aún después de las caídas del maná. Ha atravesado las pruebas y las ha bendecido, como el árbol del Líbano perfuma el hacha que lo hiere; pero lleva, sobre sus anchas cuencas, la marca de su obra cumplida: el tiempo le ha desnudado las cejas, esas cejas concedidas al Hombre solo para que el sudor que ha de correrle por la frente no le resbale hasta los ojos y no lo ciegue.

*

El agua lustral cae, resplandeciente, en las pilas de oro. Las cautivas reales, cargadas de anillos y de brazaletes de ámbar, y las saras, princesas de perfumes, arrodilladas entre los cojines, hacen arder, con gestos sabáticos, los polvos de mirra y de sándalo rojo, los aromas árabes, los granos de incienso macho, sobre los pebeteros esmaltados de piedras de Tarsis.

A ambos lados del trono, los Sares-de-los-ejércitos, pensando siempre en la gloria de David, ven, a ratos, relucir en torno suyo los herrebs de los ancianos de Israel, que, a través de las batallas, sostenían el Arca del Sabaot, —la Barca-de-la-alianza, donde se entrecruzan las dos tablas de la Ley bajo el rollo de la Torá, escrito por la mano misma de Bar-Jocabed, el moshé sublime, el Libertador.

En torno al estrado, los negros, vestidos de escarlata, hacen oscilar flabelos de avestruz, incrustados de sardónices, con varas de largas cañas de oro; invocan, en voz muy baja, a su dios Baal-Zebub, el Señor de las moscas.

En los peldaños, unos linceos feroces, saltando en sus cadenas, vigilan el pesado trípode de ónice, obra de Adoniram y de sus cinceladores, donde reposa el cetro de Oriente. Nadie sabría seducir con caricias, ni doblegar con ofrendas, a los misteriosos perros del Rey.

Entre las estatuas laterales, bajo los candelabros de siete brazos, las flores y los frutos del Hermón se desbordan en los pórfidos. La mesa, cargada de los presentes de la reina Makedea, la hechicera venida de la Saba libia para proponer enigmas al rey de Judea, se comba bajo las copas preciosas, los pannags de Samaria, las hierbas amargas, las gacelas, los pavos reales, las cidras, los panes de la proposición, las aves y los jarros de vinos de Canaán.

En un asiento de cedro, a los pies de los querubines luminosos del Trono y rodeado de sus rudos guibborim, está sentado, encorvado, pálido y sin beber, con la espada sobre las rodillas, el Sar-de-la-guardia Ben-Jehú. Es el antiguo ejecutor del rebelde Adonías, ese hermano del Maestro, preferido de Abisag la sulamita; —es el gran

servidor militar, ¡el matador de Abiatar y del sar Simeí! ¡y de Joab, el viejo Pontífice!— es el herreb viviente del Rey, el que hiere a las víctimas señaladas, aun cuando estén suspendidas, con las manos suplicantes, en las esquinas del Altar.

Junto a él, de pie, con la frente iluminada por la antorcha de una estatua, permanece mudo, con las manos crispadas sobre los brazos y como esperando algún momento oscuro, el heredero de Israel, el impolítico hijo de Naama la princesa amonita, el aciago Roboam, que solo ha de reinar sobre Judá.

A lo lejos, sobre las alfombras del trono están tendidas dos vírgenes muy jóvenes de Milo, dos schoschannas, destinadas a los incensamientos en las criptas subterráneas del Templo ante la Piedra fundamental, el Ebén-Shetiyá, a la que no tocaron las aguas del Diluvio. Entre ellas está sentado, vestido de púrpura negra floreada de oro, el príncipe Hayem, el adolescente oliváceo, el baalkida de cabellos trenzados, el enigmático vástago que la reina del Sur, apenas de vuelta a Libia, había enviado al hermoso Sabio, señor de los hebreos, acompañando a este hijo con un séquito de elefantes cargados de arbustos, telas, esencias, aromas y piedras brillantes. ¡Hayem, con una voz muy queda, canturrea una canción desconocida! Y cuando las sílabas descubren, entre sus rojos labios, los dientes, estos son en todo semejantes a los de la pálida desposada del Sir-Hasirim, blancos como ovejas que salen del baño.

Alrededor de la mesa permanece de pie, comiendo como los peregrinos, la asamblea reluciente de los Sofetim, patriarcas de la Sabiduría.

Detrás de ellos resplandecen los Industriales del oro de Ofir, los Negociantes de las Veinte-villas de Sabul, los Embajadores de la descontenta Idumea, —los Enviados de Zor, y el Colegio de los doctores de Sadoc.

Todas las tribus, todas las montañas de Israel han entregado sus riquezas. Las granadas del monte Sanir, las tortas de pasas de

Chipre, los racimos de alheña de Galaad, los dátiles y las mandrágoras de En-gadi desbordan los aguamaniles.

Allá, cerca de las gradas de esa terraza hasta donde suben los follajes de Etam, —en medio de un grupo de guerreros del país de Ezión-Guéber, con quienes bebe, riendo, el vino de Hebrón—, un joven esbelto, de armadura de cuero perfumado, de rostro de mujer y vestido de Sar-de-las-caballerías, habla, tendiendo la mano hacia el horizonte. Es el favorito del palacio de Milo, —iel enemigo!— el futuro divisor del reino de Dios, el sutil Jeroboam, que ha de reinar sobre Israel y que, ya, se informa, sin dejarse distraer por la fiesta, de las fronteras de Efraín.

Pero he aquí que las Tañedoras de los Cantos-prohibidos, conjuradoras de amor, invioladas como el lirio de sus pechos, avanzan, pálidas bajo sus pedrerías, al son de los kinnores, los timbriles y los címbalos. De pronto cesan los cánticos de las cantoras de la tribu de Isacar y las arpas.

Ataviadas de telas oscuras y con la cinta de perlas en la frente, las Mujeres-de-segundo-rango se acodan, con posturas abandonadas, sobre los lechos de púrpura, —y, cuando aspiran sus saquitos de besham, tintinean las campanillas de plata que bordan el fleco de sus sindones.

A lo lejos, las Encantadoras-neftalitas, de trenzas rojizas, las vírgenes de Palestina, las hebreas, blancas como los narcisos de Sarón, las cortesanas sagradas venidas de Babilonia, nadadoras doradas del Éufrates, las sulamitas, más tostadas que las tiendas de Cedar, las tebanas, de líneas gráciles, de tez de un rojo sombrío, — antaño doncellas de la esposa muerta del rey Mago, de la hija de Psusenes, el faraón—, y por último las idumeas, hijas de delicias, flores-vivas de la salvaje comarca de crepúsculos irisados que apenas puede traspasar, de noche, el fuego de las estrellas, danzan, en número de tres mil, agitando velos tirios, herrebim, reptiles y guirnaldas, ante el Elegido magnífico de Judea, el Albañil del Señor.

*

Pero el tercer lado de la Sala da a la Noche. Hunde en la oscuridad sus explanadas desiertas sobre las regiones de Josafat.

Y he aquí que el hombro del Mediador se ha estremecido bajo la mano del Rey, porque las sombras de la plataforma solitaria se vuelven, de instante en instante, más solemnes; se espesan y se agitan como bajo la acción de un súbito prodigio.

Al ver los torbellinos precursores de los espantos, el Gran-ministro vuelve su rostro de mármol hacia las mujeres aterradas y hacia los guerreros pálidos; exclama:

—¡Sacerdotes, reavivad la llama-septenaria de los Candelabros de oro! Que se enciendan los siete-Candelabros de las conjuraciones fúnebres. —Dentro de poco aparecerán vanos humos, que se disiparán por sí solos si no se les interroga. ¡Que las nubes de vuestros incensarios, oh hijas de Judea, os libren de las inquietas obsesiones de los Espíritus del eterno Límite! Exultad, antes de que la Hora os llame de nuevo al seno de la tierra.

Dice esto. Y la fiesta recobra su alegría: ise desafían los sortilegios de Asiria! ¿Acaso sus magos negros supieron librar, antes de la hora, a Nabu-Kudurri-Usur, su rey, —su rey, vidente de baalim de oro con pies de arcilla—, que, marcado por una reprobación de ELOHIM, erró siete años, bajo el pelaje bestial, lejos de su opulencia, a través de aquellos diluviales bosques que ciñen el inmenso Sinar-de-los-cuatro-ríos? —Las danzas de Mahanaim agitan sus palmas en flor, las copas centellean; las neftalitas entrelazan los relámpagos de sus jabalinas reunidas, hacen silbar sus collares de serpientes; las antorchas arrojan reflejos de sangre sobre las cabelleras; igrítos de amor, himnos idólatras resuenan hacia el Pacífico!... De pronto, en memoria de Jericó, los Capitanes de los jinetes de Sodoma hacen sonar siete veces sus tubales de hierro, y los Rohim coronados de hisopo, los Cohenes del soberano-Sacerdocio, en largas vestiduras blancas, aparecen, precediendo al Cordero-pascual.

¡Entonces el fuego de la embriaguez invade a la multitud reluciente! Se maldice el nombre de la horrible estatua que, herida

por el sol, llamaba, a los trabajos de los faraones, a los antepasados, —cuando, cediendo a la amenaza, siempre alzada sobre ellos, de aquellas varas ardientes que devoró el bastón del Escapado-de-las-aguas, se resignaban a esculpir, en el granito rosado de los piramidones, pese a la prohibición de los Libros-futuros, —ipese a la prohibición del Levítico!—, los simulacros de los ibis, de los criosfinges, de los fénix y de los unicornios, seres en horror para el Santo de los Santos, o, en duros jeroglíficos, las grandes hazañas (numerosas como la arena, desvanecidas como ella), y los nombres de abominación de aquellas dinastías olvidadas, hijas de Menes el Tenebroso. Se maldicen las cebollas del salario, las levaduras del pan de Menfis. Pese a la alianza con el rey Necao, las Plagas son evocadas entre las aclamaciones.

Se entrechocan los címbalos sagrados, tomados del tesoro del Templo, los címbalos de triunfo que llevaba la vieja hermana de Aarón, cuando, bajo sus cabellos grises, danzaba, ebria de la cólera de Dios, delante del ejército, en las orillas del mar. Puñados de rosas son lanzados por los gamadim al rostro de los ídolos abjurados. Los eunucos simulan amenazas irrisorias contra los egipcios; un rugido de liberación y de alegría, semejante al murmullo lejano del trueno, pasa, entre las nubes, sobre Hierosolima.

* Sin embargo, el Gran-Iniciado, habiendo alzado la cabeza por segunda vez y considerado, más atento, el carácter de las sombras, se ha vuelto preocupado.

La llama de los siete-Candelabros que arden, espaciados, delante de la explanada, se ha vuelto contra la asamblea: las siete lenguas de fuego, recurvadas hacia atrás sobre sus varas de oro, palpitan, alargadas y jadeantes, con un ruido de flagelos.

Las serpientes de las neftalitas se han desanudado y se ocultan en los repliegues de las cabelleras. Los lince, ahora acurrucados en torno al anciano temido, lo miran, inquietos y llenos de gruñidos.

Pero él se esfuerza por penetrar el sentido de los presagios: cruzando sus filacterias sacerdotales sobre los pliegues de su palio

de jacinto, delibera. En vano ha consultado, con una mirada, los terafim misteriosos; con el sonido del oro virgen, las láminas reveladoras se han quebrado.

Sobre el hombro del Mediador ha permanecido la mano radiante del Rey. Los ojos de Helcías la encuentran: ve el Anillo, la joya-de-la-Alianza donde se enciende la primera clavícula, la llave-crucial, figura del Abismo repartido en cuatro vías.

El poderoso pantáculo está rodeado por la forma misma del Anillo. Está aprisionado en el fulgor del Anillo, figura del Círculo-universal.

El alma de Salomón, germen divino, está mezclada a los reflejos de ese signo victorioso donde se depura, dulcemente, el fulgor de las estrellas.

La clavícula es la expresión en que el Mago ha concentrado una parte de los esfuerzos de su pensamiento, una suma de los poderes conquistados en el triunfo de las pruebas, a fin de obrar más directamente sobre las fuerzas íntimas del Universo.

Este Talismán de la Cruz estelar que contempla Helcías está penetrado de una energía capaz de dominar la violencia de los elementos. Diluido, por miríadas, sobre la tierra, este Signo, en su peso espiritual, expresa y consagra el valor de los hombres, la ciencia profética de los números, la majestad de las coronas, la belleza de los dolores. Es el emblema de la autoridad de que el Espíritu reviste, secretamente, a un ser o a una cosa. ¡Él determina, él redime, él precipita de rodillas, él ilumina!... Los profanadores mismos se doblegan ante él. Quien le resiste es su esclavo. Quien lo desconoce a la ligera sufre para siempre por ese desdén. En todas partes se yergue, ignorado por los hijos del siglo, pero inevitable.

La Cruz es la forma del Hombre cuando extiende los brazos hacia su deseo o se resigna a su destino. Es el símbolo mismo del Amor, sin el cual todo acto permanece estéril. Porque en la exaltación del corazón se verifica toda naturaleza predestinada. Cuando solo la frente contiene la existencia de un hombre, ese hombre no está iluminado sino por encima de la cabeza: entonces su sombra celosa,

invertida toda recta bajo él, lo atrae por los pies, para arrastrarlo hacia lo Invisible. De modo que el abatimiento lascivo de sus pasiones no es, en rigor, sino el reverso de la altura helada de sus espíritus. Por eso dice el Señor: Yo conozco los pensamientos de los sabios, y sé hasta qué punto son vanos.

* Apenas el Gran-Mediador ha contemplado el infalible, el celeste Anillo, cuando al instante, frente a él, las siete llamas de los Candelabros de oro se tensan y se prolongan, inmóviles, semejantes a siete espadas ardientes.

El conjurador reconoce, por fin, las concordancias denunciadoras de un Ser del más alto cielo. Su rostro, más impasible que el de los ídolos, toma, silenciosamente, el color de los sepulcros. Siente que el mandatario de un Orden inmutable se acerca, en el interior de los aires, atravesando y rechazando las profundidades: la tempestad de su vuelo provoca la acumulación de las sombras. Una columna se derrumba, de pronto, cerca de la explanada; el resplandor de una firma oculta surca las ruinas...

Helcías ha recobrado la intrepidez de su alma. Con un estremecimiento de gozo augusto, ha constatado el salem de Dios, el signo de ELOHIM, el pantáculo de la Muerte. —El que viene es Azrael.

Y la multitud lívida exclama, en la Sala:

—¡Un relámpago!

—¡El rayo acaba de caer sobre el valle!...

—Es una tormenta que pasa.

* Las voces han enmudecido en el monte de las Ofensas; es la duodécima hora de la noche: un soplo muy frío recorre, por todas partes, el incendio de la alegría pascual.

La multitud quiere acercarse a las terrazas: el malestar se convierte en suplicio.

El aspecto de la Sala cambia con la brusquedad de las visiones: oleadas vivas refluyen hacia el Trono, y clamores, sin número, en desorden:

—¡Despierta, Fuerte de Israel!

—¡Manzana de oro!

—¡Altísimo!

Y las esposas de la tribu de Rubén, las compañeras de Betsabé, la real madre, presas de espanto:

—¡Rey, he aquí la lepra que viene del desierto!

Y las mujeres de la reina Naama, las radiantes amonitas, añaden, en dialecto jebuseo:

—¡Hijo del amor! ¡Una señal de tu diestra poderosa hacia la comarca del azote!

Desde las primeras órdenes de Helcías, Jeroboam, saltando sobre uno de los caballos del rey, se ha precipitado a través de las losas de las terrazas y ha desaparecido hacia Ir-David.

La atmósfera parece cargada de un peso muy grave: deja lentamente de ser de aquellas que puede respirar la Humanidad.

Como en las tardes del Diluvio, una lluvia desconocida cae, afuera, en anchas gotas apretadas: la noche, sin embargo, permanece clara sobre las sombras, en los cielos.

Los Médicos de la ciudad baja, que habían permanecido sentados, con sonrisas, se levantan bruscamente y, balbuceando en memoria del Legislador, señalan, con la punta de sus bastones de olivo, a las danzarinas de Neftalí:

—Son las que se han mancillado con los extranjeros. ¡Llevan el fermento de los contagios, encendido por los antiguos adulterios! ¡Son estas mujeres de quienes provienen las emanaciones mortales! ¡Consultad el libro de los Sofetim! ¡A la cruz, esas leprosas! Han envenenado las urnas del palacio, las viejas copas de David.

Al oír esta acusación, las Nigromantes del país de Moab, reconocibles por el ala de cuervo que llevan sobre la frente por todo adorno y, de noche, en los campos de batalla, por toda vestidura:

—¡Helcías! ¡Pronúnciate contra ellas ante los grandes de Israel, y que la progenie de Quemosh invoque a su padre!

Pero el Ministro mira fijamente las nubes sobre Josafat.

El príncipe Roboam, sin atreverse a decir «¡Padre mío!» al Rey-de-los-Magos, mira también, pero con un temblor, el espantoso aspecto del espacio:

—¡Qué rostro nuevo toma la Noche! —exclama.

Los de Leví —los sectarios del *¿Qué hay que hacer? ¡Lo hago!*—, tropezando de espanto en sus vestiduras sagradas, se esfuerzan por arengar a los convidados: gritos los interrumpen: son los Industriales del oro de Ofir, hombres llenos de astucias, muy por encima de las supersticiones, pero que estiman la ciencia del Rey:

—¡Cien talentos a quien despierte al Maestro!

No dicen si los talentos serán de plata o de oro, y la plata, bajo el reinado de Salomón, es, como las piedras, sin ningún valor.

Por todas partes, pechos más oprimidos.

Las pálidas tañedoras de Sidón, presente del rey Hiram, se abrazan, en la sombra, con largos adioses: se dicen al oído, con un ritmo monótono, su canto de muerte donde vuelve sin cesar el nombre de Astarté.

Las saras se retuercen los brazos y, contemplando al Eclesiastés:

—¡Vuelve a abrir los ojos, hijo de David!

—¡Nos abandona! ¡Está perdido ante el rostro mismo de Adonai!
—exclaman las amorreas, más amargas que la Muerte.

Y los Sares-de-los-ejércitos:

—¡YAHVÉ cede a la plegaria indignada de los nabíes, que, perdidos en el fondo de las cavernas de Idumea o en los montes, te

amenazan!

—¡Una orden contra los viejos rebeldes, Salomón!

—Recuerda que David, el triunfador de Seír, al expirar te decía:
«¡Que sus canas descendan, ensangrentadas, al seol!»

Y los Negociantes de las Veinte-villas:

—¡Josué, esta noche, habría apresurado el regreso del Astro, él que obtuvo prolongar su luz sobre los combates!... ¡Ya no existe, el Pastor de Israel!

A ese nombre, los Capitanes de los jinetes de Sodoma se enardecen en vociferaciones horribles: ¡recuerdan las victorias! Sus voces dominan, un instante, todos los rumores de la Sala:

—¡Era él, el Precursor!

—¡El que marchó por Canaán!

—¡El que mató a treinta y dos reyes, incendió doscientas tres ciudades!

—¡Y que, por instigación del SER-DE-LOS-DIOSES, pasó a filo de espada a las mujeres, a los guerreros, a los mulos, a los ancianos, a los embajadores, a los niños y a los rehenes!

—¡Y luego se durmió, en Efraín, con sus padres, saciado de días y satisfecho!

Un silencio doloroso sucede a estos pesados clamores militares; ya no se oye, ante el Trono, sino la apacible respiración del príncipe Hayem, que se ha dormido, sobre los cojines, entre las schoschannas igualmente adormecidas, y que, ingenuas, con la frente sobre su pecho, sostienen aún, como él, tabas de ébano entre sus dedos de niñas sorprendidas por el reposo natural.

—¡Rasguemos nuestras vestiduras! —gritan las hebreas despavoridas—. ¡Ceniza, esclavos!...

Tal el viento de tormenta encorva las plantas y les sopla palabras inconexas.

* Pero el rey Salomón no está, esencialmente, ni en la Sala, ni en Judea, ni en los mundos sensibles, —ni siquiera en el Mundo.

Desde hace mucho su alma está liberada; —ya no es la de los hombres—; habita lugares inaccesibles, más allá de las esferas reveladas.

¿Vivir? ¿Morir?... Estas palabras ya no tocan su espíritu, pasado al Eterno.

El Mago no está sino por accidente donde parece estar. Ya no conoce los deseos, los terrores, los placeres, las cóleras, las penas. Ve; penetra. Disperso en las formas infinitas, solo él es libre. Llegado a ese grado supremo de impersonalidad que lo identifica con lo que contempla, vibra y se irradia en la totalidad de las cosas.

Salomón ya no está en el Universo sino como el día está en un edificio.

* ¿Dónde están, ahora, las danzas del Burgo-de-la-Voluptuosidad? ¿los estallidos de los címbalos? ¿el zumbido de las liras?... Un soplo ha disipado ese sueño.

Se ahoga, se tambalea sobre las alfombras sombrías, se asedia el Trono.

Ben Jehú, el sar-de-la-guardia, ha hecho una señal: sus guibborim van a tender sus lanzas de bronce contra la muchedumbre...

Pero los lince invulnerables gruñen; sus treinta y tres cabezas forman una hidra semejante a la cola de un pavo real que se despliega: se retrocede; el espanto dilata todas las pupilas.

Cegados por la embriaguez de las consternaciones súbitas, los convidados no se han percatado de lo que sucede a su alrededor. Sin embargo, sobre ellos pesa una influencia soberana.

Insensiblemente las antorchas han palidecido: las espadas han perdido sus reflejos; los perfumes de los incensarios se han vuelto amargos; el agua del Tiempo mortal ha dejado de correr por los relojes; los rumores ya no encuentran en el aire ni vibraciones ni

ecos. —He aquí: cuchicheos, por millares, y, sin embargo, muy distintos, se responden; la muchedumbre que aúlla parece hablar en voz baja.

Una intensidad creciente de oscuridad ha sofocado las lámparas, las antorchas, las luces; se tropieza en oleadas de niebla: el palacio de Salomón, desde la base hasta la cima, parece envuelto en esa bruma que, al pie del granítico Nebo, cubre el mar Muerto.

Y las formas humanas se borran bajo las estatuas.

* De pronto, sobre la trama crepuscular del espacio, transparece el Violador de la Vida, iel Visitante-de-las-manos-apagadas!... Está de pie en la explanada, ante los Siete-Candelabros; se estremece y llamea. Sus brazos fluidos están cargados de torrentes de tormenta. Sus ojos de auroras boreales se bajan sobre la fiesta; su cabellera, que el viento no osa rozar, cubre sus hombros sobrenaturales, como el follaje de los sauces sobre las aguas de plata, de noche; —i ya las losas se resquebrajan bajo el hielo de los pies desnudos del melancólico Azrael!— Y, a través del crespón de sus seis alas que aún tiemblan en el horizonte, los astros ya no son sino puntos rojos, brasas humeantes aquí y allá en los abismos.

Instantáneamente los artesonados de marfil se empañan como bajo el peso de los siglos.

Las aberturas de los cortinajes tendidos entre las columnas por los cordones de bronce dejan pasar, tristemente, en la Sala, un largo triángulo de claridad.

La luna creciente se desliza entre las nubes del cielo, iluminando, entre grupos confusos, el rostro pálido de un sofet, tendido en sus vestiduras sacerdotales.

A ratos, un carbunclo lanza su fulgor lívido; cabelleras, címbalos de oro, velos, blancuras dispersas centellean; son las tañedoras entrelazadas, que no han lanzado quejas.

A los pies de los lechos de púrpura, contra la borla de los cojines, sobre las alfombras, pedrerías arden, aisladas.

Y allá, perdido bajo las profundidades de las columnatas, un lince, con el trozo de su cadena al cuello, aúlla, vacilante, sobre los hombros de una estatua. —Cae; su caída resuena un instante, luego se apaga... Es el último ruido.

Todo se sepulta en la solemnidad de los negros silencios, en el sueño sin sueños.

Bajo la sombra de Azrael, la Sala se ha vuelto inmemorial.

Solas, en los tres ángulos, bajo las lámparas de arcilla consagradas al Nombre, las esfinges de Egipto han alzado lentamente sus párpados y, haciendo evolucionar sus pupilas de granito, deslizan hacia el Mensajero su mirada eterna.

* Igual que un rayo radiante que hubiera atravesado torrentes de vapores humeantes, esta noche, moldeando sobre el espesor de nuestros aires mortales su forma nebulosa, el fatal Querub está allí, de pie, sobre esa terraza del palacio de Salomón.

Impenetrable para ojos de arcilla, el rostro del Mensajero solo puede ser percibido por el espíritu. Las criaturas solo experimentan las influencias inherentes a la entidad arcangélica.

Ningún espacio podría contener a uno solo de esos espíritus que profirió el IRREVELADO más acá de los tiempos y de los días. Eflujos eternizados de la Necesidad divina, los Ángeles no *son*, en sustancia, sino en la libre sublimidad de los Cielos-absolutos, donde la realidad se unifica con lo ideal. Son pensamientos de Dios, discontinuados en seres distintos por la efectualidad de la Omnipotencia. —Reflejos, no se exteriorizan sino en el éxtasis que suscitan y *que forma parte de Ellos mismos*.

Sin embargo, así como en un espejo de bronce, puesto en tierra, se reproducen, en su ilusión, las profundas soledades de la noche y sus mundos de estrellas, así los Ángeles, a través de los velos translúcidos de la visión, pueden impresionar las pupilas de los predestinados, de los santos, de los magos! Es la tierra sola, niebla olvidada, la que ya no distinguen esas pupilas elegidas; ellas solo reflejan la infinita-Claridad.

Por eso, en su mirada sagrada, el rey Salomón tiene el poder de reflejar el rostro mismo de Azrael.

* Al sentir la cercanía del Exterminador, Helcías se ha estremecido de esperanza. Abismado en sí mismo, piensa que el último eslabón que aún lo ata a la vida va a romperse dentro de poco.

En la jerarquía suprema de las inteligencias purificadas, ¿no ha conquistado el rango preciso y legítimo al que podía llegar? ¿No ha alcanzado su límite glorioso y bastado a sus destinos futuros?

¡He aquí, pues, el instante de su vocación hacia naturalezas más altas! Su círculo está por fin cumplido. Nuevos esfuerzos, en adelante estériles, no lo harían sino semejante a esas grandes aves solitarias que, celosas de elevaciones siempre más radiantes, baten inútilmente las alas en alturas irrespirables, hechas demasiado etéreas para sostener su peso y que su vuelo ya no rebasa.

* Aguarda el soplo libertador de Azrael.

¡Aguarda!

Todo le prueba la visitación de Dios.

Ha sufrido, piadosamente, los últimos minutos de angustias benditas que preceden a la salvación.

¡Va, pues, a recibir el premio de sus pruebas!... ¡Ya saborea, sin duda, los gozos supremos de la Elección!

La esperanza de la evasión próxima lo transfigura hasta tal punto que el largo relámpago de sus pupilas, atravesando la profundidad de las sombras, bajo las bóvedas, suspende, un instante, el sueño fúnebre de la muchedumbre.

Aquí y allá, en la bruma, ojos casi resucitados lo contemplan con un religioso espanto.

¡Un segundo más y quedará traspuesto el término de toda servidumbre!...

—Pero ¿cómo es que, pasado ese segundo, no ha podido desvanecerse en la Visión divina?

¿De dónde viene que, apenas reanimada, la muchedumbre de estos seres mudos desfallezca de nuevo, y se ensombrezca, y se inmovilice, y se confunda con la noche?

Es que el viejo Iniciado ha perdido, de pronto, el esplendor de su serenidad. Se turba, en efecto, —y la extraña indecisión de su mirada denuncia el vértigo de sus sensaciones.

—¡Ah! ¡Es que se siente aún palpar en las trabas de la Vida!... Es que el divino aniquilamiento *no se ha* cumplido.

Ya lo asaltan las dudas; ya, semejantes al humo de una antorcha, las hordas inquietas de los samaeles, que importunan a quienes se acercan al Atrio-Oculto, se agitan, tentadoras de sugestiones desoladoras, en torno a él: su frente se entenebrece al roce de sus alas muertas. Recuerda, en una desesperación celosa, que eternidades lo separan de ese estado de pureza sublime al que, ya desde este mundo y a través de todos los gozos, ha llegado Salomón.

El sentimiento de esta diferencia entre su consagración y la del Real-Inspirado suscita en él terrores nuevos cuya intensidad aumenta con cada latido de sus sienes heladas.

¡Cómo se le inflige el horror de estos instantes, si ha merecido la Luz!...

Sufre un intervalo desconocido.

Es semejante a una piedra volcánica que, animada de un impulso terrible, quedara retenida al borde del cráter por la virtud de una ley milagrosa, y que se consumiera por su velocidad interior, sin desagregarse ni disolverse.

La hora pasa, vaga, pesada, inasible...

Se interroga. ¿Es que, ciertamente, se produce a su respecto un trastorno en el fondo de las leyes divinas?...

Espantada por la vacilación del Cielo, su inteligencia recae y gira en un delirio de inquietudes sobrenaturales. Un vasto terror

neutraliza la virtud de sus pensamientos.

Así la influencia de Azrael, inmóvil, se manifiesta para Helcías bajo la forma de estas ansiedades espantosas.

El anciano, ahora despavorido, se asemeja a un sacerdote que sobreviviera a sus dioses muertos. No puede desertar del habitáculo carnal donde ha sido sorprendido y clavado por la mirada de un Ser cuya concepción total sobrepasa la altura de su espíritu. Helo ahí, jadeante como una víctima. Lo que lo precipita del Umbral de la Dominación y lo sumerge de nuevo en el viejo polvo olvidado de las sensaciones humanas no es la presencia misma del Exterminador, es la impenetrable inacción, en su atributo esencial, de un Ser de este origen.

Inconsciente de sus actos, agita en torno a él el haz temible de las conjuraciones, olvidando su vanidad ante este Mensajero! Pero su voz ya no es la que obtiene siempre sin suplicar jamás.

Sus obsecraciones, rechazadas por las Siete-Llamas de la explanada, recaen a su alrededor, poblando el aire, tristemente, de larvas y de fantasmas! Su aspecto actual anuncia que ha nacido en edades más antiguas que la hora de su nacimiento terrestre. Se echa sobre la frente un faldón del manto del Rey de Israel y, abandonando su voluntad al sombrío Destino:

—¡Elel! —invoca—, si el rayo, al herir tus ojos, no se vuelve en ellos sino un resplandor más, alza, con tus dedos imperecederos, los párpados del Rey!...

Tal, antaño, bajo las bóvedas de Endor, su madre Hulda, sobre el trípode de las evocaciones, ladró fórmulas que hicieron surgir ante la muralla la sombra de Samuel.

* Mientras tanto, Salomón, habiendo alzado por fin sus largos párpados, contemplaba en silencio al Genio de los Valles-futuros.

Pero no era sobre el rostro del Rey donde se tendían los ojos fijos del Ángel, deslumbrantes como flechas que vuelan en el sol.

El Enviado miraba a Helcías con el ansioso estremecimiento de una sorpresa misteriosa: parecía que el Misael, vacilando en acercarse al anciano, meditara, por primera vez, desde los tiempos, sobre la orden que SE le había dado.

Por eso la frente del Rey-divino se cubrió de nubes sobre el viejo Iniciado, tal como, mil años más tarde y a esta misma hora, la estrella de Efrata sobre la Judea ensangrentada, la noche de los Inocentes.

Sin fuerzas, ni siquiera para prosternarse, despavorido bajo la mirada invisiblemente tórrida que abrasaba su vida sin desligar su alma, el Gran-Mediador exclamó:

—¡Posteridad de David, ocúltame de sus dos ojos!

Y, como el silencio del Maestro-de-los-Prodigios podía significar:

—¿Adónde puede el Hombre huir de la presencia de Azrael?

Helcías, reuniendo sus más antiguos recuerdos, tendió las manos hacia el Rey y murmuró, suplicante:

—Hay, en los bosques vastos y sombríos, a orillas del Éufrates, un claro devastado donde, durante la primera noche del mundo, se recogió la Serpiente.

El Rey, adivinando el oscuro pensamiento del anciano, le tocó la frente con su anillo constelado:

—¡Ve!... —dijo.

Helcías desapareció en una fulguración.

* Entonces Salomón descendió de su trono y marchó hacia Azrael.

Y su túnica de pedrerías se arrastraba sobre el pelaje abigarrado de los lince adormecidos, sobre las espadas sin destellos de los guerreros tendidos. A través de los grupos de las blancas esposas de antaño y de las negras hábiles en la ciencia de los prestigios, aplastando las guirnalda marchitas bajo las llamas de las antorchas, que apenas sostenían los brazos abatidos de las estatuas, avanzaba

por la Sala desmesurada donde parecían dormitar ahora recuerdos de siglos pasados.

Y la alta estatura del Rey-profeta, del Esposo del Cantar de los Cantares, aparecía, deslumbrante y azulada, en medio de los aromas amargos que humeaban en torno a los incensarios.

Cuando el Rey hubo, por fin, llegado a los límites de la Sala, entró en el atrio solitario donde irradiaba, con la sonrisa de los niños, el Querub taciturno.

El Rey vino a acodarse, en su tristeza, sobre las ruinas de la columna quebrada por el rayo; contempló largamente a Azrael. Bajo ambas presencias, el viento, acudido a toda prisa desde los mares y las montañas, entrechocaba convulsivamente las ramas fatídicas del Huerto de los Olivos.

Y Salomón:

—¡Inefable Azrael! ¡Mis ojos están fatigados de los universos! ¡Mi alma tiene sed de la sombra de tus alas!

La voz del Arcángel taciturno, mil veces más melodiosa que la de las vírgenes del cielo, vibró en el espíritu de Salomón:

—En el nombre de Aquel que fue engendrado antes que la Luz y será las primicias de los que duermen, irecobra tu alma! La Hora de Dios no ha llegado para ti.

* Entonces la inquietud de esa prolongación de exilio, en la que, cautivo de la Razón, el Mago, antes de unirse a la Ley de los Seres, tenía aún que destruir la sombra que proyectaba sobre la Vida, pasó sobre el alma del Rey.

La Estrella de los pastores, a través de los cabellos del Eclesiastés, centelleaba en el infinito. Silencioso, bajó su mirada hacia las colinas de la hija de Sion, dormida a sus pies...

—¿Qué soplo amargo te ha traído, pues, hacia nosotros?... —dijo el Predestinado.

La forma de la Visión se borraba ya en el espacio: una voz perdida llegó hasta Salomón: oyó estas palabras terribles donde transparecía la Presciencia-Divina:

—¡Oh Rey! —cantaba en el fondo de las noches el melancólico Azrael—, a través de la duración y de las esferas he sentido el piadoso abandono de tu pensamiento y, en el misterioso olvido de una Orden del Altísimo, he querido saludarte, oh tú, el Amado del Cielo... Pero, bajo tu mano pacífica, se abrigaba todavía el antiguo confidente de tu obra de luz, Helcías, el intercesor. Conocí entonces lo Inesperado. ¡No era aquí donde había recibido la misión de librarlo del Universo! Y comprendí que el Todopoderoso me advertía que me acordase, por la gracia de este primer asombro, de ir, por fin —según la Orden ya prescrita, según la Orden cuyo cumplimiento había diferido mi santa visitación—, a llamar a ese hombre por su verdadero nombre, *en esos bosques vastos y sombríos, a orillas del Éufrates, en ese claro devastado donde, durante la primera noche del mundo, se ocultó la Serpiente.*

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB